

DE GLORIA EN GLORIA

LA SALVACIÓN DEL ALMA

por David W. Dyer

UNA PUBLICACIÓN DE “A GRAIN OF WHEAT”
MINISTRIES.

(MINISTERIOS “UN GRANO DE TRIGO”)

(Foto de tapa de Richard X. Thripp, rxthripp.com)

www.GranoDeTrigo.com

Primera edición en español, 2021

Nota: los versículos de la Biblia a los que se hace referencia en este libro provienen de la versión Reina Valera Actualizada (RVA), a menos que se indique lo contrario.

ÍNDICE

Prefacio

1- El amor de Dios

2- La oferta de la vida

3- Los dos árboles

4- Las dos naturalezas

5- La sentencia de muerte

6- La salvación del alma

7- El tribunal de Cristo

8- Montañas y valles

9- La sangre del pacto

10- División del alma y el espíritu (1)

11- División del alma y el espíritu (2)

12- Por gracia a través de la fe

13- La imagen del Invisible

14- La esperanza de gloria

Prefacio

Verdaderamente tú eres Dios que te encubres.

Dios es invisible. Es un Dios que se oculta (Is 45:15). Por lo tanto, la única forma en que podemos conocerlo es cuando Él se revela a Sí mismo, de alguna manera, a nosotros. En consecuencia, nuestra relación con Él depende por completo de la revelación. Cuanto más nos muestra acerca de quién o qué es Él, más podemos conocerlo y apreciarlo. Sin tal entendimiento espiritual, solo podemos especular sobre cómo puede ser Él y formarnos una especie de imagen mental de Su persona. Para tener verdadera intimidad con Dios y para caminar en Su presencia, se requiere de una revelación sobrenatural.

Si deseamos caminar con Dios y cooperar con Él en Su obra sobre la Tierra, es necesario tener esta revelación espiritual. Moisés, antes de comenzar a construir el Tabernáculo, la “morada” de Dios, pasó cuarenta días y cuarenta noches en Su presencia. Allí recibió la revelación de quién es Dios y qué es lo que desea.

De la misma manera también, si queremos ser colaboradores juntamente con Jesús por causa de Su reino, debemos pasar mucho tiempo en su presencia recibiendo la revelación divina.

La intención de este autor es, por lo tanto, comunicar de la manera más clara posible una pequeña parte de esta maravillosa revelación. Su oración más ferviente es que este escrito sea usado por el Señor para revelarse a Sí mismo de una manera más clara y más plena a cada uno de los lectores.

D.W.D

“Pero todos nosotros, contemplando a cara descubierta, como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados a la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor 3:18).

CAPÍTULO 1

EL AMOR DE DIOS

¿Por qué creó Dios al hombre? Esta es una pregunta importante que necesita responderse para aquellos que buscan entender a su Creador y su relación con Él. Las respuestas más frecuentes generalmente incluyen pensamientos tales como: “El hombre fue creado para la gloria de Dios”.

Mientras que tales explicaciones ciertamente contienen una verdad, son realmente insuficientes para señalar el designio final de Dios. Estas no llegan a penetrar las profundidades de la revelación bíblica ni proporcionan una base que tenga significado para nosotros individualmente. Tales respuestas tienden a dar una impresión general e impersonal en lo concerniente a las intenciones de Dios para con el hombre. Pero, yo creo que el Dios que las Escrituras revela tiene en Su corazón un plan mucho mayor en relevancia íntima y personal de lo que la mayoría de nosotros jamás haya imaginado. Él es un Dios de amor.

El mensaje aquí contenido me ha sido y aún es muy difícil de escribir. De hecho, he intentado muchas veces, a lo largo de los años, tratar este tema por escrito, pero solo terminaba sintiéndome incapaz. Es un tema acerca del cual he predicado más que ningún otro. Pero, al final

de cada mensaje, inevitablemente siento que no abordé suficientemente bien este tema tan profundo. Es tan profundo e insondable que la mera expresión humana simplemente no es suficiente. Quizás la verdad es que el amor de Dios es verdaderamente incomprensible. Es algo que ningún ser humano podría jamás expresar completamente.

Sin embargo, la importancia de la revelación del amor de Dios por cada creyente es tan grande y tan crucial para la experiencia del cristianismo que Él quiso para nosotros, que siento que, por lo menos, debo tratar de poner algo de mi pequeña revelación acerca de este vasto tema por escrito.

¡Que Dios en Su misericordia confiera sobre este escrito una unción y un espíritu de revelación de modo que pueda ser el vehículo que lo lleve a la plenitud del amor de Dios!

La Biblia es un libro incomparable. Nunca ha habido ni habrá otro libro como este. En realidad, sería imposible que algún ser humano o aún, un grupo de seres humanos, escribieran un libro así. Solo Dios podría haberlo hecho. La complejidad de la Biblia, lo intrincada que es y la interconexión de sus asuntos con el hilo de la historia, en combinación con su admirable exactitud y nivel de detalle, la colocan muy por encima de cualquier otra obra que haya sido escrita.

Cuando se añade a todas estas consideraciones el hecho de que este libro no fue escrito por un mismo hombre en un mismo tiempo, sino por muchos hombres diferentes durante un período de miles de años, su carácter extraordinario se hace aún más evidente. Cualquier lector honesto, al leerlo, eventualmente terminará por caer de rodillas en admiración reverente ante el Dios Todopoderoso.

Como con muchas grandes piezas de literatura, al comienzo de este maravilloso libro, encontramos lo que podría considerarse como “semillas”, las primeras pequeñas introducciones de todo lo que estará ocurriendo en el resto de sus páginas. El libro del Génesis no es simplemente una narración interesante o un recuento alegórico del inicio de la historia del hombre. Más bien, en los primeros capítulos de la Biblia encontramos, en una forma muy condensada, la esencia de lo que Dios nos estará diciendo a lo largo del libro. En las primeras páginas se manifiestan los comienzos de todas las intenciones de Dios. Por lo tanto, como nos parece importante, comencemos nuestra investigación acerca de los propósitos de Dios y vamos a mirarlos muy cuidadosamente en varios de los primeros capítulos de la Biblia.

UNA DECISIÓN CRUCIAL

Poco después de la creación del mundo, el Dios de la gloria sostuvo una conferencia solemne consigo mismo. Después de esta admirable

consulta, Él hizo el siguiente pronunciamiento: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Gn 1:26). Esto es algo muy significativo. El Creador del universo decidió hacer un ser que se le asemejara.

Ahora, ¿por qué Dios hizo algo así? ¿Por qué haría Él una criatura que podría describirse como una representación en miniatura de Él mismo? Ciertamente debemos concluir que no fue más que un deseo pasajero, sino que nuestro Dios tenía en mente un propósito glorioso.

El hombre no era un experimento, una añadidura o simplemente una nueva clase de criatura con la cual poblar la Tierra, más bien, cuando Él formó al hombre, Dios estaba poniendo en marcha un plan indescriptible que emanaba de las profundidades de Su corazón. En consecuencia, el hombre es una criatura especial en el propósito del Todopoderoso. Él fue el único ser creado con este gran privilegio de ser hecho a la imagen y semejanza del Dios Altísimo. Ciertamente hemos sido “hechos en forma tremenda y maravillosa” (Sal 139:14)

Dios comenzó Su creación de la raza humana con un solo individuo, Adán. Sin embargo, mientras Él contemplaba Su creación, que en su mayor parte había declarado como “buena en gran manera” (Gn 1:31), notó que faltaba algo. Su atención se enfocó sobre un elemento que faltaba, el cual, evidentemente, consideró que

era una deficiencia muy importante, Adán no tenía esposa. En este contexto que Dios pronunció unas palabras que son especialmente importantes y que nos revelan algo acerca de Su propio corazón. Él dijo: “No es bueno que el hombre esté solo” (Gn 2:18).

¿Por qué Dios haría una cosa así? ¿Por qué se esforzaría tanto para crear a Adán y luego, cuando el trabajo quedó concluido declararlo incompleto? Un incidente así debe ser algo más que una coincidencia. Parece ser posible que cuando Él dijo esta frase acerca del primer hombre, estaba haciendo eco a un anhelo que sentía profundamente dentro de Su propio corazón.

¿Podría ser que nuestro Dios no disfrutara el estar solo? ¿Podría ser que Él deseara una unión íntima con un ser como Él mismo? ¿Sería posible que pudiéramos entender de esta elocuente figura que quizás nuestro Rey tiene la intención de casarse?

La respuesta a estas preguntas es, sin duda: “Sí”. Sin lugar a dudas, Dios nos está hablando a través de este pasaje acerca de algo que está profundamente en Su propio corazón. Con este pensamiento en mente, examinemos juntos más de las Escrituras y veamos cómo ellas ciertamente apoyan tal hipótesis.

LA BÚSQUEDA DE UNA NOVIA

Poco después de crear al primer hombre, Dios declaró Su obra incompleta y luego se puso a “construir” una novia para Adán. Sin embargo, en lugar de comenzar este trabajo inmediatamente, hizo algo muy extraño. Primero trajo a todos los animales para que Adán los observara y les pusiera nombre. “Pero”, leemos, “no se halló una ayuda idónea para él” (Gn 2:20).

¡Qué declaración tan interesante es esta! Parece que Dios no estaba solo requiriendo que Adán les diera nombre a los animales como una pequeña tarea antes de su boda, sino algo de mayor importancia, Dios estaba buscando una ayuda adecuada para Él. Dios y Adán, juntos, estaban examinando todos esos pájaros y bestias en busca de una compañera apropiada; sin embargo, no encontraron ninguna.

Por supuesto, estoy seguro de que muchas de estas criaturas eran muy agradables. Me imagino que algunas lucirían muy graciosas, tiernas y suaves. Pero, de alguna manera, algo no estaba bien. Ninguna de ellas podía suscitar una respuesta dentro de este hombre. De modo que, como ya lo dijimos, Dios se puso a trabajar para remediar la situación.

Después, cuando Adán despertó, se le presentó una visión hermosa. La mujer que Dios había hecho estaba delante de él. Así que la observaba complacido y algo lo conmovió en lo profundo de su corazón. Algo dentro de su pecho respondía a esta nueva criatura.

En aquel momento, ese sentimiento poderoso, que jamás había sentido antes, encontró su expresión en las palabras: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gn 2:23). Ella era tal como él mismo. Lo que todas las criaturas jamás podrían ser para él, esta mujer lo era. Aquí había encontrado una compañera apropiada con la cual podía estar en íntima unión.

Ahora, todo esto tiene por cierto un propósito extremadamente importante para nuestro análisis acerca de Dios y sus intenciones. Aun cuando Él esté rodeado de innumerables ángeles, aun cuando toda Su creación está delante de Él, ninguna de estas otras criaturas es adecuada para proporcionar la intimidad y la compañía que Él desea. Ninguna de ellas puede llenar este lugar porque no eran similares a Él mismo.

Tal como Adán no pudo encontrar una compañera entre los animales, sino que tuvo que esperar hasta que Dios le preparara una esposa, así también nuestro Señor está buscando un “alguien”, su futura esposa, sobre quien pudiera decir: “Ella es como yo, hueso de mis huesos y carne de mi carne”.

Queridos amigos, esto es mucho más que una simple lección de historia antigua. Aquí, más bien, encontramos una elocuente ilustración profética de un importante principio espiritual. El plan de Dios para el universo es que solamente

las criaturas que son similares puedan unirse o casarse. Solo los seres que son semejantes tienen permitido tener esta clase de unión íntima. Las aves se unen con aves, el ganado con el ganado, los peces con los peces y así sucesivamente, cada cual según su propia especie (Gn 1:21-24).

Esta verdad se ve claramente en la ilustración que acabamos de revisar y tal como se ordena en las Escrituras (Lv 20:15-16). Por lo tanto, de acuerdo con su propia ley, Dios puede solo tener una unión íntima con un ser semejante a Él mismo. Para poder unirse en matrimonio, se debe encontrar un ser que sea su contraparte.

Muchos de los detalles contenidos en las primeras páginas del Génesis confirman esta suposición: Dios ciertamente tiene y ha tenido desde el mismo comienzo, un ardiente deseo de una compañía íntima. Puede ser fácil para el lector descuidado pasar por alto estos detalles como si fueran insignificantes. Sin embargo, aquí en los primeros capítulos del Génesis se revelan algunas indicaciones substanciales y claras de todas las intenciones futuras de Dios en lo concerniente al hombre.

DOS BODAS PARALELAS

Al comienzo de la Biblia encontramos la boda original. El primer hombre, Adán, encuentra y se desposa con una hermosa mujer, especialmente construida por Dios para él y, si leemos hasta el

final de la historia, descubriremos que la Biblia también termina con una boda, la de Jesucristo, “el último Adán”, quien recibe una esposa la cual ha sido especialmente hecha para Él.

Ahora, notemos que, en el registro escritural, hay muchos paralelos entre estos dos matrimonios. De hecho, son tan impactantes, que me veo obligado a concluir afirmando que la narración del Génesis debe ser considerada fuertemente profética porque Dios, en la introducción de Su libro, coloca en las primeras páginas una santa profecía, la cual, aún ahora, está siendo cumplida en su pueblo.

Parte de esta profecía en lo referente a Adán en la creación de Eva ya la hemos examinado. Pero, si observamos más en detalle, descubrimos indicaciones aún más maravillosas del plan de Dios. Debemos notar que Dios hizo “que un profundo sueño cayera sobre Adán”, un estado semejante a la muerte en el que fue hecha la obra de Dios en Él (Gn 2:21). Mientras estaba en esta condición, se hizo una incisión en su costado y Dios retiró algo (nuestras traducciones dicen que fue una costilla). Luego, a partir de esta parte de Adán, Dios “construyó” (en hebreo) una mujer para él.

De una manera similar, nuestro Señor Jesús experimentó la muerte por nosotros en la cruz. Allí, Su costado también fue traspasado y algo salió: “sangre y agua” (Jn 19:34). Es con esta sustancia eterna que fluyó del costado de

nuestro Salvador que Dios está “construyendo” (Mt 16:18) la novia de Cristo, la “mujer” eterna que morará con Él para siempre.

Así que, al comenzar a leer las primeras páginas del libro, encontramos un maravilloso jardín. Este jardín fue el escenario de la primera boda. De este jardín brota un río y en medio del jardín crece un árbol llamado “el árbol de la vida” (Gn 2:9). Además, el texto menciona que en esta tierra hay una abundante provisión de oro, algo llamado “bedelio” y piedra de ónice (Gn 2:11, 12).

Al final del libro, en la narración del Apocalipsis, se describe algo de gran esplendor y gloria: es una ciudad, la cual fue escenario de la última y más gloriosa boda del universo. Pero, sin embargo, notamos que esta ciudad contiene muchos de los elementos del jardín. Donde alguna vez leímos acerca del oro enterrado en la tierra del Edén, ahora se nos muestra toda una ciudad irradiando esplendor de oro y con su calle pavimentada con el mismo material.

Las piedras de ónice, descritas en el jardín, pueden ahora verse juntamente con muchas otras piedras preciosas, pulidas, perfectas y edificadas en una gloriosa muralla que rodea toda la estructura. Esta muralla, adornada con “toda clase de piedras preciosas” (Ap 21:19-20), simboliza a todos los verdaderos creyentes en su estado transformado y glorificado.

En la nueva Jerusalén también hay un río. Este es un río de agua de vida pura y cristalina que brota debajo del trono de Dios y del cordero. Ese río, quizás espiritualmente relacionado con aquel que vimos al comienzo, ahora está disponible para “todo el que quiera” venir y beber. Aquí se representa la vida de Dios mismo, ante quien podemos venir y estar satisfechos.

No solo esto, sino que también, el árbol de vida que aparece de manera tan única al comienzo, y ahora crece abundantemente a ambos lados del río con sus doce cosechas (una cosecha cada mes) de fruto disponibles gratuitamente para todos. Incluso las hojas de este árbol son importantes, porque sirven a las naciones.

Ahora, no nos olvidemos del “bedelio”. Esta palabra se encuentra en el capítulo 2 versículo 12, frecuentemente la hemos leído aquí en este versículo, pero ¿qué es? Si usted no lo sabe, puedo decirle que no es el único. Aun los estudiosos de la Biblia y los traductores realmente lo desconocen. De hecho, el significado es tan oscuro que se ha utilizado esta palabra latina “*bedelium*”, en lugar de traducirla a una palabra de la lengua española. Una de las mejores maneras de determinar el significado de una palabra es descubrir cómo se usa en otras partes de la Biblia. De modo que podemos usar este método para ayudarnos en nuestra investigación. El único otro lugar donde aparece esta palabra es en conexión con el pan del cielo, el maná, que se describe como pequeño, blanco

y redondo (Ex 16:14,31) y “el color del bedelio” (Nm 11:7).

Por lo tanto, me inclino a pensar que esta palabra, bedelio, podría referirse a lo que ahora conocemos como perla, algo pequeño, blanco y redondo. De hecho, dos antiguos manuscritos traducen esta palabra como “perla”. Entonces, ya que los estudiosos de la Biblia realmente no saben qué es realmente esta sustancia y veremos que esta traducción armoniza también con otras partes de la Palabra de Dios, pienso que podría ser aceptable adoptar este significado.

LAS PUERTAS DE PERLA

Si miramos otra vez a la Nueva Jerusalén, encontraremos que cada una de sus doce puertas está compuesta de una sola perla grande. ¿Sabe usted cómo se forma una perla? Comienza cuando un grano de arena u otro pequeño objeto irritante penetra en el caparazón de la ostra. Esta irritación crece en la ostra y comienza a segregar una sustancia de su costado que rodea el objeto con una capa suave y preciosa de sustancia perlada. Entonces, de una herida, brota algo de gran valor. Ciertamente, tal ilustración nos está indicando al Salvador. Cuando su costado fue traspasado, brotó una sustancia que ha provisto una “puerta” para que nosotros podamos entrar en aquella ciudad eterna. Él es la “Perla de gran precio” (Mt 13:46).

Entonces, vemos que la materia prima acerca de la que leímos en la escena de la primera boda, para el final del libro, ya se ha preparado y edificado como un escenario glorioso para una boda eterna: la boda del mismísimo Hijo de Dios. Mientras al comienzo se nos muestra a un hombre recibiendo a su esposa en medio de un jardín, al final es el pueblo de Dios el que participa en el evento indescriptiblemente santo de las “bodas del Cordero”. En realidad, la ciudad misma se describe como una novia adornada para su esposo (Ap 21:2).

El comienzo y el final de este libro, aunque están escritos con una diferencia de tiempo de miles de años, se ven en una insuperable armonía que solo podría venir de Dios mismo.

Al considerar todo esto, ¿no cree usted también que Dios ha estado deseando esto desde el comienzo? ¿No ve aquí una ilustración hermosamente expresada del deseo del corazón de Dios? Todos estos paralelos del comienzo y el final de las Escrituras no pueden ser un accidente. Seguramente, deben estar comunicándonos algo que conlleva una gran consecuencia e importancia eterna. Dios nos está revelando el deseo de Su corazón.

En la creación del hombre, podemos también encontrar más evidencias para comprenderlo. Ya que el hombre fue hecho a la imagen y semejanza de Dios (Gn 1:26), no es extraño suponer que, en cierta medida, nuestros

sentimientos íntimos reflejen aquellos de nuestro Hacedor. Uno de los más poderosos deseos de un hombre o una mujer es el estar casados con alguien a quien amen profundamente.

Por lo tanto, el amor y el deseo de una compañía íntima no pueden estar muy lejos del corazón de Dios. Cuando leemos en Juan 3:16 “Porque de tal manera amó Dios al mundo”, ¿cómo cree usted que es este amor? ¿Es solo algún tipo de compasión paternal? ¿O se trata de algo simplemente que se puede atribuir al hecho de que Dios siente lástima por nosotros pobres, pecadores, pequeños seres humanos a quienes Él hizo y ha decidido rescatarnos?

Quizás el amor de Dios incluye elementos como estos, pero creo que el amor de Dios por el mundo incluye algo mucho más profundo. *¡Porque de tal manera amó Dios al mundo!* La intensidad de su amor es indescriptible. Esto pertenece a Su naturaleza. La Escritura dice: “Dios es amor” (1 Jn 4:16).

Creo que usted verá, al avanzar en este libro, que esto se refiere al amor que Él tiene por Su novia. Esto es nada menos que el deseo del Padre celestial de tener la compañía eterna de alguien como Él mismo.

Cuando Jesús estaba con sus discípulos participando en lo que denominamos “La última cena”, dijo: “Cuanto he deseado comer esta pascua con ustedes” (Lc 22:15). ¿Por qué había

un deseo tan intenso en su pecho por comer esta sencilla comida con sus amigos? Sin duda, la respuesta está en el pensamiento que le traía a la mente una fiesta futura, una fiesta de bodas. Jesús esperaba ver el día de Su boda, y había un deseo ardiente, un ansia dentro de Él por Su esposa. Es por eso que tenía un deseo intenso tal de cenar allí con sus doce discípulos para estar preparados para todo lo que vendría.

EL GOZO PUESTO DELANTE DE ÉL

Leemos en otra parte que “por el gozo puesto delante de Él sufrió la cruz” (Heb 12:2). ¿Qué era este gozo puesto delante de Él? ¿Era simplemente el gozo de entrar en la Gloria de Su Padre? Esta no parece ser una explicación adecuada, puesto que Él ya había participado de la gloria del Padre antes de que el mundo fuera creado (Jn 17:5). No, fue algo aún más grande, más profundo, y más cercano a Su corazón.

El gozo puesto delante de Él era el gozo de un hombre que esperaba recibir a Su esposa. Es el gozo de un hombre en el día de su boda, cuando se desposa con la mujer que ama. Jesús miraba el futuro y contemplaba a aquella con la cual se uniría en íntima unión. Fue esta visión, este gozoso pensamiento, el que lo alentó a sacrificarse a Sí mismo por nosotros. En Isaías 62:5 leemos: “Como el esposo se goza con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo”.

¡Qué maravilloso día será aquel cuando todos los redimidos de Dios se constituyan en una “santa mujer” y se preparen para ese glorioso día de bodas! ¡Este es el gozo que estaba puesto delante de Él y, queridos hermanos y hermanas, ¡también es el gozo que está puesto delante de nosotros! Que Dios nos dé una visión y revelación de tal maravilloso día de bodas y todo lo que conlleva (Dios y el hombre juntándose en la unión más santa) para que podamos correr en la carrera con gozo. ¡Aleluya!

Tal visión, ciertamente, hará que dejemos de lado todo, todo peso y el pecado que tan fácilmente nos aflige (Heb 12:1), y lo busquemos y nos cerquemos a Él y sus propósitos de todo corazón. ¡Oh, que Dios nos ilumine para ver Su voluntad y Su perspectiva! Solo así seremos movidos a seguir adelante hacia Su meta, la cual es también nuestra más grande satisfacción.

El apóstol Pablo habló de esta futura intimidad con nuestro creador cuando dijo: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Cor 2:9). Luego, continuó ratificando esto con la afirmación de que Dios ciertamente revela estas “cosas profundas” (v.10) a aquellos que tienen intimidad con Él.

Nuestro Señor nos llama a tener una relación de amor con Él. Esta es una relación que culminará en una unión con el Altísimo, que solo puede describirse en términos de un matrimonio. Esta

no es mi terminología, sino el vocabulario de la Biblia, palabras que Dios mismo escogió para describir estas cosas, de manera que pudiéramos entenderlas.

El matrimonio, con toda la intimidad que conlleva, es algo que ha sido creado y santificado por Dios. Dentro de los vínculos del pacto matrimonial, casi nada está prohibido por nuestro Hacedor. Solo tenemos que leer el Cantar de los Cantares para darnos cuenta de cómo Dios ve esta clase de relación. Este libro es muy personal y contiene tales alusiones gráficas en lo referente a una relación con la intimidad marital que mucha gente, aún los creyentes, no pueden leerlo sin experimentar incomodidad. Evidentemente, su carne es demasiado fuerte y, por lo tanto, son estimulados de una manera equivocada.

Sin embargo, aquí en la Biblia, Dios nos ilustra nuestro gozo espiritual futuro. Él usa términos humanos, físicos, y describe el intenso gozo de dos personas casadas. No tengo ni la menor duda de que Él, en realidad, está hablando de Sí mismo y de Su esposa. Por supuesto que este libro también se aplica a nuestro matrimonio terrenal de esta época, pero muchos grandes santos de Dios que nos han antecedido, incluyendo a Hudson Taylor y Watchman Nee, han visto aquí una palabra profética. En el Salmo 16:11 se declara: “En tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre”.

Otro pasaje dice: “Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser” (1 Jn 3:2). Este verso me solía preocupar porque no podía vislumbrar una relación con Dios más elevada que a la de ser uno con Sus hijos. Pero la Escritura ciertamente habla de tal posición. Hoy somos hijos de Dios y así nos relacionamos con Él. Pero algún día, un glorioso día, tendremos otro tipo de relación con Él. Algún día seremos Su esposa. Aunque un hijo pueda tener mucha intimidad con Su padre, la esposa disfruta de una relación mucho más profunda. A esto podrían referirse las escrituras cuando mencionan algo que no se ha manifestado.

UNA SANTA UNIÓN CON DIOS

Estas palabras “novia” y “esposa” conllevan pensamientos de gozo e intimidad que podrían ser malentendidos por una mente carnal. Pero, es mi oración que usted lea estas palabras y medite en las Escrituras en lo concerniente a estas cosas, para que Dios abra sus ojos a esta gloriosa verdad.

De acuerdo con la inconfundible claridad de las palabras de la Biblia, Dios está llamando a Su pueblo a entrar en una santa unión con Él mismo, la cual solamente puede describirse como un matrimonio. Ciertamente, esta no será una relación física como la que tenemos en la Tierra, sino una intimidad de gozo espiritual.

Quizás algunos lectores encontrarán difícil pensar en Dios, como un futuro compañero de matrimonio. En general, es más fácil reconocerlo como nuestro Salvador o Padre. Mientras que estos, ciertamente, son roles que Dios tiene en nuestra vida, la posición de ser nuestro futuro esposo es, sin duda, la más íntima.

Nuestro Dios es un Dios de amor apasionado y este amor se enfoca en nosotros, meras criaturas humanas. Las Escrituras nos revelan el corazón de Dios y en Su corazón hay un tipo de romance divino, un amor ferviente por Su futura esposa.

No se limite meramente a la manera como lo ha conocido en el pasado, no tenga temor al considerar tener una revelación más grande de Su persona y carácter. El Dios que la Biblia revela es nuestro Señor y Rey. Usted puede creer con confianza que lo que Su palabra revela acerca de Él mismo es verdad.

No solo Dios tiene un amor apasionado por nosotros, sino que también está buscando a aquellos que lo aman a Él de la misma manera. ¿Recuerda usted el primer mandamiento? “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente” (Mt 22:37). ¿Le parece esto algo impersonal y distante? ¡Por supuesto que no! Generalmente, cuando alguien ama a otra persona con tal fervor, decimos que están “enamorado”.

¿Tiene usted esa clase de relación con Dios?
¿Es Él su primer amor? ¿O lo mantiene a distancia, tratando de satisfacerse con un tipo de Dios impersonal y “seguro”, que tiene muy poco que ver con su vida íntima y secreta?

Leamos juntos un pasaje del libro de Efesios 3:16-19. Aquí, Pablo está orando por los hermanos, para que ellos (y nosotros también) estén “arraigados y cimentados en el amor”. Desde esta posición pueden ser “capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”. Conocer el amor de Dios es importante. De hecho, es esencial para nosotros si vamos a entrar en una relación profunda, plena y satisfactoria con Él.

Cuando usted sabe que alguien lo ama en forma total y completa, entonces es fácil abrirle el corazón, porque confía en que actuará con lo que encuentre allí, con amor. Lo mismo ocurre en nuestra relación con Dios.

Todos los creyentes necesitan tener una relación íntima, de corazón abierto y sin secretos con Jesús. Debemos permitirle el acceso a los lugares más recónditos de nuestro ser. No puede haber nada oculto. Nada del pasado, nada que nos haya ocurrido. Nada debe quedar fuera de Su amorosa mirada y toque.

CONFIANZA TOTAL

Este tipo de relación solo es posible cuando tenemos absoluta confianza en el amor de la persona a la cual nos rendimos. Es esencial que lleguemos a conocer las profundidades del amor de Dios. Si no es así, solo tendremos una relación superficial e insatisfactoria con Él, que nunca podrá penetrar el centro de nuestro ser ni transformarnos a Su imagen.

Cuando tenemos miedos, murallas internas y resistencias, mostramos que todavía no hemos conocido verdaderamente el amor de Dios. “El que teme, no ha sido perfeccionado en el amor” (1 Jn 4:18).

Usted puede notar, al leer el libro de Apocalipsis, que la novia de Cristo es “diáfana como el cristal” (Ap 21:11). Esta novia no tiene nada oculto, oscuro ni reservado. No guarda secretos con su Amado. Su confianza en Él la hace ser completamente transparente, dándole un acceso total a ella.

Esta es la clase de relación que debemos tener con nuestro Señor, una que está basada en el más profundo amor. Es la más pura y elevada intimidad que nos conduce a “toda la plenitud de Dios”. La necesidad más grande en nuestra vida cristiana es una apasionada relación de amor con Dios, que nos conduce a tener intimidad con Él y dé como resultado una transformación a la imagen de Dios.

Me gustaría repetir que la interrelación entre la primera y la última parte de la Biblia no es una coincidencia. Esta no es simplemente una historia agradable. Más bien, en estas páginas, Dios está revelando cosas verdaderas y profundas acerca de Sí mismo y de Sus deseos, los cuales quiere que entendamos.

¡Qué maravillosa figura nos presenta el libro del Apocalipsis! Todas las semillas, todas las alusiones que son delineadas para nosotros en el libro del Génesis, ahora han alcanzado su plenitud y cumplimiento. La materia prima se utilizó para la construcción. Toda la estructura se completó. Todo lo que Dios, el Padre, comenzó a hacer en el principio se ha logrado. Allí se ve al hombre, Jesucristo, recibiendo a Su esposa, esa Santa ciudad que es la Nueva Jerusalén. Ella desciende del cielo preparada como una novia adornada para su esposo.

El santo libro de Dios comienza y termina con una boda. ¡Qué increíble historia de amor es esta! ¿Ha escuchado usted alguna vez algo que se le iguale? ¡Cuán inmenso debe ser el amor de Dios por la humanidad que lo lleva a comenzar a hacer todas estas cosas y, luego, vencer enormes obstáculos para lograrlas!

¡Cómo necesitamos ver y sentir dentro de nosotros el deseo ardiente que hay en el corazón de Dios por la humanidad, el deseo que Él expresa tan claramente en Jeremías, cuando le dice a Su pueblo: “Con amor eterno te he

amado"! (Jer 31:3). Creo que esta clase de revelación plantará dentro de nuestro pecho un ardor similar por nuestro futuro esposo que nos impulsará a prepararnos (Is 54:5). Su misericordia nos preparará hasta que Él venga.

CAPÍTULO 2

LA OFERTA DE LA VIDA

En los albores del mundo actual, nuestro Dios formó un ser similar a Sí mismo para Sus propios y santos propósitos. El más importante, tal como lo consideramos en el capítulo uno, es que Él está buscando una esposa. Dios está en el proceso de crear para Sí mismo una compañera íntima y eterna. El hombre, objeto de la atención y el afecto de Dios, es aquel que fue formado para cumplir este maravilloso plan.

Debemos recordar aquí que, en el universo de Dios, solo las criaturas que son similares pueden casarse entre sí. Tal intimidad solo está permitida entre seres de la misma especie. Por lo tanto, para que los deseos de Dios se realicen, el hombre debe ser apto para participar en esta unión.

Cuando vemos con atención a nuestro primer antepasado con estos pensamientos en mente, algunas deficiencias serias se hacen aparentes. Adán, aún antes de la caída, no estaba preparado para cumplir con las intenciones de Dios. Aunque se asemejaba a Dios de muchas maneras, también estaba claro que no tenía exactamente el mismo tipo de naturaleza que Dios. Así que meditamos sobre este asunto: Un problema que se hace evidente es que Dios y el hombre no tenían la misma clase de vida. Por lo

tanto, no podían ser considerados como el mismo tipo de ser.

Aunque la vida que Adán y Eva poseían fue inicialmente buena y sin fin, todavía era solo una variedad humana creada. En contraste con esto, la Vida de su Hacedor no había sido creada y era sobrenatural. Dios y el hombre eran obviamente de diferente especie. Sus “vidas” estaban en un plano completamente diferente: Una era simplemente humana y la otra, divina. Una era una forma inferior de vida, atada a la Tierra por un cuerpo físico, mientras la otra es Espíritu y llena el universo.

No solo la vida del hombre no alcanzaba a ser igual a la de Dios, sino que Él no estaba ni siquiera en segundo lugar. Las Escrituras nos enseñan que el hombre fue hecho aún inferior a los ángeles (Heb 2:9). Estas consideraciones nos ofrecen suficiente evidencia para darnos cuenta de que un matrimonio entre ellos no era posible.

De este análisis, llegamos a la conclusión de que el hombre, tal como fue creado, no estaba preparado para ocupar la posición prevista para él. Por lo tanto, es lógico suponer que, dado que nuestro Hacedor tenía este glorioso plan en mente, también debería tener alguna forma de cumplirlo. Debe haber hecho alguna provisión para que el hombre cambie. En alguna parte del plan de Dios, debe haber habido una forma preparada para que el hombre llegue a ser

diferente de lo que era para cumplir estas intenciones santas.

¡Por supuesto que la había! Dios, en Su infinita sabiduría, había provisto todo lo necesario. Por eso no debe sorprendernos que la primera sugerencia de la existencia de tal plan también se manifestara en el Jardín del Edén.

Cuando leemos la narración del Génesis, entre los muchos aspectos del jardín, se mencionan dos árboles particulares, el “árbol de la vida” y el “árbol del conocimiento del bien y del mal” (Gn 2:9). No tenemos que avanzar mucho en la lectura para descubrir que estos dos son mucho más que simples árboles. El efecto devastador que tuvo sobre la raza humana la acción de comer del árbol equivocado parece ser evidencia más que suficiente de este hecho.

Se les había ofrecido libremente todos los demás árboles del huerto como comida, pero este árbol en particular había quedado estrictamente prohibido. Su fruto era tan destructivo, tan devastador, que probar un pedazo alteró para siempre el curso de la historia humana. Ahora, en vista de todo esto, parece razonable suponer que el otro árbol, el árbol de vida, también contenía un fruto que acarrearía gran consecuencia. Si el “árbol de muerte” tuvo tal efecto poderoso, ¿qué habría ocurrido si Adán y Eva hubieran probado del árbol de la vida? ¿Podría ser que un bocado de este otro fruto los hubiera cambiado a los dos,

de otra manera igualmente drástica? Creo que usted se dará cuenta, a medida que continuamos, que este es el caso.

¿Cuál es entonces el significado de este árbol de vida? ¿Qué es lo que Adán y Eva perdieron al desobedecer a su Hacedor? Quizás la mejor forma de descubrir esto es examinar el resto de la Escritura y ver si podemos encontrar allí algunos datos. En Génesis, capítulo 3, leemos que este árbol les hubiera impartido una vida que ellos aún no poseían. Esta verdad se muestra notoriamente en la declaración que Dios hizo cuando fueron echados del Huerto. Él dijo: “que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre” (Gn 3:22). Aquí también nos damos cuenta de que Adán y Eva nunca antes habían comido de este árbol. Aún cuando estaba disponible para ellos, nunca aprovecharon la oportunidad de probarlo. Si lo hubieran hecho, ellos habrían ya poseído este nuevo tipo de vida. De hecho, es posible que, si hubieran probado primero este fruto, ellos hubieran tenido la fuerza y la sabiduría para evitar comer del otro para siempre.

Como hemos visto, el árbol que contenía esta vida, estaba “en medio del huerto” (Gn 2:9). Tome en cuenta que esto no era la selva del Edén, sino un huerto, lo cual significa que fue diseñado por Alguien. En una selva, las plantas crecen al azar, pero cada huerto ha sido diseñado por alguien. En este caso, este

Diseñador colocó el árbol de vida en el medio como del huerto como el objeto central de Su diseño. Ciertamente, esto nos indica que la vida que este árbol representa y su impartición al hombre está en el mismo centro de todas las intenciones de Dios. Es, en realidad, el vehículo mismo a través del cual tiene la intención de transformar al hombre de lo que era cuando fue creado en lo que Dios desea que se convierta.

Ya que esta vida es tan importante para nosotros y para Dios, haciendo posible que cumplamos con Su plan original, parece crucial que aprendamos tanto como podamos acerca de esto. Cada uno de los cristianos debería entender completamente la meta hacia la cual Dios está obrando y también el medio que está usando para alcanzarla. Por tanto, tomemos un poco de tiempo para investigar exactamente lo que significa esta “vida”.

DESDE LA ETERNIDAD HASTA LA ETERNIDAD

La Escritura dice en el Salmo 90:2 *“desde la eternidad hasta la eternidad, tú eres Dios”* (RVA). Si tomáramos un momento y pensáramos proyectándonos al pasado hasta donde nuestra imaginación nos llevara, antes que cualquier cosa fuera creada, Dios estaría allí. Y, nuevamente, si proyectáramos nuestros pensamientos al futuro hasta donde pudiéramos imaginar, a un tiempo cuando este mundo se haya disuelto y las cosas nuevas hayan sido

creadas, Dios aún estará allí. Nuestro Padre celestial no está atrapado dentro de lo que llamamos “tiempo”. El tiempo es parte de su creación, pero Él existe más allá y por encima del tiempo. El tiempo no lo limita. Por lo tanto, Dios es eterno. Es un Ser que nunca tuvo comienzo y nunca tendrá fin. El tipo de vida que Dios posee es uno que no se ha creado. No comenzó en ningún punto particular en el tiempo. La vida de Dios, por lo tanto, se describe como “eterna”. Es “*AIONION*” en el idioma original griego, que significa “que abarca todas las edades”.

Su vida está tan llena de vitalidad, es tan eterna, que aún con el paso del tiempo no disminuye. Es una vida sin origen ni deterioro, sin tiempo de nacimiento ni de muerte, inmutable, incorruptible e inmortal.

Esta pequeña reflexión nos lleva, entonces, al verdadero significado bíblico de la palabra “eterno”. Simplemente significa sin comienzo y sin final, y describe la misma vida de Dios.

En este libro, a partir de ahora, vamos a utilizar la letra “V” en mayúscula para la palabra “vida” cuando haga referencia a esta Vida especial que no se ha creado.

Con todo esto, podemos entender una cosa muy profunda. Nuestro Dios ha decidido ofrecer su propia Vida, la Vida eterna, a los hombres. En las Escrituras leemos: “Porque de tal manera

amó Dios al mundo que dio a Su Hijo unigénito para que todo aquel que cree en Él no se pierda, sino que tenga Vida (AIONION) eterna” (Jn 3:16).

¡Gloria al Señor! Porque los que han creído en Jesús no están más “separados de la Vida de Dios” (Ef 4:18) sino que han sido traídos a una relación de padre-hijo con el Padre.

Esta relación se inició mediante el engendramiento de Dios. No somos solo hijos “adoptivos” de Dios, sino que nosotros, los seres humanos, hemos nacido realmente de la misma Vida de Dios. ¡Nos hizo “renacer para una esperanza viva”! (1 Pe 1:3). “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible” (1 Pe 1:23). (Ver también: Jn 1:13; 3:3-8; 1 Jn 2:29; 3:9; 4:7; 5:1,4,18).

[Nota del traductor: En la versión Reina Valera de la Biblia esta palabra se traduce como “renacer” la cual no conlleva la idea de re-engendramiento que contiene la palabra en el original griego.]*

¡Qué cosa tan indescriptible ha hecho Dios por nosotros, pequeños e insignificantes seres humanos! Como progenitores, padres y madres, engendramos hijos e hijas pasándoles nuestra vida. Cuando engendramos y concebimos hijos les transmitimos a otros la vida humana que Dios nos ha dado. De la misma manera, Dios ha decidido en Su gloriosa e inconmensurable

misericordia y bondad, darles a hombres finitos Su propia Vida incorruptible, eterna, sin comienzo ni final. Este es verdaderamente un gran amor que Dios tiene por este mundo. Ningún regalo podría ser más grande. Nada en el universo es más precioso, más digno de tenerse, más inescrutablemente grande, que la Vida de Dios.

En los viejos tiempos, Dios era el único ser que podría llamarse “inmortal”. 1 Timoteo 6:16 dice que Él es: “el único que tiene inmortalidad”. Eso es porque Él es el único que nunca tuvo principio ni tendrá fin. Pero ahora Él está engendrando más hijos, y estos hijos también son seres eternos, ya que comparten la misma Vida. 2 Timoteo 1:10 revela que Él: ... “sacó a luz la Vida [ZOË] y la inmortalidad por medio del evangelio”. Ningún regalo podría ser mayor. Tenemos la oportunidad de llegar a ser partícipes de todo lo que Dios es. Él ha impartido Su Vida a los hombres y está llamándolos mediante esta Vida a elevarse por sobre los que nacieron para ser seres humanos y crecer hasta ser todo lo que Él es. ¡Qué llamado tan glorioso!

TRES PALABRAS GRIEGAS

Desafortunadamente, esta gran verdad que Dios está ahora impartiendo: Su propia Vida a los hombres, ha sido de alguna forma oscurecida por la traducción de las palabras del original griego a nuestro propio idioma. Los griegos fueron evidentemente muy expresivos en lo

concerniente a la idea de la “vida” y tenían muchas diferentes palabras para ella, mientras que en el español tenemos solo una palabra. Esto, frecuentemente, confunde el verdadero significado de las palabras del Nuevo Testamento.

Para nuestro propósito aquí, estaremos considerando tres palabras del Nuevo Testamento que son traducidas por solo una palabra del español: “vida”. A pesar de que muchas veces estas tres palabras se traducen como una sola palabra, “vida”, tienen significados independientes y claros. Por lo tanto, a menos que hagamos una clara distinción entre ellas, podemos pasar por alto una revelación indescriptiblemente esencial.

La primera palabra que se traduce como “vida”, en nuestras versiones es “BIOS”, la cual se refiere a nuestra vida en este mundo físico. Esta es la palabra de la que proviene la palabra “biología”, e incluye conceptos tales como nuestra subsistencia, la duración de nuestra vida física y nuestra conducta moral.

La segunda palabra que se traduce como “vida” en español, es “PSŪCHĒ”. Esta palabra ha sido traducida como “alma” y también como “vida”, y quizás, en algunos casos, pudo haberse traducido como “vida del alma” para darle un significado más preciso. A lo largo de todo el Nuevo Testamento, esta palabra representa la constitución psicológica o la vida del alma que el

hombre posee. Es esta “vida” la que incluye nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y los procesos mediante los cuales tomamos decisiones, y es mediante esta vida que los hombres que no se han regenerado viven en este mundo.

AIONION ZOË

Sin embargo, hay una tercera palabra griega muy importante que se traduce como “vida”. Esta palabra es “ZOË”. Significa, de acuerdo con el *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento* de W. E. Vine: “Vida como la que Dios tiene”. En lo que respecta a la “Vida”, ¡Dios realmente la tiene!

En el Nuevo Testamento, esta palabra “ZOË” se usa predominantemente para referirse a la Vida misma de Dios y, en especial, la utilizaron los escritores del Nuevo Testamento, cuando fueron inspirados por Dios, para referirse a Su propia Vida incorruptible, sin origen, eterna y sin final.

Por lo tanto, cuando la Biblia habla de la nueva Vida que Dios nos da a través de Jesús, está usando la palabra “ZOË”, en lugar de “BIOS” o “PSÛCHË”. La frase “Vida eterna” entonces se expresa en el idioma griego como “AIONION ZOË” y significa “una Vida que abarca las épocas”. Esta “AIONION ZOË”, esta Vida de Dios que abarca las épocas, que nunca comienza, que nunca se interrumpe y que nunca cesa, es lo que Jesús vino a traernos.

Hermanos y hermanas, hemos recibido un regalo indescriptible. Dios nos ha dado más de lo que podríamos pedir o imaginar. Nosotros, a pesar de que somos seres humanos frágiles, y que existimos en un cuerpo que se descompone, vivimos en un mundo que colapsa y se cae a pedazos de diferentes formas, hemos heredado algo maravilloso.

El Dios del universo nos ha traído a Su corazón y ha decidido impartirnos una nueva Vida, una sustancia de Vida incorruptible, inmutable, que es imposible de matar: Su propia vida.

Jesucristo se levantó de entre los muertos porque no era posible que la Vida que Él poseía pudiera ser retenida por la muerte (He 2:24). También nosotros, que nos convertimos en hijos de Dios a través del nuevo nacimiento, nos hemos hecho partícipes de una Vida sobre la cual la muerte no tiene poder. Jesús dijo que cualquiera que cree en Él nunca perecerá, sino que ha “pasado de muerte a Vida (ZOË)” (Jn 5:24).

Esta es una verdad esencial. La dificultad que muchos creyentes tienen de llevar una vida verdaderamente espiritual puede remontarse a este punto preciso. Todos nosotros sabemos que Jesucristo vino a traernos “vida”. Pero, ¿de qué clase? Si no se hace distinción entre estas tres palabras griegas, es posible que algunos piensen que “la vida abundante” (Jn 10:10) significa tener mucho dinero, muchos lujos o

colmar su vida de placeres materiales y físicos (BIOS). Otros pueden imaginarse que la “vida abundante” significa estar felices o satisfechos con nuestra existencia terrenal (PSŪCHÊ). Muchos de aquellos que se engañan de esta manera terminan cayendo en serios errores o pecados. Debido a que malinterpretan los propósitos de Dios y no discernen el tipo de Vida que Jesús vino a dar, ellos se han apartado para seguir otra “vida” (una vida del alma o una vida mundana), que explicaremos en breve que Jesús vino a condenar.

¿PERPETUA O ETERNA?

Otro concepto equivocado que es común en la iglesia hoy es que la Vida “eterna” es simplemente una extensión o prolongación de la vida con la cual nacimos. Esta comprensión errónea quizás ha sido sustentada, en parte, por el uso de la palabra “perdurable” en el texto. “Perdurable” es una traducción incorrecta de la palabra “AIONION”.

En muchas traducciones al español las palabras “perdurable” y “eterna” se usan con el mismo significado. Esto causa una gran confusión, ya que hay una diferencia importante en su significado en el idioma español. Bíblicamente hablando, la palabra “eterno” significa “sin comienzo” así como “sin final”, mientras que la palabra “perdurable” solo indica “sin final”. Por lo tanto, podría aplicarse la palabra “perdurable” a una criatura que naciera en algún punto en el

tiempo y luego durara para siempre. En consecuencia, es fácil que, si alguien lee acerca de la vida “perdurable”, suponga que se refiere a su propia vida continuando perpetuamente.

Como hemos estado viendo, definitivamente no es así. Para terminar con este error, simplemente recordemos que, en la Biblia, cuando leemos acerca de la “Vida perdurable” lo que realmente quiere decir es “Vida eterna”, es decir, la Vida de Dios que no fue creada. No se refiere a una extensión de nuestra propia vida. De hecho, no recibió una vida perdurable, sino la Vida eterna.

Todo aquel que cree en Jesús ha recibido la Vida misma de Dios. Esta Vida, la que es el instrumento de Dios para cambiarnos de lo que somos a todo lo que Él planeó que seamos. Es esta Vida la que cambiará nuestra naturaleza para ser como la Suya. Tal como en el comienzo, cuando nuestro Padre Celestial puso delante del hombre la fuente de Su propia Vida, así hoy la ha puesto al alcance de todos a través de Su propio Hijo.

La Escritura claramente nos enseña que “el que tiene al Hijo, tiene (ZOË) la Vida” (1 Jn 5:12). Aquellos que son sabios aprovecharán esta Vida, se llenarán de ella y, así, obtendrán todos los beneficios de ella. Aquellos que son necios la descuidarán como lo hicieron nuestros antepasados y, en un futuro, sufrirán las consecuencias. La Vida que Dios nos ha dado

es absolutamente crucial para nuestro caminar espiritual. Esta Vida es la fuente de todo lo que Dios está haciendo dentro de nosotros.

Espero que haya quedado perfectamente claro que aquello que Jesús puso a nuestra disposición por medio de su muerte no fue un nuevo lugar donde vivir el resto de nuestra vida, como el cielo, ni tampoco nos trajo una extensión de la vida con la que nacimos. Él vino a darnos una Vida que es totalmente diferente a cualquier otra que hayamos conocido previamente.

Jesucristo vino a impartir a los hombres la Vida misma de Dios, eterna y que no ha sido creada. Él vino con la intención de darnos la misma Vida, esencia y naturaleza de todo lo que Dios el Padre es. ¡Lo que Jesucristo trajo a la Tierra para los hombres es “la sustancia más preciosa! No hay nada en el universo que se le compare. La Vida que Él vino a darnos nunca comenzó y, por definición, nunca puede terminar. Nosotros hemos llegado a ser partícipes de la Vida de Dios. ¡Aleluya! Estas son realmente buenas noticias.

¡EXPULSADOS!

Como ya se ha analizado desde el comienzo de este libro, vemos que Dios ha querido ofrecer su vida desde el Jardín del Edén; Él puso el árbol de la vida, ofreciendo así su Vida a Adán y Eva, pero, después de haber pecado, fueron

expulsados del jardín y del camino al Jardín del Edén. El camino original hacia el árbol de la Vida quedó bloqueado por un querubín que sostenía una espada incandescente. El camino original, el camino que Dios inicialmente quería que el hombre tomara, ahora era impenetrable.

Cualquiera que quisiese entrar allí, moriría. El juicio de Dios, simbolizado por el querubín con la espada encendida (incandescente), ahora estaba entre el hombre y la Vida sobrenatural. Lo que una vez se ofrecía gratuitamente, ahora era cuidadosamente custodiado y, así, al hombre pecaminoso se le prohibía participar. Ahora el hombre, en vez de tener el favor de Dios, estaba bajo Su juicio. La felicidad que alguna vez esta primera pareja gozó y la comunión con Dios que les era tan familiar, de repente desapareció. Las decisiones que estos dos habían tomado no quedaron sin consecuencias. Al parecer, el diablo había tenido una victoria y los propósitos eternos de Dios habían sido frustrados. El hombre, a quien el Señor creó a Su propia imagen y semejanza, con la intención de que se convirtiera en Su santa esposa, se había contaminado por el pecado y ahora estaba descalificado para ser partícipe de Su propia Vida.

Pero quizás el diablo no entendió la profundidad del amor de Dios por Su esposa. Quizás no llegó a captar los extremos a los que llegaría para lograr Sus propósitos. La intención original de Dios permanecería sin cambio. El deseo de Su

corazón de compartir Su Vida con los seres humanos permanecía con la misma intensidad.

Estas criaturas singulares, las únicas en todo el universo que llevan la imagen y semejanza del eterno Dios, habían caído. Aun así, Dios anhelaba que tuvieran nuevamente comunión con Él y que nuevamente estuvieran en posición de participar de todo lo que había planeado para ellos. Su insondable amor por la humanidad no había disminuido. Su plan inicial de crear hombres y ofrecerles Su propia Vida todavía ardía dentro de Su corazón. Dios, en Su infinita sabiduría y conforme a Su propósito eterno, había preparado otro camino, un “camino nuevo y vivo”, de retorno a Él (Heb 10:20).

EL PLAN DE REDENCIÓN

Ya que la rebelión del hombre demandaba la pena de muerte e impedía el camino a la Vida, Dios, para cumplir con Su plan, tenía que encontrar un sustituto. A través de su imponderable presciencia, el conocimiento de las cosas futuras, Él encontró una persona inocente que estaba dispuesta a morir en nuestro lugar: Su propio Hijo. En Su carne, Jesucristo consumó la expiación por la rebelión y el pecado del hombre. En Su propia persona, llevó nuestros pecados a la cruz, quitándolos del camino. Jesús nos reconcilió con Dios.

A través de Cristo, hemos vuelto a tener relación con el Padre. Por la obra del Hijo, en el

derramamiento de Su sangre, tenemos ahora acceso a Dios. Nuevamente, el camino a la Vida misma ha sido abierto. ¡Qué cosa tan infinitamente preciosa ha hecho Jesús por nosotros, pecadores indignos, para traernos de vuelta a Dios y hacer posible que seamos partícipes de Su Vida eterna, que no fue creada!

Tome en cuenta que Dios no podría dar Su Vida a hombres impíos. Él no pondría Su Vida Santa y sin pecado en recipientes contaminados. El pecado había estorbado los propósitos de Dios. Era imposible que Él permitiera que Su Vida se mezclara con la injusticia en el hombre.

De modo que, antes de impartir una sustancia de tal pureza, el receptáculo tenía que ser purificado. La sangre de Jesucristo derramada en el Calvario ha provisto precisamente tal limpieza. La inocencia y la pureza de la Vida que fue llevada ahí ante los ojos de Dios, Él la ha expiado de nuestra inmundicia. Allí, de una manera sobrenatural y difícil de entender para nosotros, Dios pasó por alto nuestro pecado y quitó los obstáculos que estaban en el camino.

En el tiempo preciso de Dios, Él envió a Su propio Hijo a rescatarnos. Él lo sacrificó, permitió que lo torturaran, ridiculizaran y mataran. El juicio que estaba reservado para nosotros cayó sobre el Cordero. Con Su muerte en la cruz, el requisito santo de Dios fue satisfecho y el querubín del juicio con la espada llameante fue

quitado del camino. Una vez más, el camino al árbol de la Vida se abrió y se dio la invitación.

No solo Jesús nos abrió el camino a la Vida, sino que también en Él fue manifestada esta Vida. Cuando Jesucristo vino a esta Tierra, vino como un receptáculo que contenía la Vida de Dios. Leemos en las escrituras: “En Él estaba la Vida (ZOË); y la Vida era la luz de los hombres” (Jn 1:4). Otra vez leemos: “la vida (ZOË) fue manifestada, y la hemos visto; y les testificamos y anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y nos fue manifestada” (1 Jn 1:2).

Parte de la misión de Jesús fue hacer conocer a la humanidad todo lo que el Padre estaba ofreciendo. Él fue la declaración total de los pensamientos e intenciones de Dios. La Vida de Dios, que, de alguna manera, se manifestó de manera poco clara en el huerto en la forma de un árbol, ahora se exhibía plenamente en Jesucristo.

Jesús mismo proclamó esto. Él invitó a la gente a venir a acercarse y comer, a venir a Él y beber (Jn 6:54). Explicó que Él era el “pan de Vida” (Jn 6:48), “el camino, la verdad y la Vida” (Jn 14:6).

En cierta ocasión, incluso instruyó a sus seguidores a comer su carne para obtener esta Vida, haciendo que muchos de ellos se sintieran ofendidos (Jn 6:53). Pero esto no debe inquietarnos. Con eso, Él estaba simplemente

proclamando que lo que sea que hubiera estado disponible en el huerto en la forma de un árbol ahora se ofrecía a través de Él. Por medio de Su Hijo, Dios estaba haciendo otra vez este ofrecimiento de Vida. Hoy día, tal como en los días de nuestros primeros padres. hay una decisión que cada ser humano tiene que tomar. ¿Cómo estamos respondiendo a ello?

EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL ES ESENCIAL

Una vez que hemos nacido de lo alto, esto es solo es el comienzo de la Vida cristiana. Aunque es maravilloso recibir nueva Vida de Dios, esto es solo el primer paso de un proceso de crecimiento en el Señor que durará toda la vida. Es solo la introducción antes de que estemos “perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Cor 7:1). Por eso la Palabra dice: “Así que, amados, ya que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda impureza de cuerpo y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”.

No solo necesitamos recibir esta nueva Vida, sino que también necesitamos que esta Vida crezca en nosotros hasta la plena madurez. La Biblia enseña que, después de nacer en un pesebre, “Jesús crecía en sabiduría y en estatura” (Lc 2:52). De la misma manera, nosotros también debemos crecer espiritualmente hasta que la expresión de Dios a través de nosotros sea completa. Nosotros, como cristianos, debemos librarnos de la noción

errónea de que una vez que recibimos a Jesús, esto es la consumación de la experiencia espiritual. Recibir la Vida de Dios a través del Espíritu es solo el comienzo. Tal como el nacimiento de un bebé es solo el primer evento de la totalidad de su vida, así también cuando nacemos del Espíritu, esto es solo el paso inicial de una vida llena de crecimiento en el conocimiento de Dios.

La intención del Padre es que estemos diariamente comiendo, bebiendo y, de esta manera, creciendo en todo lo que Cristo vino a traer, todo lo cual nos derrama gratuitamente por medio del Espíritu Santo. La Vida de Dios, el elemento más precioso y valioso en el universo entero, está abundantemente disponible para cada creyente ahora mismo, hoy. A través de su Espíritu, podemos continuamente ser partícipes de *AIONIAN ZOË*.

Por todas partes de la Escritura se habla de tal crecimiento. Efesios 4:14, 15 nos insta a “crecer en Él en todas las cosas”, recomendando que no sigamos siendo bebés, porque son fácilmente manipulados. 1 Juan 2 habla de diferentes etapas del crecimiento espiritual de los niños, los jóvenes y los padres. Ciertamente es fácil ver entonces que la madurez no es instantánea, sino que requiere tiempo y atención. Esto también es parte esencial de nuestra experiencia cristiana.

Quedarse como un bebé no es suficiente. El crecimiento espiritual es opcional solo para los

necios. Debemos continuamente buscar al Señor y nutrir nuestra Vida, que nos ha sido dada, para crecer hasta la madurez.

Por todas partes, en la naturaleza, notamos que todos los tipos de vida deben crecer. Por ejemplo: aun cuando todo un roble está contenido dentro de una bellota, hace falta tiempo y alimentación para que ese árbol llegue a su estatura final. De la misma manera, aun cuando la Vida que recibimos de Dios está completa, se requiere tiempo y atención para que llegue a la plena madurez.

Si vamos a ser hijos útiles y listos para servirle a Dios, manifestando Su Vida y naturaleza al mundo en forma poderosa, debemos también crecer a Su plenitud (Ef 4:15) Los bebés son maravillosos, pero no son muy útiles. En lugar de ser capaces de ayudar y contribuir al bienestar de la familia, ellos mismos requieren nuestro tiempo y atención. Yo confío en que Dios ama grandemente a todos sus bebés, pero también estoy firmemente convencido de que Él está buscando hijos que han crecido y ahora tienen la madurez necesaria para cumplir Sus propósitos en la Tierra.

Demasiados cristianos suponen que nacer de nuevo es el final, lo último. Se imaginan que después de la regeneración, lo único que queda es acumular "recompensas" en el cielo. ¡Cuán lejos de la realidad está esto! Crecer hasta la plena madurez espiritual es la única forma en

que podemos ser realmente útiles en el Reino de Dios.

Es importante notar que este crecimiento no ocurre automáticamente. Dios no nos obliga a hacer las cosas a Su modo. En Su gracia, Él nos permite a todos elegir. Tal como nosotros tuvimos que elegir recibir Su Vida para nacer otra vez, de la misma manera debemos elegir ser llenos de Su Vida diariamente. Ninguna otra persona puede ir en contra del crecimiento. A menos que nos propongamos de corazón buscar la presencia del Señor cada día y pasar tiempo en íntima comunión con Él, creceremos muy poco. Si elegimos desperdiciar nuestro tiempo buscando nuestros propios intereses, la somnolencia espiritual nos invadirá.

El crecimiento en la Vida de Dios es para todos, pero solo se desarrolla en aquellos que eligen conscientemente buscarlo. Los que toman esta decisión se beneficiarán grandemente, no solo en este mundo, sino también en el venidero.

Una vez más, como fue el caso para nuestro padre Adán, la decisión depende de nosotros. Nos corresponde tomarla cada día. ¿Escogeremos conforme al deseo de Dios y participaremos de aquello que nos ofrece gratuitamente? O, como los primeros hombres, ¿descuidaremos lo que tan generosamente se nos ha provisto y seguiremos nuestro propio camino?

Esta no es una consideración pequeña ni insignificante. Es muy fácil llegar a preocuparse por las cosas que nos rodean y las bendiciones externas que Dios nos ha dado y así descuidar lo más importante de todo. Estas decisiones diarias tienen consecuencias eternas. El favor inmerecido y la misericordia de Dios no deben tomarse con ligereza ni menospreciarse. Necesitamos que el Señor nos conceda misericordia para que seamos partícipes de Su Vida continuamente.

En los capítulos siguientes de este escrito, veremos muchos aspectos diferentes de lo que Dios está haciendo en Su pueblo y a través de este. Sin embargo, para hacerlo así de forma apropiada, debemos primero estar firmemente arraigados en esta comprensión fundamental: La Vida eterna no es que nuestra vida durará para siempre, ni es simplemente un tipo de seguro contra incendios que garantiza que no pasaremos la eternidad en el lago de fuego. Recibir la Vida eterna no es nada menos que recibir la Vida misma de Dios, ¡la Vida de Dios que no fue creada!

Es a través de esta Vida que Dios está trayendo muchos hijos a la gloria. Sin duda, Dios tiene intenciones muy serias en lo concerniente a la impartición de Su Vida. Él no ha hecho Su obra indiscriminadamente. De modo que, si queremos cumplir con Sus requisitos, debemos hacer lo que nos instruye cuidadosamente: “Guarda el

buen depósito por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros” (2 Tim 1:14).-

CAPÍTULO 3

LOS DOS ÁRBOLES

En los capítulos anteriores de este libro hemos explicado que Dios, desde un principio, deseó compartir Su propia Vida con el hombre. Esto se evidencia por el árbol de Vida plantado en medio del Huerto del Edén. Pero también había otro árbol que crecía allí, un árbol muy siniestro: “el árbol del conocimiento del bien y del mal” (Gen 2:9). Hemos inferido que el primer árbol simbolizaba la Vida de Dios, pero ¿y este otro? ¿Qué representa? ¿Por qué Dios permitió que un árbol con capacidades tan devastadoras creciera allí y estuviera al alcance de la mano de la raza humana?

Por supuesto, Él les advirtió al respecto. Su solemne palabra fue dicha claramente de modo que no hubiera posibilidad de equivocarse. Sin embargo, también queda igualmente claro que Dios les estaba permitiendo tomar sus propias decisiones en lo concerniente a su destino final. En Su infinita sabiduría, les permitió tener libre albedrío. Si alguna vez ellos iban a entrar en el maravilloso plan para el que los había creado, sería porque ellos voluntariamente decidieron hacerlo, no porque los obligaron.

De modo que, desde un principio, Adán y Eva tuvieron la posibilidad de elegir. Ellos se encontraron en medio de dos posibilidades

opuestas. De un lado estaba el árbol del cual podían comer libremente y del otro aquel del cual se les había ordenado no comer. Mientras que ciertamente debió haberseles permitido no escoger ninguno de los dos, estos dos árboles, con todo lo que representaban, estaban siempre delante de ellos.

Su ubicación, “en medio del huerto”, debió haberlos hecho el foco de la atención. En consecuencia, la decisión de comer o no comer probablemente nunca estaría muy lejos de sus pensamientos. Es interesante que estas mismas dos alternativas están disponibles para los hombres hoy. Cristianos y no cristianos están igualmente expuestos a diario a estas dos opciones y todo lo que conllevan. Aun cuando no hay dos árboles físicos delante nuestro, lo que ellos representan está disponible abundantemente. Por tanto, parece importante que nos detengamos un momento y examinemos juntos lo que estos dos árboles significan exactamente.

Ya que nosotros, tal como esta primera pareja, enfrentamos a diario esta decisión, es esencial que la entendamos. Aunque Adán y Eva pudieran haber sido inocentes y no hayan sido totalmente conscientes de todo lo que implicaba su decisión, nosotros no podemos usar la misma excusa. Su propio ejemplo, combinado con toda la revelación de Dios desde ese tiempo, nos proporciona una amplia evidencia de cuál es el camino de Dios y de qué fruto producen estos

árboles. Desafortunadamente, muchos de los hijos de Dios ignoran estas cosas. Demasiados creyentes desconocen el significado de estas realidades espirituales, por eso caen fácilmente como víctimas de las estratagemas del enemigo de la misma manera que Eva fue seducida (2 Cor 11:3). Por eso, la Escritura dice: “*Donde no hay visión (profética) el pueblo se desenfrena*” (Pr 29:18).

Me temo que el camino a todo lo que Dios tiene para nosotros está esparcido de creyentes adoloridos, heridos y muertos porque tropezaron y cayeron en la zanja de la oscuridad. De alguna manera, no vieron en la luz de Dios cómo mantenerse en el camino angosto y, por eso, fueron capturados por el enemigo.

Ya hemos examinado lo que representaba el árbol de la Vida, pero, para muchos lectores, algunas de sus consecuencias pueden no parecen estar inmediatamente claras. Como hemos estado viendo, es posible recibir en nuestro ser la Vida de Otro. Ya que este Otro es supremamente superior a nosotros mismos en toda forma, ¿qué implica esto? ¿Cómo nos afectará tal cosa?

Para comenzar, parece lógico suponer que esta otra Vida, como es mucho más grande que la nuestra, tenderá a predominar. De hecho, querrá tomar posesión de todo. Esto es, por supuesto, exactamente lo que Dios desea hacer. Una vez que Su Vida está en nosotros, Él tiene la

intención de convertirse en el jefe (“Señor” es el término escritural). Su voluntad es que, cada vez más, nos sometamos en cada aspecto de nuestro vivir a Su autoridad. Leemos en las Escrituras que “en todo” Él sea preeminente” (Col 1:18). De repente descubrimos que la independencia y “hacer lo que nos parece” ya no es aceptable. Al abrir nuestro corazón a Él, nos hemos puesto en una situación en la que ya no somos más nuestros propios dueños.

Desafortunadamente, mucha gente es “llevada a Cristo” sin tener una comprensión básica de esto. Se les habla acerca de un Salvador, pero no acerca de un Señor quien tendrá un total dominio sobre ellos. Se les anima a aceptar los beneficios que Dios da sin ninguna advertencia acerca del compromiso que esto implica. A demasiados hombres y mujeres se les insta a “venir a Jesús” sin siquiera insinuar que ello significa un cambio radical en el gobierno de sus vidas.

Sin embargo, tal como estaremos viendo en el resto de este libro, este cambio no es algo que solamente está disponible, sino que es algo esencial. Esta Vida a la cual hemos sido llamados no es solo una historia de la escuela dominical, sino que nos relacionamos con el Dios del universo, y las repercusiones de esto son tremendas.

EL PECADO DE LUCIFER

Entonces, si una total sumisión a esta nueva Vida es la premisa central del árbol de Dios, ¿cuáles serán las consecuencias del otro? Para poder entender apropiadamente la respuesta de esto, primero, debemos ver a otro ser que fue creado antes de la caída del hombre. Lucifer, que en un tiempo quizás fue el ángel más encumbrado y santo, es de quien debemos hablar.

Todo lo que está simbolizado en el árbol que trae muerte puede verse que proviene de este ser. Por lo tanto, para comprender plenamente este árbol y sus efectos desastrosos, debemos tener también una buena comprensión de quién es el diablo y cómo llegó a estar donde está hoy.

En el libro de Isaías descubrimos que este ángel caído se conoce como el “hijo de la mañana” (Is 14:12). Un título que probablemente indica que fue formado durante las etapas más tempranas de la obra creativa de Dios. Posiblemente, él fue el primer ser creado. Otro pasaje enseña que él fue “perfecto” y hermoso cuando fue hecho (Ez 28:12).

Es probable que este ángel fuera el más poderoso, una criatura supremamente atractiva hecha por Dios y que, como tal, también fuera el segundo después de Dios en la cadena de autoridad del universo. La mayoría de nosotros probablemente pensaría que esta sería una posición bastante buena, pero en él había un ligero enojo. Este lugar encumbrado, en la

misma presencia del Todopoderoso, traía consigo un requisito: Él tenía que estar en cada detalle completamente sometido a Dios.

Un día, Lucifer empezó a notar su propia hermosura. Sin duda, los otros ángeles realmente lo admiraban también. Él se daba cuenta plenamente de que su poder e inteligencia eran incomparables entre ellos. En lo concerniente a sus muchas habilidades, no conocía a ninguno más grande, aparte del mismo Dios. Su deseo de realmente engrandecerse y exhibir toda su grandeza comenzó a crecer poco a poco.

Al transcurrir el tiempo, la obligación de ser completamente obediente al Padre y usar su energía para solo servirlo comenzó a enfadarlo. Aquí simplemente no había lugar para la autoexpresión. Todos sus muchos talentos e inmensa creatividad estaban siendo desperdiciados al ser solamente un siervo. ¿Cómo podría realmente ganarse el completo aprecio de los otros, que tan justamente merecía, bajo tan terrible esclavitud?

De modo que, con tales pensamientos pasando por su mente, aquel que hoy conocemos como Satanás cayó en pecado. Creo que debe ser muy esclarecedor que entendamos cómo ocurrió esto. Lucifer no empezó cometiendo adulterio con su secretaria. Inicialmente, él no mató a alguien ni le robó a una anciana en la calle. ¡No!

Ninguna de estas cosas que nos parecen “tan malas”, iniciaron su caída.

Más bien, su primer acto pecaminoso fue algo que a muchas personas les parece muy natural. Él tomó una decisión, una decisión para llegar a ser independiente y dijo: “Subiré...”, “levantaré mi trono...”, “seré semejante al Altísimo” (Is 14:13,14).

Aquí él desechó toda restricción y comenzó a afirmar su propia voluntad, rebelándose contra el Dios Todopoderoso. Este fue su mayor pecado. Dejó su posición de total dependencia y sumisión a Dios y comenzó a ejercitar su propia voluntad por la búsqueda de su propio placer. Por supuesto que el orgullo tuvo gran parte en esto. La mentira, el adulterio espiritual, el robo, el asesinato, todo vino como una inmediata secuela. De hecho, todo lo que es contrario a la santidad de Dios llegó a ser suyo en este solo acto de rebelión contra la única autoridad verdadera.

Con todo esto en mente, podemos comenzar a examinar el segundo árbol: el árbol del conocimiento del bien y del mal. Evidentemente, cuando Adán y Eva fueron creados, les faltaba algo. No poseían la habilidad de discernir entre el bien y el mal. Entonces, los ponía en una posición en la que tenían que depender de Dios. Tal como examinamos previamente, en muchas formas, ellos fueron hechos como su Creador, pero en esta área de tomar decisiones morales,

estaban obligados a depender de su guía y dirección.

Sin embargo, no muy lejos de allí, había un árbol que impartía conocimiento. Había otra “fuente”, otro “camino” operando en el universo que estaba disponible para ellos. Aunque estaba prohibido, tenía su representación en el Huerto del Edén. Al probar de este árbol, los primeros hombres podían adquirir algo que no tenían: la independencia. Un bocado de esta fruta y no necesitaban más estar en una posición de sometimiento ni dependencia. Ellos podrían ser como Dios.

TRES SIMPLES TENTACIONES

Esta es exactamente la tentación que engañó a Eva y corrompió a Adán. Cuando la serpiente vino a atraerlos y hacerlos caer en su red, lo hizo con gran sutileza. No hay duda de que entendía completamente las consecuencias de comer del árbol equivocado. Evidentemente, ya había comenzado su iniciativa de inducir a otros seres a seguirlo en su rebelión, de modo que tenía bastante experiencia.

Así que le habló a Eva y apeló a tres elementos de debilidad que todavía son prevalentes en la raza humana hoy. De alguna manera, él le reveló a ella tres cosas:

1: Este árbol es delicioso (el deseo de la carne).

2: Es extremadamente atractivo a la vista (el deseo de los ojos)

3: Tan solo un bocado de él te hará suficientemente sabio, de modo que puedas ser independiente de Dios (el orgullo de la vida) (1 Jn 2:16).

Este último fue el factor decisivo. Solo un bocadito terminaría toda esta sumisión incómoda a Otro y le daría lo necesario para dirigir su propia vida.

Es interesante que estos son mismos tres atractivos que se utilizaron para tentar a nuestro Señor en el desierto. No se usaron nuevas tácticas. Primero, como Jesús tenía hambre, el diablo trató de satisfacer Sus propias necesidades convirtiendo piedras en pan. (Por favor, recuerden que fue el Espíritu Santo el que lo había conducido allí, por tanto, era el Padre quien se responsabilizaba por Su bienestar).

Luego, trabajó en sus ojos mostrándole todos los reinos del mundo y su gloria en un momento del tiempo. La riqueza, el honor y el poder terrenal están libremente disponibles para cualquiera que realmente se lo proponga y los busque. Mucha gente en el mundo hoy, e incluso en la iglesia, está descubriendo el poder de la autoafirmación.

Por supuesto que, si esta es su inclinación, caer de rodillas para adorar al enemigo de Dios, también es útil. Sin embargo, estoy seguro de que él le permitiría a cualquier cristiano que

estuviera interesado pasar por alto esta formalidad (al menos externamente). Si ellos solo usan sus energías para promocionarse a sí mismos y, de esta manera, construir el reino oscuro y egocéntrico del diablo, eso ciertamente bastará.

Por último, Satanás apeló al ego. Él dijo algo así como: “Si eres realmente alguien grande como dices serlo, pruébalo haciendo una gran exhibición que requiera la intervención angelical. Muestra a todo el mundo quién realmente eres. Muéstrate a ti mismo plenamente de modo que todos puedan admirarte. No te preocupes de este asunto de la dependencia de Dios, si tú realmente eres el Hijo de Dios (un mimado del Rey), debes tener algo de autoridad. Haz algo realmente extraordinario para afirmar tu independencia y establecer tu propia identidad” (Lc 4:9-12).

Cuán agradecidos deberíamos estar con Jesús por la fuerza que tuvo al soportar esta tentación. Él fue uno que estuvo verdaderamente sometido al Padre. Cada aspecto de Su Vida fue vivido en sujeción a la voluntad del Padre. La Vida que vivió, las obras que realizó y aún las palabras que dijo estuvieron todas en perfecta armonía con las instrucciones de lo alto (Jn 14:10). Él vino a esta Tierra no para hacer Su propia voluntad, sino la voluntad de Aquel que lo envió (Jn 6:38).

Desafortunadamente, Adán y Eva no poseían la misma fuerza de carácter. Su inocencia no se comparaba con la santidad de Cristo y así probaron ser inferiores al enemigo. Cuando se les ofreció la posibilidad de llegar a ser sus propios amos, no dudaron en aprovechar la oportunidad. Aparentemente, no le tomó a la serpiente muchos años para atraer y convencer a Eva. Una corta conversación fue todo lo que se necesitó para persuadirla a quebrantar el claro mandamiento de Dios y darle la espalda. Ella vio cuán fácilmente estaba a su alcance la posibilidad de llegar a ser “completa”, independiente y autosuficiente. Eva no se daba cuenta de cuáles otros “beneficios” también venían en el mismo paquete. Dios, con toda razón, les había advertido no caer.

En el momento en que Lucifer decidió autoafirmarse, se hundió en la oscuridad. Al colocarse en oposición a Dios, su naturaleza fue cambiada para ser todo lo que el Altísimo no era. El carácter benevolente de Dios, Su verdad, justicia, misericordia, santidad, amor, hermosura, majestad, etc., tenían que ser resistidos en un ser que estaba en rebelión contra Él. Por esto, el carácter de Satanás se convirtió en la antítesis de todas estas cosas. Crueldad, odio, violencia, mentira, engaño, vanidad y mucho más llegaron a ser las marcas distintivas de su reino. Esta sola decisión de desobedecer cambió para siempre su naturaleza, de la gloria y la hermosura con las que fue creado a una llena de oscuridad y pecado.

Tristemente, nuestros primeros ancestros pasaron por una experiencia similar. Su decisión de rebelarse también les costó caro. Mucha gente no se da cuenta del alcance de la caída de estos primeros dos. Algunos, aunque admiten que la gente peca de cuando en cuando, piensan que el hombre es básicamente bueno. En realidad, el problema es mucho más profundo que eso. En el fondo, el asunto no es lo que hacemos, sino lo que somos.

Cuando Adán y Eva comieron de este fruto, su misma naturaleza fue cambiada. Dejaron de ser inocentes. La predicción del diablo se había cumplido. Ya no tenían que depender de Dios para recibir instrucciones en lo concerniente a asuntos morales. Habían llegado a ser independientes, sus propios amos. En consecuencia, también se hundieron en la oscuridad y la corrupción.

EL ÁRBOL DEL CONOCIMIENTO

Creo que es importante que nos tomemos un tiempo y analicemos el árbol del que provino este gran engaño. Primero, podríamos notar que se trata de un árbol tanto del bien como del mal. La mayoría de la gente probablemente se imagina que es un árbol solo del mal y el otro árbol, el árbol de la Vida, debe ser el árbol del bien. Sin embargo, no es ese el caso. Aquí vemos que el conocimiento del bien está también en el árbol del cual Dios mandó a los

primeros hombres no comer. Participar de él es pecado. ¿Cómo podemos entender tal cosa?

Para comenzar, debemos entender que el árbol que causa la muerte es principalmente un árbol de conocimiento. Este no es simplemente un árbol del “bien y del mal” sino también un árbol que imparte conocimiento a aquellos que lo prueban.

Su fruto tiene el efecto de otorgar la habilidad de distinguir entre lo que estaba correcto y lo que estaba errado. Aquellos que comen de él pueden conocer por sí mismos la diferencia entre el bien y el mal. Este “conocimiento” permite a los poseedores del mismo ser sus propios amos. Ellos pueden determinar su propio curso en la vida.

Es precisamente aquí que Adán y Eva ganaron su independencia. Con esta sabiduría y discernimiento, ellos podían analizar sus situaciones y conflictos, evaluar las ventajas y desventajas de las opciones disponibles y tomar una decisión. Uno podría preguntarse: ¿Qué hay de malo con eso? El problema es simplemente lo que vimos al comienzo de este capítulo. Todo esto puede llevarse a cabo en completa independencia de Dios. Tales decisiones pueden tomarse sin sumisión, ni dependencia del Altísimo.

Cuando actuamos de esta manera, estamos siendo nuestros propios dioses. Estamos

tomando el curso de nuestra vida en nuestras propias manos. Estamos actuando de acuerdo con nuestra propia sabiduría y entendimiento. Esto, por supuesto, es natural. Todo el mundo lo hace. De hecho, desde la caída de Adán y Eva, esta es la manera en que todos los simples mundanos conducen su vida.

Pero Dios está buscando a aquellos que estén dispuestos a regresar a Su intención original. Desea encontrar a los que no se apoyen en su propio entendimiento (Pr 3:5). Su deseo es que aquellos que sean guiados, no lo hagan a través de su propia inteligencia ni sabiduría, ni a través de su propia habilidad para decidir por sí mismos, sino a través de su comunión con Él.

La intención con respecto a Adán y Eva era que llegaran a ser, como fue Jesús, una expresión viviente del Padre. Esta meta debía llevarse a cabo a través de la comunión con el Padre y su sumisión ante Él. Comer del árbol de la Vida hubiera traído Su propia Vida dentro de ellos. De esta manera, la manifestación de Dios en Sus Vidas sería el resultado de su relación íntima con Él.

Al vivir en compañerismo con el Padre, todos Sus pensamientos, actitudes y carácter podrían haberse infundido en ellos. Esta relación de dependencia les haría entonces expresar Su naturaleza santa al universo. Sería un tipo de rectitud "imputada" que se exhibiría a través de ellos, pero no se originaría en ellos. En lugar de

esta gloriosa posibilidad, ellos adquirieron un tipo de conocimiento que les permitía existir sin Dios, recibiendo simultáneamente todo lo que esto conlleva.

Aunque el actuar de manera independiente todavía está disponible para cualquiera que lo elija, los creyentes en Jesús son llamados a comer de otro árbol. Son llamados a entrar en una relación con su Rey quien los guiará. De hecho, Él entrará en ellos y los guiará desde adentro. Les proporcionará una sabiduría que no se origina en esta Tierra. Él puede dirigirlos a hacer cosas que, según el punto de vista humano, no tienen sentido. Los hará vivir de una manera que tiene muchísimo sentido según el punto de vista eterno, pero que puede parecer ridícula para aquellos que dirigen sus propios senderos de acuerdo con los criterios de este mundo.

Verá, la sabiduría de este mundo, proporcionada por el árbol de la muerte, es locura delante de Dios (1 Cor 3:19). Puede parecer perfectamente lógico, pero no toma en cuenta el punto de vista Divino. Pedro, usando su propio intelecto y sabiduría, instaba a Jesús a no ir a Jerusalén y morir en la cruz (Mt 16:21-23). ¡Cuán natural y correcto parece esto desde una perspectiva humana! Sin embargo, desde un punto de vista celestial, fue el trabajo y la sabiduría de Satanás.

¿Se da usted cuenta de cuán peligrosa es la sabiduría humana? ¿Puede usted hacerse una

idea de cuánta rebelión hay en nuestro propio uso del conocimiento que adquirimos? Ni Eva ni Adán tuvieron una idea. A ellos les pareció bueno y deseable. Se presentaba como algo liberador. Les proporcionaba los medios para ser independientes y autosuficientes. ¿Cómo le parece esto a usted hoy día? ¿Le atrae el pensamiento de ser algo o alguien? ¿O le atrae la idea de una completa dependencia de Otro?

CÓMO USAMOS LA PALABRA DE DIOS

Mientras examinamos el conocimiento del bien y del mal, la habilidad para conocer lo correcto y lo incorrecto, debemos también hacer referencia al uso de las Escrituras. La Biblia nos fue dada por Dios. Cada palabra fue exhalada de Su boca (2 Tim 3:16). Es provechosa para corrección, reprensión y entrenar en justicia. No podemos y, de hecho, no desearíamos jamás debatir este hecho.

Sin embargo, también es verdad que las Escrituras pueden usarse equivocadamente. Por ejemplo, Satanás, en su tentación de Jesús, citó la palabra de Dios. Muchísima gente, a través de las eras, inclusive algunos del pueblo de Dios, han usado y torcido las Escrituras para su propia destrucción (2 Pe 3:16).

Los fariseos son un buen ejemplo de esta falacia. Ellos sabían por el texto de Dios exactamente dónde nacería el Mesías, sin embargo, no fueron a adorarlo. Entendían que el

precio de la sangre no podía ser aceptado como ofrenda cuando Judas devolvió su dinero (Mt 27:6), sin embargo, ¡ellos fueron los que lo pagaron! Ellos escudriñaban diariamente las Escrituras (Jn 5:39) para saber lo que estaba bien y lo que estaba mal; sin embargo, no se acercaban ni se sometían a Jesús.

Cuán fácil es comer del árbol equivocado. Es muy posible, incluso, usar la Biblia para descubrir qué es correcto y qué no lo es (lo que es bueno y lo que es malo) y, luego, usar este conocimiento para guiar nuestras vidas. Los hipócritas del tiempo de Jesús no son únicos. Hoy en día, también encontramos muchos quienes usan las Escrituras frecuentemente, sin embargo, no están realmente sometidos a Dios.

Una vez que descubrimos por nosotros mismos la forma correcta y la incorrecta de actuar o pensar, estamos facultados por este conocimiento para vivir de una manera independiente y conducir nuestras vidas de acuerdo con principios “escriturales”. Podemos distinguir entre el bien y el mal por nosotros mismos y, de acuerdo con eso, tomar nuestras propias decisiones. Esta clase de actividad no es solamente posible, sino común.

Muchos cristianos se imaginan que pueden conformar su vida de acuerdo con las leyes bíblicas o a los principios del Nuevo Testamento y, de esta manera, agradar a Dios. Ellos estudian las Escrituras diligentemente, descubren lo que

es correcto y lo que es incorrecto, lo bueno y lo malo, y tratan de vivir de acuerdo con este conocimiento. De esta manera, damos cumplimiento a la Escritura cuando dice: “procurando establecer su (nuestra) propia justicia, no se sometieron a la justicia de Dios” (Ro 10:3).

Confío en que, por lo anteriormente tratado, usted pueda comenzar a ver el error de esta estrategia. El asunto aquí no es “lo correcto y lo incorrecto”. Ambos están en el mismo árbol, aquel que causa la muerte. Más bien, el asunto es aprender a vivir en comunión y dependencia de Dios. Él es el que debe dirigirnos y resolver nuestros dilemas morales, y es también quien nos dará el entendimiento de cómo actuar y qué debemos hacer.

Caminar en verdadera intimidad con Dios conlleva un alto grado de inocencia como la de un niño, quien no sabe tanto sobre cómo lidiar con los asuntos de la vida y todos sus problemas, sino que confía en todo momento en el Padre. Ciertamente, la Biblia es uno de los principales medios a través de los cuales Dios nos comunicará Su voluntad. Nuestra preocupación es que cada día debemos ser más dependientes de Él y menos autosuficientes.

¿Sabía usted que la Biblia puede causar muerte espiritual? ¡En sus páginas dice exactamente eso! Pablo nos enseña que la “letra” de la Biblia mata (2 Cor 3:6). Esto significa que es posible

usar las Escrituras de una manera equivocada que ministre muerte espiritual. Si tomamos el conocimiento de la Biblia en nuestras propias manos y actuamos con él independientemente de Dios, nos convertimos en ministros de muerte y esclavitud. Al igual que Eva, podemos comer del árbol de la muerte y compartir su fruto con otros. Podemos llegar a ser gente llena de conocimiento, conocimiento de lo que es correcto y de lo que es incorrecto, conocimiento de lo que debemos y no debemos hacer, conocimiento de lo que es “escritural” y lo que es un error. Luego, armados con este conocimiento, podemos transmitir esta información a otros, esperando que ellos comiencen a actuar como nosotros. Este es el ministerio de muerte.

EL MINISTERIO DE MUERTE

Creo que usted puede confirmar esto con su propia experiencia. ¿Alguna vez ha conocido cristianos que pensaban que lo sabían todo? Ellos tenían la certeza de que estaban más en lo cierto sobre casi todas las cosas. Ellos habían tomado las páginas del libro de Dios y las habían sintetizado en un esquema completo de doctrina para gobernar su conducta y la de los demás.

Aunque pueda haber mucho poco de su enseñanza que parezca equivocada, hay un “sabor” acerca de toda esta experiencia que no parece estar bien. La dulzura de Cristo está ausente. Las actitudes y el carácter de Jesús no están dominando. Más bien, lo que se transmite

es un sentido de obligación, conformidad y esfuerzo personal para tratar de alcanzar algún nivel de excelencia o el llamado “estándar bíblico”. Este es el ministerio de muerte. Comer del árbol de lo correcto y de lo incorrecto, del bien y del mal. Es usar la palabra de Dios, sin estar verdaderamente sometido a Él. Obediencia a las demandas de la ley no es lo mismo que comunión íntima con nuestro Señor. Bajo el Nuevo Pacto, la falta de intimidad con Dios es realmente rebelión contra Él.

El apóstol Pablo explica que es el Espíritu quien da Vida. Las mismas palabras bíblicas que podrían causar muerte cuando son usadas por el hombre natural, sin embargo, dan vida cuando son usadas bajo la autoridad y el control del Espíritu Santo.

Pablo dijo que era un ministro de Vida (2 Cor 3:6). Su uso de las Santas Escrituras no era algo derivado de su propia inteligencia. No venía del estudio ni la memorización. Aunque estoy seguro de que él meditaba diariamente en la Escritura, él sabía cómo someterse a Dios. Entendía que no estaba calificado para actuar independientemente, ni para interpretar y exponer las cosas de Cristo por sí mismo. Sabía cómo ser un receptáculo bajo el control de Jesús. Sabía cómo comer del árbol de la Vida.

Aquellos que entienden este secreto transmiten una impresión diferente. Este fruto también tiene un distintivo. Aquellos que caminan en la Vida

llevan el inconfundible aroma de lo divino. Hay algo acerca de ellos que comunica la dulzura de Aquel a quien amamos.

EL ÚLTIMO MINUTO Quizás la comprensión antes mencionada de los caminos de Dios nos pueda ayudar a entender por qué tantas veces debemos esperar hasta el último minuto por la liberación sobrenatural. ¿Cuántas veces hemos clamado a Dios, hemos esperado y esperado y, luego, hemos tomado el asunto en nuestras propias manos tal como el rey Saúl en el Antiguo Testamento? (1 Sam 13:7-15). Debemos aprender a depender completamente de Dios. Una y otra vez, Él nos probará para ayudarnos a ver cómo todavía confiamos en nuestras propias fuerzas.

Como hemos visto, este tema está muy cerca de Su corazón. Está en el centro de Su voluntad en lo concerniente al hombre. El verdadero cristianismo se vive en completa dependencia del Padre. Esto requiere una relación diaria y cercana con Él. Sin esto, la única opción es comer del árbol prohibido y, con la ayuda de su fruto, dirigir nuestro propio curso.

¡Cómo necesitamos cultivar una íntima relación con Jesús! Solo de esta manera seremos partícipes de Su Vida cada día. Es esta Vida la que nos llenará y guiará durante el día. Esta Vida es la que brotará de nosotros a otros en un verdadero ministerio espiritual. Jesús es la

fuentes de Vida. Él explica que, si venimos a Él, será en nosotros una fuente de Vida (Jn 7:38,39), que burbujea, se derrama y transmite esta Vida a otros a nuestro alrededor.

En relación con las cosas espirituales, hay dos clases de “conocimiento”. Uno que podría llamarse un conocimiento *acerca de* Dios. El otro es el conocimiento *de* Dios. El primero viene de un estudio intelectual de información disponible, el segundo de la intimidad con Él. Estos, queridos amigos, son los dos árboles. Ambos están disponibles hoy. ¿Cuál de los dos está escogiendo usted?

Muchos creyentes piensan que el crecimiento espiritual es el resultado del aprendizaje. Creen que cuanto más aprendan del estudio de la Biblia, la lectura de libros cristianos, por ir al seminario, etc., más crecerán espiritualmente. Parece común pensar que el aumento de conocimientos bíblicos acelerará el progreso espiritual. Pero no es así.

Por ejemplo, sostener un bebé recién nacido para cuidar de él y alimentarlo para que crezca. ¿Si usted lo tiene en su regazo mientras le lee en voz baja hará que crezca? Si recita fórmulas matemáticas o clases de geografía para él, ¿llegará a madurar? ¡Claro que no! Si no le da más nada, ¡va a morir! Usted está ministrando la muerte para él.

Lo que su bebé necesita es comida y bebida, una verdadera nutrición. Del mismo modo, tenemos que comer del árbol de la vida. Tenemos que beber y comer, alimentarnos de Jesús. Este alimento no proviene del aprendizaje ni del conocimiento, sino de la intimidad que cultivamos con Dios. Su propia vida es el alimento espiritual que tanto necesitamos. El fruto del árbol del conocimiento nunca va a satisfacer la necesidad. Lo que necesitamos no es más información acerca de Dios, sino la revelación que proviene de la presencia de Dios.

CAPÍTULO 4

LAS DOS NATURALEZAS

Lo que hemos estado viendo en los capítulos previos de este libro es que, desde el comienzo, Dios tuvo un plan maravilloso para el hombre. Su más profundo deseo fue crear un ser similar a Sí mismo que pudiera llegar a ser Su esposa. Nuestro Dios no estaba contento con estar solo para siempre, sino que formó a la raza humana con la capacidad de recibir su propia Vida eterna. Una vez que estén llenos de Su Vida, los hombres podrían entonces llegar a estar calificados para entrar en esta incomparablemente santa unión con Él mismo.

Este es entonces el asunto central en el universo hoy. La impartición de la Vida divina y el cambio de la humanidad en lo que necesita ser para cumplir con el plan sobrenatural está en el centro de todo lo que está ocurriendo en el mundo espiritual y el físico. No comprender esta revelación tan básica perjudicará seriamente nuestro caminar con Jesús y nuestro trabajo en conjunto con Él para llevar a cabo Su voluntad en la Tierra.

Mucha gente supone que cuando la obra de Dios en nosotros esté concluida, habremos “retornado al Edén”. En otras palabras, creen que Dios está

tratando de hacernos volver al estado original en el que Adán y Eva se encontraban en el huerto. Esto, suponen, que sería el punto culminante en la santidad.

Sin embargo, esta no es la verdad. A medida que examinamos estas criaturas originales que Dios hizo, descubrimos algunas deficiencias importantes. En su estado original, jamás podrían cumplir el plan de Dios. En primer lugar, como hemos visto en los capítulos anteriores, ellos no tenían en sí la Vida de Dios. Esto los descalificaba para poder entrar en una unión matrimonial con Él. En segundo lugar, vemos que no tenían una naturaleza santa como la de Él.

Sí, Adán y Eva no tenían pecado. Muchos eruditos de la Biblia describen su primer estado como “inocente”. Pero, como vemos, inocencia y ausencia de pecado no son lo mismo que santidad. Dios es supremamente santo. Esta es la esencia de Su naturaleza. Y porque Él es santo, leemos que “no puede ser tentado por el mal” (Sant 1:13). El pecado no le interesa. No hay nada en Su ser santo que esté en lo más mínimo interesado en el pecado. De hecho, ¡Él lo odia!

Por otro lado, cuando Adán y Eva fueron tentados, ¿qué ocurrió? Cayeron rápidamente. Su estado inocente y sin pecado no pudo resistir al diablo. No era lo mismo que la santidad de Dios.

De modo que, si la humanidad desea entrar en una unión matrimonial con el Altísimo, se necesitan efectuar algunos cambios en su ser. Primero, debe recibir la Vida divina y, en segundo lugar, debe tener una naturaleza santa. Nuestro Dios dice: “Sed santos, porque Yo soy santo” (1 Pe 1:16). Además, leemos que necesitamos “la santidad sin la cual nadie verá al Señor” (Heb 12:14).

Algunas personas en círculos cristianos hoy quisieran obviar por completo el asunto de la santidad. Ellos afirman que nacer de nuevo es suficiente y que la verdadera justicia (rectitud) es algo que solo obtendremos más adelante, después de que muramos. Les parece que mejorar un poco está bien, pero una seria liberación de todo pecado sería demasiado difícil y poco factible. Dicen: “después de todo, ¿a quién conoces que es *realmente* santo?”.

A otros les gustaría relegar la santidad a algo que solo existe en la mente de Dios. Suponen que ya somos santos porque Dios nos mira como santos. Piensan que realmente no necesitamos ser rectos porque los requisitos de Dios ya están satisfechos a través de Jesús y, por lo tanto, la santidad no es realmente un requisito. Estas ideas traen a colación muchos asuntos que por falta de espacio no los trato aquí, pero los trataré en un capítulo subsiguiente titulado “La sangre del pacto”.

En el Nuevo Testamento nos encontramos con la santidad real. Los apóstoles eran gente santa. A los creyentes del Nuevo Testamento se les instaba constantemente a que se purificaran, a abstenerse de pecado, a evitar la tentación y los placeres sensuales. Aquí en la Biblia, leemos acerca de una santidad (rectitud, justicia) que era “real”. Era visible. ¡La gente podía verla en los discípulos! No era algo etéreo, ni un tipo de santidad existente solo en sueños, sino algo que emanaba de las Vidas de los seguidores de Jesús.

No estoy diciendo que ellos eran todos perfectos, pero la mayoría ciertamente no estaba llena de permisividades carnales y pecado ni se refugiaban en las excusas de que Dios los consideraba justos. Estos discípulos eran amorosos, pacientes, generosos y compasivos; odiaban el pecado y no lo practicaban habitualmente. Su ejemplo es el que nosotros debemos seguir. La manera en que ellos vivían es la misma que debemos vivir en este presente mundo corrupto.

Esto nos lleva al meollo del asunto. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo podemos nosotros, seres humanos pecaminosos, ser santos? ¿Cómo podríamos siquiera aproximarnos a la altura de ser tan santos como Dios?

Para comenzar, debemos entender un principio muy importante. Cada vida tiene su propia naturaleza. Por ejemplo: un perro ladra porque

tiene la vida del perro dentro de él. Está en la naturaleza de la vida del perro el ladrar. Un manzano produce manzanas porque está en la naturaleza de la vida del manzano el producir este tipo de fruto. Este es un principio inalterable en el universo que Dios ha hecho. Ustedes nunca van a ver perros cantando como pájaros ni manzanos produciendo plátanos porque no está en la naturaleza de sus vidas hacer tales cosas. Del mismo modo, los seres humanos pecan por pertenecer a la naturaleza de la vida caída que heredamos de Adán al pecar. Por eso uno nunca tiene que enseñarles a los niños a pecar, ya que es algo espontáneo de la vida que poseen.

Conozco a una mujer cuya madre pensaba de otra manera. Ella pensaba que el pecado era algo que se aprendía de otros. De modo que cuando su hija era joven la resguardó de todas las influencias malas de afuera. La protegió y la crió como una planta tierna, libre de todo estímulo que pudiera corromperla.

Luego, finalmente, llegó el día en que esta niña “perfecta” conocería el mundo. La madre llevó a su preciosa hija a visitar a otra niña pequeña en el vecindario, pero no pasó mucho tiempo antes de que se suscitara una discusión entre estas dos niñas y he aquí ¡la niña “perfecta” golpeó a la otra niña en la cabeza con una muñeca!

El pecado es un producto de la vida caída que heredamos de nuestro padre Adán. Permítame

ser muy claro en cuanto a esto. La gente no siempre peca a cada minuto del día. Los manzanos no siempre producen manzanas, los perros no siempre ladran. Pero en algún momento lo harán. Es inevitable. Si se le da tiempo, la vida pecaminosa dentro de la raza humana siempre producirá fruto. No es posible que pudiendo seguir la inclinación de su naturaleza no lo haga.

Exactamente de la misma manera, la santidad es un producto espontáneo de la Vida de Dios. Dios muestra santidad porque la Vida dentro de Él es completamente recta. Él es perfectamente y puramente santo. No hay pecado que permanezca oculto en lo profundo de su ser. No tiene oscuridad dentro de Él. Dios no está tratando de ser santo. Él simplemente lo es. Además, nuestro Dios es el único ser en el universo que es así.

Por lo tanto, hay solo una forma de exhibir esta misma santidad. Debemos ser llenos de Su Vida santa y sin pecado. Así es. La única forma de ser verdaderamente justo (santo) es tener la Vida justa (de Dios) dentro de sí. Si usted vive por esta Vida, usted expresa su naturaleza. A medida que esta Vida perfecta se manifiesta en su ser, usted exhibirá una santidad maravillosa.

Esta justicia no es “la suya propia” (Flp 3:9). Aunque se vea en usted, es realmente la justicia de Otro. Creo que este hecho importante merece la pena repetirse. La única manera de ser santo

es vivir por la Vida de Dios. Cuando recibimos a Jesús, recibimos una Vida que no fue creada y es santa, y cuando vivimos por esta otra Vida que hemos recibido, manifestamos la naturaleza de esa nueva Vida, la santidad.

VIVIR POR EL PADRE

Jesús es un ejemplo de esto. No hay duda de que Él recibió una vida humana de Su madre, María. Pero también recibió la Vida divina de Dios. Nuestro maravilloso Salvador escogió vivir Su vida por la fuente más elevada. Él dijo: “Así como me envió el Padre viviente, *y yo vivo por el Padre...*” (Jn 6:57). Jesús tenía al Padre viviente dentro de Él. Es más, Él “vivía por el Padre”. Esto significa que cada aspecto de Su vivir estaba dominado por la Vida del Padre. Sus pensamientos, sus sentimientos, sus acciones, sus reacciones y aun las expresiones de su rostro eran el producto de la Vida sobrenatural. Por lo tanto, Él era una expresión completa del Padre. En todo lo que decía y hacía, el Padre se manifestaba. Jesús afirmó: “*Las palabras que yo les hablo, no las hablo de mí mismo, sino que el Padre que mora en mí hace sus obras*” (Jn 14:10). Jesús no estaba “expresándose a Sí mismo”, no estaba hablando con Sus propias palabras ni haciendo Sus propias obras. Él estaba en cada detalle, sujetándose a Su padre. La Vida del Padre estaba fluyendo a través de Él y la naturaleza del Padre brotaba abundantemente de Él. Jesús era una

manifestación perfecta y completa del Dios Todopoderoso.

De la misma manera exactamente, ¡nosotros podemos vivir por Jesús! (Por favor no pase por alto esto. Esta debe ser una de las revelaciones más importantes de la Biblia). Podemos estar motivados en cada aspecto de nuestro ser mediante una Vida sobrenatural. Jesús explica: *“Así como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, de la misma manera el que me come también vivirá por mí”*. (Jn 6:57).

Esto es realmente emocionante. Podemos vivir por medio de otra Vida. En realidad, podemos tener una Vida substituta que anima cada aspecto de nuestro ser, y esta Vida es santa y pura. No puede ser tentada por el pecado. Es recta en cada aspecto. ¡Aleluya! Esta es una gran y maravillosa verdad.

Nosotros, meros seres humanos, nacidos en una raza pecaminosa, podemos renacer en otra. Podemos llegar a ser uno de los hijos de Dios. Podemos recibir la misma Vida de Dios y entonces, vivir por esa Vida y expresar Su naturaleza santa al mundo. Esta es la verdadera santidad. No es algo que solamente existe en la mente de Dios. No es una rectitud invisible. Esta clase de justicia es auténtica, práctica y realista. Es algo que la iglesia de nuestros días necesita desesperadamente.

Usted podría decir que esta es una maravillosa idea, pero ¿cómo es posible? Hay varios aspectos en esta pregunta que estaremos explorando en los capítulos restantes de este libro, pero el más importante está revelado aquí mismo, en el versículo anterior. En otro lugar Él declara que, “si no comen la carne del Hijo del Hombre y beben su sangre no tienen vida en ustedes” (nosotros) (Jn 6:53). Esta palabra “Vida” aquí, en el griego es ΖΟË, refiriéndose a la Vida de Dios, que hemos examinado en capítulos previos. Vemos que comer y beber de Jesús es la clave para vivir a través de Su Vida. Cuando nos llenamos de Jesús, Él se manifiesta a través de nosotros.

LA IMPORTANCIA DE LA COMUNIÓN

Esto nos lleva al asunto de la comunión. Tener “comunión” con alguien significa tener un íntimo compañerismo con esa persona. Cuando tenemos intimidad con otra persona, nos reunimos, abrimos nuestro corazón y tenemos un intercambio íntimo de ideas, palabras y sentimientos. Este significado de la palabra “comunión” es muy bíblico. También, en la iglesia hoy, “tomamos” o tenemos la comunión. Esto se refiere a la “reconstrucción” que hacemos de la cena del Señor, en la que participamos juntos comiendo el pan y bebiendo el vino. Lo que podemos entender de esto es que tener compañerismo íntimo con Jesús es el acto de comer y beber de Él. Cuando venimos a Su presencia, abrimos nuestro corazón a Él y

tenemos un intercambio íntimo, estamos participando del cuerpo y la sangre de Jesús. Esto es tener comunión.

Tal comunión íntima en el espíritu es una parte esencial de la vida cristiana. Sin ella “no tenemos Vida” en nosotros (Jn 6:53). (Si usted se considera así mismo cristiano y no tiene idea de lo que significa la comunión con Dios, por favor, busque a alguien que camine en intimidad con Dios para que lo ayude. ¡No pase otro día sin tener intimidad con Dios!).

El compañerismo con Dios es el corazón de una experiencia cristiana genuina. Es la raíz de todo nuestro caminar espiritual. Sin querer caer en lo legalista, debo insistir en que esta sea nuestra experiencia diaria.

¿Cómo podemos entrar en una comunión así con Dios? Para comenzar, debemos experimentar un profundo y completo arrepentimiento. Debemos quitar de nuestra vida todo lo que sabemos que es desagradable para Dios. Es imposible disfrutar de un íntimo compañerismo con Dios mientras estemos involucrados en algo que sabemos que a Él le desagrada.

Piénselo, si usted quiere pasar un tiempo agradable visitando a un amigo o pariente, pero está haciendo algo que esta persona desaprueba ¿No afectará esto su tiempo juntos? ¡Ciertamente que sí!

De la misma manera, cuando estamos involucrados en actividades o tenemos actitudes que contristan el corazón del Señor, esto limitará nuestra intimidad con Él. Usted no puede tener una dulce comunión con Jesús y estar en pecado. Sin esta comunión, usted nunca estará lleno de Su Vida ni expresará Su naturaleza. La única alternativa entonces es esperar que Él piense que usted es justo cuando usted sabe que no lo es. Personalmente, creo que debemos adecuar nuestra vida para que sea conforme a la palabra de Dios, en lugar de buscar una doctrina que nos excuse para seguir siendo como somos.

Luego, todos necesitamos una exhaustiva y completa consagración. Debemos ofrecer nuestro ser como un sacrificio vivo a Dios (Ro 12:1). Nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu deben ser de Dios. Nuestra mente, nuestras emociones y nuestra voluntad deben rendirse a Su control. Nuestras posesiones, nuestras esperanzas para el futuro, nuestros planes, nuestras familias, nuestras finanzas: todas estas cosas deben ofrecerse completamente y sin reserva a Su altar.

A menos que estemos completamente dispuestos a obedecer a Jesús en todo aspecto de nuestra vida, esto entorpecerá nuestra comunión con Él. Creer en Jesús es una cosa, seguirlo adondequiera que vaya es otra. Para tener una dulce comunión con Dios, debemos ser obedientes a Su voz y estar dispuestos a ir con Él donde vaya. Verdaderamente, Jesús ha

dicho: “donde yo estoy, allí también estará mi servidor”. (Jn 12:26)

Todos los cristianos necesitan estar llenos del Espíritu Santo. Esta también debe ser nuestra experiencia, no solamente una doctrina. No tengo interés en debatir cuándo o cómo podemos ser llenos con el Espíritu Santo de Dios. Solo sé que es esencial y bíblico. Además, no veo cómo puede estar lleno del Dios del universo y no saberlo.

Para ser llenos del Espíritu de Dios, necesitamos abrir nuestra vida completamente a Él. Nuestro corazón debe estar preparado y dispuesto para recibir lo que Él quiere darnos. Después de nuestro arrepentimiento y consagración, estamos entonces en condición de rendir nuestro corazón y abrirnos completamente. Él nos llenará de Su ser.

Dar el Espíritu Santo es una promesa de Dios. Búsquenlo y lo hallarán. Si hay algún impedimento, Él se lo revelará si su corazón es sincero. Recuerde, Dios nunca le impondrá Su presencia a nadie. Usted debe estar completamente preparado y dispuesto si quiere recibir todo lo que Él tiene para darle.

ALIMENTARSE DE LA PALABRA DE DIOS

Dios se revela en Su palabra. Aquí es entonces donde podemos ir para experimentar “comer” de Él. Podemos alimentarnos de Él a través de Su palabra. El profeta dice: “Fueron halladas tus

palabras, y yo las comí. Tus palabras fueron para mí el gozo y la alegría de mi corazón” (Jr 15:16).

Cuando abrimos nuestras Biblias, al mismo tiempo, debemos abrir nuestro corazón a Él. Debemos buscarlo en Su palabra. Cuando usted lea su Biblia, no se preocupe tanto por tratar de entender todo. Más bien, me gustaría recomendarle que buscara tener compañerismo con Dios en sus páginas. Permita que Él le hable a usted. Ore acerca de lo que le está revelando. Relea los versículos y los pasajes que Él le ilumina. Medite sobre lo que Dios le esté revelando acerca de Sí mismo. Tenga intimidad con Él.

De esta manera, usted estará comiendo espiritualmente. Esto hará que crezca y sea lleno de la Vida divina. Cuando este “comer espiritual” se convierta en su hábito diario, usted empezará realmente a vivir a través de Él (Jn 6:57). Entonces, comenzará a expresar espontáneamente la naturaleza de Dios al mundo.

Cuando yo era un cristiano nuevo, leía la Biblia bastante. Era un libro nuevo y vivo para mí. Pero, a medida que el tiempo pasaba, yo quería entenderlo todo, especialmente acerca de las profecías y el libro del Apocalipsis. Pronto estaba leyendo la Biblia con la intención de entender cosas. Quería entender las bestias, los cuernos,

las tres ranas y todo el resto de esta fascinante revelación.

Después de continuar de esta manera por un tiempo, comencé a notar un problema. Este santo libro, el cual anteriormente había sido tan vivo y refrescante, se volvió un tanto árido, y mi entusiasmo por leerlo se redujo gradualmente. Esto me hizo clamar a Dios. ¿Cuál era el problema? ¿Por qué mi tiempo con Su palabra era tan insatisfactorio?

En respuesta a mi oración. Dios me guio a un versículo que decía: “En ella [la Palabra, Jesús] estaba la Vida (ZOË) y la Vida era la luz de los hombres” (Jn 1:4). Con esto, me di cuenta de que es la Vida Divina la que produce iluminación. Tratar de entender la Biblia no produjo Vida. Pero, el llenarme de Dios, a través de la comunión con Él no solo era satisfactorio, sino que, a través de ella, Él me revelaba cosas de Su palabra.

BEBER DEL ESPÍRITU DE DIOS

Dios también se derrama a nosotros a través de Su Espíritu. No solo podemos comer de Su palabra, sino que también podemos beber a satisfacción de Su Espíritu. Todo lo que tenemos que hacer es abrir nuestro corazón y permitirle derramarse a Sí mismo en nosotros. Todo lo que Él es está disponible para nosotros abundantemente a través del Espíritu. Me gusta mucho el hecho de que Dios ha *derramado* Su

Espíritu. No lo ha dado por gotas. No lo da escasamente.

“Derramar” implica el vaciar, no tan solo un poco a la vez. Esto quiere decir que podemos tener todo lo que queremos. Si hay alguna deficiencia en nuestro beber no es de parte de Dios. Su voluntad es que nosotros lo aprovechemos tan frecuentemente como lo deseemos.

Podemos beber del Espíritu de Dios en oración. Cuando venimos a Su presencia, tenemos compañerismo con Él y podemos beber de todo lo que Él es. Orar en el Espíritu Santo es una maravillosa oportunidad para participar de la comunión con Dios. Es en esos momentos en los que debe tratar de permitirle al Espíritu Santo guiar sus oraciones. No solo ore por sus problemas. ¿Qué le parecería tener un amigo o amiga que solo hablara de sus problemas todo el tiempo?

Permítale al Espíritu de Dios que llene y lo guíe en estos tiempos de intercesión y compañerismo y, cuando esté en la presencia de Dios, no hable solo usted (Ecl 5:1). De hecho, es mejor escuchar más. Su Padre amoroso tiene mucho que revelar a aquellos que tienen un corazón dispuesto y receptivo.

También nuestros tiempos de adoración son una oportunidad para abrir bien la boca y beber. No solamente en público, sino en nuestros tiempos

privados con Jesús, podemos beber de Su Espíritu a través de nuestra adoración.

Cuando adoramos, es importante que nos humillemos delante de Dios. “Adoración” y “orgullo” son opuestos. En nuestro mundo actual, encontramos muy poca de esa actitud de postrarnos ante otro y adorarlo. Sin embargo, Dios es digno de tal alabanza. Cuando venimos delante de Él con el corazón abierto y humilde, la adoración espiritual se convierte en un tremendo gozo. De hecho, no conozco placer más grande sobre la Tierra que el entrar profundamente en una experiencia de adoración delante del trono de Dios. Esto también es beber del Espíritu del Señor.

Comer y beber de Jesús en el Espíritu nos llenará de Su Vida, y el estar llenos de Su Vida nos hará manifestar Su naturaleza. La verdadera santidad y rectitud son un producto de la Vida sobrenatural de Dios. Es algo maravilloso que nosotros, los seres humanos, podamos llenarnos y animarnos a través de la Vida de Otro. Podemos dejar que una Vida más alta tome el control de nuestra mente, nuestras emociones y nuestras decisiones.

Nosotros, que nacimos como meros seres mortales, inferiores aún a los ángeles, podemos recibir una Vida que no fue creada y realmente hacer que esta Vida viva a través de nosotros. Jesús puede llenar nuestro Ser. Podemos convertirnos en receptáculos que contienen un

gran tesoro. En lugar de expresarnos a nosotros mismos y a nuestra naturaleza caída, podemos permitir que Jesús se revele a Sí mismo a través de nosotros al mundo. Podemos, verdaderamente, vivir por Él (Jn 6:57). Nuestra responsabilidad, por lo tanto, es llenarnos de esta Vida. La verdadera comunión es una necesidad absoluta en la vida cristiana.

La Vida divina manifiesta la naturaleza divina. No puede ocurrir ni ocurrirá jamás de ninguna otra manera. Solo la Vida de Dios manifiesta Su naturaleza verdaderamente. No se puede llegar nunca a esta misma meta a través de obedecer la ley del Antiguo Testamento y los mandamientos.

La razón de esto es que estas ordenanzas externas son “débiles” (Rom 8:3) porque operan a través de la carne. Obedecer la ley requiere la operación de su propia voluntad y determinación. Requiere de sus propios esfuerzos. Involucra que usted viva por su propia vida. Mientras una persona muy fuerte puede ser capaz de llegar a cierto nivel de “cumplimento legal” y, por lo tanto, a una justicia externa, esto no satisface los verdaderos requerimientos de Dios. Leemos que “por las obras de la ley nadie será justificado delante de Él” (Rom 3:20).

¿Por qué no? Porque el cumplimiento legal no penetra el corazón del hombre. No puede cambiar su verdadera naturaleza. Solo la sustitución o el “intercambio” de nuestra vida

por la Suya puede efectuar los cambios que Él verdaderamente desea.

¿IMITAR A DIOS?

Lo mejor que podemos hacer con nuestros propios esfuerzos es llegar a un tipo de imitación de Dios. Pero ¿quién quiere una imitación? ¡Por cierto que Dios no! Él dice que la justicia que podemos lograr con nuestros propios esfuerzos le parece como trapos de inmundicia (Is 64:6).

En este contexto, recuerdo una imagen que vi una vez en una revista de un chimpancé vestido como un hombre. Tenía puesto un sombrero, un saco y una corbata. Estaba fumando un gran cigarro. Ahora, aun cuando estaba vestido como un hombre, todos podían ver que era solo un chimpancé.

De la misma manera, muchos creyentes están esforzándose mucho por actuar como Dios. Tienen un cierto código de vestimenta. Se arreglan el cabello de una manera especial. Hay una gran variedad de cosas que hacen y no hacen para tratar de parecer santos, tal como Dios. Pero, cualquiera con ojos espirituales puede ver que esto es solo cristianismo de chimpancé. Es una imitación de lo real. Es solo un ser humano tratando de vestirse y actuar como Dios.

No solo se aplica esta verdad a guardar la ley, sino también se aplica a vivir por los principios del “Nuevo Testamento”. Mientras que muchos

cristianos entienden que guardar la ley nunca puede satisfacer a Dios, en lugar de esto están tratando de vivir su vida siguiendo toda una serie de principios del Nuevo Testamento. Han estudiado el libro de principio a fin y, de él, han sintetizado toda una serie de cosas que hacer y no hacer, de obligaciones y opciones. De hecho, hay maestros de la Biblia yendo de una parte a otra del país y del mundo, propagando exactamente este tipo de cristianismo. Ellos creen que no están “guardando la ley” pero han encontrado una nueva forma de agradar a Dios: seguir los principios del Nuevo Testamento.

Desafortunadamente, este método nunca alcanzará el nivel requerido por Dios tampoco. Esto también opera solo a través de los esfuerzos de la carne. Es también cristianismo de chimpancé. Nuestro Dios solo está satisfecho con Su Hijo. Él es Aquel con quien el Padre está complacido (Mt 17:5). Es solo cuando Él ve que Su Hijo se manifiesta a través de nosotros que Él está contento con lo que ve. Solo la Vida de Dios manifiesta Su naturaleza.

Estos últimos años, ha habido una campaña llamada “¿Que haría Jesús?”. De acuerdo con este método, se nos insta a que, en cada situación, antes de actuar o hablar, nos detengamos y tratemos de pensar lo que Jesús haría. Luego, se nos instruye que tratemos de actuar como Él lo haría.

El hecho de que la gente quiera expresar a Jesús es encomiable. No quiero ser demasiado negativo. Pero la verdad es que este método no puede nunca aproximarse al santo requerimiento de Dios. En primer lugar: ¿Cómo podríamos siquiera saber lo que Jesús diría o haría en una situación dada? Es verdad que tenemos el Nuevo Testamento, en el que podemos leer acerca de muchas cosas que Jesús dijo e hizo. Sin embargo, una cosa que descubrimos allí es que muchas veces Jesús era impredecible. Lo que decía y hacía era muy inesperado. Es imposible que nosotros anticipemos o imitemos Sus palabras y acciones.

La segunda cosa que aprendemos es que Él dijo e hizo todo viviendo a través del Padre. Lo que desesperadamente necesitamos hoy no es una imitación de Dios, sino una expresión de Dios. Lo que el mundo requiere es ver a Dios manifestándose a Sí mismo a través de nosotros. Esto solo puede lograrse cuando vivimos por medio de otra Vida.

El Espíritu Santo que Dios nos ha dado no es simplemente un tipo de aditivo. Muchos cristianos parecen creer que mientras los judíos nunca pudieron guardar la ley, como lo evidencia la historia judía, los cristianos pueden, porque tienen un nuevo combustible en su tanque: “el Espíritu Santo”. Con este nuevo aditivo, ahora tienen el poder para hacer lo que los judíos nunca pudieron hacer sin él.

Es crucial que esto se lo entienda claramente: el Espíritu Santo no fue dado para energizar la carne o fortalecer la vida natural de modo que pudiera vivir como Dios. Esto está lejos de la verdad. Más bien, el “espíritu de Vida (ZOË) en Cristo Jesús” (Rom 8:2) fue enviado como reemplazo.

La vida vieja que heredamos de Adán está defectuosa. No puede repararse. Puede pecar y lo hará mientras esté activa. Ninguna cantidad de corrección o supresión puede cambiar su naturaleza. La naturaleza de la vieja vida es pecar y debe ser reemplazada. La buena noticia es que podemos recibir otra Vida y vivir a mediante esta. Esta Vida siempre expresa la naturaleza divina.

Algunos pueden preguntar: ¿Para qué sirve la ley? ¿Por qué tenemos escritos para nosotros tantos principios del Antiguo y el Nuevo Testamento? Dios nos ha dado su ley por una razón muy importante. Es para mostrarnos cuán lejos estamos de alcanzar su justicia. Es para darnos convicción de pecado. Cuando actuamos de una manera que no manifiesta a Dios, quedamos expuestos.

La ley se aplica “para los rebeldes e insubordinados, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, para los fornicarios, para los homosexuales, para los

secuestradores, para los mentirosos, para los perjuros”, etc. (1 Tim 1:9,10).

Los estándares de Dios no se relajaron. Simplemente porque “hemos muerto a la ley” (Rom 7:4), solo porque hemos sido perdonados, no significa que hemos sido liberados de pecar. ¡No! El estándar de Vida de Dios es aún más alto. Lo que estamos diciendo aquí es que el requerimiento de rectitud de Dios no puede satisfacerse jamás mientras la vieja vida obre a través de la carne, sin importar cuán bien intencionados, autocontrolados o decididos podamos ser. Solo la Vida de Dios puede satisfacer Sus estándares. Solo Él es verdaderamente santo.

La ley es un retrato de la santidad de Dios. Nos muestra, en una forma limitada, cuán puro es Él realmente. Supongamos que le muestro un retrato de mi esposa. Usted podría ver el color de su cabello, sus ojos y su hermoso rostro. Ahora, supongamos que yo pudiera traerla para que usted la conociera y viera que es mucho más que lo que se ve un retrato. Ella se sentiría ofendida si usted continuara contemplando su retrato y no le prestara atención a ella. Ella es el cumplimiento de su retrato.

De la misma manera, Cristo es el cumplimiento de la Ley. Él no es menos santo, y no nos da permiso para pecar. Su intención es llenarnos de Él porque quiere vivir en nosotros y a través de nosotros, de tal manera, que la ley sería una

mera sombra de la rectitud que Él mostrará por medio de Su pueblo.

Queridos amigos, oro para que nuestro Padre les dé una completa comprensión de estas cosas. Verdaderamente es un misterio. Las meras palabras nunca podrán transmitir la magnitud de esta revelación que es “Cristo en vosotros”, la esperanza de gloria (Col 1:27). Mi esperanza es que, de alguna manera, a través de este escrito, usted pueda motivarse a buscar más a Dios y entrar en una comunión íntima con Él y que, con el tiempo, pueda declarar como Pablo lo hizo: “Ya no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí (Gal 2:20).

CAPÍTULO 5

LA SENTENCIA DE MUERTE

En varios de los capítulos anteriores, hemos estado hablando sobre el hecho de que, como cristianos, tenemos dos vidas y dos naturalezas. De nuestro padre Adán, recibimos una vida (*PSŪCHĒ* en griego) natural, humana, con una naturaleza caída y pecaminosa. Cuando “nacemos de nuevo” recibimos de Dios el Padre una Vida que no fue creada y que posee la naturaleza divina (*ZOĒ* en griego). Cada creyente en Jesús tiene dentro de su ser dos vidas que manifiestan dos naturalezas diferentes.

En consecuencia, cuando vivimos por nuestra vida natural, expresamos nuestra naturaleza pecaminosa y, cuando vivimos por la Vida nueva y divina, manifestamos la naturaleza santa de Dios. Es aquí entonces que los cristianos encuentran un dilema. ¿Cómo es posible estar lleno de la Vida de Dios y manifestarla? Además, ¿cómo es posible ser libre de la vieja vida que está constantemente produciendo pecado?

En el capítulo anterior hablamos de la necesidad de la comunión con Dios para estar llenos de Su Vida. Aquí nos enfocaremos en el maravilloso plan de Dios para librarnos del pecado. Para

entender el plan completamente, necesitamos comprender plenamente la corrupción de la naturaleza humana.

Cuando Adán y Eva comieron del árbol del conocimiento del bien y del mal, un profundo cambio ocurrió en su interior. La naturaleza misma de sus vidas fue alterada. Se hicieron pecadores.

La vida humana dentro de ellos, que antes era pura y sin pecado, quedó contaminada con el pecado. El fruto de la vida caída es el pecado. Es el producto espontáneo de la vida caída que está dentro de ellos.

Los hombres de hoy pecan, no porque resbalan de vez en cuando y hacen algo malo, sino porque es su naturaleza hacerlo. Lo que sale de ellos es simplemente una expresión de lo que hay en su interior. Aunque la plena expresión de esta pecaminosidad, de alguna manera, se mantiene bajo control a través de los gobiernos, la presión social y la conciencia humana, en varias ocasiones en la historia, este “principio de pecado” ha aflorado sin control. Quizás la historia de Sodoma y Gomorra y el ejemplo más reciente del “holocausto” nazi ilustren adecuadamente este punto. Estos tiempos de pecado desenfrenado ilustran de una mejor manera cómo es la naturaleza pecaminosa del hombre.

Algunos pueden argumentar que el hombre no es completamente pecaminoso. Algunas veces, el hombre natural puede producir algunos sentimientos y acciones realmente loables. Ciertamente es verdad que los hombres pueden y, de hecho, exhiben buenas cualidades, pero tarde o temprano cometen pecado. Puede ser en alguna forma oculta, secreta, quizás solo en su mente, pero todos los hombres pecan y no alcanzan la gloria de Dios (Rom 3.23).

Si pudiéramos ver profundamente en el corazón de cada hombre cómo Dios lo hace, sin duda encontraríamos en cada “buen” pensamiento o acción un elemento de autosatisfacción, orgullo o un motivo egoísta. Esta mancha del “ego” descalifica a la persona de ser verdaderamente recta como Dios lo es. La verdad es que el hombre es irremediabilmente pecaminoso.

Quizás una buena manera de entender el problema sería pensar en una jarra llena de jugo de fruta. Este jugo es completamente sano y delicioso. Pero supongamos que alguien se acerca y pone en el jugo un poquito de veneno. Todo el recipiente de jugo queda contaminado y ya no puede beberse. En teoría, hay bastante jugo “bueno” en la jarra, pero todo ha quedado contaminado y no se debe beber. No hay forma segura de separar el veneno del jugo. La única solución es botarlo todo. Dependiendo del recipiente, incluso este también debe botarse.

Cuando Dios creó al hombre, Él le dio instrucciones concernientes al árbol del conocimiento junto con una seria advertencia. Dios dijo: “el día que comas de él, ciertamente morirás” (Gn 2:17). Dios pronunció esta sentencia por una buena razón. Comer de este árbol iba a hacer que sus naturalezas cambiasen y sus vidas quedaran contaminadas. La única solución para este problema de pecado era erradicar al pecador. El pecador, para no pecar más, ciertamente debe morir.

En el universo que Dios creó, dispuso esta única posibilidad. La solución para el pecado es la muerte. El pronunciamiento original de Dios fue y es verdad hoy. La Biblia dice: “El alma que pecare, esa morirá” (Ez 18:20). Esta es la única forma posible de librar a la humanidad del pecado. La raza misma debe ser eliminada.

El veneno contaminante no puede separarse del jugo. Todo debe botarse. Pablo, el apóstol, confirma esta verdad en su propia vida cuando declara: “Pero ya teníamos en nosotros mismos la sentencia de muerte, para que no confiáramos en nosotros mismos sino en Dios que levanta a los muertos” (2 Cor 1:9).

EL PLAN DIVINO

En los capítulos anteriores, hemos estado viendo que Dios creó al hombre con un plan maravilloso en mente. Su deseo divino fue crear una criatura a Su imagen y semejanza quien, en un futuro,

recibiría Su Vida y se convertiría en Su esposa. Sin embargo, con la caída de la humanidad, parecía que este deseo de nuestro Señor quedaba frustrado. Lo que originalmente había sido puro y bueno, quedó contaminado por el mal. Sin embargo, nuestro Dios es extremadamente sabio. Él, aun antes de la fundación del mundo, sabía todo lo que ocurriría. Con este prenocimiento, planeó y preparó una manera de poder lograr todo lo que estaba en su corazón en un futuro.

La primera parte de Su plan que hemos estado viendo es que Dios ha ofrecido a los seres humanos una Vida substituta. Esta Vida de Dios (Ef 4:18) que podemos recibir a través de Jesucristo, es verdaderamente la respuesta. Esta es la Vida que le agrada a Dios y que no peca y, de hecho, *no puede pecar*. Esta es la Vida ZOË acerca de la cual hablamos en el capítulo 2.

La segunda parte del plan que estaremos investigando es cómo la vieja vida del alma, con su naturaleza vieja, puede eliminarse. (Aclaro aquí que no estamos hablando de perder nuestra vida física, sino acerca de la vida del alma o PSÛCHË). Hay solo una cantidad de “espacio” en cada ser humano. No podemos ser llenados con dos “vidas” al mismo tiempo. Para ser llenos de la Vida de Dios (ZOË), debemos ser librados de la nuestra (PSÛCHË). Por lo que hemos explicado aquí, la solución al problema es

la muerte. La vida del alma seguramente debe morir.

Aquí hay un aspecto del evangelio que muy pocos cristianos entienden. Mucha gente recibe a Jesús con la esperanza de alguna gran mejora en su vida. Quizás piensan que se sentirán mejor y que encontrarán la solución a todos sus problemas o, incluso, que llegarán a ser ricos y prósperos.

Pero la verdad de Dios se pone de manifiesto en las palabras que Jesús dijo claramente: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame” (Mt 16:24). Esto de “tomar su cruz” que menciona Jesús no significa que hay que llevar unos pedazos de madera con una forma especial. Tampoco se refiere a una joya que podemos ponernos. Es un instrumento de tortura y muerte. Consideremos también que esta es “nuestra cruz”. Somos nosotros los que debemos morir.

En aquellos tiempos, nadie llevaba una cruz por diversión. Además, cuando alguien lleva una cruz, no caminaba solo. Él estaba rodeado de soldados romanos. Además, no estaba libre por el pueblo, iba a un lugar específico con un destino específico. Iba a ser crucificado y morir. Por lo tanto, cuando Jesús nos enseñó a tomar nuestra cruz, estaba hablando precisamente sobre este evento, nuestra muerte.

Recibir el regalo de la vida de Dios y seguirlo significa que usted debe morir. Su alma debe eliminarse del universo. Esta es la única solución para usted. Esta es una parte integral del plan de Dios. A pesar de que quizás prefiera centrarse en cosas más positivas como el amor de Dios, nuestra muerte es también parte del evangelio y, para comprender realmente el evangelio, tenemos que entender el aspecto de la muerte con mucha claridad.

¿Realmente está convencido de su pecado?
¿Realmente entiende lo que significa la luz de Dios y cuánta maldad tiene usted en su ser interior? ¿Está usted realmente arrepentido, no solo por lo que ha hecho sino por lo que es? Cuando recibió a Jesús, ¿lo hizo con la comprensión de que era el fin de su propia vida? Si no puede honestamente responder “sí” a estas preguntas, entonces no tiene una relación con Jesucristo, ni ha entendido realmente el evangelio y está en peligro de perder la mayor parte, sino es que todo, de aquello que Dios tiene en mente para usted.

Dediquemos un poco de tiempo aquí para hablar del bautismo. Claramente, el bautismo es una parte integral en el mensaje que Jesús predicó. Leemos: “El que cree y es bautizado será salvo” (Mc 16:16). Pablo y los otros apóstoles también practicaban el bautismo. Pero, ¿qué significa el bautismo? Significa estar listos para morir. Ser sumergidos debajo del agua no es un baño, significa morir.

Somos bautizados en la muerte de Jesús (Rom 6:3). Nuestro bautismo significa que estamos confesando que somos dignos de morir y que estamos, de hecho, preparados y dispuestos para experimentar la muerte que Cristo cumplió por nosotros. Significa que hemos entendido nuestro pecado y el juicio de Dios sobre este.

Nuestro bautismo testifica acerca del fin de todo lo que éramos, somos, o lo que alguna vez quisimos ser. Estamos de acuerdo con la sentencia de muerte dada por Dios y estamos preparados para que Él la aplique en nosotros. Si usted ya ha sido bautizado sin tener una clara comprensión y convicción, entonces realmente usted no ha captado el mensaje de Jesucristo.

MUERTE Y RESURRECCIÓN

Jesús dijo: “El que cree en Mí, aunque muera, vivirá” (Jn 11:25). Aquí tenemos un misterio grande e importante. En Jesucristo, podemos realmente experimentar la muerte y, sin embargo, aún vivir. El inalterable juicio de Dios que determina que debemos morir puede ejecutarse sobre nosotros sin eliminarnos completamente.

Nuestro Padre, en Su gran sabiduría, ha establecido una forma para que nosotros pasemos a través de la muerte sin ser destruidos. En Cristo, lo que somos como seres humanos naturales puede ser crucificado y

reemplazado por todo lo que Él es. Podemos pasar por la muerte para tener Vida. (1 Jn 3:14).

Aquellos que están en Cristo Jesús no dejan de experimentar la muerte. Pasan a través de ella y resucitan en novedad de Vida, esto sucede a su vida del alma, incluso antes de que hayan experimentado la muerte del cuerpo físico. La necesidad de que Dios elimine a los pecadores no ha cambiado ni se puede cambiar. Si Él permitiera a los pecadores entrar en Su reino eterno, contaminarían el nuevo mundo tal como han contaminado el antiguo. Ni la represión ni la reeducación harán que la vieja naturaleza sea apta para entrar en el Reino de Dios y, por lo tanto, esta vieja naturaleza debe ser y será eliminada. ¡Gloria a Dios porque Él ha creado un camino para nosotros! En Él, podemos experimentar ambas cosas: muerte y resurrección. Tal como Noé en su arca pasó a través del juicio de Dios sin morir, así en Cristo, nosotros también podremos pasar a través de la muerte y tener su Vida.

No hay resurrección sin experimentar la muerte primero. Ninguna persona viviente puede resucitar. Por lo tanto, si queremos ser llenos de la Vida de resurrección de Cristo, debemos ser “semejantes a Él en su muerte” (Flp 3:10). Para estar llenos de Su Vida, debemos experimentar Su Muerte en la cruz.

La cruz de Cristo está en el centro del mensaje del evangelio. Este instrumento romano de

tortura y muerte está en el centro del cristianismo. Pero ¿qué significa? No es solo un símbolo cristiano o un objeto de joyería. Nos habla del final de nuestras vidas. Esto significa su fin. Sus esperanzas, sueños, opiniones, deseos, inquietudes, planes y futuros no son más suyos. Usted mismo, de hecho, ha sido juzgado y crucificado. Ya no hay más lugar para su “yo” en el universo de Dios.

En su lugar está la Vida de Otro. Uno más grande y digno que usted está preparado y dispuesto a llenar su ser con todo lo que Él es. Ya no lo verán y escucharán a usted. Ya no será más su voluntad la que se cumpla, ni predominará lo que a usted le importa. En su lugar, el Dios del universo usará su mente, emociones, voluntad y aún su cuerpo para hacer Su voluntad sobre la Tierra.

Cuando Jesús murió en la cruz del Calvario, de una manera espiritual que es difícil de entender, nosotros morimos también con Él (Rom 6:4-6). Cuando Él fue levantado de los muertos, también nosotros fuimos levantados con Él. La cruz de Cristo es un lugar de muerte y resurrección. Es allí donde se produce un intercambio importante.

En la cruz, intercambiamos todo lo que somos por todo lo que Él es. Nuestra vida del alma, con su naturaleza pecaminosa, muere y Su Vida con Su naturaleza Santa vive en su lugar. Nosotros menguamos y Él crece (Jn 3:30). Nuestra muerte

con Él es una maravillosa liberación de lo que somos, lo cual hace espacio para llenarnos de todo lo que Él es.

Si está dispuesto y preparado para esto, será una gran bendición y liberación, pero, si no ha establecido en su mente que esto es lo que necesita y quiere con todo su ser, entonces tendrá una gran dificultad para experimentar algún progreso espiritual. Sin la experiencia de la cruz, no hay verdadero cristianismo. Sin que la muerte de Cristo opere dentro de nosotros, no puede haber un andar genuino con el Señor resucitado. Solo a través de la cruz de Cristo podemos ser libres de lo que somos y ser llenos de lo que Él es. La cruz es la que nos trae a Dios y trae a Dios hacia nosotros de una forma poderosa y sobrenatural. La Palabra dice: Sin muerte, no puede haber resurrección. (Flp 3:10,11).

Para caminar en “novedad de Vida” (ZOÊ) (Rom 6:4), primero debemos pasar a través de la muerte. Esto no es algo que ocurre todo en un momento. Es un proceso gradual. Si estamos dispuestos a andar con Jesús, experimentaremos la muerte cada día. Pablo escribió: “Cada día muero” (1 Cor 15:31). Así que, la Vida de Dios crece de nosotros y la experiencia de la cruz se profundiza. La Palabra dice: “Siempre llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús por todas partes para que también en nuestro cuerpo se manifieste la vida de Jesús” (2 Cor 4:10).

La “aplicación” o la experiencia de la cruz de Jesucristo (la ejecución de la sentencia de Dios) se hace real para nosotros a través del Espíritu Santo. No es algo que podamos hacer nosotros mismos. Ningún grado de esfuerzo servirá para alterar la naturaleza interior de la vida del alma que poseemos. Aun el procurar “negarnos a nosotros mismos” no nos permitirá lograr el objetivo.

A medida que aprendemos sencillamente a andar en el Espíritu día a día, todo lo que está en Cristo se hace real para nosotros. La muerte de Jesús en la cruz llega a ser nuestra experiencia diaria mientras nos llenamos continuamente del Espíritu Santo. Es el Espíritu de Dios el que aplica la muerte de Jesús a nuestra vida natural y nuestra naturaleza. Su palabra dice: “si por el Espíritu hacen morir las prácticas de la carne, vivirán (tendrán Vida ZOË)” (Rom 8:13).

Esta verdad nos ayudará a entender la gran necesidad de estar llenos de Dios cada día. Nuestras habilidades y fortalezas naturales nos son de utilidad en tanto estén bajo el control de nuestra vieja vida PSÛCHË. A menos que caminemos diariamente en el Espíritu Santo y la luz de Dios, nunca seremos libres de lo que somos como hombres naturales. Nunca tendremos una vida de victoria sobre el pecado. Solo a través de la acción del Espíritu Santo, que hace la muerte de Cristo real para nosotros,

tendremos la experiencia diaria de la resurrección.

Aquí está el secreto del verdadero cristianismo: La experiencia de la muerte y la resurrección de Jesús. Este secreto lo demostraron los tres sabios que vinieron a ver al Señor en Su encarnación. Ellos trajeron tres obsequios: oro, incienso y mirra. La mirra es una especia que los hombres de esa época usaban para embalsamar a los muertos. Por lo tanto, este obsequio habla de la muerte de Cristo. El incienso es una sustancia que, cuando se quema, despidе un humo perfumado que asciende hacia arriba, y representa la resurrección y la ascensión de Cristo. El oro es uno de los únicos metales que no se oxidan. Representa para nosotros la naturaleza incorruptible de Dios. Si reunimos todos estos elementos, obtenemos una imagen maravillosa. La experiencia de la muerte y la resurrección de Jesús nos lleva a la posesión de la naturaleza divina, el oro puro de todo lo que Él es.

LA OFENSA DE LA CRUZ

Si usted está leyendo este mensaje y no se siente ofendido de alguna manera, quizás no entiende lo que se está diciendo. La predicación de la cruz es verdaderamente una ofensa. Es un punto de tropiezo para muchos. Cuando Jesús le explicó a la gran multitud de Sus seguidores que Él sería crucificado, la mayoría de ellos se fue. Se sintieron ofendidos con la idea de la muerte.

Jesús nos dice claramente que Él es una “piedra de tropiezo y roca de escándalo” (Rom 9:33).

La idea misma de que lo que somos nunca puede ser aceptable para Dios es un trago amargo. Admitir que somos pecadores y que necesitamos ser remplazados por Otro es en extremo humillante. Por lo tanto, solo aquellos que se humillan pueden esperar entrar en el reino de Dios. Verdaderamente, Jesús dijo: “Bienaventurado es el que no toma ofensa en mí” (Mt 11:6).

La cruz de Jesucristo, con frecuencia, causa ofensa. Ceder a la muerte áreas de nuestras vidas que amamos y apreciamos puede ser extremadamente difícil. Lo que somos por naturaleza, que en la superficie puede parecer muy bueno, en realidad, es un estorbo para recibir lo mejor de Dios.

Sin embargo, en el ajetreo de nuestras situaciones cotidianas, esta verdad puede ser difícil de entender. Aunque puede haber problemas obvios en todas nuestras vidas, de los cuales estaríamos felices de librarnos, no es extraño descubrir que Dios desea destruir algo de nosotros que consideramos valioso. Debemos estar preparados para esto. Nuestra fe debe descansar en Dios, creyendo que Él es capaz de levantar de entre los muertos algo mucho mejor que lo que le dimos.

Desafortunadamente, mucha gente camina solo hasta cierto punto con Jesús. Aunque pueden continuar siendo “buenos miembros de iglesia” y vivir vidas aparentemente morales desde un punto de vista externo, internamente se están resistiendo al Espíritu Santo. Han llegado a un punto en que rehúsan rendirse ante Dios y allí se quedan. En realidad, tales personas, han dejado de seguir al Señor.

Estos creyentes están en una posición espiritual muy peligrosa. El endurecimiento del corazón del hombre hacia Dios puede ser tan lento que casi se haga imperceptible, pero al final, el resultado es destrucción. Nada de la vida vieja será capaz de soportar la presencia de Dios. Nuestra vieja naturaleza adánica no puede heredar la eternidad.

La obra que Jesucristo hizo en la cruz fue completa. Es absolutamente suficiente para cambiarnos a Su imagen de un grado de gloria a otro (2 Cor 3:18). Ninguna parte de nuestra vida ha sido clasificada como “demasiado difícil”. Dios ha abierto el camino para que nosotros seamos renovados completamente. Sin embargo, esta experiencia ciertamente requiere algo de nuestra propia cooperación. Dios no va a forzarnos. Debemos estar dispuestos a negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz y seguirlo.

Sin duda, la vieja naturaleza se resistirá a esta crucifixión. Muchas veces, todo dentro de nosotros gritará que esto es demasiado, esto es

muy difícil, este no puede ser el camino de Dios, este no puede ser el “auténtico cristianismo”. El amor propio es enemigo de la cruz y, por tanto, enemigo de Cristo. Reconocer lo que es y condenarlo con el mismo juicio que Dios ha pronunciado sobre él es la única manera en que podamos ser capaces de andar en la nueva Vida y el poder de la resurrección.

Cuando Jesús estuvo explicándoles a los discípulos que debía morir, Pedro, uno de sus más fieles discípulos, discutió con Él diciendo: “Señor, ten compasión de ti mismo. ¡Jamás te suceda esto!” (Mt 16:23). En otras palabras, estaba diciendo: “No seas tan duro contigo mismo, ciertamente no necesitas una solución así de drástica”.

Esta también es, con frecuencia, nuestra respuesta hoy. Pensamos que experimentar la cruz es demasiado difícil. Seguramente, en el amor de Dios, Él debe tener una manera más fácil. Pero ¿cuál fue la respuesta de Jesús a este argumento de autocompasión? Él dijo: “¡Quítate de delante de Mí, Satanás!... porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (Mt 16:23). La solución de Dios para el pecado es la muerte. Jesús murió en nuestro lugar, de modo que por medio de Él podremos pasar a través de la muerte y poseer la Vida.

Algunos cristianos piensan, equivocadamente, que Jesús fue el “segundo Adán”, indicando así que vino a comenzar de nuevo y hacer un mejor

trabajo donde fracasó Adán. Sin embargo, esto no es así. Jesucristo fue el “último Adán” (1 Cor 15:45). Cuando Jesús vino a esta Tierra, ante los ojos de Dios, la raza de Adán terminó. La raza humana caída y pecaminosa tenía sus días contados. El juicio del Altísimo sobre ellos estaba siendo llevado a cabo.

Cuando Jesús entra en nuestros espíritus, llegamos a ser parte de una nueva raza de seres, una nueva clase de criaturas. (2 Cor 5:17). Ahora somos de la raza divina. Hemos llegado a ser los “hijos de Dios” (Gal 4:6). La vieja raza de “Adán” pasó y una nueva clase de ser se está estableciendo. Aunque esta obra está ocurriendo en secreto, algún día, cuando se manifiesten los hijos de Dios (Rom 8:19), todo lo que ha sido hecho a través de Cristo se revelará.

UN MALENTENDIDO COMÚN

Ahora me gustaría hacer una pequeña pausa aquí para abordar un malentendido común. A veces, en el Nuevo Testamento, estas verdades mencionadas concernientes a la cruz y llegar a ser nuevas criaturas se declaran como si ya hubieran ocurrido. Gálatas 2:20 dice: “Con Cristo he sido juntamente crucificado”, al parecer indicando una obra que ya está hecha. Colosenses 3:3 declara: “Porque han muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios”. Ciertamente, hay un sentido en el cual esto es verdad porque, cuando Cristo murió, Su obra fue terminada. Él dijo: “Consumado es” (Jn 19:30).

Sin embargo, esto puede causar confusión en la mente de los creyentes. Muchos no se dan cuenta de que esta crucifixión debe hacerse real para ellos. No entienden que las verdades bíblicas no tienen valor para ellos, a menos que entren en la experiencia por medio del Espíritu Santo.

Algunos piensan de forma equivocada que, si simplemente “creen”, ya han cambiado por completo. Otros se imaginan que dado el hecho de que han sido perdonados, todo está bien ahora, sin darse cuenta de que esto fue solo el comienzo y que Dios aún tiene un importante trabajo que hacer en ellos.

La verdad es que, *a menos que entremos en la experiencia de estas cosas, ellas no serán absolutamente de ningún beneficio para nosotros*. Jesucristo murió por los pecados de todo el mundo, pero solamente aquellos que a través de la fe entran en Él se benefician. De la misma manera, el hecho de que hemos muerto con Cristo y hemos sido levantados con Él, no nos será de ningún beneficio en absoluto, a menos que, a través de la fe y la obediencia, entremos en la realidad de ello. No es suficiente, hablando de lo espiritual, simplemente afirmar nuestra “posición en Cristo”. Esa “posición” debe convertirse en nuestra experiencia.

Si no entramos en esta buena tierra que Dios nos ha dado y la tomamos, entonces aun cuando es nuestra en teoría, no la obtendremos.

Debemos, por la fe, en el poder de la resurrección de Jesucristo, rendirnos diariamente a Su muerte de modo que Él pueda levantarnos para caminar en esta novedad de Vida.

¿POR QUÉ SUFRIMOS?

Es obvio, al leer cuidadosamente el Nuevo Testamento, que el sufrimiento es una gran parte de la experiencia cristiana. Aunque, a algunos les gustaría tratar de eliminar el sufrimiento del evangelio, este está escrito claramente en cada libro del Nuevo Testamento. Dado que Cristo ya sufrió y murió por nosotros, ¿por qué es necesario que suframos?

Otra vez, esto tiene que ver con que entremos en la experiencia de Cristo. Leemos en la Biblia: “Porque el que ha padecido en la carne ha roto con el pecado” (1 Pe 4:1). Pedro nos enseña que participamos de las aflicciones de Cristo (1 Pe 4:13). Pablo declara que somos “compañeros en las aflicciones” (2 Cor 1:7) y que anhelaba “participar en sus padecimientos, para ser semejante a Él en su muerte” (Flp 3:10).

Estos y muchos otros versículos muestran claramente que los seguidores de Jesucristo experimentarán sufrimiento, no solo de parte del diablo, sino también de la mano de Dios. ¿Porque es necesario esto y cómo funciona?

Una razón importante por la que Dios permite el sufrimiento es para producir un cambio en

nuestra vida. Todos en este mundo sufren de una manera u otra. Sin embargo, no son cambiados a la imagen de Cristo. Pero el sufrimiento que Dios permite tiene un propósito muy importante para aquellos que están entrando en la Vida.

Las dificultades y el dolor que atravesamos en esta vida obran en nosotros para exponer el pecado. Cuando sufrimos, nuestra reacción ante ello es, con mucha frecuencia, pecaminosa. Nos quejamos, nos ponemos impacientes y nos enojamos, nos convertimos en individuos quejumbrosos y egocéntricos. Nos hacemos coléricos, amargados, indiferentes y aborrecibles. Nuestras más grandes dificultades hacen aflorar de lo profundo de nuestro ser toda clase de maldad. De pronto, nuestra propia justicia, nuestra propia bondad, no funcionan más.

Por ejemplo: Cuando alguien le ha causado a usted un extremo dolor físico o emocional por muchos años, tarde o temprano, su propia fuerza para soportarlo se agotará. No puede soportarlo más. Su corazón cambia para con esa persona. Desea matarla.

Entonces, en su corazón, se ha convertido en un homicida. No, espere, usted no se ha convertido en un homicida, en realidad, siempre lo fue, solo que estaba dentro de usted, oculto de usted y de los demás. Esta y muchas otras reacciones

similares son expuestas dentro de nosotros debido al sufrimiento.

A menos que hayamos experimentado un verdadero sufrimiento, no veremos lo que verdaderamente somos por dentro. Dios, sin embargo, conoce lo que hay dentro de nuestros corazones. Por lo tanto, Él nos permite sufrir para mostrarnos lo que ya ve. El sufrimiento es el azadón de Dios. Con él, excava en nuestros corazones para revelar las profundidades de la maldad que reside allí.

Con frecuencia, somos tentados a pensar que no somos realmente ese tipo de persona, que solo son los sufrimientos de nuestra situación los que nos han hecho comportarnos así.

Sin embargo, permítame decirle un secreto: no puede salir nada de su corazón que no haya estado ya allí. “De la abundancia del corazón habla la boca” (Lc 6:45). Pecamos porque el pecado vive en nuestros corazones y pertenece a nuestra naturaleza. En cada ser humano residen, escondidos en secreto, los más repulsivos deseos y reacciones. Todo lo que se necesita es la oportunidad apropiada para que se expresen.

Homicidio, mentira, avaricia, orgullo, celos y muchas más cosas detestables residen en cada hombre natural. Si usted no reconoce esto en sí mismo, entonces no ha sufrido realmente y no

ha tenido la oportunidad de arrepentirse delante de Dios por lo que usted es.

El sufrimiento entonces nos trae la oportunidad de morir. Cuando el pecado se expone ante nosotros, entonces tenemos la maravillosa oportunidad de negarnos a nosotros mismos. Podemos negarle a nuestra propia vida el derecho de expresar su reacción natural ante nuestra situación. Podemos, a través del Espíritu Santo, dejar morir el ego y vivir para Dios.

Así es como el sufrimiento puede obrar para nuestro bien. Cuando sufrimos y encontramos dentro de nosotros las mismas reacciones impías, podemos clamar a Dios para que Él substituya lo que vemos por lo que Él es. Podemos orar fervientemente para que no se nos permita vivir expresando tal vileza, sino que Él viva en nosotros y a través de nosotros.

Crecemos espiritualmente no solo por sufrir, sino por acudir a Dios en medio de nuestro sufrimiento. Por medio de la obra del Espíritu Santo, la muerte de Cristo puede aplicarse a nuestra vieja vida (PSŪCHĒ) y una Vida nueva y eterna (ZOĒ) puede vivir en su lugar. Jesús ya ha pasado a través de la muerte por nosotros. Cuando entramos en Él, es decir, cuando entramos en Su presencia a través del Espíritu en medio de nuestros sufrimientos, allí encontraremos la gloria de Su resurrección.

Con frecuencia, existe una gran tentación cuando sufrimos por buscar nuestra propia liberación y una forma de escapar de la “situación” que nos está causando dolor. Y, tal como pasó con Pedro y el Señor, siempre habrá cerca alguna persona bien intencionada que nos anime a hacer justamente eso.

¡Cuán fácil sería simplemente bajar de la cruz y ahorrarle a nuestra vida natural el sufrimiento y la muerte! ¡Cuán fácil es divorciarse o alejarse de una situación incómoda! Sin embargo, si tomamos este camino, nunca entraremos en toda la plenitud de Cristo ni en la gloria de Su resurrección. La elección es siempre nuestra. Nunca le echemos la culpa a nuestra situación por lo que pudiera ser nuestra reacción hacia ella.

EL CORDERO DE DIOS

Cuando el Señor Jesús fue probado, no se encontró ninguna impureza. Antes de que los judíos pudieran sacrificar un cordero, era necesario que los sacerdotes lo examinaran para ver si tenía algún defecto. Así también, antes de que Jesús fuera sacrificado por nosotros, fue necesario que Él fuese examinado para ver si tenía alguna falla.

Poncio Pilato lo examinó. Herodes también tuvo su oportunidad. Los soldados romanos hicieron todo lo que estuvo a su alcance para poner a prueba al Hijo de Dios. Fue objeto de burla,

golpes, desnudez, tortura y, finalmente, muerte. Durante todo este tiempo, ni una sola palabra equivocada salió de Su boca. No expresó ni una sola mala actitud. Ni siquiera una expresión de Su rostro reveló odio o venganza. Este era verdaderamente santo.

Nada pecaminoso se escondía dentro de Él, por lo tanto, nada malo podía salir de Él. Jesús había pasado la prueba. Pilato dijo: “No hallo ningún delito en este hombre” (Lc 23:4). Estoy seguro que él no hubiera podido decir esto de ningún otro hombre.

Herodes se dio por vencido y lo envió de vuelta a Pilato. El jefe de los soldados, que sin duda había visto muchos otros hombres derrumbarse bajo tal tortura, testificó: “Verdaderamente este era el Hijo de Dios” (Mt 27:54). Aquí estaba un hombre perfecto, sin pecado.

Queridos amigos, este es el Cristo que vive en cada creyente. Su Vida está en nosotros y Él desea con ansias expresarse por medio de nosotros en cada situación de nuestras vidas. El único obstáculo somos nosotros. ¿Estamos listos y dispuestos a morir a nosotros mismos y ser llenos de Él? ¿Estamos dispuestos a ser librados de lo que somos y recibir lo que Él es? Jesús no hará nada dentro de nosotros sin contar con nuestro total y completo consentimiento. Debemos estar listos para morir, tomar nuestra cruz y seguirlo.

Estemos de acuerdo con la sentencia de muerte dada por Dios sobre la raza caída. Permitámosle que, a través de Jesús, se ejecute Su juicio sobre ella. Solamente entonces estaremos en posición de experimentar todo lo que Él es.

Solo cuando hayamos experimentado que la muerte de Cristo ha obrado completamente dentro de nosotros y la resurrección de Cristo fluye a través de nosotros, seremos capaces de decir junto con Pablo: “ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gál 2:20). Esto no debe ser solo como una doctrina, sino que debe llegar a ser nuestra experiencia.

CAPÍTULO 6

LA SALVACIÓN DEL ALMA

En los capítulos anteriores, hemos estado investigando el eterno plan de Dios, el cual es preparar una novia para Sí mismo. Hemos visto que el hombre fue creado a Su imagen y semejanza para, finalmente, cumplir este santo propósito. Para comprender este plan completamente, será necesario que el lector entienda no solo por qué Dios hizo al hombre, sino también cómo lo hizo. Verdaderamente, fuimos hechos de una manera inmensamente maravillosa (Sal 139:14). Desde esta posición ventajosa, continuaremos hablando más acerca de la obra santa que Él está haciendo en cada uno de Sus hijos.

Como hijos de Dios, no debemos caminar en oscuridad. Es la voluntad de nuestro Padre que tengamos entendimiento espiritual de lo que está ocurriendo en nuestra vida, tanto a nuestro alrededor como en nuestro interior. Es importante que entendamos cómo está trabajando el Espíritu Santo para transformarnos y, así, ser capaces de colaborar con Él en Su importante obra.

A continuación, estableceremos algunos lineamientos fundamentales para nuestro

análisis en los capítulos posteriores. Algunas revelaciones muy básicas necesitan implantarse en nosotros porque son piedras angulares para que caminemos en luz y entendimiento. Algunos de ustedes, lectores, tal vez conozcan estas cosas, de modo que les pueden servir como un repaso. Para otros, se espera que se conviertan en bloques fundamentales de construcción para llegar a mayores grados de madurez en Cristo.

Nuestro Dios es un Dios viviente. No tiene interés en estar confinado en un templo físico hecho por manos humanas. Quizás imágenes muertas y sin vida tengan un lugar en edificios sin vida, pero nuestro Dios, quien creó el universo, es un ser siempre viviente, no está limitado a una estructura terrenal. Mas bien, Su plan maravilloso y eterno incluye la idea de vivir dentro de los seres humanos. Ellos, siendo santificados y limpiados por Su Espíritu, están siendo formados como una morada para Él.

La Biblia claramente enseña que nosotros, el pueblo de Dios, somos el templo del Espíritu Santo (1 Cor 3:16). Al vivir en los seres vivientes y a través de estos, nuestro Creador puede expresarse en una variedad infinita de formas. Por lo tanto, cuando hablemos del templo de Dios hoy y en el futuro, debemos siempre tener en mente que estamos realmente hablando de la gente del Nuevo Pacto de Dios con su Iglesia.

Equipados con esta comprensión, podemos analizar el templo y el tabernáculo del Antiguo

Testamento desde una nueva perspectiva. Lo más importante es que Dios no diseñó estas estructuras como una especie de morada permanente para Sí mismo, más bien, debe interpretarse como símbolos y orígenes de una gran revelación referente a Su morada final: Su santo pueblo.

A través de los siglos de existencia de la Iglesia cristiana, muchos del pueblo de Dios han recibido diversas revelaciones concernientes al tabernáculo del Antiguo Testamento. Algunos lo han visto como un tipo de Cristo. Otros han entendido que es una prefiguración del evangelio o el mensaje de redención. Pero yo estoy completamente seguro de que la totalidad de la revelación contenida en esta santa estructura no será nunca comprendida por ningún hombre en esta vida. Sin embargo, estoy igualmente seguro de que cuando Dios dio instrucciones para este tabernáculo, Él tenía en mente Su futura morada: Su Iglesia.

Por lo tanto, cuando examinamos esta “tienda de reunión” en detalle, sin duda podemos descubrir algo acerca del hombre y cómo Dios lo hizo para que se cumplieran Sus planes. A través del tabernáculo, podemos aprender sobre nosotros mismos y cómo y por qué Dios está obrando en nosotros y a través de nosotros.

Con esto en mente, cuando miramos el tabernáculo que construyó Moisés, sobresale una característica. Dicha estructura está

compuesta de tres partes: un “atrio exterior”, el “lugar santo” y el “lugar santísimo”. Aunque hay varios muebles y otras instalaciones que se mencionan relacionadas con diferentes funciones y ceremonias, estas tres divisiones distintivas constituyen la base para el plan estructural.

Es significativo, cuando observamos de cerca al hombre, el templo presente y futuro, que también está dividido en tres partes principales: cuerpo, alma y espíritu. Esta verdad de que el hombre está hecho de tres partes se confirma en el Nuevo Testamento, donde leemos: “Y el Dios de paz os santifique en todo; para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado entero sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Te 5:23). (RVA)

Es interesante que, en el idioma original griego, en el que se escribió el Nuevo Testamento, se utiliza la palabra “y” para separar “espíritu y alma y cuerpo”, claramente haciendo la distinción entre ellos. Algunos maestros de la Biblia han errado tratando de constituir al hombre en solo dos partes, por ejemplo, cuerpo y alma, pero las Escrituras son claras: El tabernáculo tiene tres partes y también el hombre tiene tres: cuerpo, alma y espíritu.

Se ha generado cierta confusión en el uso de las palabras “corazón” y “carne” en la Biblia, al parecer introduciendo otras “partes”. Sin embargo, no tenemos que confundirnos por esto.

Al hablar del “corazón del hombre” se refiere a las partes que no se ven. La Santa Palabra usa la palabra “corazón” del hombre para referirse a las partes internas del hombre, el alma o la combinación del alma y el espíritu.

La palabra “carne” significa la parte caída y pecaminosa del hombre, a veces solo se refiere al cuerpo, pero la mayor parte de las veces el cuerpo y el alma van juntos. Esta palabra, entonces, se refiere a una o a ambas partes “más externas”, es decir, el alma o el cuerpo. Las palabras “corazón” y “carne” son más generales en su uso, ya que se refieren a más de una “parte”.

Como pueden ver, hay cierta superposición en esta terminología y, por lo tanto, puede llegar a ser confusa. Sin embargo, si pensamos en el templo de Dios y sus tres divisiones como correspondiendo a las tres partes principales del hombre (cuerpo, alma y espíritu), no tendría que haber confusión.

EL SIGNIFICADO DE “SALVACIÓN”

En beneficio de una completa claridad y verdadera comprensión de la revelación bíblica, debemos examinar más profundamente la palabra “salvación”. Por favor ponga mucha atención a este análisis. La mayoría de los cristianos creen que ya saben lo que significa la palabra salvación, pero, en realidad, muy pocos la comprenden de forma apropiada.

Casi todos los creyentes hoy equiparan la palabra “salvación” con “nacer de nuevo”. Para ellos, estas palabras son sinónimos en su significado y uso. Consideran que las palabras “ser salvo” y “nacer de nuevo” significan exactamente lo mismo. Sin embargo, en la Biblia, estas palabras con frecuencia tienen significados muy diferentes. No se sorprenda por esto, simplemente continúe leyendo y usted también verá cómo la palabra de Dios frecuentemente usa estas palabras y frases para dar a entender cosas muy diferentes.

Quizás la mejor forma de entender el significado bíblico de “salvación” o “ser salvo” es darse cuenta de que esta palabra se usa en el Texto Sagrado para expresar tres períodos diferentes y de tres maneras diferentes. Podríamos ver esto como tres tiempos diferentes de un verbo en sus conjugaciones: El tiempo pasado, el tiempo presente y el tiempo futuro. Esto se traduciría como: Hemos sido “salvados”, estamos siendo “salvados” y seremos “salvados”. De hecho, en el idioma griego, en el que se escribió el Nuevo Testamento, este es exactamente el caso. Allí podemos encontrar verbos que se relacionan con la palabra “salvación” que ocurren en estas tres formas: en el tiempo pasado, el tiempo presente (con una acción incompleta todavía en progreso) y el tiempo futuro.

Es significativa la manera en que estos verbos se usan de una forma que corresponde directamente con las tres partes del hombre

acerca de las cuales hemos estado hablando. Como todos sabemos, la humanidad ha caído en pecado. Debido a esta caída, la raza humana necesita ser salvada, y no solo un poco, necesita salvación por completo en el cuerpo, el alma y el espíritu.

A través del tiempo, nuestro Dios ha estado realizando Su obra de salvación en cada área de nuestro ser.

SALVACIÓN DEL CUERPO

Quizás la manera más clara y fácil de empezar sea hablar acerca de la “tercera” o la parte más visible de nuestro ser, nuestro cuerpo. Cuando Jesús murió en la cruz, Él obtuvo para cada creyente una salvación completa. Ni siquiera nuestro cuerpo físico fue dejado de lado. Sin embargo, esta “salvación” de nuestro cuerpo aún no se ha manifestado. Es algo que sucederá en el futuro.

Algún día nuestro cuerpo mortal será glorificado, será “salvado” y cambiado para ser como el cuerpo inmortal y glorioso de nuestro Señor resucitado. Esto es, probablemente, a lo que se refiere el apóstol Pedro cuando habla de una “salvación preparada para ser revelada en el tiempo final” (1 Pe 1:5).

Aquí Pedro habla de una salvación futura la cual aún no es manifiesta. Ya que el “nacer de nuevo” ya ha sido revelado, es evidente que él está refiriéndose a otra cosa. Pablo también hace

alusión a esta salvación futura del cuerpo cuando dice: “porque ahora la salvación está más cercana de nosotros que cuando creímos” (Rom 13:11).

Cuando Jesucristo venga en Su gloria con Sus ángeles, los muertos en Cristo serán levantados y transformados de una manera gloriosa (2 Cor 5:1-4, 1 Cor 15:38-55, Rom 8:23). Esto es parte de nuestra salvación. Sin embargo, su materialización no ocurrió en el pasado, ni ocurre en el presente, sino que ocurrirá en el futuro.

SALVACIÓN DEL ESPÍRITU

A continuación, hablaremos acerca de la “primera” parte de nuestro ser, nuestro espíritu. Cuando Dios creó al hombre, sopló en él aliento (o “espíritu”) de Vida (tanto en el idioma hebreo como en el griego, la palabra aliento y espíritu es la misma). Este es entonces el origen del espíritu humano del hombre, el aliento o “Espíritu” de Dios. Este “órgano”, el espíritu humano, fue diseñado por Dios para ser el elemento principal del ser del hombre. Es la parte que está hecha para tener comunión con Dios y estaba destinada a ser la parte fundamental o más importante en nuestro ser.

En el momento en que Adán y Eva pecaron contra Dios, algo dentro de ellos murió. No solo comenzaron a morir físicamente, sino que también algo dentro de ellos cambió. Es imposible que nosotros sepamos exactamente lo

que ocurrió, pero podemos ver que, en alguna forma, su espíritu humano se atenuó y ensombreció. El dulce compañerismo que alguna vez tuvieron con Dios fue interrumpido. Un tipo de oscuridad espiritual descendió sobre ellos y sus vidas cambiaron radicalmente. Esta pérdida fue devastadora. Obviamente esta “parte” del hombre también necesita ser salvada.

Cuando un hombre o una mujer entran por la fe en Jesucristo, ocurre una maravillosa salvación. El Espíritu de Dios entra en su espíritu humano y se produce una unión eterna. La Biblia dice: “Pero el que se une con el Señor, un solo espíritu es” (con el Señor) (1 Cor 6:17). En otro lugar se nos dice: “Lo que ha nacido de la carne, carne es; y lo que ha nacido del Espíritu (el Espíritu Santo), espíritu (humano) es.” (Jn 3:6). La unión del Espíritu Santo con el espíritu humano efectúa el “nuevo nacimiento”.

Somos “nacidos de lo alto” cuando recibimos el Espíritu de Dios en nuestro espíritu. Ocurre algo maravilloso en nosotros. El Espíritu de Dios entra en nuestro espíritu y llega a ser una nueva clase de criatura celestial. La unión del Espíritu Santo y el espíritu humano crea un nuevo ser espiritual (2 Cor 5:17).

“Nacer de nuevo” es el primer evento en una experiencia cristiana genuina. Este paso inicial, que involucra fe, arrepentimiento y la recepción del Espíritu de Dios, es la manera como entramos en la eterna familia de Dios. Como

hemos visto en el capítulo 2, esto significa que hemos recibido la propia Vida eterna de Dios.

Tal como un niño nace en una familia natural al recibir la vida de sus padres, así también nosotros, cuando nacemos de nuevo, llegamos a ser “bebés en Cristo”, los niños inmaduros en la familia de Dios. Esta experiencia es inmediata, y ocurre en un momento. Quizás toma minutos o segundos, pero es muy similar a un nacimiento físico. Esto es entonces lo que la mayor parte de la gente quiere decir cuando hablan de “ser salvos”. Esta palabra “salvo” se usa con más frecuencia en el tiempo pasado como cuando la gente dice: “Yo he sido salvo” o cuando preguntamos: “¿Cuándo fuiste salvo?”. Con esto, más bien queremos decir: “Yo nací de nuevo” o “¿Cuándo experimentaste el nuevo nacimiento?”.

A veces, en el Nuevo Testamento, esta palabra también se usa de esta manera: “él nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino según su misericordia; por medio del lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo” (Tit 3:5), y también: “Porque por gracia son salvos por medio de la fe” (Ef 2:8). En estos pasajes, la palabra “salvo” se usa para referirse a nuestro nuevo nacimiento, un evento que está en el tiempo pasado para todo verdadero cristiano.

UNA OBRA CONTINUA

Llama la atención que las palabras “salvación” o “ser salvo” se usan también con frecuencia en la Biblia para describir una obra presente y continua. Frecuentemente, se usan en un contexto o en una forma verbal que indica que es una obra todavía en progreso. Por ejemplo, cuando leemos “ocúpense en su [propia] salvación con temor y temblor” (Flp 2:12), esto indica que algo aún continúa. Aquí vemos claramente que, aunque hemos nacido de nuevo, todavía hay una parte de nuestra salvación de la que necesitamos “ocuparnos”.

Este es un pensamiento similar al que Pablo expresa de esta manera: “pues yo sé que todo esto será para mi salvación, gracias a las oraciones de ustedes y a la ayuda que me da el Espíritu de Jesucristo.” (Flp 1:19, versión DHH). Ciertamente Pablo ya había renacido. Sin embargo, este versículo revela que había una continua obra de salvación ocurriendo en la vida de Pablo. De modo que vemos que hay una tercera forma en la cual se usa la palabra “salvación” para representar una obra continua en el presente. (Algunas versiones de la Biblia en español traducen esta palabra como liberación, pero salvación es una traducción correcta de la palabra basada en el texto griego original.)

Otro versículo que expresa de una manera muy clara la verdad que actualmente vemos hoy, es

que el día de salvación continúa para los creyentes más allá del nuevo nacimiento. Leamos Romanos 5:10. Aquí dice: “Porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por medio de la muerte de Su Hijo, cuánto más, ya reconciliados, seremos salvos por Su Vida”. Aquí vemos que la “reconciliación” ha ocurrido. El nuevo nacimiento ha sido efectuado. Sin embargo, el proceso de la salvación aún continúa.

Otro versículo que muestra que la salvación es un proceso continuo es 1 Cor 1:18. Aquí leemos: “La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (RVR1995). Muchos pueden leer este pasaje con el concepto de una salvación que es un evento de “una sola vez” y, por lo tanto, lo leen equivocadamente como: “a nosotros que estamos naciendo de nuevo”. Sin embargo, aquí las palabras indican claramente que se trata de una obra en progreso. Pablo y los lectores de esta epístola habían ya experimentado el nuevo nacimiento. Aquí él está refiriéndose a su continua experiencia de la admirable gracia de Dios.

Esta verdad de que la obra de salvación puede ser algo continuo, de alguna manera, se oculta en nuestro idioma por el uso de las formas verbales. De acuerdo con los autores de la traducción *Concordant Literal* (en inglés), en el Nuevo Testamento griego hay verbos frecuentemente usados que indican que no es

un hecho completo, sino una acción que está incompleta y todavía continúa.

Por lo tanto, en muchas partes de las versiones en español en las que leemos las palabras “ser salvo” o “son salvos”, en realidad, es probable que deba traducirse como “*estar siendo salvado*” o “*están siendo salvados*”. Ya que “estar siendo salvado” suena mal, la mayoría de los traductores de la Biblia tradujeron estos casos como “ser salvos”, implicando así una obra completa. Desafortunadamente, de esta manera, también oscurecieron la verdad revelada en la palabra de Dios.

Permítame citar varios pasajes bien conocidos del Nuevo Testamento usando esta forma verbal diferente indicada en la traducción *Concordant Literal* para que usted pueda entender lo que quiero decir.

Cuando Jesús estaba predicando y respondiendo a las acusaciones de los judíos, Él dijo: “Pero yo no recibo el testimonio de parte del hombre; más bien, digo esto para que ustedes *estén siendo salvados*” (Jn 5:34), indicando así una obra que continúa.

En Romanos 5:9 leemos: “Luego, siendo ya justificados por su sangre, cuánto más por medio de Él *estaremos siendo salvados* de la ira por medio de Él”. Nuevamente, en 1 Corintios 15:1,2, dice: “Además, hermanos, les declaro el evangelio que les prediqué y que

recibieron y en el cual también están firmes; por el cual también *están siendo salvados*, si lo retienen como yo se los he predicado. De otro modo, creyeron en vano”.

De acuerdo con los autores de la traducción *Concordant Literal*, estas palabras “estar siendo salvado” indican una acción incompleta y continua y se encuentra en los siguientes versículos: Mr 16:16, Lc 8:12, Jn 3:17, 10:9, Hch 2:21, 11:14, 16:31, Rom 5:9,10, 10:13, 1 Cor 10:33, 15:2 y 1 Tes 2:16. Por favor, dedíquele tiempo a revisar todos estos versículos, leyéndolos con la idea de una acción continua, de “estar siendo salvado”, para que usted mismo tenga una nueva y verdadera comprensión del evangelio.

LA SALVACIÓN DEL ALMA

Como usted pudo haberlo adivinado, este proceso continuo de “salvación” es algo que está ocurriendo en nuestra “segunda parte”, nuestra alma. Cuando nacemos de nuevo, nuestra primera “parte”, nuestro espíritu, es salvado. En el futuro, cuando Jesús regrese en gloria, nuestra tercera “parte”, nuestro cuerpo, será salvado. Pero hoy Dios está haciendo un trabajo continuo en nuestra segunda “parte”, nuestra alma.

Esta verdad se ve claramente en Heb 10:39, donde leemos: “Pero nosotros no somos de los que se vuelven atrás para perdición

(destrucción), sino de los que tienen fe para la preservación (salvación) del alma”. Esta es una verdad esencial que ha sido tristemente descuidada y malentendida por la iglesia de nuestros días. La salvación del alma no es un evento, es un proceso al que todos necesitamos prestarle mucha atención.

Volviendo a la analogía de Dios y el tabernáculo, vemos que el Espíritu de Dios entra en nuestro espíritu humano y reside allí. Es aquí donde la presencia de Dios mora permanentemente. Él no viene y se va. Sin importar si “sentimos” esta presencia o no, una vez que lo hemos recibido, Dios mora dentro de Su santo templo en nuestro espíritu.

Pero, cuando Jesús fue crucificado, ocurrió algo admirable, el velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo fue partido en dos de arriba abajo. El resultado fue que la presencia de Dios no estuvo más confinada al íntimo Lugar Santísimo, sino que quedó libre para entrar al Lugar Santo. Esto significa que Dios no está confinado solo a nuestro espíritu, sino que puede llenar y llenará nuestra alma con Su presencia.

Quizás ustedes, lectores, recordarán del capítulo 2 nuestro análisis de tres palabras griegas para “vida”: BIOS, PSUCHÊ Y ZOÊ. Allí aprendimos que ZOÊ es la palabra para la Vida de Dios eterna y que no fue creada, y que PSUCHÊ es la palabra que se usa para nuestra “vida del alma” vieja y caída. (En este libro, para

hacer una distinción, se utiliza “Vida” con mayúscula para hacer referencia a la Vida de Dios).

Aquí llegamos a un punto en nuestra enseñanza en el que esta distinción se hace muy importante. Ya que el “espíritu de Vida (ZOË) en Cristo Jesús” (Rom 8:2) está ahora en nuestro espíritu, es evidente que tenemos una Vida sobrenatural, eterna en lo más profundo de nosotros. Pero, en nuestra alma, todavía tenemos una vida creada, natural, pecaminosa, PSUCHË. La parte interior es santa, pero la exterior continúa siendo pecaminosa.

Cuántos de nosotros podemos testificar esto en nuestra experiencia. Tal como Pablo, tenemos un deseo santo en el hombre interior, pero nos encontramos practicando el pecado con nuestro hombre “exterior” (ver Rom 7:15). La solución a este dilema es lo que investigaremos ahora.

UNA SUSTITUCIÓN GLORIOSA

El plan de Dios es sustituir poco a poco nuestra vida terrenal y corrupta por Su Vida gloriosa y eterna. Esto es lo que significa el término “la salvación del alma”. Cuando le damos al Espíritu Santo la oportunidad, Él se “extiende” del íntimo santuario de nuestro espíritu al interior de nuestra alma y, gradualmente, realiza esta sustitución esencial.

Cuanto más le abrimos nuestro ser, más Él nos llena de su presencia. Cuanto más frecuente y

profundamente le permitimos al Espíritu ingresar en nuestra alma, será más profunda nuestra transformación. La Biblia describe este proceso como la “transformación” o “santificación”. Obviamente, cuanto más somos “transformados” a Su imagen, más santificados o santos llegamos a ser. Estos dos procesos, la “santificación” y la “transformación”, son parte de la maravillosa obra llamada “la salvación del alma”.

Quizás una buena analogía para esto podría ser la formación de la madera petrificada. La madera, en su estado natural, es susceptible a descomponerse y deteriorarse, y es capaz de ser quemada. Pero, en ciertas circunstancias, cuando un pedazo de madera cae en el agua, ocurre otro proceso. Poco a poco, los elementos naturales de la madera desaparecen y varios minerales se depositan en su lugar. El agua satura y penetra la madera, quitando lentamente los ingredientes originales, pero preservando la apariencia externa. Tengo entendido que no solo se preservan los anillos que indican el crecimiento del árbol, sino que también la estructura celular todavía sigue siendo visible bajo el microscopio. De este modo, la madera se transforma de perecedera a “eterna” desde un punto de vista humano, y ya no se pudrirá más y será incombustible, no se puede quemar.

De una manera similar, cuando le permitimos a Dios hacerlo, el Espíritu Santo saturará y penetrará cada rincón de nuestra alma. Poco a

poco, Él limpiará los viejos elementos naturales de corrupción y decadencia y los sustituirá por Su propia Vida eterna y Su naturaleza. Seremos santificados y purificados por el lavamiento del agua en la palabra (Ef 5:26).

El resultado es que llegamos a ser “eternos” y, como veremos más adelante, también “incombustibles”. Dios no cambia la “estructura” externa de nuestro ser, solo el contenido. De este modo llegamos a ser personas diferentes por dentro. En lugar de ser motivados por una vida PSUCHÊ, que es pecaminosa, llegamos a ser dominados por una Vida ZOË, que es justa.

Esto no quiere decir que lleguemos a tener una clase de personalidad diferente de la que teníamos antes o que nos convirtamos en alguien que no éramos. En lugar de eso, encontramos que llegamos a ser quienes realmente debimos ser por diseño, la clase de persona que encaja perfectamente con nuestra personalidad y capacidades. Llegamos a ser lo que nuestro Creador realmente planeó.

Como analogía, digamos que Dios no toma una piedra verde y la hace roja. Más bien, Él toma una piedra verde opaca y la purifica hasta que se hace transparente. Entonces nuestra alma (la piedra de nuestra analogía) puede libremente exhibir todo lo que Dios es dentro de nosotros, brillando a través del “color” que Él quiso que tuviéramos. De tal modo, habremos sido purificados de todas las obstrucciones, seremos

transparentes como la novia de Cristo (Ap 21:11) y podrá verse en nosotros en toda Su gloria y de una forma especial en la que solo nosotros podremos exhibirlo.

CRECIMIENTO EN LA VIDA

Cuando Jesús encarnó aquí en la Tierra, Él nació en un lugar sucio y humilde, en un establo, en un pesebre. Así también, cuando nacemos de nuevo a través del nacimiento de la Vida de Dios en nosotros, Jesús nuevamente se humilla a Sí mismo para entrar a un lugar humilde. Sin embargo, Él no se quedó en el pesebre por mucho tiempo, porque crecía en “sabiduría y estatura” (Lc 2:52). Jesús creció en fuerza y madurez, y también en utilidad para Su Padre Celestial.

De la misma manera, la eterna Vida de Dios crece dentro de los creyentes que buscan y obedecen al Señor. Así que, esta Vida madura y llega a ser cada vez más útil para los propósitos de Dios. ¿Notan ustedes que el deseo del Señor no es tener una guardería infantil eterna llena de bebés espirituales quienes constantemente necesitan tiempo, cuidado y atención? Él está buscando hijos e hijas maduros que le puedan ser de utilidad aquí en la Tierra para lograr Sus propósitos eternos.

Hay una necesidad urgente de que todos los hijos de Dios crezcan y maduren espiritualmente. Nuestro testimonio al mundo no es solo en

palabras, sino también en actitudes y acciones que ponemos de manifiesto. Nuestro “testimonio” no es solo lo que decimos, sino también lo que somos.

El mundo necesita a Jesús. Él es la respuesta para sus necesidades. Pero ¿dónde lo va a encontrar la gente? ¿Cómo van a saber los no salvos cómo es Él? Solo a través de Su pueblo. ¿Y cómo sabrán que Él de verdad puede salvarlos? Solo si ven que Él ha librado a otros de lo que eran y los ha cambiado a Su semejanza. Para esto, se necesita que crezcamos en la Vida de Dios para que Su naturaleza se pueda expresar a través de nosotros.

Piense en esto. Si predica a los demás que Jesús salva, pero todavía manifiesta su naturaleza decadente, ¿dónde está su testimonio de que lo que dice es cierto? ¿Dónde está el poder que usted predica? Si Su salvación obviamente no está funcionando en su vida, si no está siendo transformado y librado del pecado, ¿por qué alguien va a prestar atención a lo que usted dice? ¿Por qué querrán lo que usted tiene, si es evidente que no está funcionando para usted?

EL CRECIMIENTO REQUIERE TIEMPO

Como con todos los seres vivientes, el crecimiento requiere tiempo. Tal como ocurre en el mundo físico, así también ocurre en el

espiritual. No hay tal cosa como madurez instantánea. El crecimiento en la Vida toma tiempo y nutrición. Esto es especialmente cierto en las especies de plantas más grandes y más impresionantes, y en los árboles gigantes. Para alcanzar la madurez, requieren cientos de años de crecimiento. Solo el suave y frágil hongo crece de un día para otro.

Estas cosas deberían ser educativas para nosotros. Crecer espiritualmente también requiere tiempo y nutrición. Nunca ocurrirá instantáneamente. Requiere atención, además de que busquemos, obedezcamos y conozcamos al Señor Jesucristo. 1 Pedro 2:2 dice: “deseen como niños recién nacidos la leche de la palabra no adulterada para que por ella crezcan para salvación”. Aquí está claro que nuestra continua salvación es el resultado de un proceso de crecimiento ayudado por la nutrición espiritual.

Asimismo, la palabra de Dios nos da la instrucción de crecer. Pablo nos anima a que “crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza: Cristo” (Ef 4:15). Esto no es algo insignificante, hermanos y hermanas. Se nos ha ofrecido la plenitud de Dios. Él no nos ha escatimado nada. Ha derramado Su sangre para abrirnos el camino. Ha derramado su Espíritu Santo para poner a nuestro alcance todo lo que Él es a nosotros, pequeños e insignificantes seres humanos, y nos ha ofrecido la oportunidad de llenarnos de la plenitud del Dios del universo.

Pero, ¿estamos aprovechando la oportunidad? ¿Estamos usando nuestro tiempo para buscar, llamar y pedir hasta que estemos satisfechos de haber recibido todo lo que es posible? Los gálatas fueron reprendidos por Pablo por su falta de madurez. Él dijo: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes” (Gal 4:19). Cabe destacar que estos eran “miembros de la Iglesia”, ya habían nacido de nuevo. Sin embargo, estaban fallando en rendirse a Dios y buscarlo de un modo que los condujese a la plena “formación” de Cristo dentro de ellos. Estaban descuidando esta salvación tan grande que Jesús había pagado por ellos (Heb 2:3).

La mejor manera de crecer espiritualmente y, por lo tanto, obtener la salvación que es nuestra por ser hijos de Dios, es pasar tiempo en Su presencia con Su Palabra. 2 Timoteo 3:15 dice: “desde tu niñez has conocido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por medio de la fe que es en Cristo Jesús”.

Queridos amigos, la mesa de Dios está dispuesta, Su banquete ha sido preparado. Todo lo que falta es que aquellos que son llamados usen su tiempo y atención para llenarse, más y más, una y otra vez hasta el día de Su venida.

Nada falta, sino nuestro deseo y voluntad. De esta manera se cumplirá en nosotros lo escrito: “obteniendo el fin de vuestra fe, que es la

[completa] salvación de vuestras almas (1 Pe 1:9). (RVR1995) Tenga en cuenta que esta salvación completa es el “fin” o la meta de nuestra fe, no el principio.

Verdaderamente, “Por esto también puede salvar por completo a los que por medio de Él se acercan a Dios” (Heb 7:25). El nuevo nacimiento es el comienzo de nuestra fe, pero el fin es la plena salvación de nuestras almas. ¿Qué otra cosa podría ser más preciosa y más valiosa que esto?

La salvación del alma es una parte esencial de la experiencia cristiana. Es un proceso a través del cual cada creyente necesita pasar. Ninguno está exento. Como hemos estado viendo, no es suficiente “nacer de nuevo”. No solo necesitamos experimentar la salvación de nuestro espíritu, sino también es imperativo que prosigamos para recibir todo lo que Jesús ha comprado para nosotros: la salvación del alma. Esta experiencia incluye cosas tales como la “transformación”, la “santificación”, el “crecimiento en el Señor”, la “purificación” y la “renovación de la mente”.

La manera en que esto ocurre es misteriosa. No es posible explicar la mecánica de ello de una manera mental y analítica. Solo sabemos que ocurre así y que día tras día nos entregamos completamente a Él. Ocurre de esta manera porque Su Vida crece en nosotros.

Mientras pasamos tiempo en Su presencia contemplando Su gloria, “somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Cor 3:18). Esta no es una promesa para el futuro, sino algo que necesitamos estar experimentando día tras día. No es solo para unos pocos “místicos”, sino para todos los hijos de Dios.

El continuo proceso de la Salvación del alma es algo que debemos experimentar en esta Vida. Cuando Jesús regrese, no habrá una segunda oportunidad. Como hemos visto, no habrá tal cosa como una transformación instantánea más adelante. Hoy tenemos una elección que hacer: podemos dejar de lado el pecado y cualquier otra cosa que nos esté reteniendo e ir corriendo detrás de Jesús, porque mañana no habrá excusas. “¡He aquí ahora el tiempo más favorable! ¡He aquí ahora el día de salvación!” (2 Cor 6:2).

CAPÍTULO 7

EL TRIBUNAL DE CRISTO

En el cristianismo de hoy, generalmente, hay dos corrientes de pensamiento en cuanto al tema de la salvación. Un grupo de cristianos cree que usted puede perder su salvación. Aquellos que sostienen esta creencia piensan que usted puede “ser salvo” o nacer de nuevo y, luego, más adelante, a causa del pecado, perder su salvación.

Muchos de ellos también creen que usted puede “salvarse” otra vez, siempre y cuando se arrepienta. Este proceso puede repetirse un sinnúmero de veces. Este punto de vista fue propagado hace muchos años por un hombre llamado Jacobo Arminio y forma parte de lo que se conoce como “arminianismo”. Esta doctrina es generalmente sostenida por las Iglesias pentecostales o carismáticas.

La segunda corriente de pensamiento sobre el tema de la salvación es que, una vez que usted nace de nuevo, es “salvo” y nada que usted o cualquier otro pueda hacer cambiará ese hecho. Si usted peca o se aparta de la fe, ninguna de estas cosas afectará su seguridad eterna. Ellos piensan que usted no puede “perder” su salvación. Además enseñan que sus acciones

tienen pocas consecuencias, si es que las tienen. Una vez que recibe a Jesús, usted va camino al cielo y no hay más que decir ni hacer sobre el asunto. Este punto de vista fue explicado por Juan Calvino y forma parte del “calvinismo”. Esta es la posición de la mayoría de las iglesias fundamentalistas.

Es interesante que ambos campos se basen en algunas muy significativas y convincentes porciones escriturales para sustentar su argumento. Cada lado cita versículos que parecen probar lo que enseñan.

Sin embargo, por lo aprendido en el capítulo anterior, vemos que en cada postura de este debate se comete un error fundamental. Ellos debaten sus puntos de vista de la Escritura como si “salvación” fuera lo mismo que “nacer de nuevo”. No se han dado cuenta de que la salvación bíblica no es solo el nuevo nacimiento, sino un proceso de toda la vida de ser cambiado de gloria en gloria a la imagen de Cristo Jesús.

Si usted tiene alguna confusión sobre esto, por favor repase el capítulo 6 en lo referente a “La salvación del alma” para obtener una explicación más completa de esta verdad).

Cuando usted lee la Biblia teniendo en mente que la salvación es una obra progresiva, verá que muchas partes de las escrituras tienen más sentido. Mucha de esta confusión se resuelve simplemente entendiendo que la “salvación” es

más que un evento único, ya que es también un proceso mediante el cual somos transformados.

Como estamos viendo, a ambas posturas declaradas arriba les ha faltado algo muy importante. Pero también necesitamos ver que **ambas** contienen bastante de verdad cuando se ven desde la perspectiva apropiada. Todas las escrituras usadas por ambos lados de este debate son verdaderas. Dios no se equivocó al escribir Su santo libro. Lea cuidadosamente con atención las siguientes declaraciones.

La salvación que usted ha recibido de Dios es por cierto eterna y usted no puede perderla. Pero la salvación que usted aún no ha experimentado la perderá, si usted no se esfuerza por obtenerla. Como ve, ambas cosas pueden ser y son ciertas. Usted no puede perder y, sin embargo, usted puede perder su salvación.

El problema es que la gente ha definido la “salvación” simplemente como “nacer de nuevo”, pero, en la Biblia y en la mente de Dios, hay mucho más que eso. La salvación bíblica es la obra completa de Dios en el hombre y para este, comenzando con su limpieza y la experiencia del nuevo nacimiento, seguidas por la transformación del alma y que terminan con la glorificación del cuerpo.

SALVACIÓN ETERNA

Lo que usted ha ganado de Vida (ZOË) eterna es ciertamente eterno. Por definición, Dios es

absolutamente indestructible. Es eterno e inmutable. Si usted le ha permitido al Eterno entrar en su espíritu y se ha “unido” (1 Cor 6:17) a Él, no hay forma de perder o destruir este hecho. Debemos recordar que es Su Vida la que recibimos, no una extensión de la nuestra.

La vida solo puede perderse de una manera. No se evapora ni se escapa de nosotros. En el universo entero Dios Él nos ha mostrado solo una forma de deshacerse de cualquier tipo de vida, esta es, matarla.

Pero la Vida de Dios es imposible de destruir o matar. Los judíos y los soldados romanos trataron, pero fue imposible que la muerte lo pudiera retener (Hch 2:24). Ya que es la Vida eterna de Dios en la que renacimos, es eterna y no puede ser destruida. La Vida de Dios no va a simplemente desaparecer de usted. Nació dentro de usted, creando una nueva especie de ser. Esta criatura es tan eterna como lo es el Padre. Realmente nos convertimos en los hijos de Dios cuando nos hizo nacer de nuevo (1 Pe 1:3).

Si imaginamos que la Vida eterna es simplemente algo que Dios nos concedió para que viviéramos más, entonces, en teoría, esto se podría revocar o anular si no nos comportamos. Pero, más bien, como es una impartición de la Vida divina que no se puede matar (un verdadero nuevo nacimiento, la generación de Su Vida dentro de nosotros), entonces debemos concluir que este evento es eterno e irrevocable.

Además, lo que ha sido saturado y penetrado por Su Vida y naturaleza divina ha llegado a ser eterno y, por lo tanto, absolutamente indestructible. En otras palabras, las “partes” de nuestra alma que se cedieron a Dios y Él ha transformado, también son eternas. Hebreos 5:9 nos enseña que la salvación de Dios, Su obra en nuestras almas, es verdaderamente eterna. Leemos: “Y habiendo sido perfeccionado, llegó a ser Autor de *eterna salvación* para todos los que le obedecen”. La palabra “eterno” significa exactamente eso, eterno.

EL QUE QUIERA SALVAR SU VIDA LA PERDERÁ

Pero, por otro lado, si no le hemos permitido a Dios llenarnos y cambiarnos, queda en nuestro ser mucho que no es indestructible. Quedaría en nuestras almas parte de lo que es natural, pecaminoso y “no salvo”. Esto, por supuesto, es destructible y, de hecho, necesita ser destruido.

Si nos negamos a permitir que el Espíritu Santo tenga acceso a toda nuestra alma, si resistimos la disciplina y la obra de Dios dentro de nosotros, esta parte vieja y natural se perderá. Preste mucha atención a esto: cualquier parte no transformada de nuestras almas se perderá cuando Jesús regrese. Cuando Jesús regrese, nuestro tiempo para transformarnos se acabará. Entonces, lo que hayamos ganado será nuestro, pero lo que no hayamos ganado se perderá, ya que no habrá una segunda oportunidad.

Entonces, vuelvo a repetir, lo que hemos ganado será nuestro, pero lo que no hemos ganado se perderá, ya que no habrá una segunda oportunidad para recibirlo. ¡Cualquier parte de nuestra antigua vida de alma no transformada se pierde en la presencia de Dios! En ese momento, la posibilidad de ganar más salvación habrá terminado.

¿Cómo podemos saber esto? Esta comprensión corresponde exactamente a la enseñanza de Jesús cuando estaba en la Tierra. Él dijo claramente: “El que desee salvar su vida la perderá” (Mt 16:25), también Mt 10:39, Lc 9:24, 17:33, Jn 12:25 lo mencionan. Esta palabra “vida” aquí es “PSUCHÊ” o “vida del alma”.

Es significativo que este versículo esté registrado en la Biblia cinco veces. Nada podría ser más claro. Si usted se ama a sí mismo y resiste la obra transformadora y purificadora del Espíritu Santo dentro de usted, entonces ¡esta vida natural PSUCHÊ se perderá!

Esto no se refiere a su vida física. No significa muerte física. No está hablando de ser un mártir. Se refiere a su alma. De hecho, algunas traducciones dicen esto: “Porque el que quiera salvar su *alma*, la *perderá*”. Los elementos naturales y pecaminosos que quedan en su interior serán consumidos por la presencia de un Dios intensamente santo en Su venida. Se perderán. Esta es una de las promesas de Dios, y, por lo tanto, ¡considérela verdad!

LA TIERRA DE LA PROMESA

Para ilustrar aún más este punto, volvamos otra vez a los hijos de Israel y a la Tierra Prometida, Canaán. Dios les dio esta tierra. La dio libremente y sin costo. Él definió los límites de antemano, mostrándoles la longitud, la anchura y la extensión de la tierra que podrían heredar (Nm 34:3-12).

Sin embargo, había una condición. Esta gente tenía que entrar esta tierra día a día, paso a paso, de acuerdo con la guía del Espíritu Santo y tomar posesión de la misma. Ellos no podían simplemente asentarse en el lado más distante del río Jordán y proclamar que eran los propietarios, ni tampoco podían simplemente quedarse en el lado oriental adorando y agradeciendo a Dios por este gran regalo que Él les había dado. Para realmente obtenerla, ellos mediante la fe y la obediencia, tenían que entrar y poseerla.

Lo mismo se aplica a nosotros hoy en relación a nuestra alma. Jesús explica: “Por vuestra perseverancia ganaréis vuestras almas” (Lc 21:19, RVR1960).

Es esencial que todo hijo de Dios conozca y entienda esta verdad. Para “ganar” lo que significa experimentar la salvación progresiva de nuestra alma, tenemos que perseverar en la búsqueda de Dios con todo el corazón.

Realmente, Jesucristo ha comprado para cada creyente una salvación completa. Su muerte en la cruz fue suficiente para cambiarnos de un grado de gloria a otro a Su imagen exacta. Él ha vencido el pecado, la muerte y el poder del diablo. Toda Su obra ha sido terminada. En la cruz, él declaró: “Consumado es” (Jn 19:30).

Sin embargo, queda una parte que nos toca hacer. Mediante la fe y la obediencia, debemos entrar y poseer aquello que Él nos ha dado gratuitamente. No nos hará ningún bien simplemente alabar y agradecer a Dios por Su regalo mientras no logremos ningún progreso espiritual.

Estas no son promesas para “algún día” futuro. ¡Hoy es el día de salvación! (2 Cor 6:2). Hoy es el día para llegar a ser “partícipes de la naturaleza divina” obteniendo estas “preciosas y grandísimas promesas” (2 Pe 1:4). Tenemos delante de nosotros una buena tierra, ¡entremos y tomemos posesión de ella!

Si, por otro lado, no estamos dispuestos a hacer frente al enemigo, luchar las batallas, confrontar a los gigantes en nuestra vida y manifestar Su victoria, no ganaremos lo que nos pertenece por derecho.

Lo que sucedió con los hijos de Israel sirve de ejemplo para nosotros. Aunque Dios ya le había dado a Israel su territorio, ellos nunca llegaron a entrar y poseerlo completamente. No

obedecieron a Dios y, por su temor y desobediencia, no lograron aprovechar completamente la promesa. Aquello que capturaron, lo tenían, pero aquello que no conquistaron, lo habían perdido. Es igual para nosotros hoy.

Hay algo que todos los cristianos deben saber: no hay una segunda oportunidad para ganar nuestras almas. No habrá una transformación mágica del alma más tarde cuando Él venga. Si no nos sometemos a Cristo hoy, llenando nuestra alma con Él hasta que se desborde con Su naturaleza, entonces será demasiado tarde para cuando regrese.

Lo que hemos ganado será nuestro, pero lo que no hayamos ganado se perderá para nosotros, a menos que nos arrepintamos y nos esforcemos por ello hoy. La Biblia dice: “Temamos, pues, mientras permanezca aún la promesa de entrar en su reposo, no sea que alguno de ustedes parezca quedarse atrás.” (Heb 4:1). Debemos temer el hecho de no aprovechar todo lo que Jesús ha comprado para nosotros.

¿TRANSFORMACIÓN INSTANTÁNEA?

Ciertamente, algunos preguntarán: “¿Qué hay de ser transformados en un abrir y cerrar de ojos?”, en referencia a 1 Cor 15:52. “¿No habla esto de una transformación instantánea?”. Este es un versículo maravilloso, pero no se refiere a nuestra alma. Si usted lee el contexto, se dará

cuenta que está hablando de nuestros cuerpos. Ciertamente, estos serán transformados instantáneamente para ser como Jesús. Serán glorificados inmediatamente cuando Jesús venga.

Pero en lo concerniente al alma, las Escrituras también son claras al declarar: “Ahora es el día de la salvación” (2 Cor 6:2). La transformación del alma debe ocurrir ahora, en esta vida. No se realizará ninguna obra “instantánea” en nuestras almas cuando él vuelva. Esto debería tener perfecto sentido para una persona que piensa correctamente.

¿Por qué Pablo, por ejemplo, “moriría diariamente”, se negaría a sí mismo, se esforzaría en “seguir adelante”, “castigaría su cuerpo” y todas estas otras cosas, si todo lo que realmente necesitaba hacer era esperar el día mágico cuando él sería instantáneamente cambiado para ser como Jesús?

Mucha de la confusión que experimentan los creyentes de la actualidad es un resultado de no entender correctamente el plan de Dios y su salvación. Muchos no comprenden Sus propósitos y cómo está obrando en ellos hoy.

Esta falta de entendimiento produce mucha confusión e, incluso, error, lo que solo sirve para obstaculizar a muchos que quieren acercarse más a Dios. Uno de los principales propósitos de este libro es aclarar estas cosas.

Por lo que puedo darme cuenta, casi todos los cristianos creen en algún grado de transformación. Es decir, creen que pueden ser cambiados hasta cierto punto u otro por la obra del Espíritu Santo. Muchos admiten la necesidad de ser librados de algún pecado externo, más “repulsivo” Algunos hasta hablan de una santidad adicional.

Sin embargo, muchos creyentes en la iglesia de hoy también parecen pensar que este proceso es opcional o realmente no tan importante. Muchos creen que no importa cuál sea el estado de nuestro ser interior o alma porque, cuando el Señor regrese, todos los problemas serán resueltos y todas las tendencias y los hábitos pecaminosos cambiados “en un instante en un abrir y cerrar de ojos” (1 Cor 15:52), como mencionamos antes.

Aunque pocos lo admitan, esto tiende a conducir a una actitud algo parecida a esta: “Bueno, realmente no importa si no soy completamente santo. No importa realmente si todavía soy “un poco” envidioso, sensual, deshonesto, colérico, codicioso, murmurador, celoso o alguna de estas otras cosas.

“Cuando Jesús venga, todo esto será cambiado instantáneamente, de modo que ¿por qué tomarme la molestia de preocuparme por mi condición ahora? Después de todo, los demás parecen estar llenos de pecado también. Dios me perdona. ¿Por qué debo tratar de ser santo

ahora, cuando lo obtendré todo sin esfuerzo más tarde?” Aunque algunos enseñan que todavía hay un asunto de “recompensas”, este factor no parece motivar a muchos en nuestra sociedad actual.

Incluso he escuchado a cristianos enseñar que ellos tienen una “revelación más profunda” que Pablo y que él no necesitaba sufrir en absoluto.

Este tipo de disparate terminará rápidamente cuando Jesús aparezca en poder y gloria. Aquellos que están diciendo tales necedades comenzarán a orar a las rocas y a las montañas para que caigan sobre ellos y los oculten de la intensa y ardiente presencia del Dios Altísimo (Ap 6:16). “Conociendo, entonces, el temor del Señor, persuadimos a los hombres” (2 Cor 5:11).

Con esto en mente, investiguemos ahora más lo que la palabra de Dios dice acerca de este tema. Sabemos, sin duda alguna, que cuando Jesús regrese, todos nos presentaremos delante de Su tribunal (2 Cor 5:10) y allí daremos cuenta de todo lo que hemos hecho. En aquel “día” nuestras obras serán “reveladas por el fuego”. Si nuestras obras pasan la prueba, “recibiremos recompensa”, pero si nuestras obras son defectuosas, serán quemadas (1 Cor 3:12-15).

PERO APENAS, COMO POR FUEGO

Observemos más detenidamente el versículo 15. Leemos que la persona cuyas obras se perdieron fue salvada, “pero apenas, como por

fuego”. De modo que vemos que no solo nuestras obras pasan a través del fuego, *¡también nosotros* seremos probados por la llama! Nosotros también atravesaremos el fuego.

¿Qué fuego es este? ¡Es nada menos que la presencia de Dios! “Porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb 12:29). La intensidad ardiente de lo que es Él analizará y revelará el contenido de lo que somos. Esta es la verdadera prueba. Si lo que somos por dentro es puro, o sea, lleno de la Vida, la naturaleza y la esencia de Dios, pasará. Nada podrá destruir esto. Ya se ha convertido en algo eterno. Si, por el contrario, estamos llenos de la vieja vida y naturaleza, esta será consumida por Su presencia ardiente. Se perderá.

Recuerde que Él no es simplemente un fuego, sino un fuego *consumidor*. Sin duda lo que será consumido delante de Su trono es cualquier cosa que no es santa, justa, ni pura, cualquier cosa que no corresponda a lo que Él mismo es. De hecho, si usted se pone a pensar en esto, así debe ser. Obviamente, nada que no sea santo podría resistir la presencia de Dios.

Dios debe eliminar todo pecado de Su pueblo. Cuando Él creó el mundo de Adán y Eva, estaba sin pecado. Sin embargo, tan solo un pecado destruyó para siempre la creación entera que Él había hecho. De la misma manera, si a la vida y a la naturaleza pecaminosa se le permitiese entrar en la nueva creación de Dios, tarde o

temprano producirá pecado (ver capítulo 4) y este único pecado contaminaría para siempre esta nueva creación.

Por tanto, cuando Él venga, si todavía estamos llenos de nuestra propia vida pecaminosa, algo se debe hacer. Algo tendrá que ser consumido y eliminado. Lo que pasará es que la presencia ardiente de Dios devorará todo lo que no sea como Él. La vieja alma y su naturaleza caída se quemará. Se “perderá” verdaderamente, como Jesús nos enseñó. Este será el final de todo lo que es viejo, “natural” y no transformado en nosotros.

Acerca de esto, las Escrituras preguntan “¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?” (Is 33:14,15). La respuesta es: “El que camina en justicia y habla lo recto, el que aborrece la ganancia de opresiones, quien hace señas con las manos rechazando sobornos, quien se tapa los oídos para no oír propuestas para derramar sangre, quien cierra los ojos para no ver el mal”. Esto indica gente justa, aquellos que están llenos de Dios y le permiten a Él vivir Su Vida a través de ellos.

En el libro del Apocalipsis se nos presenta un espectáculo admirable. Vemos un grupo de hombres y mujeres de pie sobre un mar de vidrio mezclado con fuego (Ap 15:2). Ellos están de pie en medio de un infierno de fuego. Pero ¿qué lugar es este? De hecho, es el pavimento

transparente directamente frente al trono de Dios (Ver Ex 24:10; Ez 28:14).

Están en la misma presencia de Dios. En esta admirable presencia, es como si todo estuviera ardiendo en fuego. Sin embargo, estas personas especiales estaban cómodas allí. No son afectados por las llamas. De hecho, están adorando, cantando la canción de Moisés en la presencia del Dios Todopoderoso. Son inmunes al Fuego Consumidor, ya que están llenos de Su misma Vida y naturaleza. Son cristianos que fueron transformados en todo lo que Él es. Entonces la llama no tiene ningún efecto sobre ellos.

Recuerde también los tres jóvenes amigos de Daniel el profeta que fueron arrojados en el horno de fuego. Estos eran personas santas. Habían entregado su vida completamente a Dios. Por lo tanto, las llamas no les afectaron. Estas cosas todavía nos hablan hoy día.

EL BAUTISMO DE FUEGO

Juan el Bautista declaró: “Yo, a la verdad, les bautizo en agua. Pero viene el que es más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado. Él les bautizará en el Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en Su mano para limpiar Su era y juntar el trigo en Su granero, pero quemará la paja en el fuego que nunca se apagará.” (Lc 3:16,17).

Aquí encontramos una declaración extraña. Juan dice que el Hijo de Dios, Jesucristo el Salvador del mundo, viene y, cuando Él venga, va a bautizar a hombres y mujeres con fuego.

¿Qué significa este fuego? ¿Por qué Dios querría derramar fuego del cielo sobre aquellos que creyeron en Él?

Dios desea purificar a Sus hijos. No solo quiere reunir de entre los hombres a aquellos que creen, sino también desea limpiarlos y purificarlos de modo que cuando se presenten delante de Él, sean santos como Él.

Creo que este fuego bautismal es el mismo fuego purificador mencionado en otras partes en las Escrituras (Ver Mal 3:23, Zac 13:9), el cual es un brasero de carbones encendidos e intensamente calientes. Esta es la clase de fuego que un joyero que trabaja con oro o plata usaría para purificar todas las impurezas de los metales con los cuales está trabajando. De esta misma manera, Dios nos está bautizando con Su fuego para limpiarnos, purificarnos y prepararnos para Su manifestación.

Jesús dijo: “He venido a echar fuego en la tierra. ¡Y cómo quisiera que ya estuviera encendido!” (Lc 12:49). ¡No hay duda de que Dios quiere purificar a Sus hijos! No solamente quiere salvarlos de lo que han hecho, sino también de lo que ellos son. Él quiere purificarlos por dentro

para que ellos sean de la misma naturaleza y sustancia que Él

Efesios 5:27 dice: “para presentársela a Sí mismo una iglesia gloriosa que no tenga mancha ni arruga ni cosa semejante sino que sea santa y sin falta”. Tal cosa requiere el bautismo de fuego. No solo debemos ser bautizados con el Espíritu Santo para llenarnos con la Vida y el poder de Dios, sino también debemos ser bautizados con fuego, ese ardor interno purificador y refinador es el que nos derrite, nos cambia, quema la escoria y nos hace ser como Él.

Todo creyente va a experimentar el fuego de Dios, hoy y en el futuro. Si pasamos tiempo en Su presencia, esto ocurrirá ahora porque verdaderamente Él es “un fuego consumidor”. Sin embargo, si evitamos el contacto íntimo con Él, entonces esta experiencia esencial estará reservada para el futuro cuando no haya posibilidad de que nos beneficie.

El fuego de Dios es algo a través del cual debemos pasar hoy si estamos dispuestos y listos. Esto nos preparará para el fuego de Su presencia en el futuro. Si le permitimos hacer Su trabajo purificador dentro de nosotros ahora, entonces en Su manifestación no tendremos nada que temer. Si le permitimos escudriñar y purificar (es decir, “salvar”) nuestra alma completamente, entonces habremos llegado a ser transformados como la madera petrificada descrita en el capítulo 6 y, por lo tanto, no

sufriremos pérdida o daño con la llama de Su presencia cuando venga.

Lo que estamos viendo aquí es que hay una “pérdida” considerable para los cristianos no preparados. Es la pérdida del alma o vida PSUCHÉ. Esta es la destrucción irrevocable de toda la vida natural con la naturaleza pecaminosa. Lo que quedará es lo que se ha vuelto eterno por saturarse de Su Vida eterna.

Entonces, una pregunta razonable podría ser: ¿Cuál es el resultado final de tal juicio? ¿Cómo afecta esto al creyente? Está claro que, de cada creyente que se presenta delante del tribunal de Cristo, al menos algo será salvado (1 Cor 3:15) sin considerar la pérdida. Como mínimo, será el espíritu humano que ha renacido y se ha unido al Espíritu de Dios.

Por ejemplo, Pablo menciona a uno que iba a ser entregado “a Satanás” para la destrucción de la carne, para que su espíritu pueda ser salvo en el día del Señor Jesús (1 Cor 5:5). Asimismo, la mayoría de los creyentes habrán alcanzado, al menos, algún grado de crecimiento espiritual. O sea, alguna cantidad de transformación sobrenatural habrá ocurrido, alguna cantidad de sustancia eterna habrá sido depositada. Esto tampoco será quemado y, de hecho, no puede quemarse.

Cualquiera y cada una de las partes del alma que haya sido transformada perdurará. Lo que

sea que haya sido saturado y penetrado por la Vida de Dios es, por definición, eterno. Lo que hemos ganado, ciertamente, lo ganamos para siempre, pero la vida y la naturaleza viejas se perderán.

MADUREZ ESPIRITUAL

¿Cómo nos afectará esto? ¿Cómo podemos entender estas cosas? En varios lugares de las Escrituras, leemos acerca de niveles o etapas de crecimiento espiritual (Ver Ef 4:15, 1 Pe 2:2; 2 Pe 3:18 y 1 Jn 2:12-14). Leemos de “niños” en Cristo”, “jóvenes” espirituales y aun “padres”, lo que indica “niveles” de madurez. Yo creo que estas cosas no solo son figuras literarias, sino que se refieren a realidades espirituales. Por lo tanto, es lógico suponer que el grado de madurez espiritual que alcancemos en esta vida mediante una fiel obediencia al Espíritu Santo será nuestro estado eterno cuando venga Jesús.

En otras palabras, si permanecemos como niños en Cristo, seremos para siempre niños. Si nos esforzamos un poco para ganar algo de madurez, esto también será nuestro estado eterno. Todo lo demás se perderá y quemará con Su presencia. Si, por otro lado, nos esforzamos para conocer al Señor y alcanzar algún grado de adultez espiritualmente, estaremos agradecidos para siempre y sufriremos poca, o ninguna, pérdida en Su venida.

Queridos hermanos y hermanas, esta es nuestra recompensa. No recibiremos plata ni oro ni otras recompensas materiales en la eternidad. Dios mismo es nuestra recompensa, Él le dijo a Abraham: “Yo soy tu escudo, tu recompensa sobremanera grande” (Gen 15:1). ¿Entiende usted esto? En Su presencia, ninguna otra cosa tiene valor alguno. Él es Aquel con quien gozaremos en forma suprema.

El salmista claramente dice: “En Tu presencia hay plenitud de gozo; delicias en Tu diestra para siempre” (Sal 16:11). Créalo, es verdad. Él es y será nuestra recompensa. Piense usted también en que la habilidad de cada uno para disfrutar de esta gloriosa experiencia y, por lo tanto, de su recompensa, será determinada por su madurez. Nuestra madurez espiritual nos permite experimentar más profundamente todo lo que Dios es.

Así es exactamente como es en esta vida presente. La madurez física es el factor que rige nuestra capacidad de disfrutar muchas de las cosas de esta vida.

Recuerdo haber ido a un evento deportivo con mis hijos y otra familia grande. Todos nos divertíamos, pero no todos tenían la misma experiencia. Los niños pequeños disfrutaban gateando por debajo de los asientos encontrando cosas interesantes. Los niños más grandes lo hacían jugando unos con otros. Los

jóvenes y los adultos, en realidad, gozaban observando el deporte.

En la eternidad, todos gozarán de Dios, pero la recompensa de cada uno se basará en su madurez espiritual, que regirá su capacidad de disfrutar del mismo Dios y Su nueva creación.

¿Sabía usted que todos los creyentes estarán con el Señor para siempre, pero que no todos serán lo mismo? La madurez espiritual de la cual hablamos se manifestará en espléndida y radiante gloria. Daniel 12:3 dice: “Los entendidos resplandecerán con el resplandor del firmamento; y los que enseñan justicia a la multitud, como las estrellas, por toda la eternidad”.

Asimismo, cada uno tendrá una cierta “cantidad” de esta gloria. Cada uno brillará con su propio grado de resplandor, dependiendo de su grado de fidelidad y transformación.

Considerando que los textos originales no estaban separados en versículos con números, leamos 1 Cor 15:41,42: “porque una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos”. Lo que se gana de Cristo hoy será revelado cuando Él venga. Por la eternidad, cada uno exhibirá un grado diferente de gloria.

Puede ser que estas ideas sean nuevas para usted y que las encuentre un tanto desconcertantes. Por lo tanto, quisiera instarlo a

no reaccionar a esto emocionalmente, sino que escudriñe las Escrituras por usted mismo.

Ore acerca de estas cosas. Revise estos pensamientos después que haya pasado algún tiempo. Creo que Dios le dará gracia para ver que la “salvación” implica más de lo que creíamos en el pasado. La divina palabra de Dios implica más de lo que se ha predicado. Verdaderamente, necesitamos esforzarnos en conocer al Señor y poner nuestra atención en las cosas espirituales, no sea que en cualquier momento nos alejemos de ellas. (Heb 2:1).

ACERCA DE LA PERFECCIÓN

Sin duda, algunos preguntarán: “¿Y la perfección? ¿Es posible, entonces, que un cristiano llegue a ser perfecto? ¿Podría ser que cuando venga Jesús, algunos no sufran pérdida en absoluto?” Para responder estas preguntas debemos observar cuidadosamente lo que dicen las Escrituras. No podemos mirar nuestro entorno y juzgar este asunto basándonos en la condición de otros. Tampoco podemos mirarnos a nosotros mismos para decidir lo que es correcto.

Nuestra respuesta debe venir de la Palabra de Dios, la cual sabemos que es verdad. Leamos 1 Tesalonicenses 5:23,24: “Y el mismo Dios de paz los santifique **por completo**; que todo su ser—tanto espíritu, como alma y cuerpo— sea guardado sin mancha en la venida de nuestro

Señor Jesucristo. Fiel es el que los llama, quien también lo logrará”. Aquí Pablo está expresando un tipo de intercesión, una oración por estos cristianos a quienes ama y, de esta manera, muestra que él tiene fe de que le sean fieles a Dios, porque Él también les será fiel en llevar a cabo esta gloriosa obra dentro de ellos.

Reflexionemos: Si la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesús no fueron lo suficientemente poderosos para transformarnos completamente, entonces necesitamos pedirle que regrese y complete el trabajo. Si todo lo que Él logró en la cruz fue solo suficientemente bueno como para cambiarnos parcialmente, entonces debemos comenzar inmediatamente un movimiento de oración a nivel mundial, pedirle que por favor regrese, y que haga lo que sea necesario para terminar la obra.

Negar el poder de Dios para cambiar a cualquiera y a cada ser humano completamente es negar que Su obra fue suficiente. Pero este no es el caso. Ciertamente: “¡Consumado es!” (Jn 19:30). Por su parte, Jesús ha hecho todo lo necesario para nuestra transformación y santificación. Por parte nuestra, solo necesitamos seguir buscando Su rostro hasta el día en que Él venga. Podemos estar confiados de que Él “puede salvar **por completo** a los que por medio de Él se acercan a Dios” (Heb 7:25).

Esta era, de hecho, la meta del apóstol Pablo cuando dijo: “No quiero decir que ya lo haya

alcanzado ni que haya llegado a la perfección, sino que prosigo a ver si alcanzo aquello para lo cual también fui alcanzado por Cristo Jesús” (Flp 3:12). Pablo había visto algo. Había visto al Señor glorioso y resucitado y estaba enfocado, con cada fibra de su ser, en “alcanzar” la perfección que había visto. No solo estaba él buscando esto, sino que también estaba preocupado por ayudar e instar a otros para que llegaran a la misma condición también.

En Colosenses 1:28,29 leemos: “A Él anunciamos nosotros, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre con toda sabiduría, a fin de que *presentemos a todo hombre perfecto en Cristo Jesús*. Por esto mismo yo trabajo, esforzándome según su potencia que obra poderosamente en mí”.

Jesús mismo nos exhortó: “Sean, pues, ustedes perfectos, como su Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt 5:48). Esta es la referencia, la perfección del mismísimo Dios. Mientras hemos visto que los esfuerzos de la carne nunca llegarán y de hecho tampoco pueden llegar a cumplir esta meta sublime, también hemos estado viendo que es ciertamente posible. Se logra simplemente cuando recibimos otra Vida y vivimos a través de esta.

Debemos ser cuidadosos para no tomar como ejemplo a aquellos que nos rodean, sino a Dios mismo. Pablo claramente reprendió este tipo de error diciendo: “Pero ellos, midiéndose y

comparándose consigo mismos, no son juiciosos” (2 Cor 10:12). Si nuestro objetivo es nada, seguramente que eso conseguiremos: nada.

Desafortunadamente, es verdad que vemos muy pocos cristianos que viven una vida libre de pecado y exhiben la Vida sobrenatural. Tristemente, la mayoría de los creyentes no aprovechan ni poseen todo lo que Dios tiene para ellos. Quizás una razón para esto es que no sepan que existe una posibilidad de ser hechos perfectos. Más allá del nuevo nacimiento, no tienen noción de que haya algo más que ganar o perder.

Verdaderamente Dios ha dicho: “Mi pueblo es destruido porque carece de conocimiento” (Os 4:6). Ciertamente, una gran oscuridad cubre la Iglesia de nuestros días. Mientras que muchos piensan que son quizás la generación espiritualmente más iluminada, ignoran o malinterpretan la verdad más esencial acerca de la salvación del alma.

No estoy enseñando acerca de una “perfección sin pecado”, es decir, que podamos llegar a un punto en esta vida en el que nos hagamos incapaces de pecar. Un factor que hace esto imposible es que todavía tenemos un cuerpo decadente. Este cuerpo es un “cuerpo de pecado” (Rom 6:6). Tiene apetitos naturales y carnales. El deseo de comida, comodidad, sexo y muchas otras cosas estará siempre con

nosotros en tanto estemos en este cuerpo. Esto solo cambiará cuando Jesús venga.

Esta es la razón por la que Pablo enseña que debemos ejercer dominio espiritual sobre nuestro cuerpo. Él dice: “Yo disciplino mi cuerpo y lo pongo en sujeción” (1 Cor 9:27). También leemos que él anhelaba ser libre de este cuerpo pecaminoso y recibir otro cuerpo puro y celestial (2 Cor 5:2,4). Esto es porque cuanto más llegaba a purificarse interiormente y llenarse de la Vida de Dios, más se daba cuenta que este cuerpo terrenal no era un receptáculo digno para esta preciosa sustancia. El cuerpo pecaminoso llegaba a ser una carga cada vez más agobiante.

Queridos hermanos y hermanas, la salvación del alma es realmente un tema importantísimo y vital. Las consecuencias de lo que hemos estado analizando aquí son eternas. No hay tiempo que perder. No habrá una segunda oportunidad. Por lo tanto, necesitamos estar animándonos unos a otros más y más, así que, de esta manera vemos aquel día aproximarse (Heb 10:25). Por Su gracia y misericordia, quiera Dios que no estemos entre “los que se vuelven atrás para perdición sino de los que tienen fe para la [completa] preservación del alma” (Heb 10:39).

CAPÍTULO 8

MONTAÑAS Y VALLES

Hemos estado viendo en el capítulo precedente que la salvación del alma no es un evento, sino un proceso. Es una transformación que dura toda la vida, la cual cada hijo de Dios necesita estar experimentando. Todos nosotros necesitamos crecer espiritualmente hasta llegar a cumplir lo que Dios dispuso para nosotros. Pero ¿cómo ocurre esto? ¿Cómo podemos entender las diferentes cosas que están ocurriendo en nuestra vida, tanto dentro de nosotros como en nuestro entorno?

Por supuesto que este crecimiento espiritual es un proceso **viviente**. Es un producto de la Vida sobrenatural que madura dentro de nosotros. Es Cristo “siendo formado” en nuestro ser interior (Gal 4:19). Por lo tanto, es un misterio. Tal como realmente no entendemos “cómo entra el espíritu a los huesos en el vientre de la mujer encinta” (Ec 11:5), así también el crecimiento espiritual es un misterio. Simplemente no hay forma posible de explicar de una manera detallada y sistemática cómo ocurre. No es el resultado de seguir una serie de reglas o procedimientos previamente establecidos, sino de la obra del Espíritu de Dios dentro de nosotros.

Si bien todo esto es verdad, hay unos pocos factores que podemos reconocer. Quizás podamos pensar en ellos como señales que debemos buscar, por así decirlo, las cuales nos pueden ayudar a identificar, al menos parcialmente, algunas de las cosas que nuestro Señor está logrando dentro de nosotros. Dios, a través de Su palabra, ha puesto delante de nosotros algunas de las cosas que Él desea lograr en nuestro interior.

Juan el Bautista fue enviado por Dios para preparar a la gente de su tiempo para la venida del Mesías. Él profetizaba acerca de Aquel que iba a venir. Como parte de este ministerio, citando al profeta Isaías, él declaró que era: “Voz del que proclama en el desierto: “Preparen el camino del Señor; enderecen sus sendas. Todo valle será rellenado, y toda montaña y colina serán rebajadas. Los senderos torcidos serán enderezados; y los caminos ásperos, allanados; y toda carne verá la salvación de Dios” (Lc 3:4-6).

Esta es una palabra profética maravillosa acerca de la salvación del alma. Aquí Juan está haciendo referencia a algunas cosas muy importantes que Dios desea hacer dentro de cada uno de nosotros. En nuestra alma, cuando aún no ha sido tocada por Dios, tenemos muchas diferentes fortalezas y debilidades. Tenemos “áreas” de nuestra vida en las que nos sentimos fuertes y capaces, y otras en las que no tenemos mucha confianza. También, “áreas”

emocionales o psicológicas que están retorcidas o mutiladas por las experiencias de la vida.

Para que Jesús se manifieste a través de nosotros, todas estas cosas deben cambiarse. Él debe transformar nuestro ser interior de tal manera que el Señor pueda fácil y libremente fluir a través de nosotros y revelarse al mundo. En nuestro interior debemos llegar a ser un “camino” para el Rey, un medio para que Él se exprese a Sí mismo sin estorbos, ni una confusa mezcla de nuestro ego y Su realidad.

LAS MONTAÑAS

Por ejemplo, todos tenemos nuestras propias “montañas”. Sin importar cuán débiles o desvalidos nos podamos sentir, cada uno de nosotros tenemos nuestras propias fortalezas. Recuerdo que, hace algunos años, mi esposa y yo estábamos aconsejando a una mujer joven que parecía no tener ninguna fortaleza de carácter en absoluto. Era completamente pasiva y no hacía nada. Aparentemente, no podía hacer nada por sí misma y actuaba como si fuera un vegetal humano.

Nos enteramos de que, cuando era joven, sus padres habían hecho todo por ella. Nunca había tomado una decisión por sí misma y se había “dejado llevar” por otros durante toda su vida. De modo que, cuando dejó el hogar para asistir a la

universidad, simplemente quedó mentalmente quebrantada. Sin ayuda, no podía sobrevivir.

Pero, al tratar de ayudarla, descubrimos algo muy interesante. A pesar de esta aparente debilidad, ella tenía una gran fortaleza: era muy testaruda. Cuando no quería hacer algo, nada podía obligarla. Cuando tratábamos de animarla a actuar en cierta forma, su tremenda testarudez se hacía evidente. Esta era una gran montaña en su vida.

Todos los seres humanos tienen estas “montañas” o lugares altos. Todos tienen algunas fortalezas y pueden ser muy capaces, muy inteligentes, aptos para lidiar con otros y controlarlos. Pueden ser muy buenos para organizar cosas, tener talento para la música o la oratoria. Simplemente, pueden tener una voluntad muy fuerte y ser capaces de llenar cualquier requisito. Algunas personas son especialmente talentosas y tienen numerosas habilidades. Otras quizás son menos “dotadas”. Pero, toda alma que Dios creó, tiene algunas montañas o puntos fuertes en su vida.

Como hemos estado viendo, este Jesús que vive dentro de nosotros quiere también vivir a través de nosotros. Él desea expresarse a través de nuestro ser. Sin embargo, estas áreas en las cuales somos tan fuertes y capaces presentan un problema. En estas partes de nuestra personalidad, Él tiene dificultad para expresarse

porque ya hay otra vida que activamente usa estas facultades.

Ya que somos tan capaces en estas áreas, ¿por qué necesitamos someternos a Su dirección y control? Sin mucho esfuerzo, somos capaces de hablar y actuar en estas áreas de la vida. No estoy diciendo que estamos rebelándonos intencionalmente o que tratamos de hacer algo en contra de la voluntad de Dios. De hecho, con mucha frecuencia, cuando estamos actuando en nuestras áreas de fortaleza, creemos que estamos haciendo la voluntad de Dios y tratando de “vivir para Él”.

En Filipenses, capítulo 3, Pablo hace toda una lista de quién y qué era él antes de encontrarse con Jesucristo. Evidentemente, era un varón judío muy capaz, bien criado y educado. Sin embargo, después de describir todas estas fortalezas y ventajas, dijo que “las cosas que para mí eran ganancia las he considerado pérdida a causa de Cristo”. (Flp 3:7). En el Reino de Dios, estas cosas no tenían valor para él. Al contrario, eran un estorbo, una pérdida, porque formaban parte de su carácter y eran áreas a través de las cuales Dios no podía moverse ni expresarse libremente.

Son estas “montañas”, estas partes fuertes de nuestra alma, las que necesitan ser derribadas. Estos lugares altos necesitan ser aplanados. Mientras seamos capaces de vivir y actuar nosotros mismos, no tenemos necesidad de

depender completamente de Jesús. Puede ser que tengamos la intención de permitirle expresarse y que anhelemos ser obedientes. El problema es que nuestra propia vida es tan fuerte en estas áreas que ni siquiera nos damos cuenta cuando somos nosotros y no es Él quien se está expresando.

Por lo tanto, Dios debe hacer un trabajo de quebrantamiento en cada uno de Sus hijos y actuar para quebrar nuestra confianza en nosotros mismos, nuestra ambición de trabajar para Él, nuestra confianza en nuestras propias habilidades y nuestra dependencia de la propia fuerza, de modo que no se trate de lo que podemos hacer y ser para Dios, sino lo que podemos hacer o decir cuando Él nos está motivando. Solo así podremos llegar a ser un “camino” para el Rey.

A aquellos que son muy orgullosos, Dios debe humillarlos. Él trabajará continuamente en su vida para exponer las verdaderas debilidades de varias maneras. Puede permitir que ellos caigan (Dn 11:35), o puede hacer que sus obras valiosas para Él se desintegren.

Puede, incluso, tener que exponer sus pecados a otros para humillarlos. Él descargará golpe tras golpe a su orgullo, hasta que quede hecho polvo. Solo después llegarán a ser receptáculos útiles para Su servicio. Verdaderamente, “Dios resiste a los soberbios” (Sant 4:6).

A aquellos que son muy capaces, Dios puede permitirles fracasar. Una y otra vez, Él determinará las circunstancias, de modo tal, que no puedan lograr sus objetivos. Una y otra vez los frustrará. Esto es especialmente cierto en su trabajo para Él Señor. Intentan una cosa, pero no resulta. Se disponen hacer otra cosa, solo para que esta se caiga a pedazos en sus manos.

Frecuentemente, tales creyentes se desmotivan y amargan. Piensan que Dios los ha abandonado. Después de todo, piensan que han estado tratando de servir a Dios con todo su corazón. ¿Dónde está la bendición? ¿Dónde está el amor de Dios? ¿Dónde está la poderosa mano de Dios? La poderosa mano de Dios está, verdaderamente, siendo manifestada delante de sus propios ojos, pero no la pueden ver. Está trabajando para quebrantar su propia fuerza y sus capacidades, está obrando para destruir su propia autoconfianza. En realidad, quebrantar su propia fuerza y sus capacidades es la cosa más amorosa que Dios podría hacer por alguien.

La Palabra de Dios dice: “Humíllense, pues, bajo la poderosa mano de Dios para que él los exalte al debido tiempo” (1 Pe 5:6). Pero ¿cuándo será este “debido tiempo”? ¿Cuándo podrá Dios, finalmente, usarnos de alguna manera más grande? Será cuando nuestra propia fuerza, nuestras propias habilidades, capacidades y nuestra propia confianza mermen. Será cuando no confiemos “en nosotros mismos sino en Dios que levanta a los muertos” (2 Cor 1:9). Será

cuando nuestra propia fuerza, nuestras habilidades, capacidades y nuestra autoconfianza ya no existan. Cuando las montañas de nuestra personalidad fuerte se hayan convertido en llanuras. Cuando hayamos menguado nosotros, nuestras ambiciones y nuestros planes, cuando Jesús solo se esté manifestando a través de nosotros.

En una situación, mientras Jesús estaba ministrando a las multitudes, les pidió a sus discípulos que le dieran algo de comer. Obviamente, Él ya sabía que tenían muy poco, solo cinco panes y dos peces. Pero el Señor estaba tratando de ilustrar una verdad para ellos, sabía también que, como hombres naturales, tenían poco para ofrecerle a la gente.

De modo que tomó en Sus manos lo que ellos tenían. Allí Él lo bendijo y, luego, lo partió en pedazos. Después, todos comieron lo suficiente y hasta sobró. Así también ocurre en nuestra propia vida. Lo que tenemos como seres humanos naturales puede parecer bueno desde nuestro propio punto de vista, pero, hasta que no seamos partidos por Sus manos, seremos de poca utilidad para Dios.

Al comienzo de nuestro caminar cristiano puede parecer que tenemos éxito, para solo encontrar más tarde muchas frustraciones. Al principio, cuando Pablo se convirtió, inmediatamente estuvo en las sinagogas debatiendo con los líderes judíos y causando toda una conmoción.

Pablo “confundía a los judíos [...] demostrando que Jesús era el Cristo” (He 9:22). Más tarde, “discutía con los helenistas” hasta que ellos trataron de matarlo (He 9:29).

Sin embargo, poco después, aparentemente desapareció del “foco del movimiento cristiano” y había quiénes se preguntaban dónde estaba. Estaba en Tarso, Damasco y Arabia (Gal 1:17). No sabemos exactamente por qué fue a estos lugares o cuánto tiempo estuvo allí, pero una cosa está clara: Cuando apareció nuevamente en el registro bíblico, ya no estaba debatiendo ni disputando, sino ministrando en el nombre de Cristo. En lugar de trabajar *para* Dios, él aprendió a dejar que Dios trabajara a través de él. Poco después, su nombre cambió de “Saulo” el natural, apasionado y religioso, a Pablo, el “pequeño” que Dios utilizaba.

¿Cuántos de Sus hijos han desarrollado multitudes de seguidores y grandiosos ministerios para luego caer en algún pecado y causar daño a la reputación de Cristo? ¿Cuántos han hecho “poderosas obras para Dios”, para luego deshonrarlo?

Esto es porque nunca fueron quebrantados. Las “montañas” de su fuerza personal nunca fueron aplanadas, sino que continuaron usando su propia ambición, energía y esfuerzos para trabajar por Jesús hasta que su fuerza humana falló. En consecuencia, llegaron a ser una presa fácil para el diablo.

Verdaderamente, es la amorosa mano de nuestro Padre celestial la que no nos permite tener éxito por nuestra cuenta. Es una demostración de Su gran amor por nosotros que Él nos impida hacer lo que queremos y nos discipline severamente. Solo de esta manera podremos, en un futuro, convertirnos en vasos de honra para Su santo nombre.

LOS VALLES

No solo todos tenemos fortalezas y capacidades naturales, sino que también tenemos debilidades y depresiones. Estos son los valles de nuestra vida, situaciones en las que no tenemos autoconfianza, ni tenemos grandes habilidades ni seguridad. Quizás estamos llenos de temor y así evitamos a toda costa situaciones que nos pongan en una posición de tener que hacer o decir algo que nos haga sentir incómodos.

Quizás tenemos temor a ser rechazados, de modo que no les hablamos a otros de Cristo. Posiblemente, nos sentimos inadecuados, por lo tanto, no hacemos nada para alcanzar y ayudar a otros. Nuestra timidez nos lleva a no reprender ni exhortar a otros que necesitan de este ministerio. Nuestra falta de confianza nos lleva a quedarnos en casa y “dejar que otros hagan el trabajo”. Aún hay algunos que glorifican su timidez en su propia mente, clasificándola como “humildad” en lugar de lo que realmente es: temor.

Queridos amigos, este tipo de actividad tampoco glorifica a Jesús. Cuando estamos llenos de temor y, por lo tanto, nuestra resistencia a hacer, decir o ser un número de cosas nos limita severamente, se limita la capacidad de nuestro Señor de expresarse a través de nosotros. Él no se puede mover libremente en nuestro ser porque encuentra la resistencia de nuestras debilidades humanas.

Cuando Él desea hablar a través de nosotros, nos retraemos. Cuando desea actuar, nos resistimos. Los valles de nuestras inseguridades y la timidez crean obstáculos en Su camino. La multifacética plenitud de Su personalidad no puede ser expresada. Por lo tanto, para ser transformados, debemos rellenar estos valles. Debemos experimentar la salvación de Dios en estas áreas de nuestra vida.

Una gran parte de nuestra transformación en estas áreas requiere fe. Para actuar y hablar cuando nos sentimos inadecuados, se necesita fe en Dios. Debemos confiar en que, cuando Él nos está guiando a hacer o decir algo, nos sustentará sin importar cuál sea el resultado. Debemos aprender a escuchar Su voz y, luego, obedecerlo a través de la fe, confrontando cualquier temor y debilidad que podamos tener dentro de nosotros.

Sin duda, nuestro Señor nos guiará a estas áreas una y otra vez. Tendremos que “caminar sobre el agua” una y otra vez. Tendremos que

confrontar nuestros temores muchas, muchas veces. Debemos actuar con fe repetidas veces hasta que, para sorpresa nuestra, estas cosas ya no sean tan difíciles para nosotros. Con el paso del tiempo, encontraremos que lo que alguna vez fue imposible, ahora es parte normal de nuestra vida.

Cuando obedecemos a Jesús para decir o hacer Su voluntad en áreas que nos hacen sentir incómodos, poco a poco estos valles se van rellorando. Donde alguna vez no había nada más que debilidad, ahora hay fortaleza. El valle se ha convertido en llanura. Sin embargo, no somos “nosotros” quienes nos estamos expresando. Es como dijo Juan el Bautista: “Uno más poderoso que yo” (Lc 3:16).

En la práctica, son estas mismas áreas de temor y debilidad las que el Señor puede usar para glorificarse a Sí mismo de las maneras más poderosas. Ya que en estas partes de nuestra vida tenemos muy poca expresión propia, Dios puede muy fácilmente llenarlas y usarlas. Cuando estamos dispuestos a confrontar nuestros temores en obediencia del Espíritu, Jesús puede manifestar Su naturaleza poderosamente.

Jesús dice que Su “poder se perfecciona en la debilidad” (2 Cor 12:9). Es cuando no sabemos qué hacer o qué decir, que Él puede llenarnos de Sus pensamientos y deseos. Es cuando somos totalmente incapaces, que Su virtud gloriosa

puede mostrarse. Dios no requiere gente fuerte, confiada, ni talentosa, más bien, Él está buscando a aquellos que, a través de la fe, le permitan ser todo lo que Él quiere ser a través de ellos. Ciertamente Pablo dijo: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor 12:10). Dios usó las incompetencias de Pablo para manifestar Su poder.

Otro factor en esta experiencia de transformación es que debemos negarnos a nosotros mismos. Negarnos a nosotros mismos implica no solo *no hacer* lo que queremos cuando sabemos que a Jesús le desagrade, sino también *hacer lo que no queremos* cuando vemos que es Su voluntad.

Cuántas veces la carne se resiste a entrar en áreas de debilidad, timidez o decaimiento. Cuán frecuentemente nos hemos dejado llevar por sentimientos gratos y de confianza, en lugar de la obediencia en fe. Frecuentemente, estamos esperando que Dios cambie “como nos sentimos” antes de actuar o hablar mientras que Él está esperando que nosotros obedezcamos de modo que *Él pueda* cambiar nuestro modo de ser. Porque “Sin fe es imposible agradar a Dios” (Heb 11:6).

Nunca olvidaré cuando conocí a una hermana cristiana de mediana edad en Inglaterra. Había atravesado un divorcio o algún otro tipo de experiencia traumática. Como resultado, había quedado deprimida. Ella pasaba los días sin

objetivo alguno. Asistía siempre a reuniones buscando algo de estímulo e inspiración. Se había convertido en una constante carga para los demás con su aire triste y desanimado.

Su esperanza era que le ocurriese algo tan bueno, tan completamente maravilloso, que contrarrestase todos sus sentimientos negativos y que comenzase a hacerla sentir bien de nuevo. Por supuesto, esto nunca ocurrió y nunca ocurrirá. La verdadera solución para ella era negarse a sí misma. Necesitaba negarse el lujo de tenerse lástima. De hecho, necesitaba también dejar de pensar en sí misma por completo. Necesitaba volcar su corazón a Dios y comenzar a pensar en servir a otros. Su necesidad era tener como meta el hacer felices a otros y buscar el bienestar de los demás. De esta manera, encontraría en el Señor una satisfacción y una felicidad sobrenaturales que llenarían su depresión.

LOS LUGARES TORCIDOS

Hay personas que son naturalmente fuertes. Otras sufren de timidez y debilidad. Pero hay también aquellos cuyas vidas han sido torcidas por el enemigo. En algún punto, muy probablemente en su infancia, experimentaron algo devastador que dejó una herida emocional en su carácter. Para algunos, esto puede haber sido un abuso, una relación sexual o una violación. Para otros, pudo haber sido el maltrato físico. Quizás, otros hayan sufrido un trauma

psicológico por el continuo abuso verbal o la indiferencia. El divorcio de los padres, con frecuencia, causa este tipo de estragos en la personalidad de los niños.

Estas cosas, y muchas otras, dejan a las personas que las han experimentado con un tipo de perspectiva “torcida” de la vida. Tienen profundas cicatrices emocionales. Cuando el transcurso de la vida las pone en contacto con estas áreas profundas de sentimientos dañados, escapan o muestran otras reacciones peculiares.

Evitan cualquier situación que les pueda recordar o hacer que vuelvan a vivir sus experiencias. Con frecuencia, sus cónyuges, u otras personas cercanas no pueden entender por qué reaccionan a la vida tal como lo hacen. Estas son áreas dañadas y torcidas a través de las cuales no le permiten a Dios actuar.

Tales individuos, generalmente, no quieren que Dios ni ningún otro hurgue en estas áreas interiores. Frecuentemente, hay un gran dolor emocional asociado con cualquier cosa que haya causado esta distorsión psicológica y, por lo tanto, evitan cualquier intercambio personal que pudiera tocar estas áreas sensibles. Sus vidas manifiestan un tipo de conducta extraña y distorsionada. En lugar de reaccionar normalmente ante las situaciones cotidianas, con frecuencia, ven en ellas peligros escondidos.

De modo que, al menos en su interior, se encierran, volviéndose hacia su interior para esconderse detrás de alguna frágil barrera emocional que han levantado en su mente y creen que estas los van a proteger del dolor.

Sin embargo, esto no funciona. Al observar estas reacciones peculiares, las personas cercanas a ellos, frecuentemente, son propensas a hacer o decir exactamente las cosas que sirven para agravar la herida. Estas personas tratan de librarlos de estas extrañas conductas que exhiben, pero, en realidad, los perjudican más.

La solución de Dios para estos dolores profundos es traerlos a la luz. Debemos abrir nuestra vida a Jesús y “dejarle ver” lo que nos ha ocurrido. Debemos permitirle tocar y sanar nuestras heridas más profundas, para eso, una vez más, se requiere fe. Debemos saber y confiar en que Dios nos ama completamente y sin reserva. Creer que Él nos tratará con la amabilidad más tierna. Tener fe en Aquel que nos hizo y sabe cómo curar nuestras heridas, y así lo hará con el mínimo de sufrimiento necesario para lograr Su objetivo.

A menos que seamos capaces de abrirle completamente estas áreas de nuestra vida, no podremos experimentar Su sanidad. Es absolutamente imperativo que abramos cada “puerta” interior a Él y le permitamos ver todo.

Todo lo que ocurrió, todo lo que se nos dijo, todo nuestro dolor y nuestras lágrimas deben ser puestos a Sus pies. De esta manera, el Gran Médico vendrá, pondrá sus manos sobre usted y lo curará.

En algunos casos, los individuos con heridas emocionales han enterrado su dolor tan profundamente que aun su propia mente ha “olvidado” lo que ha ocurrido. Ellos reprimen sus sentimientos tan severamente que van convirtiéndose en parálíticos emocionales y, en el proceso, borran por completo lo que ha ocurrido. Esto puede darse especialmente en casos de violación o abuso sexual de niños.

Pero mientras crecemos espiritualmente y crecemos en nuestra intimidad con Jesús, Él puede traer y, sin duda, traerá estas cosas a la mente y hará brillar Su luz sobre estas. No quiero decir que debemos tratar de inventar cosas o imaginar que algo ocurrió cuando, en realidad, no fue así. Solo sé que en Su tiempo y a Su modo, Él puede revelar recuerdos “olvidados” y enterrados que están estorbando en el progreso espiritual de la persona. De este modo, solo su luz puede sanar esta área, de modo que su Vida pueda fluir a través de nosotros den maneras nuevas.

Un secreto para la sanidad emocional es el perdón. Jesús puede darnos un perdón genuino y profundo para que nosotros perdonemos a los que nos hicieron daño. Este es un factor

extremadamente importante en el proceso de sanación. Cuando somos capaces de perdonar a otros, experimentamos una maravillosa liberación. A la luz del Señor podemos ver cómo estas personas fueron solo peones en las manos del enemigo de Dios. Podemos entender cómo quizás ellos también sufrieron cosas similares y que, cuando vivieron y actuaron en oscuridad, simplemente fueron instrumentos del diablo.

El perdón de Cristo puede inundar nuestra alma y liberarnos tanto a nosotros como a aquellos que nos maltrataron de las cadenas de nuestros sentimientos. Este perdón sobrenatural abre el camino para experimentar la sanidad divina en nuestras almas.

Después de que se traiga todo a la luz de Dios y de perdonar a otros, hay todavía un paso más. Estos individuos heridos deben estar dispuestos a abrir estas áreas de su vida para que Jesús las llene. Estos, como aquellos con valles de debilidad y temor, deben estar dispuestos en fe a entrar en estos territorios que alguna vez fueron solo dolor. Para eso necesitan confiar en la protección de Jesús, actuar en obediencia y experimentar Su presencia en áreas que quizás alguna vez estuvieron llenas de cicatrices emocionales.

Estas personas deben descartar las frágiles barreras psicológicas de protección que han levantado y dejar de huir de las interacciones íntimas y emotivas, y comenzar a dejar que Su

Vida llene esas áreas. Deben estar dispuestos a permitirle a Él actuar y reaccionar, amar y ser amado a través de ellos.

Solo arriesgándolo todo y actuando en fe en estas áreas emocionales heridas puede uno ser librado y sanado completamente. Evitar tal apertura del alma solo servirá para causar más dolor a sí mismo y a los demás.

A través del perdón y el toque sanador de Jesús, estas áreas dañadas de nuestra vida llegan a abrirse para que la Vida de Dios viva y se mueva a través de nosotros. Quizás esto tome algún tiempo, tal vez años, de abrirnos más y más ante nuestro Sanador. No hay reglas para esto. Cada vida es diferente y Jesús conoce lo que es mejor para cada persona.

Pero, sin lugar a dudas, con el tiempo y a través de la fe, podemos experimentar cómo la nueva Vida llena y repara las áreas dañadas. También, pueden ser usadas por nuestro Dios para manifestarse a Sí mismo.

Los caminos torcidos pueden enderezarse de modo que Él pueda moverse a través de nosotros.

Además, es frecuente que, a través de estas mismas áreas que fueron atacadas y dañadas por el diablo usando a otras personas, podamos tener el más poderoso impacto. Cuando estas áreas de nuestra vida son sanadas y se llenan de Dios, llegan a ser armas poderosas contra el

maligno quien trató de destruirnos. Ciertamente, “los cojos arrebatarán la presa” (Is 33:23).

LOS CAMINOS ÁSPEROS

Cuando las personas acuden a Cristo, lo hacen “tal como son”, como lo expresa un famoso himno. Sin embargo, a veces, “tan como son” resulta ser un poco peculiar. Algunos cristianos son un poco más peculiares de lo necesario. Tienen rasgos de personalidad y particularidades que pueden ser divertidos o incómodos y, francamente, incluso irritantes para los demás. Tienen hábitos que pueden molestar a los demás o conductas que solo sirven para crear antagonismo tanto en el creyente como en el no creyente.

Obviamente, una conducta tal estorba la plena y libre expresión de Cristo en sus vidas. La conducta extraña o los hábitos inusuales no sirven para glorificar a Dios. Necesitan también ser cambiados.

Parte del trabajo del Espíritu Santo es iluminarnos. Cuando estemos abiertos a Él, Dios nos mostrará si tenemos algunos de estos rasgos peculiares que no le dan honor al Señor. Como parte de esta iluminación, Él puede incluso usar a los que más nos conocen y aman para impartir cierta corrección. Y así tenemos la maravillosa oportunidad de negarnos a nosotros mismos. Podemos experimentar la cruz de Cristo

haciendo morir lo que somos y reemplazándolo con lo que Él es.

Naturalmente, si nos amamos a nosotros mismos y apreciamos nuestras pequeñas peculiaridades, nunca experimentaremos la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Solo cuando nos veamos a nosotros mismos en su luz, que revela la necesidad de lo que somos, podremos cambiar. Entonces, al arrepentirnos por exhibir nuestra propia naturaleza carnal, podremos ser librados de lo que somos. Mientras lo dejamos hacer toda Su obra en nosotros, podemos llegar a ser un camino para el Rey.

CÓMO OBRA EL ENEMIGO

Mientras que comúnmente pensamos que nuestros comportamientos son “inocentes” y nuestros problemas son normales, en verdad hay más de lo que vemos en la superficie. Cualquier área no transformada de nuestra vida puede ser y, de hecho, es usada por espíritus malignos y demonios para influenciarnos, controlarnos y movernos a hacer su voluntad.

Esto es especialmente cierto en las áreas mentales y emocionales donde han tenido éxito causando daño, de modo que establecen una “cabeza de playa” a partir de la cual poco a poco ganan más control sobre nosotros. Estos espíritus malignos usan a otras personas sobre las que tienen control para afectar nuestra vida.

De este modo, habiendo causado daño, se valen de esta área herida para influir sobre nosotros. Al usar a estas otras personas, implantan en sus víctimas ciertos patrones de pensamiento. Hacen que vean a otros y al mundo que los rodea a través de un cierto punto de vista distorsionado.

Por ejemplo: Supongamos que estos demonios influyen en algún miembro de la familia para abusar sexualmente de una jovencita. Antes de este evento o esta serie de eventos, quizás ella era una chica espontánea, receptiva y normal. Pero, después, su visión de la vida cambia. Ya no es más inocente, ni se siente libre para actuar como una niña por temor a poder atraer la atención de algún hombre que le haga daño otra vez.

Quizás ella se culpe a sí misma por actuar de una forma que atraiga la atención masculina, por lo que se retrae emocionalmente; construye muros emocionales y mentales para tratar de protegerse y evitar que una cosa así ocurra de nuevo. La joven se convierte en un ser herido y atado emocionalmente.

Esta es la manera en que los espíritus malignos han logrado establecer en ella una base, una cabeza de playa emocional que pueden usar para manipularla y controlarla. Cuando algún hombre se le aproxime, siempre reaccionará de una manera extraña hacia ellos. No será una respuesta normal a lo que digan o hagan, sino la

reacción de un alma herida. Entonces, esta mujer tendrá muchas dificultades en sus futuras relaciones con hombres, principalmente con su esposo. Tendrá grandes desafíos para actuar como una mujer normal. Cualquier avance que haga su esposo, probablemente será interpretado a la luz de su pasado. Los espíritus malignos han logrado establecer dentro de ella una mentalidad, una serie de pensamientos particulares que, cuando se activen por algo que haga o diga su esposo, le producirán una reacción de retraimiento emocional.

Quizás su esposo, al no entender esta reacción peculiar, podría enojarse, y este enojo servirá para hierla más aún y empeorar su relación. Algunos hombres, por no temer a Dios o no entender el verdadero problema, llegan a frustrarse y son estimulados por demonios que tratan de satisfacer su frustración mediante el abuso de sus propias hijas. Por lo tanto, la influencia que tiene el enemigo pasa de una generación a la siguiente.

Imaginemos ahora el caso de un joven que, con frecuencia, era golpeado fuertemente por su padre. Este abuso continuó por muchos años. Entonces, en la mente de este joven, se había formado una opinión de los hombres: "No se puede confiar en ellos". Se llena de miedo que incluso se convierte en paranoia. En el futuro, él tendrá mucha dificultad para relacionarse con otros hombres porque no puede confiar en ellos. No puede hacer amigos ni sincerarse con nadie.

Su mente ha sido programada para pensar de cierta forma y sus reacciones son predecibles.

Los espíritus malignos han ganado terreno en él y, luego, usan este terreno para controlarlo. Quizás, cuando este hombre reciba a Cristo, quiera servirle. Pero tendrá grandes problemas relacionándose con otros hombres en el Cuerpo de Cristo y será siempre suspicaz, temeroso, herido y cerrado. Sin duda, el diablo creará circunstancias para tratar de reforzar estas ideas continuamente. Dichas conductas dan como resultado el aislamiento y la división.

LA RENOVACIÓN DE LA MENTE

Los espíritus malignos trabajan para establecer patrones de pensamiento dentro de nuestras almas. A través de muchas y variadas técnicas, implantan ciertas ideas o series de ideas en nuestras mentes que aceptamos como ciertas. Estas cadenas de pensamiento describen las relaciones con la vida y las demás personas. Se convierten en “verdades” para nosotros, y actuamos y reaccionamos a nuestro ambiente de acuerdo con estos patrones de pensamiento.

Normalmente, ciertos “*botones*” se encuentran asociados con estos pensamientos que los espíritus malignos presionan para activar estos pensamientos. Ellos han establecido en nuestras mentes ciertos detonantes que influyen de manera programada. Estos botones detonantes son generalmente algo que otros dicen o hacen

que es similar a las cosas que el enemigo usó en nuestra vida para establecer esos patrones de pensamiento.

Por lo tanto, no reaccionamos a la verdad de la situación, sino a la versión de la verdad del diablo, la cual ha logrado implantarse en nosotros. Frecuentemente, la gente cercana a nosotros suele activar estos pensamientos y se sorprenden con nuestras reacciones. Esto sucede porque no estamos respondiendo a lo que en realidad está siendo dicho o hecho, sino a una serie ya programada de ideas que han sido activadas.

Obviamente, tales personas no son canales dispuestos para el servicio a Dios. Es muy común ver creyentes quienes, aunque son usados por el Señor, también tienen áreas de su vida que están bajo el control de espíritus malignos. El resultado de esto lleva a que la expresión del Señor a través de ellos sea limitada y se contamine frecuentemente por sus acciones y reacciones que están bajo la influencia satánica.

No estoy diciendo que estas personas estén “poseídas” por demonios. Es solamente que sus patrones de pensamiento, establecidos por el enemigo a través de sus experiencias, los exponen a ser usados por él. Son almas desconfiadas, temerosas, a veces agresivas, cerradas y heridas.

Cuando otras personas tratan de acercarse a ellos y comienzan a ver estas áreas heridas, pueden ocurrir dos cosas: algunos reaccionan cerrándose y escapando emocionalmente, y otros atacan como si fueran un animal arrinconado para herir a aquel que está tratando de acercarse, de modo que retroceda. Este es el instinto clásico de “luchar o huir”. Estos son mecanismos de protección humanos y naturales, pero no manifiestan la naturaleza divina. Para llegar a ser un “camino” para el Rey, estas cosas deben cambiarse.

En Romanos 12:2 leemos: “No se conformen a este mundo; más bien, transfórmense por la renovación de su entendimiento”. Aquí está la solución de Dios para la “programación” de los espíritus malignos. Se trata de hacer brillar Su luz en nuestro interior y exponer estas mentiras del enemigo.

Mientras andamos con el Señor, Él utilizará varios métodos, incluidas las circunstancias y el consejo de otros para revelar estas áreas bajo el control del espíritu maligno. Él descubrirá sus mentiras, mostrándolas por lo que son, y nos ayudará a entender cómo estas mentiras llegaron a implantarse en nosotros.

Seguidamente, nos mostrará Su verdad, la cual nos liberará de la esclavitud bajo la cual hemos estado viviendo. Esta “renovación” de nuestros procesos de pensamiento entregará nuestra mente más y más al control del Espíritu Santo.

Cuanto más nuestros pensamientos estén bajo Su control, más podremos ser un reflejo de Él. Verdaderamente, esto es lo que todo creyente necesita experimentar.

Jesús vino a salvar nuestras almas completamente. Su voluntad es que nos convirtamos en expresiones vivientes de Él mismo, sin estorbos ni barreras. No hay esclavitud espiritual o emocional, herida, montaña o valle que sea demasiado difícil para que el Señor lo cambie o lo cure. Su poder es más que suficiente. Su amor no tiene límites. Su gracia es suficiente, incluso para los casos más difíciles.

Verdaderamente, Él “puede salvar por completo a los que por medio de Él se acercan a Dios” (Heb 7:25).

Nunca jamás debemos creer que nuestro caso es demasiado difícil o que debemos quedarnos siempre como somos. La obra de Jesús en la cruz fue suficiente para cambiar a cualquiera a Su gloriosa imagen. Ninguno es demasiado débil. Ninguna situación es demasiado difícil. Génesis 18:14 pregunta: ¿Acaso existe para el SEÑOR alguna cosa difícil?” Nuestra respuesta debe ser: “¡No!”.

Debemos poner firmemente nuestra fe sobre esta realidad si queremos ser libres. Jesús ha conquistado incluso la muerte y el pecado. Todas las cosas ahora están bajo Sus pies. Su poder

está ampliamente disponible para liberar a cualquiera que confíe en Él.

Sin embargo, nada de esto sucederá sin nuestra cooperación voluntaria. Dios no hará nada dentro de nosotros, a menos que estemos completamente preparados y dispuestos a que Él lo haga. Por eso, para poder entrar a esta buena tierra y poseerla, día a día, debemos seguir la dirección del Espíritu Santo. Cuando nos dirija a áreas de debilidad o temor, allí debemos ir, día tras día, más y más hasta que hayamos vencido. Cuando Él escoja permitirnos fracasar y frustrarnos, debemos someternos a Su mano. Podemos confiar siempre en que lo que Dios está haciendo en nuestra vida es lo mejor para nosotros.

Nuestra visión no puede limitarse a solamente mañana, sino que debemos también ser capaces de ver cómo Dios obrará en el futuro. Los desafíos y los sufrimientos de hoy están produciendo la gloria de mañana.

GIGANTES EN LA TIERRA

Naturalmente, nuestro viaje hacia la buena tierra involucrará muchas batallas. Tal como los hijos de Israel tuvieron que batallar con muchos enemigos para entrar y tomar la posesión de lo que Dios ya les había dado, nosotros también seremos confrontados por muchos enemigos

espirituales. Entre estos enemigos y, en primer lugar, estaban los gigantes.

Así que también, en sus almas, los nuevos creyentes suelen tener algunas fuerzas muy poderosas dispuestas a luchar contra ellos. Las áreas dañadas de nuestras almas y la debilidad que encontramos dentro de nosotros pueden ser muy difíciles de conquistar.

No solo tenemos que luchar contra nuestra carne, sino también tenemos el poder atrincherado de los espíritus malignos. No debemos sorprendernos de que estos se levanten para oponerse a cualquier esfuerzo para quitarles su territorio.

Para algunos, el desafío parece abrumador porque, simplemente, están demasiado atemorizados. Tienen poca fe en Dios, así que se niegan a entrar y confrontar a los gigantes en sus vidas. Se rehúsan a avanzar por fe en las áreas dañadas o débiles emocionalmente. No abren su corazón ni su vida completamente a Dios para que Él los toque. Están en la misma situación que los diez espías que regresaron de Canaán con un informe desfavorable. “Hay gigantes en la tierra”, clamaron, “somos demasiado débiles para vencerlos”, de modo que no entraron y estuvieron vagando en el desierto por 40 años hasta que murieron.

¡Cuántos hijos de Dios hoy día están en esta misma situación, se niegan a obedecer a Jesús

por causa del temor y no están dispuestos a avanzar en fe, confiar y confrontar a los gigantes en su vida! Ellos no quieren que nadie, ni mucho menos Dios, llegue a las áreas heridas en sus almas, así que están vagando en el desierto espiritual.

Quizás van de iglesia en iglesia, de ministerio en ministerio cristiano, esperando algún tipo de liberación que no involucre ningún acto de fe de su parte. Quieren ser libres, pero no quieren tener que arriesgar nada ni obedecer. Están vagando en el desierto del pecado.

En la actualidad no son pocos los “ministros de liberación” que intentan expulsar estos espíritus malignos que tienen influencia en las vidas de los creyentes. Invierten bastante tiempo en gritar y reprender a estos seres espirituales. El problema es que, con frecuencia, estos espíritus no están realmente “adentro”.

Muchos individuos que tienen una pronunciada influencia de estos demonios en sus vidas no están realmente “poseídos”, solo están bajo su control o influencia, como hemos estado viendo. Por lo tanto, “echarlos” tiene solo un efecto temporal, si es que lo hay. La influencia que estos espíritus han establecido en las mentes de las personas afectadas permanece y, por lo tanto, regresa luego de un tiempo. Solo una transformación genuina puede ayudar realmente en esos casos.

Ciertamente hay casos reales de posesión demoníaca y estos deben ser tratados apropiadamente. Pero, con más frecuencia, lo que los creyentes experimentan es esta “programación” de la mente. Esto solo puede ser superado por la “reprogramación” del Espíritu Santo.

Para aprovechar todo lo que Jesús ha comprado para nosotros, se requiere nuestra fe y obediencia. Él ha hecho Su parte. Ha pagado el precio que era necesario. Ahora el camino ha sido abierto para que cualquiera y todos vengan y sean salvos, no solo que nazcan de nuevo, sino que también cambien completamente, de gloria en gloria, a la imagen de Jesucristo. ¿Está usted preparado y dispuesto a someterse y obedecer? Si es así, ganará recompensas eternas que nunca perecerán.

CAPÍTULO 9

LA SANGRE DEL PACTO

Antes de que Dios constituyera el mundo actual y todo lo que hay en él, tenía en Su corazón un plan maravilloso. En el centro mismo de Su diseño, Él tenía en mente la formación de una novia con la cual pudiera unirse en Santa intimidad, con la cual pudiera entrar en un pacto matrimonial.

Sin embargo, en Su gran sabiduría, Él supo que esta obra solo podría lograrse con gran dificultad. Esta mujer celestial de Su deseo solo podría llegar a la perfección que debía tener para entrar en esta unión matrimonial a través de pruebas y tribulaciones. Ella debía conocerlo y, luego, también debía rechazar el pecado.

Entendemos este hecho porque el Cordero de Dios fue “inmolado desde la fundación del mundo” (Ap 13:8). Por lo tanto, Dios sabía y entendía la necesidad de la caída y la redención del hombre aún antes de que comenzara sus maravillosas obras. Cómo pueden ver, Dios podría haber simplemente creado una novia para Sí mismo, perfecta y hermosa en cada aspecto. Pero, los resultados de tal creación fueron ya evidentes: Nuestro Señor ya había hecho un ser extremadamente poderoso y hermoso, uno que

era sin defecto. Este es el ángel Lucifer de quien hablamos aquí.

Sin embargo, este ser perfecto nunca había conocido el pecado. De modo que, al transcurrir el tiempo, comenzó a pensar, soñar e imaginar cómo podría ser él tan grande como Dios. Entonces, tomó la decisión de rebelarse contra su Hacedor y, así, su reino llegó a ser uno de oscuridad e iniquidad.

Nuestro Dios necesita tener una compañera eterna en quien Él pueda confiar totalmente. Nunca debe llegar el momento cuando ella pudiera ser tentada por el pecado y así ponerse en Su contra. De modo que, en Su sabiduría infinita, nuestro Señor ha permitido que los hombres y las mujeres que se convertirán en Su esposa pasen por la experiencia del pecado. Dios les dio libre albedrío desde el comienzo y así les permitió conocer las tinieblas y la inmoralidad del pecado, así como los resultados de la rebelión contra Él.

De modo que la novia de Cristo está entrando a su posición de gloria y eminencia desde una dirección opuesta a la de Lucifer. Este fue creado perfecto y luego cayó. Ellos nacieron en pecado y, luego, fueron redimidos por Su Hacedor, por lo tanto, deben escoger diariamente rechazar el pecado.

Paso a paso y día a día, entienden más y más cuán repulsivo es el pecado y cuán repugnantes

son sus consecuencias. De esta manera, la novia de Cristo ha probado la rebelión. Y, sin embargo, ha escogido la total sumisión a Él. Ha conocido el pecado, pero ha buscado la santidad con todo su corazón. Cuando la profunda y sabia obra de Dios se concluya dentro de ella, nunca más será atraída al pecado.

Dios hizo toda Su obra sabiendo el alto precio que tendría que pagar. Permitirles a hombres y mujeres el acceso al pecado ciertamente resultaría en que ellos lo experimentaran. Por lo tanto, esto causaría no solo su gran sufrimiento, sino también necesitaría la muerte de Su propio Hijo.

Conseguir la esposa, la compañera eterna que tanto deseaba, requeriría que Él pagara el más alto precio. Lo que era más precioso para Él tendría que ser sacrificado, y Su sangre debía derramarse sobre la tierra para que los propósitos finales de Dios fueran cumplidos. El contrato matrimonial implicaba un alto precio: La sangre del pacto.

En el Jardín del Edén, poco después de que Adán y Eva pecaron, Dios los vino a visitar. Él vio todo y supo lo que habían hecho: habían desobedecido y se rebelaron contra Él. Así, su desnudez fue expuesta. Aquí, el Creador comenzó a enseñarles acerca del precio del pecado y a revelar el gran costo requerido para resolver el problema. Para cubrirlos, Dios mató a una criatura inocente, probablemente haya sido

un cordero, e hizo vestidos para ellos. La sangre derramada de un inocente cubría el resultado de su pecado, su desnudez.

Sin duda, esta acción fue penosa para Dios porque no deseaba matar nada, especialmente a ninguna de las nuevas criaturas que había hecho. Dios no se deleita en matar o en la muerte, ni siquiera la muerte del malvado (Ez 33:11). Sin embargo, la situación lo demandaba. La lección para Adán y Eva fue clara: el pecado solo podría ser cubierto por la muerte. Nunca habían presenciado la muerte antes de ese momento. Nada había sido matado o había muerto hasta ese entonces. Seguramente se dieron cuenta de que esta muerte era un resultado de su pecado.

Esta acción de Dios debió haber sido en extremo sorprendente para Adán y Eva. Estos animales eran sus amigos. Los conocían a todos y, probablemente, los habían estado cuidando en el Jardín del Edén. Este animalito lanudo no había hecho nada malo, sin embargo, a causa de su rebelión, se requería su muerte. Esta acción debió haber impactado profundamente a la primera pareja del mundo. Allí comenzaron a darse cuenta del precio de su pecado.

Más tarde, cuando Dios le dio la Ley a Moisés, estos mismos sentimientos fueron expresados. Los vegetales y las frutas no eran aceptables para expiar el pecado. Solo ofreciendo la sangre de una criatura pura e inocente, el pecado podría

ser expiado. El Antiguo Testamento está lleno de ordenanzas y exhortaciones concernientes a la necesidad de esta ofrenda.

Como todos sabemos, el cumplimiento de esta severa demanda del Altísimo fue la ofrenda de Su propio y precioso Hijo. Jesucristo vino a la Tierra a morir por nosotros. Él murió en nuestro lugar, derramando Su sangre de modo que el justo requisito de Dios pudiera ser satisfecho. Sin duda, si el sacrificio de un animal fue precioso a los ojos de Dios, la sangre del propio Hijo de Dios es indescriptiblemente más preciosa. El valor de un sacrificio tal para Dios va más allá de toda comprensión.

Para nosotros, que somos pecadores, esta ofrenda es también de supremo valor. El precio pagado fue lo suficientemente alto para limpiar y perdonar el pecado más atroz. No hay nadie en la Tierra que no pueda ser perdonado. No hay pecador cuyos hechos sean tan terribles que la sangre de Jesús no pueda limpiarlos.

¡Qué cosa tan gloriosa! Nosotros, que nos rebelamos contra Dios y pecamos contra Él en las formas más perversas, podemos ser limpiados por la sangre de Jesús. No puede haber duda acerca de esta verdad tan gloriosa.

La mayor parte de la iglesia moderna hoy, al menos parcialmente, entiende este hecho. Sin embargo, con frecuencia lo ha llevado a un extremo donde ha dejado de ser verdad. Muchos

maestros de Biblia han adornado los hechos acerca de la sangre de Jesús hasta que ya no están más en armonía con la mente de Dios o Su palabra.

Por ejemplo: Muchos enseñan que, cuando recibimos a Jesús, Él perdona todos nuestros pecados, pasados, presentes y futuros. Ahora, ellos insisten en que no hay nada que podamos hacer o decir que cambie este hecho. Otro error que se suele difundir en la actualidad es que Dios no puede ver nuestro pecado y, por lo tanto, no sabe cuándo pecamos o si es que lo hacemos, Él solo ve la sangre de Jesús.

Estas aseveraciones no son ciertas. No hay versículos en la Biblia que declaren tales cosas. Al contrario, encontramos muchos versículos que dicen algo completamente diferente. Por lo tanto, dediquemos un tiempo para examinar cuidadosamente la palabra de Dios juntos y descubrir lo que realmente es la verdad de Dios.

CONVICCIÓN DE PECADO

Las Escrituras muestran el maravilloso perdón gratuito de Dios revelado. Sin embargo, para recibir este gran perdón y ser partícipes de esta limpieza, también encontramos que hay algunos requisitos. Uno de los más obvios es que si no perdonamos a otros, Dios no nos perdonará a nosotros (Mt 6:15).

Aquí, en la Biblia, se afirma claramente que hay, al menos, una condición que debemos cumplir

para recibir el perdón de Dios. Todos nuestros pecados, pasados, presentes y futuros ciertamente *pueden* ser perdonados, pero, ciertamente no lo serán, a menos que cumplamos con los requisitos de Dios. Uno de estos requisitos es que debemos perdonar a los demás.

Otro de estos requisitos describe la necesidad que el pecador sea convencido de su pecado. Jesús declaró: “Cuando Él [el Consolador] venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Jn 16:8). Este profundo sentido de convicción de pecado es el primer paso que nos permite recibir el perdón. Esta es la obra del Espíritu Santo.

Cuando Pedro predicaba a las multitudes en el día de Pentecostés, exponiendo su pecado al crucificar a Jesús, ¿cuál fue su respuesta? Ellos “se afligieron de corazón” (Hch 2:37). Fueron convencidos. De pronto, se dieron cuenta de la profundidad de su maldad. Sin esta fuerte convicción, no podrían haber estado entonces preparados para recibir el perdón.

Pensemos acerca de esto. Si usted nunca ha sido convencido de su pecado, no solo de lo que usted ha hecho, sino también de lo que usted mismo es, entonces no tiene necesidad de un Salvador. Si no se ha dado cuenta de una manera profunda y completa, a la luz de Dios, de que usted es un ser pecaminoso hasta la médula, entonces no puede pensar que es digno

de muerte ni merece morir, por lo tanto, obviamente no es necesario que alguno muera en su lugar. Si no cree que es digno de la sentencia de muerte, entonces tampoco necesita un sustituto que tome su lugar en esta ejecución.

Esto significa que no puede realmente ser perdonado. La sangre de Jesús no es pintura para "cubrir el pecado de la gente". La sangre nos habla de la muerte de alguien. Este Alguien murió por aquellos que se dan cuenta de las tendencias malvadas de su propia vida y naturaleza. Tienen el convencimiento de que han pecado y están profundamente arrepentidos y entienden que quienes son y lo que son los hace completamente indignos de vivir. Por lo tanto, están listos para recibir la sangre de Otro que murió por ellos. Desde esta posición, pueden recibir el completo perdón.

Si usted nunca ha sido convencido de su pecado, entonces tampoco ha sido perdonado y, hasta este día, todavía está en pecado. No importa si ha orado la "oración del pecador", ni si es miembro de una iglesia y asiste regularmente. Para hacer una oración que traiga como resultado su perdón, primeramente, debe haber tenido un encuentro con Dios. Cuando Dios se revela a Sí mismo al hombre, esto trae consigo la convicción de pecado. Dios es santo. Él es puro y sin pecado.

De hecho, Él aborrece el pecado. De modo que, cuando se revela a Sí mismo, esta ardiente santidad de Su carácter automáticamente revela la pecaminosidad e impureza de aquel a quien Él se revela. Job dice: “De oídos te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto, me retracto, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:5,6).

¿Cuántos llamados “cristianos” están hoy en la posición de Job antes que Dios se revelara a Sí mismo? Ellos han “oído acerca de Dios” y quizás han estado de acuerdo mentalmente con lo que han oído, pero nunca lo han “visto”. Jamás realmente han conocido a Jesús, ni están convencidos de que han pecado, ni tienen esa convicción de pecado. A pesar del hecho de que la iglesia donde asisten trata de asegurarles que son perdonados y salvados, la verdad es que no lo son.

GARANTÍA DE PERDÓN

Ahora que mencionamos esta “garantía de salvación” y “garantía de perdón”: la Iglesia no tiene derecho de tratar de asegurarle a nadie una cosa semejante. Esto es obra de Dios. En ninguna parte de la Biblia se le encarga a la Iglesia la tarea de asegurarle a la gente que su situación está bien ante Dios. La tarea de la Iglesia es traer a hombres y mujeres a Cristo. Su trabajo es revelar a Jesús de manera poderosa a través de la predicación y el testimonio, de modo que la gente pueda “verlo y conocerlo”.

Es competencia de Jesús perdonar al pecador y, luego, darle la certeza de que ha sido perdonado. Esta seguridad de perdón viene de la presencia de Dios. Cuando las personas tienen un intercambio cara a cara con Él, se convencen profundamente de su pecado. Luego de esta experiencia, saben y están totalmente seguras en su corazón que han encontrado el amor y el perdón de Dios. Han tenido una experiencia con Dios que ha cambiado sus vidas.

Lamentablemente, las iglesias de hoy están llenas de aquellos que nunca han sido convencidos de su pecado. No tienen derecho a la garantía de perdón, sin embargo, están convencidos por el hombre que lo tienen. En vez de procurar traer a la gente a Dios, demasiados cristianos están trabajando para traer gente a su "iglesia". Su meta es diferente a la del Señor. Su objetivo es llenar su edificio y multiplicar sus números. Están trabajando para hacer sentir a la gente cómoda y bienvenida. De hecho, van a luchar contra cualquier predicación que pueda hacer sentir a alguien preocupado o incómodo. Entonces, toman el lugar de Dios. Ofrecen un perdón "fácil" a cualquiera que esté de acuerdo con ellos y se una al grupo, pero esta es una obra impía.

El pensamiento de Dios, por otro lado, es completamente diferente: darles a hombres y mujeres una convicción de su pecado. Esta es una obra claramente manifestada del Espíritu

Santo (Jn 16:8). Los pecadores necesitan estar incómodos. Cuanto más incómodos mejor. Todos los verdaderamente grandes avivamientos en la historia de la Iglesia se caracterizaron por esto: una profunda y angustiante convicción de pecado por parte de los incrédulos.

Es una buena señal cuando los impíos están profundamente convencidos de su pecado. Es bueno que se angustien por su condición pecaminosa. Una profunda tristeza es una señal maravillosa de que la obra del Espíritu de Dios está trabajando en dicha persona. Cuando encontremos pecadores en este estado, no nos esforcemos por aliviarles la carga.

Nuestra labor, nuestra única labor, es señalarles continuamente al Salvador hasta que ellos mismos entablen una relación con Él y hasta que sepan por sí mismos que han sido perdonados y aceptados. Esto dará como resultado una conversión verdadera que perdurará en el tiempo.

Otro paso necesario para recibir el perdón es el arrepentimiento. Una profunda convicción de pecado da como resultado el arrepentimiento del pecador. Cuando la multitud fue convencida o “traspasada en su corazón” por medio de la predicación de Pedro, ellos inmediatamente clamaron “¿Qué haremos?”. La respuesta de Pedro fue: “Arrepiéntanse y sea bautizado cada uno de ustedes”. El arrepentimiento es el

resultado necesario de una profunda convicción de pecado.

Arrepentimiento significa literalmente en el idioma griego “tener un cambio de opinión o postura”. En otras palabras, usted, por haberse convencido de su pecado, decide no volver a involucrarse en pecado. Cambia su actitud a aborrecer lo que usted había sido y hecho, y clama a Dios para ser completamente libre de aquella conducta detestable.

Este también es un paso necesario para recibir el perdón: el cambio del corazón para decidir nunca más involucrarse en el pecado. A menos que haya tal determinación de parte del pecador, no podrá encontrar el perdón.

Para ilustrar mejor esta verdad, miremos el Antiguo Testamento. Allí también, cuando una persona hacía una ofrenda por el pecado, debía cumplir un requisito esencial. Esta persona debía estar arrepentida y admitir su pecado, realmente lamentarlo y tener la plena intención de nunca volver a hacerlo.

Sin esta actitud, la ofrenda que hacían no era aceptable para Dios: Era mal olor a Sus narices. ¿Por qué debería Él, que hizo todas las cosas, querer ver que mataran a un precioso, inocente animal sin razón? ¿Por qué matar un cordero aliviaría de pecado a quien lo ofrece cuando en su corazón tenía toda la intención de seguir con sus actividades?

En lugar de justificarse ante Dios, este sacrificio era una farsa y estaba, en realidad, empeorando las cosas. Lea Isaías 66:3. Dios no perdonó a estos hipócritas. Más bien, Su juicio sobre ellos fue acrecentado.

Posiblemente, muchos en la Iglesia hoy piensan que mientras que la sangre de los toros y machos cabríos podría realmente no “funcionar” para ocultar los pecados de aquellos “que no estaban completamente dispuestos a cambiar”, la sangre de Jesús sí puede porque es mucho más efectiva. Esta también es una idea equívoca. Aunque, ciertamente, la sangre de Jesús es mucho más “efectiva”, ella oculta de Dios solo aquellos pecados de los cuales verdaderamente nos hemos arrepentido.

Mientras que muchos cristianos hoy dicen: “Dios no ve nuestro pecado, sino solo la sangre de Jesús”, la Biblia enseña que: “Los ojos del Señor están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos” (Pr 15:3). Y, también, “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Heb 4:13). ¿Ven ustedes que Dios conoce nuestras motivaciones? Él ve nuestro corazón. No podemos engañarnos a nosotros mismos.

Una vez que nos hemos arrepentido verdadera y completamente, nuestros pecados son quitados “tan lejos como está el oriente del occidente” (Sal 103:12) y Él no se acuerda más de ellos. Esto es el resultado de un corazón quebrantado

y contrito. Es algo que puede ocurrir y, de hecho, ocurre con aquellos que vienen a Dios con un “corazón sincero” y honesto (Heb 10:22). Cuando, a la luz de Dios, somos convencidos de lo que hemos hecho y de lo que somos y, luego, nos arrepentimos verdaderamente, nuestros pecados son de verdad perdonados y borrados para siempre.

Sin embargo, si Dios no aceptaba la sangre de animales inocentes para perdonar a pecadores no arrepentidos, cuanto *menos* aceptará Él la sangre de Su preciosísimo Hijo para librar a cristianos que no se han arrepentido de su justa recompensa. Si no estamos preparados ni dispuestos a arrepentirnos plena y cuidadosamente, y volvernos de nuestros malos caminos, la sangre de Jesús no nos ayudará en absoluto sin el arrepentimiento. No importa si alguna vez nacimos de nuevo. De hecho, tratar de aprovechar la preciosa sangre del Hijo de Dios de esta manera solo empeorará nuestra situación. Dios nunca puede ser burlado ni engañado, aun si nosotros mismos nos engañamos.

CONVICCIÓN Y ACUSACIÓN

Debemos distinguir entre las acusaciones del diablo en nuestra conciencia y la verdadera convicción de pecado. Es verdad que el diablo puede condenarnos y lo hace. Sin embargo, cuando respondemos a la convicción que da el Espíritu Santo, esto nos trae libertad; pero

escuchar la voz del acusador solo nos trae esclavitud. Debemos aprender a discernir la voz de Dios en nuestra conciencia y rechazar aquella del enemigo.

El verdadero arrepentimiento nos ayuda aquí. Cuando genuinamente hemos sido convencidos y nos hemos arrepentido delante de Dios, entonces tenemos la coraza necesaria para resistir tales acusaciones. El arrepentimiento auténtico y completo no solo nos pone en una relación correcta con Dios, sino que también nos da una base para resistir otros ataques del diablo. Cuando tenemos la confianza de parte de Dios mismo de que somos perdonados, entonces el enemigo tiene muy poco que decir.

Sin embargo, con demasiada frecuencia, la convicción del Espíritu Santo es señalada por cristianos bien intencionados como “acusaciones” o “mentiras del enemigo”. Debemos tener mucho cuidado de no rechazar la convicción del Espíritu e identificar Su obra como la del diablo. Honestamente, el gran problema en la Iglesia actual no es la falsa acusación, sino la poca y verdadera convicción y arrepentimiento.

Las verdades que hemos estado investigando aquí en este escrito se aplican a creyentes como también a no creyentes. Los pasos necesarios para recibir el perdón también son para los cristianos. Hay muchos miembros de iglesias hoy que, aunque alguna vez nacieron de nuevo, no están totalmente convencidos de pecado, ni

se han arrepentido de forma plena y, por lo tanto, no han recibido un perdón total.

Muchos hijos de Dios están andando en pecado y, por lo tanto, repito: NO están siendo perdonados por Dios. Recibir la Vida eterna requiere ciertamente una convicción y un arrepentimiento inicial. Sin embargo, la necesidad de perdón no termina allí. Suponiendo que alguno verdaderamente ha nacido en la familia de Dios, todavía queda la necesidad de un arrepentimiento continuo.

El arrepentimiento para el creyente no es simplemente algo que ocurre una sola vez, sino una experiencia diaria que siempre se profundiza. Cuanto más crecemos espiritualmente y más cerca caminamos con la Luz del mundo, nos damos cuenta de una forma más profunda de nuestro estado pecaminoso.

Cuando yo era un cristiano nuevo, pensaba algo así: “Después de veinte o treinta años de caminar con el Señor, voy a ser realmente santo”. Pero mi experiencia de veinte o treinta años es: “Yo soy realmente malvado y digno de muerte”. Sin embargo, desde esta posición, sé que estoy constantemente siendo perdonado y limpiado. Gloria a Dios por eso, si “confesamos” nuestro pecado, Él hace dos cosas: No solo nos perdona lo que hemos hecho, sino también nos limpia de lo que somos (1 Jn 1:9).

En primera de 1 Juan 1:7 vemos que todavía hay otro requisito importante necesario para que seamos perdonados. De este pasaje es obvio que el perdón no es solo cosa de “una vez”. Es una experiencia continua para todo verdadero creyente. Juan nos enseña que: “Si andamos en la luz, como Él está en luz [...] la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado”. La palabra “si” aquí indica que definitivamente que hay un requisito previo para nuestra limpieza.

“Andar en la luz” significa que estamos siendo constantemente iluminados por la luz de la faz de Jesús. Cada día estamos viviendo en Su presencia. Así que cada pensamiento, actitud y acción se revelan a nosotros por lo que son mediante la expresión de Su rostro.

Si estas cosas son pecaminosas, entonces podemos arrepentirnos de nuevo y experimentar el maravilloso perdón y la limpieza que se nos da libremente en Cristo. Para que un creyente viva en perdón, debe también caminar en la presencia de Dios respondiendo continuamente a cualquier convicción de pecado cuando ocurre.

EL JUICIO DE DIOS

Todos serán juzgados por Dios. Todo hombre y mujer que ha vivido en la Tierra se presentará delante de Él un día. Todos los incrédulos aparecerán delante de lo que se conoce como el “gran trono blanco” (Ap 20:11). Allí, todos aquellos que han odiado y rechazado a Cristo

serán arrojados al lago de fuego (Ap 20:15). Sin embargo, mil años antes de este evento, los mismos hijos de Dios serán también juzgados y estarán de pie delante del “tribunal de Cristo” (2 Cor 5:10).

Aquellos cuyas obras fueron buenas serán bendecidos, pero aquellos cuyas obras fueron malvadas, serán castigados. (Bíblicamente, la palabra “recompensa” no significa solo cosas buenas, también indica que obtendremos lo que justamente merecemos [ver 2 Tim 4:14]).

Sin embargo, seamos muy, muy claros acerca de esto: El castigo de los hijos e hijas desobedientes de Dios no es igual que el juicio de los incrédulos. Ningún creyente se perderá jamás. Ninguno de ellos será atormentado eternamente.

Hagamos un ejercicio de lógica. Si somos perdonados por nuestros pecados, entonces ellos no serán ni pueden ser juzgados porque nuestro juicio ha caído sobre Otro. Pero, si todavía estamos caminando en pecado, o sea que aún no nos hemos arrepentido, y, por lo tanto, no hemos sido perdonados, debemos ciertamente ser juzgados por estos pecados. Dios sería injusto si no juzgara el pecado no perdonado.

Si no hemos cumplido el criterio de Jesús para el perdón, la única alternativa es que seamos juzgados y, por lo tanto, recibamos el castigo

que merecemos. Esto se aplica a los creyentes y a los incrédulos, pero el castigo es diferente.

Si nosotros, como creyentes, no estamos “caminando en la luz” y, por lo tanto, no hemos vivido diariamente en arrepentimiento y perdón, entonces algo terrible nos espera. Hebreos 10:26-27 dice: “Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por el pecado sino una horrenda expectativa de juicio y de fuego ardiente que ha de devorar a los adversarios”. El sacrificio de Jesús es solo para aquellos que se han arrepentido de sus pecados y, por lo tanto, han recibido el perdón. El “nosotros” aquí solo puede referirse a creyentes, ya que los incrédulos claramente no han “recibido” la verdad. Los “adversarios” son los cristianos que se están resistiendo a la obra de Dios en su vida.

El más fuerte castigo para los creyentes es lo que ya hemos estudiado en el capítulo titulado “El tribunal de Cristo”. Allí comprendimos que la vida del alma no transformada de los creyentes será consumida y, por lo tanto, perdida delante de la presencia del Dios Todopoderoso.

Esta destrucción del alma es el resultado directo de no vivir en arrepentimiento y, por lo tanto, tampoco recibir el perdón ni la limpieza que tan desesperadamente necesitamos.

Lo que no es perdonado será juzgado y castigado. Lo que ha sido perdonado ya habrá sido limpiado y transformado.

En realidad, hay muchas otras consecuencias para los creyentes desobedientes, pero no hay espacio aquí, en este escrito, para detallarlas. (Para una mejor comprensión de esto, consulte mi libro anterior titulado: *Venga tu Reino*).

EL MEDIO PARA UN FIN

Como se declaró al principio de este capítulo: Jesús vino a la tierra y murió con un propósito: Este propósito eterno era redimir y preparar una esposa para Sí mismo. No era simplemente rescatar un grupo de pecadores por medio del perdón. El perdón no era la meta, sino solo el medio para un fin.

Este fin consistía en cambiar a estos pecadores a Su propia semejanza, dándoles acceso a Su propia Vida y naturaleza, para preparar una esposa para Sí mismo.

Su maravilloso perdón fue solo el primer paso. Esta limpieza, por medio de Su sangre, abrió el camino para que nosotros entráramos en íntimo compañerismo con el Padre; y, a través de esta comunión, podemos ser convertidos en todo lo que Él es.

En consecuencia, cuando estemos delante de Dios, no podremos usar la sangre de Jesús para excusarnos de hacer precisamente aquello por lo

cual su sangre fue derramada. No podemos esperar ser perdonados e ignorar la razón misma por la cual fuimos perdonados.

Para ayudar al lector a entender esto, permítanme usar la siguiente ilustración. Supongamos que alguien le compró a usted un boleto para los próximos juegos olímpicos. Pagó por el pasaje aéreo y le compró boletos para ver todos los eventos, organizó todo para que su hotel y toda su comida fueran gratis. Además, le dio dinero adicional para que lo use para su propio disfrute.

Naturalmente, usted le agradecería y le diría cuánto apreciaba este maravilloso regalo gratuito. Podría incluso escribirle una nota de agradecimiento solo para decirle cuán agradecido realmente usted está. Pero, ahora, supongamos que cuando la fecha de los juegos llegó, usted no fue. Se entretuvo con su jardín o su pasatiempo favorito y ni siquiera hizo el esfuerzo de subir al avión e ir. ¿Qué mostraría esto? Indicaría que realmente no apreció el regalo. Aun cuando actuó como si fuera importante, realmente no lo fue. Usted trató el regalo como un objeto común, ordinario, sin valor especial. Usted ha insultado a su amigo y pisoteado su regalo.

Entonces, cuando él venga a verlo para averiguar cuánto disfrutó de las Olimpiadas, ¿qué le va a decir? ¿Aceptará que le devuelva el boleto como excusa por no ir? ¿El hecho de que

él le haya comprado el boleto, que implicó un gran costo personal y sacrificio, producirá en su corazón perdón por su negligencia? ¡Jamás!

Nuestro Dios nos ha proporcionado una oportunidad indescriptible. Con su propia sangre Él ha comprado para nosotros la posibilidad de ser partícipes de todo lo que Él es. Este es el obsequio más valioso que cualquiera puede dar y el precio fue altísimo. El Dios del universo nos ha abierto el camino a nosotros, pequeños e insignificantes seres humanos, para crecer en Su plenitud.

Pero supongamos que no lo hacemos. Imaginemos que hay unos cristianos que no están aprovechando este gran regalo. Más bien, están viviendo para sí mismos y complaciendo sus apetitos naturales. Quizás asistan a la iglesia con regularidad y no tienen pecados “graves” evidentes en su vida, pero no están esforzándose por avanzar en Cristo siendo transformados a Su imagen. Están enfocados en las cosas terrenales y no progresan espiritualmente.

Cuando Jesús venga ¿serán estas personas capaces de “apelar a la sangre” para excusar su estilo de vida carnal? Delante del tribunal, ¿aceptará Jesús la preciosa sangre con la que les compró el derecho de entrar para excusarlos por no entrar? ¡No creo! No escaparemos de Su juicio “si descuidamos una salvación tan grande” (Heb 2:3).

Quien sea que abuse de la gracia de Dios para vivir solo para sí mismo y, luego, espere que Su sangre lo cubra por hacer esto, se sorprenderá delante de Su tribunal. La “época de la gracia” habrá entonces terminado. La oportunidad para el arrepentimiento y el perdón habrá pasado. Allí, el trono de gracia será reemplazado por el trono de juicio, y responderemos por lo que hicimos con la gracia y el perdón que estaba disponible para nosotros.

Dice la palabra: “¿Cuánto mayor castigo piensan que merecerá el que ha pisoteado al Hijo de Dios, que ha considerado de poca importancia la sangre del pacto por la cual fue santificado y que ha ultrajado al Espíritu de gracia? Porque conocemos al que ha dicho: “Mía es la venganza; yo daré la retribución”. Y otra vez: “El Señor juzgará a su pueblo”. ¡Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo!” (Heb 10:29-31). (Ver también Heb 6:4-8).

Revisemos también de nuevo Hebreos 10:26: “Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por el pecado, sino una horrenda expectativa de juicio y de fuego ardiente que ha de devorar a los adversarios”. Este versículo no se dirige al cristiano que resbala de vez en cuando y peca, aun cuando sabe que está mal.

“Pecar intencionalmente (voluntariamente)” se refiere a un pecado persistente y del cual el

pecador no se arrepiente. Acá se está hablando acerca del mismo tema que estamos considerando. Si trata de engañar a Dios y usa la preciosa sangre de Su Hijo para excusarse y poder entrar en Su plan eterno, sería el resultado “horrendo”, “de juicio” y un “ardiente” fuego consumidor. “Dios no puede ser burlado. Todo lo que el hombre siembre, eso mismo cosechará” (Gal 6:7,8).

Queridos amigos, estas son consideraciones que tienen graves consecuencias eternas. Que Dios nos conceda gracia abundante para que podamos ganar todo lo que Él tiene para nosotros (una salvación completa) de modo que no seamos avergonzados delante de Él en Su venida.

CAPÍTULO 10

DIVISIÓN DEL ALMA Y EL ESPÍRITU (1)

Cuando una persona nace de nuevo, el Espíritu de Dios entra en Su espíritu humano. Allí se produce una unión eterna. La Biblia nos enseña que: “El que se une con el Señor, un solo espíritu es [con el Señor]” (1 Cor 6:17). El espíritu de aquel individuo, que antes estaba adormecido y oscurecido, cobra vida con la Vida de Dios. Aquí, en el “Lugar Santísimo”, de nuestro ser, Dios establece Su residencia. Aquí entonces está el lugar de la nueva Vida dentro de nosotros. Está en nuestro espíritu humano, que se ha “unido” al Espíritu Santo de Dios.

Esta nueva Vida ZOË que ahora tenemos en nuestro espíritu es moralmente superior a nuestra vida naturales en todas las formas. En cada aspecto de la vida, se expresa la naturaleza divina de Dios. Por lo tanto, cuando vivimos por esta Vida, expresamos rectitud. Cuando vivimos por nuestro espíritu, manifestamos la naturaleza de Dios. Esto es verdaderamente lo que el Padre está buscando, aquellos a través de los cuales Él pueda manifestarse al mundo.

Es probable que recuerde que también tenemos dentro de nosotros una vieja vida PSUCHË. Esta

vida reside en nuestra alma y puede describirse más claramente como nuestra “vida del alma”. Como hemos visto en los capítulos anteriores, esta vida humana y natural, invariablemente, expresa la naturaleza pecaminosa y caída. Por lo tanto, cuando se vive por la propia alma, se manifiesta la propia naturaleza pecaminosa.

Tenemos entonces dos fuentes o “lugares” de vida dentro de nosotros, con dos naturalezas diferentes. Cuando cualquiera de estas vidas está activa, su propia naturaleza se expresa. En consecuencia, todo cristiano tiene una necesidad diaria, desesperada, de ser capaz de discernir cuándo él o ella está viviendo por el alma o viviendo por el espíritu. Necesitamos urgentemente experimentar la “separación del alma y el espíritu” (Heb 4:12).

Ya que el vivir por nuestro espíritu o vivir por nuestra alma produce resultados muy diferentes, es de suma importancia que seamos capaces de discernir cual es cual. Tristemente, muchos creyentes hoy día ni siquiera saben que existe tal distinción. Pero si no sabemos cuándo estamos “en el espíritu” y cuándo estamos viviendo por el alma, verdaderamente estamos andando en tinieblas espirituales y no sabemos adónde vamos (Jn 12:35).

Nuestro Dios es luz (1 Jn 1:5) y, ciertamente, Él desea en estos últimos días iluminar a Sus hijos de modo que puedan también caminar en la luz y no estar tropezando en confusión y oscuridad.

Por lo tanto, en estos próximos dos capítulos, nos concentraremos en este asunto: qué significa estar en el espíritu y qué significa estar viviendo por nuestra alma.

Una mala interpretación que necesita tratarse desde el comienzo es que el Espíritu Santo con frecuencia es percibido como algo fuera de nosotros, que “viene a nosotros” ocasionalmente. Mientras que esto pudo haber sido verdad en tiempos del Antiguo Testamento, la experiencia del Nuevo Pacto es completamente diferente. El Espíritu Santo ya ha sido derramado en el día del Pentecostés y ahora está en el interior de cada creyente. Él no es algo (Alguien) que estamos esperando recibir externamente, sino que ya lo hemos recibido internamente. Él no viene y se va, sino que mora permanentemente dentro de cada creyente.

Mientras que nuestra experiencia de Su presencia puede variar, o sea, que podemos “*percibir*” Su presencia con mayor o menor intensidad, Él está siempre en nuestro espíritu.

Cuando el Espíritu Santo “se traslada” de nuestro espíritu y llena nuestra alma, lo experimentamos con nuestros sentidos naturales. Esto puede sentirse como que Él ha venido sobre nosotros, pero en realidad, simplemente se ha “extendido” del lugar santísimo al lugar santo. De hecho, el Espíritu Santo puede también llenar “el atrio”, refiriéndose a nuestro cuerpo físico (Rom 8:11).

Mencionaré estas experiencias “más externas” después; sin embargo, aquí en este capítulo, debemos concentrarnos en las experiencias que podemos tener del Espíritu Santo en nuestro espíritu. Es aquí donde la presencia de Dios reside y donde mora la Fuente de la Vida. Por lo tanto, es esencial que todo creyente sepa cómo discernir si está en el espíritu o si meramente vive por su alma.

EN EL ESPÍRITU

Es posible que algunos creyentes no entiendan con claridad el uso de los términos en la Escritura: “en el espíritu” y “en el Espíritu”. Quizás la siguiente explicación ayude a ilustrarlo de una manera más clara. En el Nuevo Testamento, cuando se usa una “E” mayúscula en la palabra Espíritu indica al Espíritu Santo. Cuando se usa una “e” minúscula, indica el espíritu del hombre o el espíritu humano.

Es interesante, en el idioma original griego, en el cual se escribió el Nuevo Testamento, que no hubiera letras “minúsculas”. Todas las letras eran “mayúsculas”. Por lo tanto, para determinar si el texto se estaba refiriendo al espíritu humano o al Espíritu Santo, los traductores tenían que depender del contexto. Ocasionalmente, aun del contexto, es prácticamente imposible discernir si el escritor estaba hablando sobre el espíritu humano o del Espíritu Santo.

Sin embargo, para nosotros no es necesario que haya tal confusión. Estos dos espíritus, el de Dios y el del hombre, ahora han sido “reunidos” como uno dentro de nosotros (1 Cor 6:17). Por lo tanto, cuando estamos “en el Espíritu”, estamos en el espíritu humano también, y cuando estamos “en nuestro espíritu” estamos en el Espíritu Santo también.

Toda vida cristiana genuina es vivida “por el espíritu”, o sea, es una manifestación de la Vida que emana de nuestro espíritu. Se nos instruye que andemos “en el espíritu” (Gal 5:16,25). Se nos exhorta a ser “guiados por el Espíritu” (Rom 8:14). Ciertamente, debemos adorar a Dios en el espíritu (Jn 4:24), ya que esa es la única adoración que es aceptable para Él. Pablo declaró que él servía a Dios “en su espíritu” (Rom 1:9) y que nosotros también debemos servirle “en lo nuevo del Espíritu” (Rom 7:6). Debemos “andar conforme al Espíritu” (Rom.8:4).

Nuestro ministerio debe ser del “Espíritu” (Gal 3:5). Nuestras vidas deben manifestar el “fruto del Espíritu” (Gal 5:22). Es importante que “sembramos para el Espíritu” (Gal 6:8). Nuestra unidad en Cristo con otros creyentes es “en el Espíritu” (Ef 4:3). Debemos orar en el Espíritu (Ef 6:18), “estar firmes en un mismo espíritu” (Flp 1:27), tener la “comunidad del Espíritu” (Flp 2:1), “amor en el Espíritu” (Col 1:8) y muchas otras cosas como estas.

Verdaderamente, la fuente de todo cristianismo auténtico está “en el (E)espíritu”.

Con todo esto en mente: ¿Cómo puede un cristiano saber cuándo está en el espíritu? Para investigar esta pregunta más exhaustivamente, regresemos al tabernáculo que Dios le instruyó a Moisés que construyera. Como hemos visto en el capítulo 6, esta estructura estaba dividida en tres partes, correspondiendo a las tres partes del hombre: cuerpo, alma y espíritu.

Tenía un atrio exterior, un lugar santo y un lugar santísimo. Es la sección más interior la que nos habla del espíritu humano, el lugar de la morada del Dios Todopoderoso. En este santísimo lugar, Dios instruyó a Moisés que pusiera el Arca del Pacto. Sobre la parte superior del arca, allí estaban dos querubines de oro, uno a cada lado, con sus alas extendidas, cubriendo el lugar donde aparecía la gloria de Dios.

Dentro de esta arca estaban colocados tres objetos: un recipiente de oro lleno de maná, la vara de Aarón que retoñó, floreció y produjo almendras maduras, y finalmente, las dos tablas de piedra en las que estaban escritos los diez mandamientos. Estas cosas no fueron escogidas al azar, sino que tienen un significado espiritual importante. Estas cosas no fueron solo reliquias religiosas judías, sino que todavía nos hablan hoy.

Es significativo que algunos maestros bíblicos han distinguido tres funciones del espíritu humano. O sea que en nuestro espíritu tenemos tres “habilidades”. Estas tres funciones corresponden a los tres objetos que fueron colocados en el Arca del Pacto. Es muy importante que entendamos estas cosas porque cuando las experimentemos en la vida cotidiana, podremos saber que estamos “en el espíritu” y, por lo tanto, que estamos en la presencia de Dios.

LA VASIJA DE ORO CON MANÁ (COMUNIÓN)

La primera función de nuestro espíritu humano es la capacidad de tener comunión con Dios. Esto es lo que representa para nosotros la presencia de la vasija de oro llena de maná. Obviamente, este maná nos habla del “pan del cielo que descendió” (Jn 6:41), indicando el disfrute del Señor Jesús. Este alimento celestial vino en un receptáculo de oro que representa la pureza e incorruptibilidad de Cristo. En el capítulo 4, hemos examinado detalladamente acerca de la realidad espiritual de la comunión con Dios y cómo podemos crecer en esta importantísima experiencia. Si usted no está seguro acerca de esto, revise las secciones del capítulo 4 sobre la comunión.

Comunión significa tener intimidad con Dios. Cuando estamos en el Espíritu y, por lo tanto, en nuestro espíritu, tenemos intimidad con Dios. Percibimos su presencia dentro de nosotros.

Tenemos una especie de diálogo continuo en oración (ver 1 Tes 5:17). Esta comunión con el Altísimo es una indicación segura de que estamos en el espíritu. Debe servirnos como señal en nuestras vidas cristianas.

Si esta comunión íntima y percepción de Su presencia faltan, entonces esto es un indicio de que algo está mal. De alguna manera, no estamos donde deberíamos estar. Claramente es la voluntad de Dios que todos Sus hijos deban “caminar en el espíritu” (Gal 5:16), indicando así que esta debe ser una experiencia normal y continua para todos los creyentes.

Estar “en el espíritu” no debe ser una “bendición esporádica”, sino un caminar diario y constante. Nuestra comunión con Dios es la fuente de la cual fluye toda verdadera obra y virtud cristiana.

Esta es entonces la verdadera prueba. Andar en el espíritu es vivir en íntima comunión con Dios. Aquellos que tienen esta comunión saben cómo comer de Él, cómo beber de Su Espíritu y “vivir por” Él (Jn 6:57). Si, por otro lado, usted no está andando diariamente en intimidad con Dios y no conoce esta sensación de Su presencia, es muy probable que no esté andando en el Espíritu.

La única alternativa es que esté viviendo en la carne, siendo guiado por la vida del alma. Note que el alma puede parecer muy religiosa y dar la impresión de hacer muchas cosas “para Dios”. Asistir a la iglesia, diezmar, leer la Biblia, orar,

estar “activos” en el servicio de Dios y otras, son cosas que pueden hacerse con las fuerzas del alma.

Pero la única fuente de cristianismo genuino es el Espíritu de Dios que vive en nuestro espíritu humano. Para recibir la aprobación de Dios, todas nuestras palabras, pensamientos y acciones deben ser el resultado de nuestra intimidad con Él en el Espíritu. Para vivir en el espíritu y por el espíritu, debemos estar en comunión con Dios. Este es el significado de la vasija de oro llena de maná.

LA VARA DE AUTORIDAD (INTUICIÓN)

El segundo objeto en el arca es la vara de Aarón. Este bastón fue el símbolo de la autoridad divina, del liderazgo del Espíritu Santo. Dentro de nuestro espíritu, también encontramos esta función importante. Cuando estamos en la presencia de Dios, con frecuencia percibimos su guía y dirección. Llamaremos a esta función “intuición”.

Cuando estamos en comunión con Dios, de alguna manera, en una forma que no se puede definir, sabemos qué es lo que Él quiere que hagamos. Quizás nos sintamos inclinados a orar. Tal vez sintamos la necesidad de ir a visitar a alguien o salir a evangelizar. Un sinnúmero de instrucciones se nos pueden comunicar mientras estamos en el espíritu. Esto es lo que significa “andar con el Señor”.

Cuando estamos viviendo en constante comunión con Él, nuestro Señor dirige nuestra vida a través de la dirección del Espíritu. Esto no significa que “escuchemos voces” o necesariamente sepamos con exactitud qué hacer. Es simplemente que percibimos una inclinación, un deseo o un impulso espiritual a hacer o decir algo en particular. Esta es la función de la intuición en nuestro espíritu.

No estoy descartando el hecho de que Dios puede usar y, de hecho, usa las cosas externas tales como circunstancias, finanzas y aun “pálpitos” ocasionales para guiar nuestros pasos. Pero insisto en que nuestra fuente más importante de dirección es el Espíritu de Dios dentro de nuestro espíritu. Si dependemos de “eventos” superficiales, sentimientos, coincidencias, sueños, profecías, etc. para buscar dirección espiritual, entonces ya estamos andando en engaño.

Usted siempre va a encontrar que cuando Dios usa las circunstancias externas para dirigirlo, en su espíritu usted también va a tener un “testigo”, y siempre tendrá paz espiritual. Cuando estas dos cosas están en conflicto (“dirección externa” tal como profecías y eventos fortuitos, y la paz profunda del Espíritu Santo en su espíritu) la fuente más confiable de guía es la paz de Dios en el corazón.

La Biblia enseña que debemos dejar que la paz de Dios “gobierne” o arbitre en nuestros

corazones (Col 3:15). Esto significa que como el oficial quien dirige algún evento deportivo tiene la última palabra, así también la paz de Dios, en nuestro espíritu, debe ser nuestro juez final.

Nunca confíe en las opiniones de otros cuando no tenga tranquilidad en su espíritu. Desobedecer la percepción íntima de la orientación de Dios en su espíritu puede llevarlo al desastre. Tome en cuenta esta advertencia de alguien que se ha equivocado muchas veces de esta manera y ha vivido para arrepentirse de ello.

Cuando pensemos que Dios nos ha dado alguna dirección en nuestro espíritu, nunca está mal querer que sea confirmado. Podemos ver Su palabra en primer lugar, para evaluar si lo que suponemos que es Su voz armoniza con lo que Él nos ha hablado por medio de la página escrita. Si es así, entonces probablemente es Su voz la que estamos oyendo. Si no es así, entonces, nuestros impulsos están equivocados y debemos empezar de nuevo a buscar Su dirección.

También podemos pedirle a Dios que confirme Su dirección a través de un sinnúmero de formas que Él puede escoger. También podemos pedir el consejo de otros creyentes que son espiritualmente maduros y sensibles a la dirección del Espíritu. Los más maduros no se apresurarán a dar consejos, pero lo ayudarán a

determinar lo que Dios realmente le está diciendo a usted.

Aunque el Señor, con frecuencia, usará líderes para darnos orientación, el hombre de Dios no debe nunca depender de otro hombre, sino buscar el rostro de Dios él mismo, hasta que tenga la certidumbre, en su propio corazón, acerca de la dirección del Espíritu. Esta no es una autorización para la rebelión, sino un consejo para que usted mismo oiga a Dios con claridad. Recuerde, es a Él a quien debemos rendir cuentas por cada cosa que hagamos.

Es importante tener presente una cosa que engaña a los creyentes en esta área para percibir los deseos de Dios son sus propios deseos. Cuando queremos algo muy intensamente, entonces se hace difícil escuchar la voz de Dios. La “voz” de Dios en nuestro espíritu no grita; por lo general, es suave y blanda. Por eso, cuando nuestros deseos son fuertes, es fácil ignorar o dejar pasar esta intuición. Es casi imposible escuchar cuando se dice “no”.

Cuando queremos algo, es fácil pasar por alto la dirección del Espíritu o confundirla con nuestra voluntad. Esto es especialmente cierto en el área del matrimonio y las finanzas. Con demasiada frecuencia, los creyentes son conducidos en una dirección por los sentimientos fuertes y los deseos ardientes naturales.

Sin embargo, casi siempre, las decisiones tomadas por estos motivos dan malos resultados. ¿Cuántas veces nos encontramos en una situación que termina mal? Entonces, recordamos que, en lo profundo de nuestro espíritu, sabíamos que Dios realmente no aprobaba nuestra decisión. Pero ahora, nos encontramos en una relación o en una situación dolorosa y difícil.

Cuando nos rebelamos contra la dirección que recibimos en nuestro espíritu, sufrimos las consecuencias de la desobediencia. Así que, aquello que queríamos tanto que nos hizo ignorar cualquier consejo o sensación espiritual, se convierte en un gran castigo. El dolor de la situación que tanto queríamos se convierte en nuestra disciplina. Dios usa aquello que queríamos más que a Él para tratar esta misma área de rebelión. Este sufrimiento proviene de la circunstancia y sirve para transformar nuestra alma. No es raro que la disciplina de Dios dure muchos años hasta que, finalmente, nuestros deseos se conviertan en algo que se somete a Él.

La experiencia de la dirección del Espíritu Santo en nuestro espíritu es la experiencia de la vara de Aarón. Cuando estemos en la presencia de Dios teniendo comunión espiritual con Él, tendremos una “intuición” que nos indicará qué debemos hacer. De esta manera, podremos ser guiados por el Espíritu. La experiencia se hace más fuerte mientras crecemos espiritualmente. A

medida que maduramos, esta sensibilidad a la dirección del Espíritu también se hace cada vez más clara y definida.

De esta manera, nuestro Señor puede dirigirnos de una manera cada vez más “detallada”. Aun la expresión de Su rostro o la mirada de Sus ojos pueden hacernos notar Su desagrado o aprobación. Esta habilidad creciente de saber y percibir la guía del Espíritu Santo es una señal de madurez espiritual. Aquellos que son guiados por el Espíritu son ciertamente los hijos maduros de Dios (Rom 8:14).

Cuando “intuimos” o percibimos la dirección de Dios dentro de nosotros, entonces sabemos que estamos en el espíritu, ya que esta es una de sus funciones. Pero, si deseamos permanecer en el espíritu, o sea, vivir en la presencia de Dios firmemente, debemos obedecer lo que el Espíritu nos está diciendo.

Este es un principio espiritual importante. Si no escuchamos a Dios ni hacemos lo que Él desea, entonces llegará a ser imposible que nosotros vivamos en Su presencia.

Cuando somos desobedientes, nuestra comunión con Dios llega a ser difícil, o hasta imposible. Esto es porque cuanto más profundamente entramos en Su presencia, más fuertemente hablará la vara de Aarón. Cuanta más intimidad deseemos tener con Él, más se conocerá Su autoridad. Si estamos resistiendo lo

que Dios está dirigiendo, tendremos una gran dificultad para permanecer en su presencia.

Si hemos sido desobedientes con Él, la única solución es el arrepentimiento. Esto significa pedir perdón y decidir hacer cualquier cosa que Dios nos pida. ¡Cuántos creyentes hoy están viviendo con la vida del alma porque no están dispuestos a obedecer al Señor! Quizás tratan de seguir ordenanzas y fórmulas religiosas superficiales, pero interiormente saben que no están bien con Dios, sino viviendo en desobediencia.

La única alternativa para los cristianos desobedientes es vivir por la vida del alma. Tal vez puedan “avanzar” en el Espíritu de vez en cuando durante los momentos de adoración u oración, pero no podrán cómodamente *permanecer* en la presencia de Dios mientras Su vara de autoridad está hablando.

Piénselo: Si Dios le dice que vaya a la China a servir y usted no va, ¿acaso mantendrá usted la misma dulce intimidad con Él? Cuando El Señor dice “no” a algo que queremos, y nosotros seguimos adelante y lo hacemos de todas maneras, ¿podremos acaso permanecer en Su presencia mientras nos estamos rebelando contra Él? Quizás nos imaginemos que el sacrificio de Jesús será suficiente para restaurar nuestra comunión con Él.

Pero recordemos al rey Saúl y sus ofrendas a Dios. ¿Cuál fue la respuesta divina? “Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención es mejor que el sebo de los carneros” (1 Sam 15:22). Restaurar la comunión que usted tiene con Dios requiere no solo del sacrificio de Jesús, sino también obediencia.

Es imposible vivir en desobediencia con Dios y a la vez vivir en el espíritu. Un hijo o una hija rebelde nunca se sentirá cómodo en Su presencia. Para caminar en intimidad con Él, usted también debe obedecer y hacer lo que Él le pida. Él debe ser realmente el Señor de su vida.

TABLAS DE PIEDRA (CONCIENCIA)

En el Arca del Pacto, también podemos encontrar las dos tablas de piedra sobre las cuales el dedo de Dios escribió los diez mandamientos. Esta era la ley de Dios. Pero hoy tenemos otra ley. Esta no está escrita en piedra, sino en nuestro corazón de carne (Heb 8:10). Esta es una función de nuestro espíritu que llamaremos “conciencia”.

Esta “parte” del espíritu, la “conciencia”, parece actuar con un alcance muy limitado aun antes de que la persona nazca de nuevo. Quizás Dios permitió este parpadeante y ardiente vestigio de luz espiritual dentro del hombre para ayudarlo a estar consciente de su pecado.

Sin embargo, una vez que nacemos de nuevo, esta parte de nuestro espíritu se pone más y más activa. Nos hacemos cada vez más conscientes de cuando ofendemos a nuestro Señor o a alguna otra persona. Muchas veces, ninguno tiene que decirnos que hemos hecho o dicho algo malo. Quizás no hemos hecho nada que esté en contra del código escrito de la ley, pero, en lo profundo de nuestro espíritu, sabemos que hemos ofendido a nuestro precioso Salvador.

¿Cómo lo sabemos? Porque una parte de nuestro espíritu, nuestra conciencia, está hablando. La “ley del Espíritu de Vida” (Rom 8:2) escrita dentro de nosotros está actuado.

Esta función del espíritu es muy importante. La habilidad de saber cuándo estamos agradando a Dios o no se encuentra en el mismo centro de nuestra relación con Él. Nuestro Dios es una persona viviente y, por lo tanto, necesitamos cuidar nuestra relación con Él tal como lo haríamos con un buen amigo o con nuestro cónyuge.

Si hemos ofendido o hecho enojar a alguien con quien tenemos una relación cercana, necesitamos resolver estos asuntos con esa persona si queremos continuar teniendo amistad o intimidad con ellos. En el caso de nuestra relación con Dios no es diferente. No podemos esperar tener una relación cercana y personal

con Él cuando estamos ofendiendo a Su persona.

Por ejemplo: Cuando usted está fornicando con su novio o novia sin haberse casado, ¿puede también vivir en Su presencia? ¿El “clamar a la sangre de Jesús” hará que ignore nuestro comportamiento ofensivo hacia Su santidad? ¡No! Solo podemos estar bien con nuestro Señor si lo obedecemos.

Cuando hemos errado en nuestras actitudes, pensamientos, palabras o acciones, esta parte de nuestro espíritu, la “conciencia”, se activa. Obra para convencernos de nuestro pecado y, cuando lo hace, entonces se hace necesario abordar este pecado a la luz de Dios.

Esto requiere arrepentimiento y tomar la decisión de nunca volver a ofender a nuestro Señor de esta manera. Requiere no solo que le digamos que lo sentimos, sino que también lo sintamos realmente. Si no procuramos mantener esta clase de relación transparente con Jesús, será imposible vivir en el espíritu. Cuando nuestra conciencia nos hable, debemos tomar todas las medidas necesarias para arreglar las cosas.

RECORDEMOS A NUESTRO HERMANO

Esto no es solo cierto en nuestra relación con Dios, sino que Él también requiere que nos mantengamos en buenas y correctas relaciones con los demás. Si en nuestra vida diaria ofendemos a otros en alguna forma, debemos

también hacer lo que sea necesario para ponernos en paz con esa persona.

En Mateo 5:23 dice: “si has traído tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces vuelve y ofrece tu ofrenda”. “Traer tu ofrenda al altar”, en la experiencia cristiana actual, significa que venimos ante la presencia de Dios a adorarlo y tener comunión con Él. Nuestra “ofrenda” es la sangre de Jesús.

Pero, ¿por qué cuando estamos en la presencia del Señor de repente comenzamos a “recordar” a nuestro hermano? Esto se debe a que, en Su presencia, la conciencia comienza a hablar. Cuanto más cerca nos aproximamos a Su trono, más fuerte se vuelve la voz de la conciencia en nuestro espíritu. La única solución para esto es ir y poner las cosas en orden con aquellos a quienes hemos ofendido. Entonces, podremos volver y ofrecer nuestra ofrenda.

Este es un principio espiritual absolutamente esencial. Espiritualmente, no llegaremos a ninguna parte si no reconocemos y seguimos nuestra conciencia. Es imposible caminar en comunión con Dios cuando nuestra conciencia nos está incomodando. Pablo, el apóstol, estaba intensamente consciente de este hecho. Él decía: “yo me esfuerzo siempre por tener una conciencia sin remordimiento delante de Dios y los hombres” (He 24:16). Para él, una conciencia

limpia y transparente era de suprema importancia, un asunto de ejercicio diario.

Entonces, si hemos ofendido a Dios, necesitamos arreglar las cosas con Dios. Si hemos ofendido a los hombres, necesitamos hacer todo lo posible para reconciliarnos con ellos también. Esto requiere que nos arrepintamos, pero arrepentirse solo delante de Dios no es suficiente. Cuando hay otras personas involucradas, también tenemos que solucionar las cosas con estas.

Esto significa que debemos disculparnos por lo que hemos hecho y pedirles perdón. Si no es posible un contacto cara a cara, podemos llamar por teléfono, escribir una carta o hacer todo lo que esté a nuestro alcance para arreglar las cosas. Una buena conciencia es tan importante que descuidarla puede causar el “naufragio” de nuestra fe (1 Tim 1:19).

Muchas veces, nuestra carne se resiste a confesar nuestra culpa a otros hombres y mujeres. El problema es nuestro orgullo. Para arrepentirnos, debemos humillarnos y admitir que nuestras actitudes, acciones y palabras fueron impías, egoístas, pecaminosas y causaron el daño a otros. Este daño podría ser emocional, físico o financiero.

Sin importar cómo hayamos ofendido a alguien más, debemos, cueste lo que cueste, acercarnos a esa persona y arrepentirnos. Debemos arreglar

las cosas tanto como sea posible y pedir su perdón.

Esta humillación de parte nuestra es absolutamente esencial si queremos a mantener nuestra intimidad con Dios. Él “resiste a los soberbios” (1 Pe 5:5), pero se alegra de tener intimidad con los humildes. La limpieza de nuestra conciencia abrirá nuevas perspectivas de comunión con nuestro Dios.

LIDIAR CON EL PASADO

Esta necesidad de arreglar las cosas con los demás se aplica tanto al pasado como al presente. Demasiados creyentes están “tratando de continuar con el Señor” sin jamás arrepentirse ni arreglar las cosas de su pasado. Arrastran una enorme carga detrás de ellos y su progreso espiritual es lento.

Muchas de estas personas piensan que una vez que son cristianos, todo su pasado es perdonado y olvidado. Esta es quizás una idea agradable, pero no es completamente cierta. Por parte de Dios, cuando confesamos todos nuestros pecados pasados y nos arrepentimos de ellos, estos son perdonados. Sin embargo, por parte de los hombres, también necesitamos acercarnos a ellos y arrepentirnos.

No puede haber un “avance” sin primero ir atrás. La palabra de Dios es clara “Dios recupera lo que ya pasó” (Ec 3:15). Esto significa que debemos acudir a aquellos contra quienes

hemos pecado, arrepentirnos, pedirles perdón y, luego, hacer todo lo posible para arreglar las cosas. Si hemos robado, necesitamos devolver el dinero, invirtiendo todo el tiempo, gasto y esfuerzo que esto tome. Si hemos dañado a alguien emocionalmente, entonces debemos admitir nuestros errores y pedir perdón.

El hecho de que también nos hayan herido no tiene nada que ver con la situación. El que ellos se arrepientan no cambia lo que necesitamos hacer. Ningún pecado se justifica por lo que otros nos hayan hecho.

Examinemos algunas ilustraciones para esclarecer más estos puntos: Supongamos que alguien robó un banco. Luego, al día siguiente, esta persona recibe la nueva Vida en Jesucristo. ¿Se puede quedar con el dinero? Ya que algunos insisten en que él está ahora completamente perdonado, ¿puede entonces olvidarse del robo y vivir de lo que robó? ¡No!

Pensemos ahora en matrimonios que se divorciaron en el pasado porque uno de los cónyuges quiso seguir su propia satisfacción y sus deseos carnales. ¿Qué piensa Dios de esta ofensa? ¿Es posible que Él no sepa cómo la otra persona fue herida y ofendida, y que quedó devastada emocionalmente? ¿Cree que Él podrá tener una relación íntima con el que decidió divorciarse mientras esta otra persona que Dios ama sigue sufriendo sin que se remediara la situación?

Entonces, ¿Qué se debe hacer? Esta persona necesita ponerse en contacto con la persona que fue ofendida, admitir toda su culpa en el fracaso de la relación y pedir perdón. No importa si la otra persona también falló. Este hecho ni siquiera entra en nuestras consideraciones. Lo que nos compete es la parte que necesita arrepentimiento y perdón.

Cuando hemos pecado contra otro, necesitamos hacer todo lo que podamos para arreglar las cosas. Si es dinero, necesitamos devolverlo (Lc 19:8). Si hemos difamado a alguien, necesitamos dejar que conozcan la verdad todos los que fueron afectados por nuestras mentiras. Como regla general, si hemos pecado públicamente, debemos también arrepentirnos públicamente. Si nuestro pecado fue privado, debemos ir en privado a aquellos que fueron afectados. Cuando sea posible, necesitamos restituir a otros lo que hemos tomado, sea dinero, reputación o propiedades.

Obviamente, hay algunas situaciones que son imposibles de restaurar. Si hemos matado a alguien, no podemos traerlo de vuelta a la vida. Si hemos causado que alguien quede embarazada o nos han embarazado fuera del vínculo matrimonial, no hay forma de deshacer este hecho sin pecar. Debemos hacer todo lo posible por restaurar cuando y donde podamos. Sin duda, el Señor nos dará sabiduría sobre estas cosas, mostrándonos cómo y cuándo restaurar. Si nuestro corazón es verdaderamente

humilde y está dispuesto, Él nos ayudará a limpiar completamente nuestra conciencia.

Ciertamente, hay algunos que tienen lo que podría llamarse conciencias “débiles”. Ellos son susceptibles a las acusaciones del enemigo. Viven en continua culpa y condenación. Para estas personas, seguir todos los pasos disponibles que puedan para limpiar su conciencia los ayudará en su lucha. Saber que han hecho todo lo posible para limpiar su relación pasada y presente con Dios y los demás, dará una buena base para resistir nuevas acusaciones.

Es posible también, e incluso común, que algunos vivan en esta condenación por cosas que Dios no les ha revelado porque en sus corazones están ocultas otras cuestiones que ellos no desean traer a la luz. Esto debilita su conciencia y la hace vulnerable a acusaciones falsas.

Para vivir y andar en el Espíritu, estas experiencias del maná, la vara de Aarón y las tablas de piedra son absolutamente necesarias. Sin ellas, la única alternativa es vivir y caminar en el alma. El resultado de negarse a ceder ante Dios en estos asuntos tiene dos posibles resultados.

El primero ocurre cuando la persona que se está rebelando contra Dios lo admite por sí mismo y

simplemente se da por vencido, dejando de seguir a Jesús.

El segundo ocurre cuando la persona que está resistiéndose a la autoridad del Altísimo trata de aparentar que todavía está bien. Esconde su rebelión de sí mismo y de los demás, y trata de actuar como si aún fuera un “buen cristiano”, fingiendo que nada anda mal. Este individuo desarrollará entonces una religión meramente del alma. Con esto quiero decir que todavía tratará de obedecer los principios bíblicos con los esfuerzos del alma, tal como ir a las reuniones de iglesia y hacer las cosas que otros cristianos esperan de ellos.

Sin embargo, todo esto será hecho sin una íntima comunión con Dios, por lo que solo podrá lograrse mediante el poder humano y el esfuerzo natural. Los resultados pueden parecer buenas imitaciones de una vida espiritual auténtica, pero el sabor es diferente. En lugar de la dulce fragancia de Cristo, está el sentido vacío y muerto de la demanda. En lugar de fluir del agua de Vida, está la ejecución del “deber”. La persona involucrada está, con frecuencia, todavía tratando de servir a Dios, pero sin realmente someterse completamente a Él.

Es esencial que cada creyente aprenda a caminar en el espíritu. No hay otra forma de agradarle. Podemos saber que estamos en el espíritu, no por sensaciones físicas, ni por escuchar “voces” o tener sentimientos

emocionales fuertes, sino por la experiencia del maná, la vara de Aarón y las tablas de piedra.

Cuando tenemos comunión espiritual con Jesús, estamos percibiendo su liderazgo y cuando sabemos que lo estamos ofendiendo, esta es una indicación segura que estamos en Él espíritu. Y es del espíritu que fluirá toda Su virtud.

¡Que Dios tenga misericordia de nosotros para que podamos aprender a vivir diariamente en Su presencia, de modo tal que nuestro espíritu, Su Espíritu, pueda manifestar Su Vida a través de nosotros!

CAPÍTULO 11

DIVISIÓN DEL ALMA Y EL ESPÍRITU (2)

En el último capítulo examinamos la importancia de vivir por y en el (E)espíritu. Allí vimos que es mediante el Espíritu de Dios dentro de nuestro espíritu que Su Vida fluye a través de nosotros. Sin embargo, no somos meramente seres espirituales. También tenemos un alma, y es a través de esta alma (y en última instancia, a través de nuestro cuerpo físico) que lo que somos por dentro se expresa al mundo.

En un hombre o una mujer que no conoce a Cristo, el alma es el “órgano” que manda dentro de su ser. Al no tener Vida en el espíritu, no tienen otra alternativa que vivir por la vida del alma y expresar la naturaleza caída. Su alma es la fuerza dominante en su ser.

Sin embargo, una vez que recibimos a Jesús, esta “posición de autoridad” debe cambiar. Ahora el alma, en lugar de estar al mando, debe someterse al espíritu. El alma debe llegar a ser la sierva del espíritu y ser dirigida y controlada por una fuente superior. La Vida de Dios dentro de nosotros comienza a valerse de las facultades del alma para expresar la naturaleza divina al mundo.

Para entender más claramente este punto, es importante declarar que el alma tiene tres “capacidades” o facultades distintivas: Las capacidades de pensar, de sentir y de decidir. La forma más fácil de recordar esto es que tenemos una mente, tenemos emociones y tenemos una voluntad. La mayoría de los maestros bíblicos actuales están de acuerdo en este punto de que el alma del hombre tiene estas tres partes: mente, emociones y voluntad.

No hay nada inherentemente malo en estas tres “facultades”. Fueron creadas por Dios y son necesarias para cada parte de nuestro vivir. Obviamente, todos deben pensar, sentir y decidir. El problema está en cuál es la “vida” que está estimulando o usando estas capacidades. Cuando la antigua vida PSUCHÊ es la que controla, el resultado es el pecado. Cuando la Vida ZOË domina, se manifiesta la rectitud.

Cualesquiera que sean los pensamientos, los sentimientos y las decisiones que se inicien en nuestra alma, no son capaces de agradar a Dios. Esto se debe a que la fuente está contaminada. Pero, cuando nuestros pensamientos, sentimientos y decisiones fluyen del espíritu, son una manifestación de Dios.

Por lo tanto, lo que necesitamos en nuestras almas es un cambio de liderazgo, o sea, “cambiar fuentes”. Debemos aprender a dejar que el Espíritu de Dios nos llene, domine y use las facultades del alma. De esta manera,

podremos cumplir todos Sus maravillosos planes.

En consecuencia, como vimos en el último capítulo, hay una necesidad urgente, una necesidad desesperada, de que todo hijo de Dios conozca cuándo vive por la vida del alma o por el espíritu. Debemos experimentar en nuestro ser el “partimiento del alma y el espíritu” (Heb 4:12) y ser capaces de saber cuándo estamos viviendo en la vida vieja y cuándo en la Nueva.

Sin esta importantísima revelación, solo podemos vagar en la oscuridad, encontrándonos de vez en cuando en la presencia de Dios, quizás sin saber cómo o por qué llegamos allí y, luego, encontrándonos afuera otra vez sin saber cómo volver. Desafortunadamente, este es el estado de muchos hijos de Dios.

Ya que esta división entre el alma y el espíritu es tan importante, lo veremos con más detalle. En el capítulo anterior hablamos acerca de lo que significa estar en el espíritu. En este, investigaremos cómo esto puede afectar cada “parte” separada de nuestra alma.

LA MENTE

Comenzaremos nuestra consideración hablando acerca de la mente. En una persona que no ha nacido de nuevo, esta facultad es generalmente la dominante. Efesios 2:3 habla de la gente de este mundo que está bajo el control del enemigo

y vive llevando a cabo los deseos de la carne (es decir, el cuerpo) y de la mente. Más adelante, en Efesios 4:17,18, leemos sobre “los gentiles” (en este caso los no salvados): “... que no se conduzcan más como se conducen los gentiles, en la vanidad de sus mentes, teniendo el entendimiento entenebrecido, alejados de la Vida de Dios”.

Entonces entendemos que, sin la Vida de Dios, la única opción que tiene el no creyente es ser guiado por su mente. Esto da como resultado solo oscuridad. No importa cuán “iluminada” la gente del mundo piense que está; comparada con las verdaderas realidades espirituales, está solo en la oscuridad.

La sabiduría e inteligencia de la raza caída no los conduce a Dios y es solo necedad a Sus ojos (1 Cor 3:19; 1:21). Por lo tanto, cuando una persona viene a Cristo, tiene el hábito de seguir viviendo arraigado a su mente. Siempre ha sido esto en lo que ha confiado, por lo que, con frecuencia, continúa viviendo de esta manera.

Por esta razón, el cristianismo se convierte en un ejercicio mental para ellos y suponen que “crecer en Cristo” es un proceso de aprendizaje. Dependiendo de su inteligencia natural y habilidad, comienzan a estudiar las cosas de Dios y leen la Biblia con la idea de que, cuando hayan acumulado suficiente conocimiento, esto los capacitará para andar en los caminos de Dios.

Leen, estudian y memorizan. Quizás asistan a institutos bíblicos, compren muchos libros cristianos, acumulen literatura, reúnan información acerca de “cómo” actuar y reaccionar en cada situación de la vida. Saben “cómo” liderar, enseñar, echar fuera demonios, adorar, discipular, curar a los enfermos, tener reuniones, tratar con esta o aquella situación o alguna clase de persona, y muchas otras cosas semejantes. Llegan a estar tan llenos de conocimiento acerca de Dios, que este mismo conocimiento constituye la base de su cristianismo.

Estas personas, entonces, tienen un tipo de cristianismo mental. Es el producto de su mente. Tal como vimos en el capítulo 3 acerca de los dos árboles, es el resultado de vivir independientemente de Dios. Una vez que “sabemos cómo” hacer las cosas, podemos entonces vivir y actuar sin ninguna dependencia del Espíritu en absoluto. Esto es lo que significa andar en el alma. Es confiar en nuestra mente en vez del Espíritu. Es caminar por medio del árbol del conocimiento en lugar del árbol de la Vida.

El “cristianismo” producido por este tipo de actividad no agrada al Padre. Es una imitación seca y humana de un verdadero andar espiritual. Es un esfuerzo natural para agradar a Dios sin realmente someterse a Él. 1 Corintios 8:2 dice: “Si alguien se imagina que sabe algo, aún no

sabe nada como debiera saber”. El “saber” real es saber ser conducido por el Espíritu de Dios.

No me malinterprete. Muchos de estos individuos tienen buenas intenciones y un deseo auténtico de agradar al Señor. Pero también lo tenía Pablo cuando estaba persiguiendo a los creyentes antes de convertirse. El problema no está en su deseo, sino en su entendimiento. Las buenas intenciones combinadas con la oscuridad espiritual nunca llegarán a la meta de Dios. Los fariseos trataban de agradar a Dios. No solamente leían las Escrituras, sino que las estudiaban diligentemente todo el tiempo. Pero, cuando la Palabra viviente apareció, estaban atados a su mente humana y no pudieron reconocerlo. Se le opusieron hasta la muerte.

Jesús dijo de ellos: “Escudriñen las Escrituras, porque les parece que en ellas tienen Vida eterna y ellas son las que dan testimonio de mí. Y ustedes no quieren venir a mí para que tengan Vida (ZOË)” (Jn 5:39,40).

Aquellos cristianos que caminan según su mente, con frecuencia, fallan en reconocer cuando Él aparece. Al no saber cómo andar en el espíritu, se quedan solamente con un análisis intelectual que es inútil cuando se trata de discernir las cosas espirituales. A veces, también, se juntan para perseguir a aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios.

Verdaderamente, “la intención de la carne es enemistad contra Dios” (Rom 8:7). Esto significa que aquellos cuyas mentes están bajo el control de su vida del alma, están en oposición e incluso en guerra contra todo lo que Dios está haciendo aquí en la Tierra.

EL CANDELERO

Continuemos desde aquí con el plan de Dios para nuestra mente. Dios mismo creó nuestras mentes, por lo que debe haber un propósito divino para ellas. Claramente, Él no quiere que seamos ignorantes o tontos. Para Él, los seguidores insensatos son inútiles, porque simplemente hacen lo que otro les dice o siguen cada impulso sin pensar. Su plan no es que nosotros lleguemos a ser “insensatos”, sino que nuestras mentes se llenen del Espíritu Santo y sean controladas por Él.

Efesios 4:23 nos enseña que necesitamos ser “renovados en el espíritu de nuestra mente”. ¿Nuestras mentes tienen su propio espíritu? No. Lo que esto significa es que el Espíritu Santo puede “salir” del Lugar Santísimo y llenar nuestras mentes. A medida que nos sometemos a Él, comienza a dominar y gobernar nuestros pensamientos.

La mente entonces se convierte en sierva del espíritu. En lugar de estar al frente, pensando por su cuenta y decidiendo, la mente se convierte en una herramienta a través de la cual

el Espíritu puede expresarse. Debemos aprender cómo dejar que el Espíritu use la mente y la llene con Sus pensamientos, Sus opiniones y Su entendimiento.

Esta es la experiencia del candelero. Este candelero del cual hablamos era una pieza del mobiliario que Dios instruyó a Moisés poner en el Lugar Santo del Tabernáculo. El “Lugar Santo” es el área ubicada justamente afuera del Lugar Santísimo y nos habla de nuestra alma. Este candelero estaba siempre encendido, ardiendo con aceite santo.

Cuando Dios llena nuestras mentes, Él nos da luz. Nuestros ojos espirituales se abren y entendemos cosas que no son de este mundo. De esta manera, tenemos “luz”. Este entendimiento no es producto del estudio, ni la memorización o el esfuerzo mental. Es el resultado de que el Espíritu Santo llene nuestras mentes.

La revelación que tenemos no es algo que hemos “aprendido” mentalmente, sino algo que se nos ha mostrado espiritualmente. En lugar de tener información acerca de Dios, recibimos la revelación de Dios. Esta es la experiencia verdadera del candelero.

Obviamente, Él puede usar muchas diferentes formas para revelarnos cosas. Esto puede venir a través de libros, especialmente la Biblia. Puede ser producto de la predicación o la enseñanza de

alguna otra persona. Sin embargo, nunca será el resultado del ejercicio mental ni la habilidad humana, sino de la apertura y la sumisión de nuestras mentes al Espíritu Santo, permitiendo que Él se revele en nuestras mentes.

La Biblia nos enseña que “tenemos la mente de Cristo” (1 Cor 2:16). Para muchísimas personas, esto es solo una enseñanza y no tiene significado real en sus vidas diarias. Pero, para aquellos que están llenos del Espíritu, tiene un profundo significado. Esto quiere decir que, en realidad, podemos experimentar cómo la mente de Dios llena y usa nuestras mentes.

En lugar de tratar de “pensar cómo Él pensaría”, podemos tener Sus propios pensamientos y opiniones fluyendo dentro de nosotros. En cada situación de la vida, podemos recibir instrucciones divinas. Esto no solo se aplica a las “cosas espirituales”, sino también a nuestro pensamiento común y cotidiano. Al caminar en el espíritu, no funcionamos por lo que hemos aprendido o por lo que pensamos, sino por Su orientación en cada momento. El “conocimiento” no es nuestra fuente. Más bien, nuestras acciones y palabras son gobernadas por Dios mismo.

LAS EMOCIONES

Hay otros creyentes a quienes no les agrada el estudio. Tienen poco interés en cualquier tipo de cristianismo “mental”, su mente no es y nunca ha

sido muy predominante en sus vidas. Más bien, son gobernados por sus sentimientos. Cuando estos individuos llegan a ser cristianos, tienen entonces una tendencia a ser guiados por emociones. Cuando “tienen ganas” de hacer algo, lo hacen. Cuando no “tienen ganas”, entonces no. Cuando algo les produce un buen sentimiento, entonces eso debe ser de Dios. Cuando algo no les da sensaciones agradables, entonces no debe ser de Él.

Tales creyentes no están guiados por el Espíritu, sino que andan en la carne. Ellos juzgan cada reunión, enseñanza o experiencia por el tipo de sentimientos que producen en sus emociones. Quizás estos creyentes incluso piensen que no es espiritual usar su mente en absoluto. Ellos simplemente aceptan lo que los hace sentir bien sin examinar la fuente o el contenido.

El placer emocional o la alegría no son verdaderas evidencias de lo que viene de Dios. Las emociones pueden provenir de una gran variedad de fuentes. Paisajes, sonidos, aromas, entretenimiento y muchas otras cosas pueden darnos buenos sentimientos. El sexo produce buenos sentimientos. Gritar, cantar en voz alta, bailar y saltar animadamente, sacudirse intensamente, todas estas cosas, pueden producir euforia en el ser humano. La gente asiste a eventos deportivos porque disfrutan el “clímax” emocional intenso que se experimenta al estar en medio de una multitud estimulante y ruidosa.

Muchos de los hijos de Dios pasan sus vidas espirituales buscando este tipo de entusiasmo. Van a conciertos cristianos con bastante música ruidosa. Acuden a reuniones en las que la gente cae al piso, se sacude o grita y, aunque pueda tener adornos “cristianos”, con frecuencia los resultados no son espirituales, sino solo emocionales.

He notado a lo largo de los años que muchos creyentes que son adictos a tales “sensaciones” fácilmente caen en el pecado sexual. Ellos se guían por sus emociones y no por el Espíritu, esta es la razón por la que fracasan en discernir la fuente de tales estímulos. El cristianismo que practican es, en realidad, sensorial y no espiritual.

Desafortunadamente, hay muchas iglesias en la actualidad que satisfacen a los creyentes con “emociones” de ese tipo. Se esfuerzan por tener una atmósfera que produzca buenas emociones en aquellos que asisten y los motive a volver. Construyen templos hermosos y elaborados para inspirar el alma. Tienen ruidosas bandas de música para estimular las emociones. La predicación es cuidadosamente adaptada para producir solo emociones agradables y ningún tipo de convicción o incomodidad. Las bancas son cómodas y la temperatura es agradable. Los equipos de danza y teatro están ahí para proporcionar incluso más estímulos en caso que la música no sea tan buena o el sermón sea aburrido.

Equivocadamente, piensan que las buenas emociones son una evidencia de la obra del Espíritu Santo. Aunque tales actividades puedan atraer grandes multitudes de gente y parezcan exitosas, nunca pueden lograr los objetivos de Dios y, simplemente, satisfacen las emociones apelando a la vida del alma. No hacen nada para ayudar a cambiar el gobierno de nuestras emociones, de nuestra vida a la Suya.

No me malinterprete. Cuando el Espíritu de Dios dentro de nuestro espíritu “se extiende” a nuestra alma, en nuestras emociones podemos experimentar una gran variedad de sensaciones. En realidad, esto es precisamente lo que nuestro Señor quiere hacer. Él quiere usar nuestras emociones para expresar Sus sentimientos en este mundo. Ya que Él es un Ser infinito, puede expresarse en nuestras emociones en una variedad ilimitada de formas.

A través del Espíritu, podemos sentir gozo, tener paz, podemos amar. Este es un amor que no es solo para nuestros amigos, sino también para aquellos que no son tan fáciles de amar. Este amor puede incluso desarrollarse en nosotros para con nuestros enemigos. También, en Dios podemos sentir tristeza. Podemos sentirnos afligidos. Podríamos sentir Su enojo, Sus celos o Su osadía.

Pero, para que esto ocurra, debemos someter nuestras emociones a Su control. Cuando Dios gobierna nuestras emociones, la verdadera

personalidad de Jesús puede mostrarse en nosotros. La cuestión no es si tenemos o no tenemos sentimientos, sino quién está gobernando estos sentimientos. La pregunta no es si cierta manifestación es o no “correcta”, sino qué vida es la fuente de esa manifestación.

El Espíritu del Señor puede llevarnos a gritar, danzar y cantar. Él nos puede estimular con muchas emociones intensamente agradables. En realidad, nada en este mundo se puede comparar con las emociones que Dios puede dar. Sin embargo, debemos discernir el origen. Dios puede darnos buenos sentimientos, pero no todos los buenos sentimientos son de Dios. Dios puede ser emocionante, pero no toda emoción proviene de Dios.

Con frecuencia, después de que Dios le ha dado a un individuo o a un grupo una poderosa experiencia emocional, ellos después gastan su energía tratando de recrear esa experiencia a través de medios del alma, como la música ruidosa, el esfuerzo físico, los gritos, etc.

¡Cómo necesitamos que la palabra de Dios divida el alma y el espíritu en nosotros! Necesitamos urgentemente la revelación para conocer la fuente de la cual estamos viviendo. Si es el Espíritu de Dios, entonces los sentimientos son aceptables. Si la fuente es nuestra propia vida, entonces son totalmente rechazables. Verdaderamente, “la carne no aprovecha para nada” (Jn 6:63).

Cuando experimentamos placer emocional como resultado de que el Espíritu Santo vive en nosotros, esta es la experiencia de la mesa de los panes de la proposición. Esta mesa también es una de las piezas del mobiliario que está en el Lugar Santo, justamente afuera del Lugar Santísimo en el tabernáculo. En el último capítulo hemos visto que, en nuestro espíritu, somos capaces de comer del “maná escondido” (Ap 2:17) que proviene de la comunión con Dios. Pero, cuando comemos en nuestro espíritu, nuestra alma también puede satisfacerse. Esta también puede conocer el gozo de la presencia de Dios.

Todo ser humano necesita placer emocional en algún momento u otro. Una vida sin alegría puede llegar a ser insoportable; por eso nuestro Dios, que es infinito en su sabiduría, nos ha dado también un deleite emocional. Los trozos de pan fresco pueden ser de gran satisfacción cuando nuestro Dios escoge darnos esta experiencia.

LA VOLUNTAD

Como hemos visto, algunos creyentes tratan de vivir su vida cristiana por los esfuerzos de su mente. Otros descansan fuertemente en sus emociones. Pero todavía hay otro grupo. Estos son los que tienen una voluntad particularmente fuerte. Quizás sean los casos más difíciles de tratar. Tales individuos pueden lograr casi cualquier cosa. A través del poder de la fuerza

de la voluntad, pueden alcanzar, al menos ante sus propios ojos, cualquier estándar que se pongan delante de ellos.

Cuando se convierten, simplemente comienzan a usar su fuerte voluntad para “vivir la vida cristiana”. Todos los principios y las advertencias del Nuevo Testamento se convierten para ellos en un nuevo desafío que alcanzar mediante sus propios esfuerzos. Cada precepto, ya sea diezmar, someterse, ayudar o cualquier otro, es solo otra oportunidad para que ellos muestren que están dispuestos y son capaces de hacerlo.

Estos individuos creen que están muy comprometidos con Dios. Ellos en realidad están usando cada fibra de su ser para hacer Su voluntad. Con mucha frecuencia tales personas menosprecian a aquellos que son débiles. Aquellos que no pueden superar pecados persistentes y debilidades son menospreciados porque, obviamente, no tienen “un compromiso suficientemente fuerte”.

La razón por la que tales casos son difíciles de tratar es que las personas con una voluntad muy fuerte son capaces de hacer una buena demostración de su práctica del cristianismo y son capaces de “representarlo” de tal manera que es difícil encontrarles defectos y mostrarles en qué fallan. Mediante su fuerza de voluntad, han hecho cesar todos los pecados obvios. Han hecho todo lo que se esperaba de ellos. ¿Qué más podría querer Dios que esto? Comparados

con muchos otros, ellos son realmente capaces de hacer la voluntad de Dios.

La mejor esperanza para tales personas es que Dios les prepare un desafío que no puedan confrontar. En Su misericordia, Él puede llevarlos a confrontar una situación que sea demasiado difícil o grande. Él puede traerlos hasta el punto en que los recursos propios se acaben.

Por supuesto, tal como hemos estado viendo, el esfuerzo de nuestra voluntad no es en absoluto lo que Dios realmente quiere. Él rechaza todos los esfuerzos de la vida del alma, sin importar cuán buenos puedan parecer los resultados. Nuestra propia rectitud es como trapos de inmundicia para Él (Is 64:6). Me han dicho que la palabra hebrea utilizada aquí se refiere, en específico, a trapos ensuciados por una mujer que está teniendo su período menstrual. Obviamente, nuestro Señor no está complacido con tales esfuerzos.

Su deseo es que le cedamos completamente el control de nuestra voluntad. Su objetivo es que Él sea capaz de usar nuestra voluntad para hacer Su voluntad. La única forma real de discernir cuándo alguien está viviendo por el espíritu o por el poder de su voluntad es percibir el “sabor” de lo que está haciendo. ¿El resultado de sus esfuerzos es el agradable aroma de Cristo? ¿O es el hedor del esfuerzo propio? ¿Las demás personas son atraídas por la dulzura de Su carácter o repelidas por un seco y

duro sentido de obligación? Que Dios tenga misericordia de nosotros para saber si estamos meramente viviendo para Él o en realidad viviendo por Él.

EL ALTAR DEL INCIENSO

Esto nos conduce entonces a la experiencia del altar del incienso. Como hemos indicado, hay varios muebles en el lugar santo. Ya hemos hablado acerca del candelero y de la mesa del pan de la proposición. Sin embargo, también en este lugar hay un altar para el incienso. Es interesante que este mueble esté ubicado muy cerca del Lugar Santísimo. Antes de que el Sumo Sacerdote pudiera entrar a ese lugar Santísimo, tenía que tomar algo de este incienso y ponerlo en el incensario de oro. Luego, con este humo perfumado elevándose hacia Dios desde el incensario en su mano, podía pasar detrás del velo.

La voluntad humana es muy importante en nuestra relación con Dios. El Señor no hará nada que esté contra nuestra voluntad. Es decir, Él no hará nada dentro de nuestro ser a menos que estemos completamente y totalmente dispuestos, además de listos para que Él lo haga. Por lo tanto, la voluntad es muy importante en nuestra relación con El Señor.

Si vamos a entrar detrás del velo, nuestra voluntad deberá estar completamente rendida a Él. Si vamos a entrar y vivir continuamente en el

Espíritu, debemos haber ofrecido nuestra voluntad a Él sobre el altar. La suave fragancia de este incienso debe siempre elevarse delante de Su trono. La sumisión de nuestra voluntad debe estar continuamente delante de Él.

De lo contrario, se nos hará difícil entrar a Su presencia e imposible permanecer en el espíritu. El verdadero cristianismo no consiste en usar nuestra fuerza de voluntad para tratar de agradar a Jesús, sino someter nuestra voluntad completamente a Él de modo que pueda hacer todo lo que el Señor quiera hacer en nosotros. Ceder el control total, dar la ofrenda incondicional de nuestra voluntad, es necesario para todo aquel que desee vivir una auténtica vida espiritual.

La total rendición de nuestra voluntad ante Dios debe considerarse como el punto de inicio de un caminar genuino con el Señor. La necesidad de una ofrenda tal debería presentarse de una manera clara e inconfundible a todos aquellos que estén interesados en Jesús. Sin eso, aunque algunos pueden “recibir” a Jesús, no podrán ir muy lejos en su vida espiritual.

He conocido un incontable número de “cristianos” que nunca han hecho este compromiso ni han rendido completamente el control de su voluntad a Dios. El Señor todavía no es “el Señor de sus vidas”. No pueden progresar porque están en constante conflicto con el Espíritu en lo que respecta a quién está a

cargo. Nunca crecen espiritualmente, ni superan sus problemas, ni sus pecados; en realidad, son una carga constante para los demás creyentes, y todo a causa de esta única deficiencia: nunca han rendido completamente su voluntad a Cristo. Así que, al menos que usted haya llegado a este punto sin resistencia ni reservas, no llegará a ninguna parte en su andar espiritual.

Para caminar diariamente con Jesús en forma constante, la fuerza de la voluntad debe ser quebrada. Necesitamos llegar al punto cuando no dependamos más de nuestra propia fuerza para hacer la voluntad de Dios. Debemos llegar al “final de nosotros mismos” de modo que nuestra fuerza esté solamente en Dios (2 Cor 1:9).

Para aquellos que tienen una voluntad muy fuerte, este proceso es, con frecuencia, prolongado y doloroso. Muchas veces, nuestro Señor debe permitirles a tales personas pasar a través de pruebas severas y aflicciones de modo que su hombre natural pueda ser quebrantado. La confianza que tienen en sí mismos, de ser capaces de decidir y hacer, solo puede ser tocada en forma permanente mediante el fracaso y el sufrimiento.

Jacob era un hombre confiado y astuto. Se aprovechó de su hermano y engañó a su padre. Se las arregló para obtener mucha riqueza de su suegro y, finalmente, luchó con Dios mismo. Al final, Dios tocó su muslo, y algo dentro de él fue

permanentemente quebrado, de modo tal que dejó de ser completo.

Después de esta experiencia, su nombre fue cambiado de Jacob, que significa “uno que se aprovecha”, a Israel, que significa “príncipe de Dios”. ¿Cuántos de los hijos de Dios hoy necesitan este toque divino, el quebramiento de la fuerza del alma para hacer y ser para Él, de modo que Dios pueda finalmente hacer y ser lo que desea a través de ellos?

DIVISIÓN DEL ESPÍRITU Y EL ALMA

En el capítulo anterior, hablamos acerca de lo que significa estar en el espíritu. O sea, estamos en el espíritu cuando estamos experimentando comunión con Dios, cuando percibimos Su dirección divina y cuando conocemos Su ley escrita en nuestros corazones.

Aquí nos damos cuenta de que no solo podemos conocer a Dios en nuestro espíritu, sino que Él puede también darnos muchas experiencias, a veces muy poderosas, en nuestra alma. Sin embargo, es necesario aclarar dos puntos.

Número uno: aun cuando podamos tener muchas experiencias disfrutables del Espíritu en nuestra alma, debemos tener cuidado de nunca buscar estas “experiencias”. Si buscamos revelación, hay muchas fuentes de “revelación”. Si buscamos emociones, hay muchas formas en que nuestras emociones pueden ser estimuladas, incluyendo la acción de espíritus

malignos. Un cristiano sabio no permitirá que sus emociones lo guíen, sino que permitirá que Dios guíe sus emociones.

Nuestra necesidad es buscar continuamente la Persona de Jesucristo. Nuestra necesidad urgente es andar diariamente en el espíritu. Cuando sea Su tiempo, nos dará revelación. Cuando Él lo considere apropiado, nos dará emociones placenteras. Mientras nos sometemos completamente a Él en nuestra voluntad, todo lo que necesitamos fluirá de nuestro espíritu a nuestra alma.

Número dos: nunca debemos ser guiados solo por nuestras “revelaciones” o sentimientos, sino por la presencia de Dios en nuestro espíritu. Cualquier cosa que ocurra en nuestra alma (es decir, en la mente, las emociones y la voluntad), debemos siempre tener cuidado de juzgarla por nuestro espíritu. En cada asunto, debemos percibir la paz de Dios en lo más profundo de nuestro ser. Debemos caminar en constante comunión con Jesús, ser guiados por Su autoridad y saber si lo estamos ofendiendo o no.

Este es el secreto: Caminar en comunión con Dios. Demasiados creyentes confían en sueños, profecías, “palabras” o el consejo de otros como su guía. Otros dependen de sus sensaciones emocionales. Estos son cristianos guiados por el alma. Continuamente están buscando las actividades del alma como su fuente de dirección. No están verdaderamente siendo

guiados por el Espíritu, sino por una gran variedad de fuentes que pueden influir en el alma y, de hecho, logran hacerlo.

Ciertamente, nuestro Dios usa cosas como sueños, palabras proféticas, etc. para hablarnos o guiarnos. Estas cosas son importantes para nosotros en la vida cristiana. El punto aquí es que no debemos depender de estas cosas, sino siempre considerarlas y juzgarlas a través de nuestra comunión con Dios en el espíritu. En última instancia, debemos ser guiados por el espíritu, no por el alma.

SENSACIONES FÍSICAS

Numerosas veces, a lo largo de los años, he oído a algunos exclamar: “¿sentiste eso?” refiriéndose a alguna sensación física que habían recibido durante una reunión cristiana. Esto podría haber sido la “piel de gallina”, sensación de hormigueo, una sensación de calidez o de frío, una sensación de viento impetuoso o un sinnúmero de cosas. Para ellos, esta era una indicación de que Dios estaba presente o que algo que fue dicho o hecho provenía de Él.

No hay duda de que el espíritu de Dios puede producir en nosotros muchas sensaciones físicas y, de hecho, lo hace. En Hechos, por ejemplo, leemos: “vino [...] como si soplara un viento violento” (He 2:2). El Espíritu no solo puede llenar el alma, también el cuerpo físico. El

problema es que demasiados creyentes comienzan a confiar en estas sensaciones. Dependen de ellas para su dirección y guía diaria. Peor aún, comienzan a buscar tales cosas como si esto fuera lo mismo que buscar a Dios.

No saben cómo andar en el espíritu y, por lo tanto, solo están siendo guiados por la carne. Dios puede darnos sensaciones físicas, pero no todas las sensaciones físicas son Dios. Tal estímulo puede venir de muchas fuentes. Por tanto, sin vivir en constante comunión con Dios en nuestro espíritu, no tenemos una forma confiable para determinar si nuestras sensaciones físicas provienen de Él.

Cuando caminamos por el alma y somos guiados por sensaciones físicas y del alma, manifestamos la naturaleza del alma y de la carne. Por esta razón, en la iglesia hoy, vemos tanto del hombre natural. Aparece el orgullo, la codicia, la lascivia, las luchas por el poder, la murmuración, la envidia, los celos, la deshonestidad, un hermano o hermana que se aprovecha de otro y muchas cosas como estas. Todas estas son el resultado de depender del alma y de las facultades del alma en lugar del espíritu.

Aquellos que se apoyan en la vida del alma no experimentan el gobierno del Espíritu. La convicción de pecado, que encontramos en la presencia de Dios, no ocurre. Los sentimientos y los pensamientos naturales están todos

mezclados con lo espiritual de una manera tal que produce una gran confusión en los creyentes. Al no saber cómo vivir en el espíritu, no tienen base para discernir cuál es cuál. Pueden experimentar un “toque” real de Dios de vez en cuando, pero tratan de recrearlo por medios del alma. No saben cómo vivir en una comunión genuina y constante con Él. En consecuencia, las iglesias actuales están llenas de creyentes carnales que no han recibido de Dios la capacidad suficiente para vencer al pecado y el diablo.

¡Cómo necesitamos que la Palabra viviente de Dios penetre en la oscuridad de nuestro interior!
¡Cómo necesitamos que separe nuestra alma de nuestro espíritu!
¡Cómo necesitamos Su luz para mostrarnos cómo vivir por Su presencia en nuestro espíritu y, desde este lugar, permitirle revelarse a Sí mismo a través de nosotros al mundo!

CAPÍTULO 12

POR GRACIA A TRAVÉS DE LA FE

En este libro, hemos estado hablando acerca de la salvación del alma. Hemos estado investigando el maravilloso plan de Dios de crear una novia para Sí mismo a través de la cual Él pueda revelarse al mundo e incluso al universo. También, hemos estado revisando nuestra responsabilidad en lo concerniente a estas grandes verdades.

Mientras meditamos sobre estas cosas espirituales, debemos tomar muy en cuenta una cosa: esta obra de Dios, dentro de nosotros, es verdaderamente la obra de Dios. Ninguna de estas maravillosas realidades espirituales es algo a lo que nosotros podamos acceder por algún medio que no sea Él. Filipenses 2:12,13 dice: “Lleven a cabo su propia salvación con temor y temblor; *porque es Dios quien obra en ustedes* tanto el querer como el hacer de parte de su buena voluntad”. Aunque debemos cooperar con Él, realmente es Él quien está haciendo la obra.

Todo lo que involucra el trabajo de Dios en nosotros es resultado de Su maravillosa gracia. Creemos en Él porque Él ha tenido misericordia de nosotros. Crecemos en Él por la gracia que nos suministra. Lo seguimos por el poder que nos da libremente para vencer a los obstáculos y

al enemigo. Todo es resultado de Su gracia. Muchos definen “gracia” como el inmerecido favor de Dios, y esto es innegable. No merecemos nada de Su parte.

Sin embargo, a causa de Su gran amor por nosotros, vino y murió por nosotros. Nos ha ofrecido perdón libremente y algo todavía más maravilloso que el perdón: nos ha dado Su propia Vida eterna. Y algo que todavía es más increíble, pero cierto: ha abierto el camino para que crezcamos en todo lo que Él es, llegando a ser “participantes de la naturaleza divina” (2 Pe 1:4) esto es verdaderamente un favor inmerecido o “gracia”.

Cuando lleguemos delante de Su trono en el día del juicio, si hay algo bueno dentro de nosotros, no podremos atribuirnos el mérito por ello. Allí, ninguna carne se gloriará en Su presencia (1 Cor 1:29). Toda la obra increíble y gloriosa que ha sido hecha en nosotros será el resultado de Su gracia y misericordia.

El amor de Dios lo habrá impulsado a obrar pacientemente dentro de nosotros para cumplir toda Su voluntad. Aunque nos consideremos fervientes, obedientes o consagrados, incluso esto se mostrará como resultado de Su maravillosa gracia. Esta obra de Salvación de Dios no está basada en nuestras habilidades o bondad, sino en Su decisión de tener misericordia de nosotros. En Su presencia, no tendremos nada de qué sentirnos orgullosos,

pero sí muchas cosas por las cuales estar agradecidos. Allí lo adoraremos para siempre por haber extendido Su amorosa gracia hacia nosotros.

La obra que el Espíritu Santo está haciendo dentro de nosotros depende de nuestra fe. Debemos tener fe en Jesús para recibirlo, y continuar caminando en fe para crecer en Él. Todo progreso espiritual está basado completamente en nuestra fe. Sin embargo, aún esta fe que tenemos es el resultado de la maravillosa gracia de Dios. Esta tampoco es de nosotros mismos, “es don de Dios” (Ef 2:8).

Quizás una buena manera de entender esto es dar una mirada a la experiencia del padre de la fe, Abraham. Si examinamos cómo él llegó a la fe, quizás podamos descubrir cómo Dios nos imparte fe. La Escritura dice: “vino la palabra del SEÑOR a Abram en visión” (Gn 15:1). Luego, continúa diciendo: “Él [Abram] creyó al SEÑOR, y le fue contado por justicia” (Gn 15:6).

El orden en el que estos dos eventos ocurrieron es muy significativo. Primero: Dios manifestó sobrenaturalmente Su voluntad y Su gloria a Abraham. Luego, Abraham creyó. Su respuesta a esta visión celestial fue fe. Él reaccionó a esta revelación divina creyendo que Dios existía y que lo que dijo era verdad.

Por otro lado, fíjese cómo su fe no apareció por sí sola. No fue el resultado de su esfuerzo

personal y concentración mental. Abraham no estaba caminando en el desierto en una noche estrellada mirando al cielo y de repente pensó: “Debe haber un Dios. ¡Caramba! Creo que realmente hay un Dios. Creo que hay un Dios y ciertamente debe querer que yo tenga muchos descendientes”.

Y Dios no escuchó estas “palabras de fe” para luego apresurarse a descender y revelarse a Abraham. No, la fe de Abraham vino exactamente de la manera opuesta. Primero Dios se le reveló y, entonces, Abraham creyó. Fue esta clase de fe la que agradó a Dios y lo hizo designar a Abraham como recto.

¡Qué evento tan maravilloso debió haber sido aquel cuando por primera vez Dios se mostró a Abraham! ¿Aún recuerda usted cuando Dios se le reveló por primera vez? Si usted es cristiano hoy, es porque alguna vez y de alguna manera Dios se manifestó a Sí mismo y su respuesta a esto fue la fe. Usted pudo haber dicho algo así como: “Dios es real. Lo he visto. Se me reveló y ahora creo en Él”. A menos que usted haya llegado a conocer personalmente al único y verdadero Dios a través de la revelación de Jesucristo, no puede ser un cristiano verdadero.

Continuemos aquí con una breve definición de la fe. “Fe es la respuesta humana a la revelación divina”. Una vez que Dios nos muestra algo de Sí mismo, entonces podemos creer. Pero a menos que escoja revelarse a Sí mismo a

nosotros, nada que hagamos o pensemos podrá considerarse como fe auténtica. A menos que lo hayamos “visto” en alguna medida no podemos creer en Él.

Podemos quizás aceptar mentalmente algo que hemos leído u oído acerca de Dios, pero esto no es lo que la Biblia llama “fe”. Santiago nos dice que incluso los demonios tienen un tipo de creencia en Dios. Ellos creen y tiemblan (Sant 2:19). Pero la fe salvadora es una fe genuina, es la clase de fe que justifica delante de Dios a aquellos que la poseen, es una fe que proviene de la revelación que Dios hace de Sí mismo.

Desafortunadamente, no toda reacción del hombre a la revelación divina es fe. Mucha gente de la que leemos en la Biblia reaccionó a la manifestación del poder y la divinidad de Dios con incredulidad. La mayoría de nosotros probablemente imaginamos que, si Dios hablara audiblemente desde el cielo, todos creerían sin dudar. Sin embargo, este no es el caso.

Varias veces en los evangelios se registra que Dios hizo precisamente eso. En una ocasión, Jesús estaba orando al Padre y dijo: “Padre, glorifica tu nombre”. En respuesta a esto, una voz vino desde el cielo diciendo, “Lo he glorificado y lo glorificaré otra vez” (Jn 12:28). Aunque toda la multitud oyó la voz de Dios, no todos creyeron. Algunos de ellos dijeron: “Seguramente debe haber sido un trueno”.

Su reacción fue de completa incredulidad. Habían oído a Dios audiblemente, sin embargo, escogieron no creer en la realidad de lo que acababa de ocurrir. Otro ejemplo impactante de tal incredulidad se ve cuando Jesús levantó a Lázaro de los muertos. Después de este evento, se nos cuenta que muchos de Sus discípulos creyeron en Él. Pero había algunos en la multitud, que aun cuando habían visto al muerto resucitado, no creyeron. Más bien, sus corazones se endurecieron.

La fe verdadera ocurre cuando el corazón humano responde positivamente a Dios. Cuando Dios, por medio de Su misericordia, se revela a Sí mismo a nosotros de alguna manera, entonces estamos en posición de elegir si creemos o no creemos. Cuando elegimos la fe, esto nos trae a una relación con Dios. Él responde a nuestra respuesta de fe. El resultado de nuestra fe es la intimidad con Dios. En ese momento, nacemos de nuevo. Luego, recibimos al Espíritu Santo dentro de nosotros. Esto, sin embargo, no es el fin. Más bien, es el comienzo de una relación de por vida de intimidad con Él.

JUSTIFICACIÓN POR LA FE

Uno de los dogmas principales de la Iglesia evangélica moderna es la justificación por la fe. Esto significa que somos justificados delante de Dios a causa de nuestra fe en Él. Con esto, estamos tratando de decir que Dios está entrando en una relación con nosotros y

teniendo íntima comunión con nosotros no por algunas obras que hayamos hecho para agradarle, sino porque hemos creído en la revelación de Su Hijo. Nuestra fe está en Jesús, que se ha mostrado a nosotros, y esta es la base de nuestra relación con Dios. El Señor, como resultado de nuestra fe, se relaciona con nosotros de una manera íntima y personal como si fuéramos completamente justos.

Como resultado de nuestra fe, Él nos “cuenta” una justicia (Rom 4:22-24). Esto no es más que un acto de gracia. No merecemos que se nos cuente como si fuéramos justos, pero por medio de la gracia de Dios, Él entra en una relación con nosotros como si estuviéramos realmente sin pecado.

Sin embargo, debemos ser muy claros en una cosa. Esta fe acerca de la cual hablamos nos justifica hoy ante los ojos de Dios y es una fe viviente. No es meramente el hecho que creímos en Jesús, digamos, hace 20 años. Es una fe que está activa ahora.

En este momento, estamos respondiendo en fe a lo que nuestro Señor nos está revelando. Estamos oyendo Su voz. Estamos creyendo en Su palabra viviente y obedeciéndolo. Esta es la clase de fe que permite que Dios nos considere justos.

Demasiados cristianos están simplemente esperando que, porque creyeron en Jesús

alguna vez en el pasado o porque han aceptado algún hecho bíblico, desde ese momento en adelante, Dios los considere justos. Sin embargo, esto no es verdad. Para ser considerados justos por Dios hoy, debemos tener una fe viva, diaria y activa.

Nuestro hermano Santiago escribió tratando de corregir una falsa impresión que ya era prevaleciente en sus días: que un tipo de “fe” mental y estática era suficiente. Quizás había algunos en la iglesia de su tiempo quienes también suponían que, dado que habían creído “alguna vez” o “en algo”, por ello eran justificados.

Pero Santiago argumenta contra esto. Él afirma con convicción y repetidamente que “la fe sin obras es muerta” (Sant 2:17,20,26). Además, declara que somos justificados “por nuestras obras” (Sant 2:24). Con esto insistía en que nuestra fe debe estar produciendo algo y manifestarse diariamente en la vida en resultados reales y tangibles, y revelarse a través de nuestra actual y viviente relación con Dios. Si no es así, es una fe muerta por la cual no podemos ser ni estar siendo justificados. Estas “obras” de las cuales él habla no son meramente buenas obras, sino son la evidencia de la sumisión de nuestra vida entera a Cristo. Son la manifestación visible de una fe viviente y comunión diaria con Dios.

Santiago no está contradiciendo a Pablo al insistir en “las obras”. No estaba negando la necesidad de la fe. De ninguna manera está refutando “la justificación por la fe”. Su objetivo era aclararnos exactamente qué clase de fe se requiere para justificarnos delante de Dios. Solo estaba insistiendo en que nuestra fe debe ser una fe viva.

Debemos tener intimidad con Jesús. Debemos tener una relación de fe diaria con Él. La prueba de esta fe viva está en el fruto que es visible ahora mismo. Es solo esta clase de fe la que nos está justificando. Santiago dijo que la “la fe actuaba juntamente con sus obras y que la fe fue completada por las obras” (Sant 2:22).

Jesús nos ha abierto el camino. Él está justificando gratuitamente a los impíos por medio de la fe (Gal 3:8). Su gracia está disponible abundantemente. Sin embargo, cuántos de los propios hijos de Dios hoy están viviendo en un estado de incredulidad.

A pesar del hecho que una vez creyeron, se han alejado. Alguna vez caminaron en intimidad con Él, pero hoy esa ya no es su experiencia. El Señor les está hablando, pero ellos se niegan a escucharlo. Se está revelando, pero ellos niegan lo que les está revelando. Está corrigiéndolos, pero ellos no reconocen Su mano.

Por alguna razón, no quieren oír lo que Él está diciendo y, por esto, inventan excusas. “Ese no

podría ser Dios”, razonan. “Él no querría nada semejante de mí”. De este modo, lo niegan. Rechazan Sus palabras y, así, niegan Su autoridad en su vida.

Cuando esto ocurre, la obra de la salvación en sus vidas queda detenida. Su comunión íntima con Dios se rompe. Dejan de “caminar por fe” y, por lo tanto, no están más siendo justificados. Solo cuando finalmente se arrepientan y escojan oír su Voz, podrán continuar Su obra de gracia en ellos.

FE Y OBEDIENCIA

Otra vez, la experiencia de los hijos de Israel en el desierto se convierte en un ejemplo importante para nosotros. Habían estado viajando por meses a través del desierto. Había sido un largo y caluroso viaje. Finalmente, avistaron su objetivo, la tierra prometida. Antes de cruzar el Jordán, Moisés envió a doce hombres para entrar en la tierra y espiarla. Debían traer un informe de lo que encontrarán allí.

Para diez de los doce hombres, su experiencia en Canaán fue aterradora: vieron gigantes allí, las ciudades eran fortificadas y fuertes, así que persuadieron a la gente a rebelarse contra la voluntad de su Dios. Estos hombres no tenían fe. No creyeron que Dios daría a Sus siervos el poder para lograr lo que Él les había ordenado hacer. De modo que su falta de fe dio como resultado desobediencia.

Esta es exactamente la manera cómo algunos creyentes actúan hoy. Son hijos de Dios. Han recibido a Jesús por la fe. Han sido bautizados, correspondiendo a los hijos de Israel cruzar el Mar Rojo (1 Cor 10:2). Sin embargo, por alguna razón, han dejado de creer de una manera viva. Ya no están caminando en intimidad con Dios. De alguna manera, han encontrado algo en el caminar espiritual que los asusta.

Posiblemente, se han confrontado con algún desafío en su vida que consideran demasiado difícil de vencer. Quizás Jesús les haya pedido hacer algo para lo que no estaban preparados ni dispuestos. De modo que han cerrado sus oídos y han dejado de oír Su voz. Han dejado de responder en fe a Su revelación y guía. La comunión íntima que alguna tuvieron con Jesús se ha desvanecido y convertido en un recuerdo agrídulce.

Cuando vivimos por la fe también estamos viviendo en obediencia a Dios. Estas cosas van a la par. Es imposible tener una relación de fe viva con Jesús y ser desobedientes. Cuando no estamos obedeciendo a nuestro Señor, no podemos estar caminando en fe. Nuestra negativa a escuchar a Jesús y hacer lo que Él dice es vivir en rebelión. Esta es una falta de fe.

Cuando Dios nos guía en alguna dirección, debemos creer que es lo mejor para nosotros. Cuando nos dirija a algún área de la vida que nos parezca aterradora, debemos tener fe

porque Él sabe lo que está haciendo y estará con nosotros. Cuando seamos confrontados con situaciones difíciles, incluso imposibles, debemos escoger creer que es capaz de vencer al enemigo a través de nosotros. Solo de esta manera podemos caminar en una fe que nos justifica delante de Dios.

EL JUICIO DE DIOS

Cuando vivimos en desobediencia, estamos viviendo en pecado. Romanos 14:23 declara que: “todo lo que no proviene de fe es pecado”. Claramente, si no estamos obedeciendo es porque no estamos creyendo. Por lo tanto, ya que no estamos caminando en fe, no estamos siendo justificados. Dios no nos está considerando justos. Nuestra falta de fe, en vez de ponernos en gracia delante de Dios, está haciendo que Él esté disgustado con nosotros.

En Hebreos 3:13-17 se habla de aquellos que salieron de Egipto pero no lograron entrar y poseer la Tierra Prometida por su falta de fe. Debido a que fueron “endurecidos por el engaño del pecado”, sus cuerpos muertos “cayeron en el desierto”. Estas cosas nos hablan hoy.

Como hemos visto en capítulos anteriores, hay consecuencias reales para nuestras decisiones hoy. Si no continuamos en fe, siguiendo y obedeciendo a Jesús día tras día, entonces ya no estamos agradando a Dios. No estamos en una posición en la que podamos experimentar

Su gracia. Su desagrado, en lugar de Su favor, está sobre nosotros.

Por lo tanto, a menos que nos arrepintamos, nos volvamos a Él y lleguemos a estar dispuestos a hacer Su voluntad, sufriremos las consecuencias que Su palabra revela. Como hemos visto antes, una de las consecuencias más serias es que la parte no-transformada de nuestra alma se perderá (Mt 16:25, 10:39; Lc 9:24, 17:33; Jn 12:25).

Nuestros “cadáveres” caerán en el desierto. Sufriremos pérdidas grandes e irre recuperables. Su juicio sobre los hijos desobedientes se llevará a cabo. Si dejamos de seguirlo y nos volvemos incrédulos, entonces no podemos experimentar las bendiciones de la fe, sino solo las consecuencias de la desobediencia. Estos son aquellos “cuyo fin es ser quemados” por la santa presencia de Dios (Heb 6:8).

Hebreos 3:13, 14 nos exhorta al decir: “exhórtense los unos a los otros cada día mientras aún se dice: “Hoy”, para que ninguno de ustedes se endurezca por el engaño del pecado. Porque hemos llegado a ser participantes de Cristo, si de veras retenemos el principio de nuestra confianza hasta el fin”.

Ciertamente esto fue escrito para creyentes. Por lo tanto, este “si” aquí es extremadamente importante para nosotros. Debemos continuar adelante en una relación de fe viva con Jesús si

queremos recibir Sus recompensas favorables. Llegar a ser “participantes de Cristo” aquí debe entenderse como ser participantes de la plenitud de Cristo, ya que todos los verdaderos cristianos ya la han recibido.

LA FE NO ES ESPERANZA HUMANA

Mucha gente en la actualidad, malentendiendo la fe, han intentado convertirla en una especie de esperanza humana. Se imaginan de forma equivocada que, si simplemente leen la Biblia, escogen pasajes que les gustan y aceptan en sus mentes las verdades expresadas en ellos, esto es fe. Desafortunadamente, esto es solo un ejercicio del alma que nunca ayuda.

Ninguna declaración de verdades escriturales nos conducirá a la fe genuina. Solo la revelación sobrenatural de Dios puede lograrlo. Las escrituras dicen: “y [Jesús] manifestó Su gloria y Sus discípulos creyeron en Él (Jn 2:11). Una vez que Jesús se revele a Sí mismo y nos revele Su voluntad, entonces podemos creer. Esta es la clase de fe acerca de la cual habla la Biblia.

Los seres humanos con frecuencia son cegados a las cosas espirituales fácilmente por definiciones mundanas. Simplemente, porque han crecido pensando que sabían lo que era la fe (es decir, aceptar mentalmente alguna idea), nos imaginamos que esta misma definición será lo suficientemente buena como para usarla en nuestro cristianismo.

Tristemente, este tipo de actividad mental nunca resultará, sino que meramente genera un tipo de esperanza humana. Solo aquellos que han visto a Dios y le han respondido en fe creen de una manera que los hace ser considerados rectos y les permite recibir lo que Él quiere darles. Nuestra fe (es decir, nuestra respuesta a la revelación de Dios) nos capacita acceder a lo que Dios nos está mostrando.

Muchos cristianos tratan de “creer” que tienen algo cuando en realidad no es así. Por ejemplo, afirman que “tienen la mente de Cristo” pero es evidente por sus vidas que sus pensamientos no son dominados por Él. Sus palabras y acciones muestran abiertamente que no tienen el Espíritu Santo librándolos del esquema del mundo y del diablo. La mente de estas personas no está llena de los pensamientos y las opiniones de Jesús.

Quizás estos mismos individuos también creen que ya son completamente salvados, santificados y purificados. Pero aquí, también, sus vidas muestran la mentira de esta “fe” de ellos. Al citar versículos de la Biblia, piensan que poseen algo que obviamente no tienen. La suya no es una fe viva.

IRREALIDAD EN LA IGLESIA

Ciertamente, Dios nos ha dado libremente “todas las cosas” (Rom 8:32). Él ha abierto el camino para que nosotros tengamos acceso a todo lo que Él es. Pero lo triste es que muchos no

entran; se imaginan que han entrado, pero solo oyen acerca de estas grandes verdades, dando su asentimiento mental a ellas y esperando que de alguna manera esto se vuelva una realidad para ellos.

Esta clase de pensamiento llena a los cristianos de nuestro día y a la iglesia de nuestro tiempo con un sentido muy fuerte y palpable de irrealdad. Demasiadas personas están hablando, orando, predicando y adorando en relación con cosas que no son reales para ellos. Aunque estas cosas son ciertas en un sentido eterno, no son reales en sus vidas.

Un famoso actor dijo una vez: “La diferencia entre los predicadores y los actores es esta: los predicadores hablan de cosas que son ciertas como si no fueran ciertas y los actores hablan acerca de cosas que no son ciertas como si fueran ciertas”. ¡Qué terrible acusación! ¿Qué pasa con el cristianismo moderno que produce este tipo de irrealdad que hasta los incrédulos notan? ¿Por qué nuestra “creencia” no está produciendo resultados? ¿Por qué estas cosas preciosas no son reales en nuestra vida diaria?

Hay dos factores principales que parecen estar contribuyendo a este problema: Primeramente, el diablo ha logrado oscurecer la verdad de Dios. A través de sus mentiras y medias verdades, ha estado engañando a los hijos de Dios, privándolos de su herencia.

Una gran parte de su mentira es la que hemos estado abordando. Esta es la creencia de que ya tenemos estas preciosas cosas espirituales de Dios, aun cuando no es así.

Él ha propagado este error a través de una definición equivocada de la fe y la gracia. De este modo, ha engañado a los cristianos haciéndoles pensar que no necesitan experimentar estas cosas aquí y ahora y que la verdadera justicia solo existe en la mente de Dios. Satanás ha convertido el Evangelio en una especie de cuento de hadas, que solo es verdad en un mundo imaginario.

Esto es exactamente lo que Pablo nos advierte. Él predice que en los últimos días la gente “se volverá a las fábulas” o cuentos de hadas, antes que a la verdad (2 Tim 4:4).

¿Y qué es esta “fábula”? Es algo solamente imaginario. Es el pensamiento de que todas las promesas de Dios son para mañana; una especie de lugar placentero en el cielo al que vamos cuando morimos. Es la creencia de que la rectitud y otras virtudes santas solo existen en la mente de Dios. Es la actitud de que Dios solamente ve a Jesús y no como realmente somos. Es la creencia de que nuestras recompensas son futuras y físicas, o tienen poco o nada que ver con nuestra experiencia hoy. Es la impresión de que no habrá consecuencias negativas para la desobediencia de los hijos de Dios.

Estas son las mentiras del enemigo. Hay una gran oscuridad que cubre pesadamente la Iglesia de nuestros días. “De modo que, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡cuán grande es esa oscuridad!” (Mt 6:23).

El resultado de creer estas mentiras es que no somos motivados a avanzar en Cristo y tomar posesión de todo lo que Él es. Pensamos que ya hemos recibido todo, no esperamos ni buscamos experimentar más. Por creer que nuestra “recompensa” tiene muy poca relación con la manera en que vivimos hoy, dejamos de preocuparnos por la verdadera condición de nuestra alma. El temor de Dios ha desaparecido.

Para muchos, el cristianismo solo consiste en tratar de evitar pecados obvios que podrían ofender a otros y tratar de forma continua de asegurarnos mutuamente de que todo esté bien, cuando es claro que no lo está.

Esto es lo que significa “recibir la gracia de Dios en vano” (2 Cor 6:1). Aun cuando todas las cosas buenas nos están siendo ofrecidas, no estamos tomando posesión de ellas. Aun cuando nuestro Señor lo ha hecho todo para nosotros, no le estamos permitiendo hacer Su obra en nosotros.

Dios, en Su gran bondad, no está juzgando nuestras actitudes y acciones hoy. Pero está claro que esta bondad de Dios debe “guiar al arrepentimiento” (Rom 2:4). Nos debe impulsar a

abrir nuestra vida a Él y dejarle hacer Su voluntad. El hecho de que Él se haya dado a Sí mismo por nosotros debe estimularnos a entregarnos completamente a Él.

Si no experimentamos por nosotros mismos todas las cosas maravillosas que Dios nos ha ofrecido gratuitamente, será un indicio de que estamos abusando de su bondad. Cuando no respondemos a la gracia que se nos ofrece, hemos: “ultrajado al Espíritu de gracia” (Heb 10:29). Cuando la verdad de Dios no nos estimula a abrir nuestra vida y dejarle hacer Su obra dentro de nosotros, dejamos de alcanzar la gracia de Dios (Heb 12:15). Las mentiras del enemigo y nuestra propia testarudez nos impiden tener lo que debería ser nuestro por derecho.

En segundo lugar, un factor importante que contribuye a nuestra falta de progreso espiritual hoy es nuestra aversión a morir. Como hemos visto en el capítulo 5, una parte importante del trabajo de Dios en nosotros es dar muerte a la vida y la naturaleza antiguas. Para seguir a Jesús, debemos estar dispuestos a tomar nuestra cruz (Mt 16:24) o, en otras palabras, debemos estar listos para morir.

Esto, por supuesto, no es lo que la carne quiere oír. Es un inconveniente con el cual muchos tropiezan y caen. A muchos les agrada oír y beber la “leche de la palabra”, pero la comida sólida no les es agradable. La “predicación de la

cruz” es sin dudas una comida sólida y que no es fácil de digerir.

Las cosas maravillosas y casi inimaginables que Jesucristo nos está ofreciendo son emocionantes. Pero hay un precio que pagar. Aun cuando todo es gratis, aun cuando Jesús ya pagó el precio más alto por nosotros, todavía hay un costo en términos humanos. Para tomar posesión de todo lo que Dios ofrece, debemos perder nuestra propia vida (PSUCHÊ) (Mt 16:25). Para que Él viva a través de nosotros, ¡debemos morir!

Sin duda, esta es una razón por la que tan pocos hijos de Dios parecen entrar y tomar posesión de las cosas de Cristo. El costo para ellos es demasiado alto. Quizás nunca se les ha contado la historia completa. Posiblemente, tampoco ha llegado a sus oídos “todo el consejo de Dios” (He 20:27). En consecuencia, nunca se sentaron a “calcular el gasto” (Lc 14:28).

El resultado desafortunado es que ellos están resistiendo los esfuerzos del Espíritu por tratar de llevarlos a la madurez. Por no estar preparados para experimentar cómo la muerte de Cristo obra en ellos, rechazan la gracia de Dios, la cual los salvará de lo que son. Cualquier falta de voluntad de nuestra parte detiene de inmediato nuestro progreso espiritual.

Como hemos visto antes, el Señor nunca transgredirá nuestra voluntad. De modo que,

cuando nos resistimos a la obra de la cruz en nuestra vida, cuando amamos lo que somos y quienes somos más que a Cristo, o cuando no estamos dispuestos a actuar en la fe que Jesús nos da, entonces nuestro progreso espiritual se detiene.

LA JUSTICIA DE DIOS

Hemos estado hablando en este capítulo acerca de la justicia imputada. Esto consiste en que, a causa de nuestra fe, Dios se relaciona con nosotros como si realmente fuéramos justos. Sin embargo, hay otra “justicia” revelada en el Nuevo Testamento. Esta justicia también es el resultado de nuestra fe. Esta es la justicia de Dios (Flp 3:9).

Nuestro Dios está perdonando nuestros pecados, pasando por alto nuestras faltas y entrando en una relación con nosotros con un propósito. Él nos está tratando como si fuéramos justos, de modo que podamos, en realidad, llegar a ser justos.

Nuestra fe nos trae a una intimidad con Dios que está destinada a cambiarnos. Esta relación, que involucra recibir la auténtica Vida de Dios con Su naturaleza divina, tiene como objetivo alterar nuestro ser en el nivel más fundamental. Este cambio es el resultado de nuestra fe viva. Es algo que comienza a revelarse en nuestro carácter. A través de esta fe nuestra, Dios comienza a transformar nuestra alma,

intercambiando nuestra vida por Su Vida y, así, comienza a revelarse a Sí mismo por medio de nosotros. De esta forma, comenzamos a exhibir Su justicia.

Esta justicia “no [es] de ustedes pues es don de Dios” (Ef 2:8). Sin embargo, aun cuando nosotros no somos el origen, ella se expresa a través de nosotros. La fuente es Dios, pero la manifestación ocurre a través de seres humanos. Esta clase de justicia no existe solamente en la mente de Dios. Es algo visible, aquí mismo en la Tierra. No es el resultado del esfuerzo personal, sino el producto de nuestra fe diaria.

Nuestra fe, que es la fuente de nuestra relación con Dios, nos impulsa a obedecerlo. Nos impulsa a abrir nuestro ser a Él. De esta manera, logramos que Él domine y predomine dentro de nosotros. Así es como cumplimos Su voluntad.

Si nuestra fe es real, entonces producirá resultados. Cuando nuestra fe es viva, una justicia genuina se exhibe en nosotros. El “fruto apacible de justicia” (Heb 12:11) es algo tangible que Dios está buscando establecer en nosotros. Si no estamos exhibiendo este fruto, entonces es una señal de que nuestra fe no está activa. Solo una fe viva, diaria y que esté produciendo intimidad con Dios nos cambia realmente.

Queridos hermanos y hermanas, tenemos una gran necesidad de caminar por fe hoy. “Sin fe es

imposible agradar a Dios” (Heb 11:6). Él lo ha hecho todo por nosotros. Su gracia está disponible para todos en abundancia. Hay todavía más fe disponible de Su parte si estamos listos y dispuestos a recibirla.

Nuestra parte consiste solamente en responderle. Lo que se requiere de nosotros es simplemente someter nuestra vida por completo a Su autoridad, recibir lo que Él está ofreciendo y permitirle hacer su obra completa. De esta manera, la gracia de Dios que obra a través de nuestra fe llevará a cabo Su voluntad en nuestra vida y recibiremos los beneficios de la obra completa de Cristo.

CAPÍTULO 13

LA IMAGEN DEL INVISIBLE

En este capítulo vamos a estar abordando un asunto que es muy santo. El objeto de nuestra investigación es Dios mismo. Por lo tanto, me gustaría instar a cada lector, antes de comenzar a leer, a quitarse los zapatos (de forma espiritual). Lo que quiero decir es esto: Dios está mucho más allá de nuestra comprensión humana. Él es el Creador y nosotros somos solo Sus criaturas. Es absolutamente imposible que lo podamos entender o descifrar.

En consecuencia, al buscar iluminación sobre este asunto tan sagrado, no podemos, ni debemos, preparar nuestra mente. Comprender incluso el más pequeño aspecto de nuestro Dios no es en absoluto un ejercicio mental. La única manera en que entenderemos algo en lo concerniente al Todopoderoso es si Él escoge revelarse a Sí mismo a nosotros.

Aunque no podemos comprenderlo, Él nos puede dar revelación espiritual, la cual sobrepasa por mucho la sabiduría humana. Los primeros apóstoles no eran hombres eruditos. Muchos de ellos fueron simples pescadores. Sin embargo, la revelación dada a ellos en relación con la persona de Dios es rica y plena.

Con todo esto en mente, me gustaría recomendar que todos nosotros juntos nos humillemos delante del Señor. Pongamos de lado nuestra lógica y los razonamientos humanos. No despreciemos Sus atributos con nuestras propias imaginaciones e ideas. Apartemos de nosotros los prejuicios doctrinales y los argumentos teológicos, y adorémosle como Creador y Rey.

Lo que Él ha revelado en Su palabra es inmensamente profundo. Y, a través de Su palabra, Él también puede revelarse a Sí mismo a nosotros si es que Él lo desea, y cuando lo desee. Que Él encuentre nuestra actitud reverente, y nuestros corazones humildes y abiertos para recibir todo lo que Él desee revelar.

Vamos a empezar con esta pregunta: ¿cuántos Dioses tenemos? ¿Hay uno o hay tres? Leemos en la Biblia acerca de Dios el Padre, acerca de Su Hijo Jesucristo y acerca del Espíritu Santo. Pero ¿cómo debemos entender esto?

Las Escrituras declaran explícitamente que solo hay un Dios. Gálatas 3:20 dice: “pero Dios es uno”. Santiago 2:19 dice: “Tú crees que Dios es uno. Bien haces”. 1 Corintios 8:4 confirma esto declarando: “no hay sino un solo Dios”. Pero, si hay solo un Dios, ¿quiénes, entonces, son Jesucristo y el Espíritu Santo?

Ciertamente, nunca entenderemos estas cosas mediante un análisis mental. Él está más allá de

nuestra comprensión. Es significativo que, en Isaías 9:6, podamos leer que el nombre que el Hijo de Dios se llamará “Admirable”. Me he enterado de que esto significa en hebreo, “tan grande como para estar más allá de toda comprensión”. Verdaderamente, este es un misterio que no se puede descifrar, sino que solo puede revelar el Espíritu Santo.

Muchos se han equivocado doctrinalmente por inventar nuevas frases extrabíblicas para tratar de describir la naturaleza de Dios. Esto es peligroso, ya que las palabras de la Biblia fueron cuidadosamente escogidas por los autores para expresar exactamente lo que Dios estaba tratando de decir.

El peligro está en que una vez que se comienzan a usar palabras que no están en la Biblia, entonces hay que definir lo que se quiere decir con cada palabra. Con este proceso de definición, viene el razonamiento y la lógica del humano. Pronto, todo el análisis recae en los reinos del alma, por ser simplemente un análisis hecho por la mente humana.

Otros han tratado de convertir a Dios en diferentes fases o “modos”, imaginando que Él se mueve o se ha movido de uno al otro. Suponen que ahora no existe más el Padre, sino que se ha “convertido” en el Hijo.

Otros, equivocadamente, le han asignado diferentes “personalidades” al Padre, al Espíritu

Santo y a Jesús. Para ellos, el Padre es un tanto rígido, estricto y distante. Por otro lado, piensan que Jesús es mucho más accesible y amoroso, y tal vez nos protege de las actitudes duras y sentenciosas del Padre. Al Espíritu Santo lo imaginan con otras características, quizás como algo que sobrevuela como una paloma que viene sobre nosotros de vez en cuando para darnos sensaciones buenas o hacer algún tipo de milagro.

Estos y muchos otros conceptos se han propagado desde la muerte de Cristo como medios para “explicar” este misterio. Pero todas estas ideas erróneas son simplemente el producto de que la mente humana esté tratando de entender a Dios.

Cuánto necesitamos humillarnos delante de Él para que podamos recibir la revelación de Él mismo, la cual solo Él puede dar. Entonces, supliquémosle a Dios juntos pidiéndole un “espíritu de sabiduría y revelación” (Ef 1:7) para que nosotros también veamos lo que los primeros apóstoles vieron.

EL PADRE INVISIBLE

Comencemos nuestra investigación aquí hablando acerca de Dios nuestro Padre. Mientras meditamos en Su santa palabra, un hecho queda claro. Un aspecto de Su persona se revela más allá de toda duda: que Él es

invisible. Colosenses 1:15 enseña que Jesús es la imagen del “Dios invisible”.

Este es exactamente el caso, tenemos un Padre celestial quien es invisible. Hebreos 11:27 confirma esto cuando habla acerca de Moisés cuando huía de Egipto, diciendo que él “se mantuvo como quien ve al Invisible”. Jesús mismo nos muestra que este “Dios invisible” es en realidad el Padre cuando dice: “No es que alguien haya visto al Padre” (Jn 6:46).

Obviamente, la gente ha visto al Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo. Pero es completamente claro aquí que ninguno ha visto al Padre. ¿Por qué es esto? Porque Él es invisible y, por lo tanto, es imposible que alguno lo vea.

En Juan 1:18 leemos que Jesús dice claramente: “Ninguno ha visto a Dios jamás”. Esta frase se repite de modo que no pueda haber duda en 1 Juan 4:12: “A Dios nadie lo ha visto jamás”. Ninguno ha visto jamás a Dios el Padre. Esto se aclara abundantemente en el Nuevo Testamento. Otra vez, la razón por la que ninguno jamás lo ha visto es que Él es invisible y, en consecuencia, es imposible de ver. Aunque este puede no ser el concepto que usted tiene, es muy bíblico y verdadero.

No solo ninguno ha visto jamás a Dios el Padre, sino que ninguno jamás lo verá. Este también es un hecho bíblico. 1 Timoteo 6:16 manifiesta, para

nuestro beneficio, que Dios “habita en luz inaccesible, a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver”. Ninguno jamás ha visto a Dios y, además, ninguno jamás puede ver a Dios. Sencillamente la razón es que Él es invisible, por lo tanto, es imposible verlo.

Algunos pueden tener la idea de que, aunque Dios es indudablemente invisible hoy, algún día en el futuro, va a cambiar y hacerse visible para que todos lo vean. Esta es una idea errónea.

Además de los versículos que ya hemos leído, 1 Timoteo 1:17 enseña que nuestro Rey es eterno, inmortal e invisible. Estos tres aspectos de Dios son lo que Él es. No son estados temporales.

¿Cuándo cesará Dios de ser invisible? ¿Cuándo podremos finalmente verlo? Dios cesará de ser invisible solo cuando deje de ser inmortal o eterno. Obviamente, nuestro Dios siempre ha sido y siempre será inmortal. Siempre ha sido y siempre será eterno. De la misma manera, Él siempre ha sido y será invisible. Esto significa que usted no puede verlo y nunca podrá verlo.

Sin duda, algunos estarán un poco confundidos, quizás por recordar varios pasajes, tal como Hechos 7:55,56, donde se dice lo siguiente de Esteban, cuando estaba siendo apedreado: “puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba de pie a la diestra de Dios”. Pero tengan en cuenta que nuestro

hermano Esteban vio “la gloria de Dios”, mas no el rostro o la forma de Dios.

Esta revelación de la gloria de Dios se repite en Hebreos 1:3, donde leemos que Jesús “se sentó a la diestra de la majestad en las alturas”. Ver la “gloria” o la “majestad” es una cosa, ver la forma o la persona del Padre es otra. Se declara en Su palabra que Él mora en “luz inaccesible”. Quizás algunos han visto esta luz o gloria, pero ninguno jamás ha visto o verá su rostro. Por las Escrituras que ya hemos revisado, podemos estar totalmente seguros de que ni Esteban ni ningún otro vio al Padre “en persona”. En las Escrituras, mucho tiempo después del hecho de la muerte de Esteban, tanto Pablo como Juan afirmaron claramente que ninguno jamás ha visto o puede ver a Dios (1 Jn 4:12, 1 Tim 6:16).

Ya que las Escrituras nunca se contradicen, es seguro que lo que hemos establecido aquí es absolutamente cierto. La frase “sentado a la diestra” de un rey o, en este caso, de Dios, es una expresión que indica que la persona comparte el poder y la autoridad. Ciertamente, Jesús es “el poder de Dios” (1 Cor 1:24) y tiene “toda autoridad” (Mt 28:18) de parte del Padre.

Una vez más, le suplico que no trate de entender todo esto con su mente e inteligencia. La comprensión que Dios tiene para nosotros nunca vendrá de esta manera. La revelación de Dios no viene a través de la mente, sino del espíritu. Lo que necesitamos no es información, sino

revelación. Nunca, en absoluto, entenderemos hasta que nos sea revelado. Por lo tanto, entremos juntos a la presencia de Dios para recibir todo lo que Él tiene para darnos.

DIOS REVELADO

Tal como hemos manifestado, aun cuando el Padre es invisible, Él se revela y se ha revelado a Sí mismo. Desde el comienzo de los tiempos, Dios se ha estado expresando a Sí mismo al universo. Cuando Dios se descubre, o se revela, esto es lo que se llama Su “imagen”. Por ejemplo, si usted viera mi fotografía, esto podría llamarse una imagen mía. Sería una revelación o una expresión de mí. Esta imagen le diría mucho acerca de mí.

Ahora, por alguna razón que para nosotros, los seres humanos, es muy difícil de entender, Dios ha llamado a esta “imagen” o revelación de Sí mismo “Mi Hijo”. De acuerdo con las Escrituras, el Hijo de Dios, Jesucristo, es “la imagen del Dios invisible” (Col 1:15). Esto significa que el Hijo no es nada menos que Dios revelado, Dios manifestado. Para verificar este hecho, leemos en 2 Corintios 4:4: “Cristo, quien es la imagen de Dios”.

Cuando el Padre exhibe Su imagen, es decir, cuando se muestra de una manera perceptible, esto es lo que Él llama “Su Hijo”. En Hebreos 1:3, se aclara aún más dicha verdad. Al hablar sobre el Hijo, leemos que “Él es el

resplandor de Su gloria y la expresión exacta de Su naturaleza”. La revelación de Dios y la expresión de Su imagen es Su Hijo.

Ahora, volviendo a Juan 1:18, leemos: “A Dios nadie lo ha visto jamás”. Pero, “el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer” (RVR1960). El Padre es invisible, pero el Hijo lo ha declarado. Él lo ha exhibido, revelado y mostrado. El Hijo de Dios ha manifestado, descubierto y proclamado al Padre. Él es Su “imagen” plena y completa.

Esta “declaración” de Dios es el Hijo. ¡Esto es algo verdaderamente maravilloso! Cuando quiera y donde quiera que el Padre se revele a Sí mismo, esto es lo que Él llama “Su Hijo”.

TODA LA PLENITUD

En realidad, nosotros vamos a ver a Dios el Padre algún día. Apocalipsis 22:4 dice: “y verán Su rostro”. Pero ¿dónde lo veremos a Él? Veremos “la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Cor.4:6). Este es el único lugar donde Él es y será revelado.

No solo esto, sino que el Hijo de Dios es la total manifestación de Dios. Esto quiere decir que, fuera del Hijo, el Padre no se revela a Sí mismo, sino que en el Hijo está la plenitud de la revelación. Colosenses 2:9 dice que “en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”. Otra vez, en Colosenses 1:19, leemos:

“Por cuanto agradó al Padre que en Él habitara toda la plenitud”.

Por lo tanto, para conocer a Dios o verlo y entenderlo, hay solo un lugar donde podemos ver a Su Hijo. Si deseamos una comprensión del Padre o si simplemente quisiéramos ver cómo es Él, solo necesitamos ver a Jesús. Verdaderamente, en Él Dios se manifiesta de forma plena y completa.

Esta también es la razón por la que es imposible que alguno venga a Dios por un medio que no sea Jesús. Él es el camino, la verdad y la Vida, y ninguno viene al Padre excepto a través de Él (Jn 14:6). Jesús es la expresión única y plena de Dios. El Hijo es el único lugar en que el Padre se “exhibe” o revela. Ninguno puede venir al Padre a menos que Él se le revele, y el único lugar en el cual se revela es en el Hijo.

Jesús caminó en esta tierra con Sus discípulos por aproximadamente tres años y medio. Durante este tiempo, tuvieron amplia oportunidad para examinar Su carácter. Sin duda, ellos amaban Su naturaleza apacible. Disfrutaban de Su pureza, Su determinación y Su gran amor. Estoy seguro de que cada día les trajo una nueva apreciación de Quién era y de lo que Él era.

Sin embargo, al pasar el tiempo, algunos de ellos tuvieron curiosidad. Si Jesús era tan maravilloso, ¿cómo sería el Padre? De modo

que un día, Felipe vino a Él y dijo algo así como: “Jesús, eres realmente grande y te apreciamos muchísimo, pero ¿podrías por favor mostrarnos solo un pequeño atisbo del Padre?”. Jesús se alarmó bastante por esta petición y respondió diciendo: “Tanto tiempo he estado con ustedes, Felipe, ¿y no me has conocido? El que me ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices tú: “Muéstranos el Padre”?” (Jn 14:8,9). En otro lugar afirma: “Yo y el Padre uno somos” (Jn 10:30).

¿Y usted? ¿También ha “estado con Él” por mucho tiempo, pero sin conocerlo realmente todavía? Quizás ha sido cristiano por muchos años, pero realmente no se ha dado cuenta de quién es Él. Nuestro Señor Jesús es verdaderamente la imagen del Dios invisible. No es una “personalidad” diferente. Él es la manifestación perfecta y completa del Padre. Todos los atributos del Padre se revelan en el Hijo.

Por ejemplo, sabemos que Jesús era amoroso. Sin embargo, no era Su propio amor el que el Señor expresaba, sino el amor del Padre que se revelaba a través de Él. La Biblia claramente dice que era el “amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom 8:39). Y también la paciencia de Jesús, Su preocupación cuidadosa, Su autoridad, Su delicadeza, Su santidad, Su pureza, Su fervor, todo esto fue solo una manifestación del Padre. Sus palabras y acciones no eran las Suyas propias, sino

simplemente una exhibición de la Vida del Padre (Jn 14:10).

Cuando Él hablaba, era la autoridad del Padre la que se oía. Cuando hacía milagros, era el poder del Padre el que se veía. Incluso las expresiones del rostro de Jesús eran una manifestación del corazón del Padre. El Padre no es alguna “personalidad” diferente. Este es un gran error. Si pensamos así, eso muestra que realmente no conocemos quién es Jesús. El Señor es, sin duda, la imagen exacta del Padre invisible. Verdaderamente, el que lo ha visto, ha visto al Padre (Jn 14:9).

En el Nuevo Testamento, es claro que Dios es invisible. También es abundantemente claro que ninguno lo ha visto. Sin embargo, cuando leemos el Antiguo Testamento, parece que muchos individuos y hasta grupos de personas vieron a Dios.

Por ejemplo, Éxodo 24:9,10 dice: “Luego Moisés, Aarón, Nadab, Abihú y setenta de los ancianos de Israel subieron, y vieron al Dios de Israel”. El profeta Amós dijo: “Vi al Señor” (Amós 9:1). Micaías, otro profeta, también dijo que él “vio al Señor” (2 Cr 18:18). Isaías también declaró que: “En el año que murió el rey Uzías, vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime; y el borde de Sus vestiduras llenaba el templo” (Is 6:1)

¿A quién entonces vio esta gente? Jesús, Pablo y Juan, todos enfáticamente declararon que

ninguno había visto jamás a Dios y que es invisible. Sin embargo, estos individuos obviamente vieron a Alguien a quien identificaron como Dios. ¿Cómo puede ser esto posible?

La única explicación debe ser que ellos vieron a Dios “revelado”. Ellos vieron al Hijo de Dios. Mucho antes de que fuera conocido como Jesucristo, Dios ya se estaba revelándose a Sí mismo mediante Su Hijo. Es este hijo que era y es “el Dios de Israel”.

LA PALABRA DE DIOS

Una de las principales maneras para que alguien se exprese es hablar. De hecho, sin el habla, es muy difícil comunicar cualquier cosa. Recuerdo muy claramente cuando vine a Brasil por primera vez. Yo no hablaba ni una palabra de portugués, así que sonreía mucho y movía la cabeza afirmativamente, pero no podía establecer una real comunicación, me era imposible comunicarme con aquellos que no hablaban inglés.

Nuestras palabras son la esencia misma de nuestra propia expresión. Sin ellas, nuestra habilidad para expresarnos se limita en extremo. Un artista se expresa a sí mismo a través de sus creaciones, pero esta también es una expresión muy limitada de todo lo que está en su corazón. A través de nuestras palabras revelamos nuestros planes y propósitos, y también los

pensamientos más profundos de nuestros corazones.

De la misma manera, Dios habla y se expresa a Sí mismo a través de palabras. Ya que Sus palabras son una revelación de Sí mismo, ellas también son su Hijo. Queda claro que Jesucristo es “la palabra de Dios” (Jn 1:1). Él es la suma de todo lo que Dios habla, tanto al hombre como al universo en su totalidad.

Hebreos 1:2 nos enseña que fue a través del Hijo que Dios creó el universo. Pero ¿cómo realizó Dios esta creación? Él habló y se reveló así mismo por medio del habla, y al hacerlo, trajo a la existencia todo lo que deseó. Como hemos visto, esta manifestación de Sí mismo es Su Hijo.

También, el Hijo es “Aquel” que está manteniendo unida a toda la creación hoy. Leemos en Colosenses 1:17 que es por Él que “todas las cosas subsisten”. Hebreos 1:3 dice que Dios está sosteniendo todas las cosas por la Palabra de Su poder. Si juntamos estos dos versículos, vemos que el Hijo de Dios es, indudablemente, la “palabra de Su poder”.

Quizás esto pueda resolver para algunos de ustedes, los que son eruditos de la Biblia, un dilema teológico que ha desconcertado a muchos por años. La Biblia manifiesta claramente que Jesús fue el “primogénito de toda creación”. Aunque algunas traducciones

han tratado de “ayudarnos” a entender poniendo esto como el “primogénito *sobre* toda creación”, a menos que tengamos mucha imaginación, esta traducción tendría muy poco significado en el idioma español.

El problema para los eruditos es que la palabra de Dios también indica que esta “Palabra”, el Hijo, ha existido siempre. Él estaba claramente “en el principio [...] era con Dios” (Jn 1:1). Por lo tanto, ¿cómo es posible que haya “nacido” en algún período y que en ese “nacimiento” el Padre haya dicho: “Mi Hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy” (Heb 1:5)? Si realmente estuvo en el principio con Dios, ¿cómo podía Él haber “nacido”?

La palabra de Dios, la expresión de Sí mismo, ha estado siempre con Él. En el “pasado de la eternidad”, antes que cualquier cosa fuera creada, esta Palabra (Su Hijo) estaba en el “seno del Padre” (Jn 1:18). Por ejemplo, este mensaje que estoy escribiendo ha estado en mi corazón por años. No es algo que se me está ocurriendo mientras escribo, sino que ha estado esperando dentro de mí hasta el momento cuando finalmente me sentara e hiciera el trabajo. Así también, la Palabra de Dios estuvo siempre con Él, incluso desde “el principio”.

Hubo un “tiempo” antes del tiempo cuando Dios nunca había hablado. Nunca se había revelado a Sí mismo de ninguna manera. Pero Él decidió en Su corazón comenzar una maravillosa creación

y, usando esta creación como base, puso en marcha el plan glorioso de asegurarse una novia.

Para hacer esta creación, Dios habló por “primera vez”. “Él dijo y fue hecho” (Sal 33:9). Así es cómo el universo fue creado a través de Su Palabra (Heb 11:3). Cuando Él habló, la Palabra que siempre había estado en Él, salió de Él, “nació”, por así decirlo, y Dios dijo de esta palabra que salió: “Tu eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy”. Recordando que Jesús es también “la sabiduría de Dios” (1 Cor 1:24), dedique un tiempo para revisar Proverbios 8:22-31, que da una ilustración muy clara de esta verdad.

Posiblemente, esto explicará también, a aquellos que podrían preguntárselo, cómo Jesús podía decir: “Mi Padre es más grande que Yo” (Jn 14:28). Dado que sabemos que Jesús es Dios (1 Jn 5:20) y que el Padre es Dios, ¿cómo puede ser uno más grande que el otro? La revelación del Hijo como la imagen del Padre nos ayuda a entender esto.

Por ejemplo: lo que sea que yo diga o haga es una expresión de mí. Ciertamente, “soy yo” mismo de una manera muy real. Sin embargo, soy y seré siempre “más grande” que mi expresión. La totalidad de quién soy yo quizás nunca se exprese plenamente. Así que, aun cuando me revelo a mí mismo de muchas maneras y esta revelación es exactamente quién

soy yo, siempre seré “más grande” que cualquier imagen de mí que se revele. De esta manera, el Hijo podía decir: “el Padre es más grande que yo” y, todavía, podría ser completa y totalmente Dios.

LA ENCARNACIÓN

Lo que hemos estado tratando aquí es verdaderamente un misterio. No es algo que puede ser comprendido lógicamente, sino que debe ser revelado. Pero hay también algo más profundo en este misterio. Este Hijo de Dios, quien es la incomparable y plena revelación del Padre, el mismo que estuvo “en el principio con Dios”, llegó a ser un hombre y anduvo aquí en la Tierra.

Juan 1:14 dice: “Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y contemplamos su gloria, como la gloria del unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad”.

Por medio de una mujer quien era virgen, María, este eterno Hijo de Dios nació en este mundo físico. Esto es lo que llamamos la “encarnación”; cuando el Hijo eterno recibió un cuerpo físico, humano.

¿Cómo fue posible que la “plenitud de la Deidad” morara en forma corpórea? Esto es, verdaderamente, un gran misterio. Las Escrituras mismas lo declaran cuando dicen: *“grande es el misterio de la piedad: Él fue manifestado en la carne”* (1 Tim 3:16). Para mí

es demasiado profundo. No lo puedo entender. Sin embargo, sé que es verdad. La incomparable expresión del Padre llegó a ser un ser humano y caminó en la Tierra.

Sin duda, esto también fue un paso necesario para llevar a cabo Su plan eterno. Como vimos en los primeros capítulos, Dios está planeando entrar en una unión matrimonial con el hombre, y para que este “matrimonio” ocurra, las partes de la boda (o sea, aquellos que se están casando) deben ser semejantes. Deben ser el mismo tipo de ser. Ya hemos analizado cómo es que Dios está preparando al hombre para esta santa unión.

Primero: está impartiendo Su propia Vida eterna a aquellos que creen y, luego, a través de esta Vida, está cambiando su naturaleza misma para ser como la Suya. Sin embargo, por Su parte, también ha habido un cierto “cambio”. La imagen del Dios invisible ha llegado a ser carne y sangre (Jn 1:14). Él adoptó la forma del hombre, no solo para redimirnos, sino también para que la unión matrimonial pudiera consumarse entre dos participantes que son iguales.

Ahora Dios puede estar en el hombre y el hombre en Dios, quienes juntos entrarán en una santa e íntima unión espiritual. Jesús no desechó Su cuerpo físico, sino que, cuando fue resucitado, Su cuerpo fue glorificado. Así también, en la resurrección de los muertos,

nuestros cuerpos mortales serán glorificados para ser como el Suyo.

Quizás otra razón para la encarnación fue el deseo del Padre de ser conocido de una manera que fuera mucho más fácil de entender para nosotros que estamos atados a la Tierra. Antes que el Hijo llegara a ser el “Hijo del Hombre”, Dios era una figura distante, Alguien a quien la mayoría consideraba muy inaccesible. Él estaba muy lejos en el cielo y el hombre estaba aquí en la Tierra.

Pero, para demostrar Su gran amor por el hombre, nos envió a Jesús. De esta manera, todo lo que Dios es y llegó a ser es más fácil de conocer y accesible. Las Escrituras dicen que los primeros apóstoles incluso “palparon” con sus manos a la Palabra de Vida (1 Jn 1:1). Vieron Su carácter. Conocieron Su gracia. Contemplaron Su gloria (Jn 1:14).

Todo lo que el Padre era se les manifestó en la Persona del Hijo encarnado. De esta manera, era y es posible conocer a Dios de una manera más personal y real. A través del Hijo, todo lo que el Padre es se revela a nosotros.

Otra razón para la encarnación del Hijo fue la necesidad de un sacrificio. Debido al pecado del hombre, el plan de Dios, evidentemente, había sido frustrado. La posibilidad que tenía el hombre de recibir la Vida santa de Dios fue

completamente retirada cuando Adán y Eva pecaron.

Como hemos visto, a los ojos de Dios, solo la muerte podría quitar esta mancha. Y, de este modo, nuestro Padre amoroso envió a Su Hijo a morir como un sustituto por nosotros. Para esto, era necesario un cuerpo humano.

Como ya lo hemos visto, la Vida eterna no puede morir, de modo que el Hijo también necesitaba recibir una vida humana juntamente con un cuerpo físico. Habiendo sido encarnado como hombre, podía entonces ofrecerse a Sí mismo por nuestros pecados. Esto también es parte del increíble plan de Dios.

LA PALABRA DE VIDA

Esta creación en la que vivimos fue traída a la existencia por la Palabra del Padre. Él habló y existió. Sin embargo, esta creación no es la única creación que Dios ha hecho. También ha comenzado una nueva creación (2 Cor 5:17). Esta obra también ha sido y está siendo hecha a través de Su Hijo y, dentro de aquellos que reciben esta Palabra, ocurre algo maravilloso. En ellos ha comenzado una nueva creación.

La Palabra viviente, entrando en un ser humano, comienza esta obra. Y es esta misma Palabra, que está siendo escuchada y recibida cada día, la que está haciendo que esta nueva creación crezca y se expanda. Cada día que estamos en comunión con Dios y “oímos” y obedecemos Su

palabra, algo nuevo e increíble está ocurriendo dentro de nuestro ser. Dios está hablando a nuestro interior y, a través de esta comunicación, Él está haciendo una nueva obra creativa.

Aunque este trabajo está siendo hecho en secreto, o sea que está oculto dentro de nuestros cuerpos viejos, es muy real. Algún día, cuando Jesús venga por nosotros, todo lo que ha sido creado nuevamente dentro de nosotros será revelado. Este “vaso de barro” (2 Cor 4:7) se partirá y la gloria de Dios brotará en abundancia. El glorioso carácter y la naturaleza de Jesús entonces serán exhibidos a través de nosotros para que todo el universo los vea. 2 Tesalonicenses 1:10 habla de “cuando Él venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado por todos los que creyeron”.

Cuán importante es para nosotros, entonces, ser receptivos para recibir más de la palabra viviente de Dios. Cuanto más penetra Su palabra en nuestros corazones, más Su nueva creación crece dentro de nosotros. No solo es importante que leamos la Biblia, sino que es esencial que “oigamos” la voz de nuestro Salvador hablándonos a través de sus páginas.

No solo es esencial que tengamos comunión con Dios, sino que, a través de esta comunión, debemos permitir que Su palabra haga Su obra en nosotros. La palabra viviente, esta Persona que es la manifestación de todo lo que Dios es,

está hablando, trayendo a la existencia una creación santa y justa. Cuanto más dispuestos y preparados estemos para recibir esta palabra, más seremos cambiados a Su imagen.

EL ESPÍRITO SANTO

Aunque no es el tema de este escrito, quizás sería bueno decir unas pocas palabras acerca del Espíritu Santo. Tal como mencionamos al comienzo de este capítulo, muchas personas tienen conceptos equivocados acerca del Espíritu, incluyendo la idea de que Él tiene una personalidad diferente de la del Padre o de Jesucristo.

Para investigar esto más ampliamente, volvamos atrás unos pocos capítulos a nuestra consideración del hombre. Allí aprendimos que tenemos un cuerpo, un alma y un espíritu. Este espíritu no es un individuo ni una personalidad aparte. Es nuestro espíritu humano. De la misma manera, el Espíritu de Dios no es un ser separado de su propia personalidad, sino que es simplemente el Espíritu de Dios.

Por ejemplo, Pablo habló y dijo: “reunidos ustedes y mi espíritu con el poder de nuestro Señor Jesús, entreguen al tal a Satanás para la destrucción de la carne...” (1 Cor 5:4,5), ciertamente, el espíritu de Pablo, que estaba con los hermanos, no era otro individuo distinto de Pablo con otra personalidad. Del mismo modo, el

Espíritu de Dios no es un ser con diferente personalidad, simplemente el Espíritu de Dios.

Cuando se le atribuye cualquier personalidad al Espíritu Santo distinta de la de Jesús y el Padre, se cae en un grave error. Se crea más de un Dios. Pero sabemos con certeza que solo tenemos uno.

Dios no es tres seres independientes con tres personalidades distintas. Tenemos un Dios que se expresa a través de Su imagen, Su Hijo, y cuyo Espíritu llena el universo.

CAPÍTULO 14

LA ESPERANZA DE GLORIA

¿Cuál es nuestra esperanza? Como creyentes, ¿qué esperamos y por qué lo esperamos? Para un cristiano, la esperanza constituye una gran parte de su experiencia. Juntamente con la fe y el amor, es una de las tres cosas que perduran (1 Cor 13:13). Pero ¿qué es? ¿En qué consiste? Esto es lo que consideraremos en este capítulo.

Pablo ora para que: “los ojos de su entendimiento para que conozcan cuál es la esperanza a la que los ha llamado, cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos” (Ef 1:18). Esto es verdaderamente lo que necesitamos.

Todos nosotros necesitamos más revelación sobrenatural acerca de las maravillosas cosas de Dios. Necesitamos que nuestros “ojos” espirituales se abran para ver. Necesitamos examinar profundamente Su maravilloso plan. Luego, con esta visión ardiendo en nosotros, podemos entregarnos completamente a Él para que Sus propósitos puedan cumplirse en nosotros.

Sin embargo, antes de que podamos realmente conocer cuál es nuestra esperanza, podría ser

necesario que nos libremos de algunas cosas que puedan estar sustituyendo lo que es genuino. Debemos librar nuestra mente de cualquier mito, medias verdades o flagrantes mentiras que nos dan un concepto humano, pero no nos dan revelación espiritual.

Cualquier “entendimiento” que no es verdad obstruirá nuestra habilidad para recibir lo que es verdadero. Cualquier concepto que no fluya del trono de Dios, sino de la mente de los hombres, ciertamente nos impedirá ver Su verdad. Cuando pensamos que ya conocemos algo, nuestra mente se llena y satisface, lo que hace muy difícil que recibamos algo más.

Esta posición ciega y cerrada es especialmente lamentable si lo que creemos que es luz resulta ser solo tinieblas. Por lo tanto, es imperativo tomarnos un tiempo aquí en este escrito no solo para declarar lo que es verdad, sino también para examinar algunas ideas falsas muy comunes que ocupan el lugar de la revelación divina en la mente de algunos creyentes. Que el Señor tenga misericordia de nosotros para que revele Su propia verdad mientras examinamos estas cosas juntos.

Como hemos declarado muchas veces en este libro, nuestro Dios, bondadosamente, ha ofrecido a cualquiera que lo desee la oportunidad de recibir Su propia Vida eterna. Una vez que poseemos esta Vida, estamos entonces en la capacidad de crecer espiritualmente en todo lo

que Él es, llegando a ser hijos maduros. Entonces, al pasar por este cambio, estaremos preparados para entrar en una santa unión matrimonial con nuestro Creador.

Por lo tanto, el verdadero mensaje del Evangelio es un mensaje acerca de nuestro destino. Es acerca de quiénes y qué podemos llegar a ser. Es acerca de un cambio de vida radical de algo terrenal a algo glorioso y eterno.

Sin embargo, de alguna manera sutil, estas maravillosas buenas noticias han sido alteradas. El mensaje que con tanta frecuencia escuchamos hoy, ya no se trata de aquello que Dios quiere que seamos, nuestro destino, sino acerca de nuestro destino en el sentido de “lugar de llegada”. El enfoque de nuestra atención ha sido cambiado de lo que podemos “llegar a ser” a “ir a algún lugar y obtener algo o algunas cosas”. En lugar de predicar y pensar acerca de lo que seremos cuando muramos, muchos se enfocan en “donde iremos” o “qué obtendremos”.

Para muchos cristianos estos días, su esperanza está en un lugar llamado “cielo”. Eso quiere decir que están anhelando un lugar de llegada, un domicilio donde vivirán para siempre. Este lugar es quizás, en sus mentes, una especie de “Disneylandia” celestial que ofrece muchas clases de entretenimiento y una variedad de placeres físicos y terrenales. No solo piensan que tendrán bastante tranquilidad y gozo, sino que también tendrán una gran mansión y una

provisión ilimitada de oro para gastar en lo que ellos quieran. Naturalmente, Jesús estará allí en caso que lo necesitemos para algo.

Algunos se imaginan que pasarán el tiempo jugando golf. Otros, quizás, tengan la esperanza de surfear o navegar. Muchos creen que su pasatiempo favorito estará disponible para asegurarse de que estén felices y no se aburran. Para resumir lo que muchos creen, el cielo debe ser como un tipo de “tierra de placeres” similar al “paraíso” musulmán.

El problema con todo esto es que no es verdadero, se trata de solo una idea imaginaria constituida a partir de unos pocos versículos bíblicos mal interpretados. Es un concepto humano y terrenal acerca de la eternidad el cuál no corresponde al mensaje de Jesucristo.

Ya que esto no es verdad, tampoco tiene poder espiritual. No tiene autoridad para impactar nuestra vida de una manera real. No tiene influencia para unir los corazones de los hombres a lo que ellos esperan. Por lo tanto, no puede servir como un ancla para el alma “dentro del velo” (Heb 6:19) que los ayude a salir victoriosos en tiempos de tentación, prueba o dificultad.

Este mensaje de “una tierra gloriosa” es simplemente un sistema de pensamiento mundano y del alma el cual no es capaz de impactar la vida de la raza humana. La

predicación del mismo no puede salvar las almas ni “creer en ello” cambiará nuestras vidas ni actitudes. La razón para esto ya ha sido declarada: Simplemente no es verdad. Solo la verdad de Dios tiene verdadero poder.

Piénselo. La gente puede obtener tales comodidades materiales juntamente con la riqueza física y los placeres en esta Tierra hoy. Muchos en el mundo hoy viven obsesionados precisamente por estas cosas. Quieren ir a “algún sitio” nuevo, diferente y emocionante. Quieren irse de vacaciones a algún lugar exótico u otro.

La búsqueda de “cosas” es también desenfrenada. Nuevos y más grandes televisores, botes, autos, ropa y una variedad infinita de cosas es lo que mucha gente del mundo trata de conseguir y por lo que vive. Lugares donde ir, cosas y placeres son los intereses de este mundo, no del reino de Dios.

Si estas cosas son el objetivo, ¿por qué no buscarlas aquí y ahora? Si estas cosas son el plan de Dios para nosotros, entonces ¿por qué no deberíamos, por todos los medios y con todo nuestro esfuerzo, tratar de conseguirlas hoy, en esta vida? De esta manera podemos tener algunas de ellas ahora y otras posteriormente.

Pero los objetivos de la Vida espiritual son diferentes. No tienen nada que ver con un lugar donde podamos ir o algo que podríamos obtener,

pero sí tienen mucho que ver con “quienes” podríamos llegar a ser. Las verdaderas metas espirituales no son las mismas que las del mundo.

Recuerdo que en una oportunidad hablé frente a un grupo grande de creyentes en un país muy pobre hace algunos años. Al tratar de aclararles acerca de la verdadera esperanza de gloria (la riqueza espiritual genuina que deberíamos estar buscando hoy), les dije algo como: “Si tener una casa grande, tres automóviles en el garaje y mucho dinero para gastar es el cielo, entonces los Estados Unidos es el cielo”.

Me quedé impactado al ver que toda la audiencia movía la cabeza afirmativamente mostrando estar de acuerdo. Para ellos, según el evangelio que habían recibido y en el que creían, los Estados Unidos era, sino el cielo, lo más cercano a este. Queridos hermanos y hermanas, este no es el verdadero mensaje del evangelio. Es solo una pobre idea humana de cómo será la eternidad. Es un engaño del enemigo.

Posiblemente, decir que nuestras recompensas no serán físicas ni sensoriales podría alarmar a algunos de ustedes. Quizás usted ya haya estado “creyendo” en esta clase de cosas por muchos años. No es mi intención ofenderlo, de modo que por favor lo insto a que no cierre su mente, sino más bien nos abramos a Dios juntos, examinemos Su palabra sin prejuicios ni

conceptos preconcebidos y veamos cuál es realmente Su plan eterno.

NUESTRA VERDADERA "MORADA"

Para comenzar, me parece necesario hablar acerca de las mansiones celestiales que muchos creyentes esperan recibir. En pocas palabras, no las hay. Así es, no habrá mansiones, como nos las imaginamos, en el "cielo". Yo conozco tan bien como usted el versículo en el que Jesús dice: "En la casa de mi Padre muchas moradas hay" (Jn 14:2). Pero no confundamos el significado de esto, ya que se refiere a algo más similar a habitaciones.

Pero la idea que mucha gente tiene de este versículo se aleja de su significado real. La palabra "moradas" aquí, que muchos piensan que significa "mansiones", no es una especie de casa física.

Pablo, el apóstol, nos explica lo que realmente es esta "habitación". Es el nuevo cuerpo glorificado que recibiremos. 2 Corintios 5:1-4 dice: "Porque sabemos que si nuestra casa terrenal, esta tienda temporal, se deshace, tenemos un edificio de parte de Dios, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos. Pues en esta tienda gemimos deseando ser sobrevestidos de nuestra habitación celestial; y aunque habremos de ser desvestidos, no seremos hallados desnudos. Porque los que estamos en esta tienda gemimos agobiados,

porque no quisiéramos ser desvestidos sino sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la Vida [ZOË]”.

Nuestra nueva “casa” o “habitación” será nuestro nuevo cuerpo. No tiene nada que ver con un edificio o una casa física. No es una mansión. El “lugar” que Jesús nos está preparando es nuestro cuerpo celestial en el que moraremos por la eternidad. Este cuerpo glorificado que recibiremos es la única “morada” que obtendremos. Tenga en cuenta que, en el versículo uno, esta “casa” está “en los cielos”, pero en el versículo dos, vemos que cuando la recibimos no está más en el cielo, sino que es “del cielo”.

La eternidad no tendrá “alojamiento” separado para cada uno. El concepto cristiano moderno de que la Nueva Jerusalén esté dividida en subdivisiones o apartamentos es erróneo. Incluso he escuchado a creyentes haciendo cálculos basados en las medidas de la ciudad para averiguar cuánto “espacio” tendrá cada uno.

La Nueva Jerusalén no es un cubo que pueda dividirse en muchos compartimentos para vivir. Aunque la altura, la profundidad y la anchura sean iguales, no es un cubo. Más bien, es una montaña. Heb 12:22 dice: “sino que os habéis acercado al *Monte de Sion*, a la ciudad del Dios vivo, *Jerusalén la celestial*”.

En la eternidad, cuando vivamos en la nueva Tierra, no habrá necesidad de tener una casa terrenal. No necesitaremos dormir, ya que no habrá nunca noche ni cansancio (Ap 21:25). Por lo tanto, no habrá necesidad de dormitorios. No necesitaremos cocinar comida, de modo que las cocinas no serán necesarias. No necesitaremos usar el cuarto de baño, en consecuencia, este lugar también será innecesario. No habrá necesidad de privacidad, ya que todo estará abierto y expuesto a todos. La Nueva Jerusalén en su totalidad es “diáfana como el cristal” (Ap 21:11).

Allí no hay nada escondido. No hay paredes interiores, barreras o rincones oscuros en los cuales esconderse. No habrá lugar donde “escaparse” a hacer algo que usted no quiere que otros vean. No habrá deseos de “tener algo de privacidad” en relación con otros ni en relación con Dios mismo. No habrá divisiones que dividan, nada escondido u oscuro, no habrá grupos especiales ni secretos.

Si esto no le atrae, quizás usted todavía tenga dentro de su corazón áreas de pensamiento o deseos que no han sido traídos a la luz de Dios. Quizás necesite una limpieza más profunda del Espíritu Santo para traer todo lo que usted es a esta luz. De esta manera, y solo de esta manera, estará preparado para vivir en la presencia de Dios por la eternidad.

Cuando nuestro Señor venga, toda resistencia, toda oscuridad, toda vacilación de nuestra parte de tener intimidad con Él quedará completamente expuesta. Cualquier temor, cualquier rebelión, dentro de nuestra alma o falta de amor por Él y solamente por Él llegará a ser totalmente evidente para nosotros mismos y a todos los demás. Hoy lo “vemos oscuramente por medio de un espejo” (1 Cor 13:12). En aquel día lo conoceremos cara a cara. En la pura y resplandeciente luz de Su rostro, todo se verá exactamente tal cual es.

Cuando Él aparezca, cualquier forma cómo nos hayamos engañado a nosotros mismos, esperando estar bien con Dios, aun cuando no nos sintiéramos bien, se hará evidente. Cualquier excusa que hayamos inventado para no buscarlo con todo nuestro corazón y no hacer Su voluntad, será revelada. Todos los secretos de nuestro corazón se pondrán de manifiesto.

JESÚS VIENE POR SU NOVIA

Jesús viene por Su novia. Él vendrá por aquella con quien se desposará. Esto nos habla de una gran intimidad. El Cantar de los Cantares 1:4 dice: “El rey me ha hecho entrar en Sus cámaras”. Pero ¿qué “cámara” es esta? ¿Es Su oficina? ¿Podría tratarse de Su salón del trono? No, es un dormitorio. Esta figura literaria nos habla de una intimidad incomparable. Está usando lenguaje humano para describir nuestra

futura unión espiritual con Cristo. No habrá secretos allí ni nada escondido o encubierto.

¿Recuerda el capítulo uno, en el que hablamos acerca de la primera boda, el matrimonio de Adán y Eva? Allí, en ese capítulo profético acerca de la futura “boda”, la palabra de Dios dice que “Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, y no se avergonzaban” (Gn 2:25).

¿Qué es lo que esto significa para nosotros? Se refiere justamente al tema que estamos tratando. Habla de estar completamente al “descubierto”, o sea, que todo está totalmente abierto, expuesto y a la luz. Sin embargo, en este estado de “desnudez”, no estaban avergonzados. Esto es porque no tenían nada que ocultar. Sin embargo, cuando cayeron en pecado, esta gran comodidad que experimentaban en relación con la apertura y la transparencia se desvaneció. A causa de su pecado, ellos de repente sintieron la necesidad de cubrirse y esconderse.

¿Y usted? ¿Estará cómodo con una intimidad tal con Dios cuando Él venga? ¿Se sentirá feliz al saber que Él conoce todo acerca de usted, todas sus acciones, actitudes y palabras? ¿Está viviendo hoy en esta clase de transparencia auténtica e intimidad con Él? ¿Lo ha confesado todo? ¿Ha traído todo a Su luz para que lo examine y juzgue? ¿Está usted viviendo diariamente en este tipo de “desnudez” espiritual con Él?

Si no es así, entonces usted se avergonzará cuando el Señor regrese (1 Jn 2:28). Se sentirá avergonzado y querrá esconderse. Además, estará extremadamente atemorizado de encontrarse con Él, sabiendo que todo quedará expuesto.

Muchos cristianos insisten en que están esperando ansiosamente el día cuando Jesús venga. Dan voces, cantan y oran por Su aparición. Pero, cuando el cielo se abra y Él comience a aparecer, muchas de estas mismas personas comenzarán a buscar un lugar para esconderse. De repente, se darán cuenta de su verdadera condición interior. Su pecado, que han estado escondiendo de ellos mismos y de los demás, se hará obvio rápidamente.

Cualquier caso en el que se “juegue a la iglesia” o se aparente estar en mejor estado espiritual del que realmente se está, se mostrará completamente a la luz de Su rostro. Isaías 33:14 dice: “Los pecadores en Sion tienen temor; el estremecimiento se ha apoderado de los impíos”. Estos serán aquellos que buscarán un lugar para esconderse.

NO HAY RECOMPENSAS FÍSICAS

No habrá montones de oro ni de plata en la Nueva Jerusalén esperando para que los gastemos. No habrá necesidad de dinero. No habrá tiendas en las cuales gastar ni productos para comprar. No habrá nadie que trate de

aprovecharse de las necesidades del otro para enriquecerse.

No habrá nadie que tenga necesidad ni alguno que intente tener más que otro. De hecho, no tendremos necesidades en absoluto. Dios mismo será todo lo que querremos o deseemos tener. Allí, ninguno necesitará o querrá entretenimiento, pasatiempos o placeres sensoriales. Cualquier diversión de ese tipo simplemente sería una distracción de la maravillosa presencia de Dios.

No estoy diciendo que no habrá placer de ningún tipo. De hecho, estoy completamente seguro de que estar con Jesús será la experiencia más placentera que alguno podría jamás imaginar. Ciertamente, en Su presencia, hay “plenitud de gozo” y a Su diestra hay “delicias para siempre” (Sal 16:11). Es solo que estos placeres serán diferentes: serán espirituales, no terrenales.

Las cosas y las alegrías de esta tierra, a las que nos aferramos tan desesperadamente, no serán nada para nosotros e, incluso hoy, no son nada en comparación con lo que Dios tiene para dar. Es nuestro privilegio hoy tener un “gozo anticipado” o una pequeña muestra de estas realidades espirituales. Aquí y ahora podemos abandonar nuestro apetito de placer terrenal y sensorial, y aprender cómo disfrutar de Dios mismo. Este disfrute no es algo diferente de lo que conoceremos en el futuro, sino solo una muy pequeña muestra de lo que realmente nos espera.

NUESTRO GALARDÓN ES DE SOBREMNERA GRANDE

Ciertamente es verdad que Jesús nos enseñó a hacernos tesoros en el cielo (Mt 6:20). Y también, que nuestra esperanza está reservada para nosotros en los cielos (Col 1:5). Pero hay otro hecho que también es importante que recordemos. Jesús claramente dijo que, cuando Él venga, traerá esta “recompensa” con Él a la Tierra. Él dice: “He aquí, vengo pronto, y mi recompensa conmigo” (Ap 22:12).

Nuestro “galardón” o “recompensa” puede estar en el cielo ahora, pero no se quedará allí. Será traído a la Tierra con la venida de Jesucristo. ¿Qué es esta recompensa o galardón? Ya que no será plata ni oro ni ninguna otra clase de riqueza terrenal, ¿qué podría ser? Es significativo que Dios dijera a Abraham: “Yo soy tu escudo, y tu galardón sobremanera grande” (Gn 15:1, versión Reina Valera Antigua)

Dios mismo es nuestro galardón. Él y solamente Él será Aquel de quien gocemos. Nuestro galardón no es un destino como el cielo (o incluso una nueva Tierra). No es riqueza como el oro o la plata. Es una Persona. Es la oportunidad de entrar abierta y plenamente en Su presencia y disfrutar de todo lo que Él es.

Además, como vimos en el capítulo 7 acerca del tribunal de Cristo, nuestra habilidad para disfrutar de este galardón, que podría

entenderse como el “tamaño” de este galardón, dependerá de nuestra madurez espiritual.

¿Se siente decepcionado por esto? ¿Le parece que está siendo engañado en cuanto a lo que ha estado deseando? ¿Ha estado esperando muchos otros entretenimientos y placeres? ¿Ha puesto su corazón tener una morada en los cielos? Entonces, eso es una señal de que usted aún no conoce realmente a Dios como debe conocerlo. Sus ojos espirituales aún no han sido abiertos. Todavía está atado a una comprensión humana y terrenal de la eternidad.

Pero déjeme declarar esto con toda franqueza: ¡Dios lo es todo! Todo lo que jamás querremos o necesitaremos. Él es el creador de todas las “cosas” que valoramos tanto, y su grandeza es tanta, que nuestros pequeños “placeres” terrenales parecen ridículos e insignificantes en comparación.

Él lo es todo en todo. En Su asombrosa, intensa y gloriosa presencia no pensaremos en nada más y, si lo hacemos, será solo para avergonzarnos de ello. Verdaderamente, Dios mismo será nuestro galardón “sobremanera grande”.

Sin duda, cuando estemos con Jesús, tendremos muchas cosas que hacer. Sin embargo, no serán estas cosas las que nos darán satisfacción. No serán las actividades ni los lugares los que constituirán nuestro galardón

o nuestra satisfacción. No los miraremos como una fuente de entretenimiento o diversión. Más bien, como estaremos completamente satisfechos con nuestro Dios, también encontraremos gozo en servirle y ayudarlo a hacer Su voluntad en el universo.

Estas actividades no serán la fuente de nuestra felicidad, sino el resultado del deleite que tendremos en nuestro Señor. Nuestra atención y nuestros deseos estarán plenamente enfocados en Él en vez de en cualquier cosa que pudiéramos hacer, lugar adonde pudiéramos ir o cualquier cosa que Él nos pudiera dar. Nuestra relación con Él, nuestro íntimo disfrute de Su persona regirá todo nuestro afecto. Ninguna otra cosa jamás se comparará o interferirá con el placer de esta intimidad indescriptible.

MI HERMANA, MI ESPOSA

Quizás usted se acuerde de cómo hablamos en el primer capítulo acerca de Adán, junto con Dios, buscaba una compañera adecuada. Primero, buscaron entre los animales. Examinaron a cada uno, para ver si podría satisfacer los requisitos. Ninguno era adecuado, porque ninguno de ellos era igual que Adán. Entonces, después de que Dios hizo a Eva, Adán se despertó, la vio y exclamó: “Ahora, esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gen 2:23). De la misma manera, nuestro Señor Jesús está buscando una esposa. Pero ella también debe ser igual a Él. Debe también

complementarlo en toda forma. Ella debe ser “hueso de Sus huesos” y “carne de Su carne”, espiritualmente hablando. Debe tener la misma Vida y naturaleza que Él.

Para lograr este propósito, Dios puso Su propia Vida a disposición del hombre. Cuando recibimos esta Vida, entonces ingresamos a la familia de Dios. Nos convertimos en un nuevo tipo de criatura eterna, un hijo del Altísimo.

Cuando Cristo vino a la Tierra, Él fue “el unigénito” Hijo de Dios (Jn 3:16). Esto quiere decir que era el único “hijo” que Dios había producido. Sin embargo, más tarde, esto cambió. El Padre ha engendrado ahora muchos más hijos. Actualmente, a Jesucristo ya no se le llama más el “unigénito”, sino el “primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8:29).

Muchos cristianos nuevos y hasta los no creyentes preguntan: “¿Con quién se casaron los primeros hijos de Adán y Eva?”. Sin duda, la respuesta debe ser que ellos se casaron con sus propias hermanas. No había otras opciones disponibles. No había otras personas con las cuales formar pareja. Ya que en aquellos días la gente vivía cientos de años, había bastante tiempo para que Adán y Eva tuvieran muchos, muchos descendientes.

Es interesante que Jesús también se casara con Su “hermana”, espiritualmente hablando. En el Cantar de los Cantares 4:9,10,12, Él llama a su

novia “hermana mía, esposa mía”. Ella tiene el mismo Padre. Ella es de la misma familia, la familia de Dios. Ella participa de la misma Vida eterna como Él. Debe casarse con Su “hermana”, ya que no hay otras alternativas. No hay otros seres eternos disponibles de los que pudiera escoger para engendrar hijos, de la que se puede elegir una novia.

La novia de Cristo no solo debe tener la misma “especie” de Vida, sino que ella también debe poseer la misma naturaleza. También debe ser santa, pura y sin pecado. Las Escrituras nos enseñan que Jesús presentará a Su novia a Sí mismo, “una iglesia gloriosa que no tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que sea santa y sin falta” (Ef 5:27) delante de Él en amor.

El perdón de Dios nos abre el camino para recibir la Vida de Dios, y la Vida de Dios es la agencia a través de la cual podemos ser transformados a la naturaleza de Dios. Podemos y, ciertamente, debemos ser “participantes de la naturaleza divina después de haber huido de la corrupción que hay en el mundo debido a las bajas pasiones” (2 Pe 1:4).

Esta naturaleza santa es también un requisito para el matrimonio. Por dentro debemos ser como Cristo. Si no somos como Él, ¿cómo podremos unirnos en esta unión íntima con Él? La Biblia dice: “Y todo aquel que tiene esta

esperanza en Él se purifica a sí mismo, como Él también es puro” (1 Jn 3:3).

Para que haya un matrimonio del Cordero y Su novia, ella debe tener la misma Vida y la misma naturaleza. Pero todavía hay otro requisito, ella debe tener la misma clase de cuerpo. De esto, también, se ha ocupado el Señor.

Un día, cuando Él venga por nosotros, entraremos a la gloria. Esto significa que nuestro cuerpo será glorificado para ser como el Suyo. Preste mucha atención a este hecho. Hablando bíblicamente, la “gloria” no es un lugar, sino un estado de la existencia. No es un lugar al cual iremos, sino una condición a la cual seremos transformados.

Los cristianos no están ansiosos por estar en “una tierra de gloria” o en el “cielo”, sino por ser glorificados. Esta es nuestra esperanza. Nuestra esperanza no está en dónde iremos, sino en lo que seremos transformados. No es una esperanza de ir a “algún sitio”, sino de convertirnos en algo glorioso. Colosenses 3:4 dice: “Y cuando se manifieste Cristo, la vida de ustedes, entonces también ustedes serán manifestados con Él en gloria”.

Si deseamos saber cómo será este cuerpo, solo necesitamos mirar la primera parte del libro de Apocalipsis. Allí leemos cómo Jesús se ve “en gloria”, en Su estado glorificado. “Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca,

como la nieve, y sus ojos eran como llama de fuego. Sus pies eran semejantes al bronce bruñido, ardiente como en un horno. Su voz era como el estruendo de muchas aguas. [...] Su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza” (Ap 1:14-16)

Esta figura aterradora, llameante y brillante es nuestro Señor en gloria. Es Jesús en Su cuerpo glorificado. Este espectáculo fue tan intenso que nuestro hermano Juan cayó “como muerto a Sus pies” cuando lo vio (Ap 1:17). Esto, hermanos y hermanas, ¡es verdadera gloria! Esta también es nuestra esperanza, que seremos glorificados para ser como Él. 1 Juan 3:2 dice: “Cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es”. Nuestro cuerpo será cambiado “en un instante, en un abrir y cerrar de ojos” (1 Cor 15:52) para ser exactamente como Él.

La Escritura nos enseña que “Los entendidos resplandecerán con el resplandor del firmamento; y los que enseñan justicia a la multitud, como las estrellas, por toda la eternidad” (Dn 12:3). Lea también que, “Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13:43).

Es interesante que este nuevo cuerpo está “en construcción” ahora mismo. Él está “preparando” este lugar para nosotros. Posiblemente, esto esté relacionado con nuestro crecimiento espiritual. Es probable que cuanto más

maduremos espiritualmente, más glorioso llegue a ser nuestro cuerpo espiritual. Entonces, cuando Jesús aparezca, nuestro nuevo cuerpo glorificado aparecerá en exacta armonía con lo que somos interiormente.

LA ESPERANZA DE GLORIA

Esta, queridos amigos, es nuestra esperanza. Es la esperanza de gloria. No es la esperanza de llegar a algún lugar, sino de nuestro destino. No es una esperanza de adónde podríamos ir o qué podríamos obtener, sino de llegar a ser todo lo que Cristo es. ¡Cómo necesitamos una revelación de esta verdad! ¡Cómo necesitamos “contemplar Su gloria” (Jn 1:14) tal cual lo hicieron los primeros discípulos!

Sin una revelación de la gloria de Jesús, no tenemos esperanza. Si solo pensamos en recompensas físicas, tales como lugares o cosas, estamos desprovistos de una relación auténtica que pueda cambiar nuestras vidas. Pero una vez que veamos la gloria de Dios, una vez que veamos lo que significa ser glorificado, una vez que vislumbremos la gloria del siglo venidero, entonces ciertamente desecharemos todo “peso y el pecado que tan fácilmente nos enreda” (Heb 12:1).

Cuando hemos visto “la gloria”, ya nada más importa. Cuando vemos lo que realmente se nos está ofreciendo, todo lo demás palidece en comparación.

La esperanza bíblica es “la esperanza de gloria”. “Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Rom 5:2). Esta esperanza es el resultado de la revelación. Cuando Dios nos revela Su gloria, entonces y solo entonces, sabremos qué es lo que nos espera y debemos anhelar. Es entonces cuando daremos cuenta de cuál es “la esperanza a la que nos ha llamado” (Ef 1:18), y es entonces cuando tendremos entendimiento espiritual.

Esta revelación de la gloria de Dios que va a ser nuestra herencia, sin duda, sirve como un “ancla” para nuestra alma. Es una revelación que cautiva nuestra mente y corazón, de modo que ninguna otra cosa podría jamás parecer mejor. Cualquier costo que tuviéramos que pagar para lograr este objetivo, bien vale la pena. Pablo dijo: “considero que los padecimientos del tiempo presente no son dignos de comparar con la gloria que pronto nos ha de ser revelada” (Rom 8:18).

LA MISMA IMAGEN

En el anterior capítulo, hablamos de quien realmente es Jesucristo. Él es el Hijo encarnado. Es la imagen del Dios invisible. El instrumento a través del cual el Padre se revela a Sí mismo al universo, el “resplandor de Su gloria y la imagen expresa de Su persona” (Heb 1:3).

Pero aquí, en la Palabra de Dios, leemos acerca de una esperanza aún más increíble y gloriosa.

La Biblia dice que podemos ser cambiados a esta misma imagen. 2 Corintios 3:18 dice: “todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”. ¡Qué increíble! ¡Cuán inimaginablemente maravilloso! Nosotros, los pequeños e insignificantes seres humanos, podemos ser transformados a la “misma imagen”, la imagen del Dios invisible.

No solo podemos contemplar Su gloria hoy, sino que a través de esta contemplación podemos ser transformados en aquello que vemos; de un grado de gloria a otro grado de gloria podemos ser transformados en lo que Él es.

Esto es una verdadera esperanza. Esto es algo en lo cual podemos establecer firmemente nuestra esperanza. Esto es algo que vale más que nada en el universo. Esto es algo que vale todo el esfuerzo que hagamos para obtenerlo. Es algo por lo que vale la pena renunciar a cualquier cosa, negarnos cualquier cosa; es algo por lo que vale la pena incluso renunciar a nuestra propia vida para obtenerlo. Esto es la antítesis de las pobres y mezquinas ideas humanas acerca de lo que será la “tierra de gloria” o los deseos de placeres terrenales.

En Juan 17:21,22 tenemos una referencia de la oración de Jesús al Padre. Él no está orando por Sí mismo, sino por nosotros. Esta oración es de lo más increíble. Él declara que de “la gloria que

me diste, yo les he dado”. Y ¿con qué propósito nos está dando Su propia gloria? Es para que “todos sean uno como tú, oh Padre, en Mí y yo en Ti, que también ellos lo sean en nosotros”.

Por muchos años creí, que Jesús oraba por la unidad entre los cristianos. Hoy tengo un punto de vista muy diferente. Ahora veo que Él está orando para que nosotros seamos partícipes de la unión que Él tiene con Su Padre. El deseo de Su corazón es que nosotros lleguemos a ser “uno” con Él, tal como el Señor es uno con Su padre. Leemos: “...como tú, oh Padre, en Mí y yo en Ti” (Jn 17:21).

Él está pidiendo que se dé una unión espiritual y gloriosa entre Él mismo y aquellos que lo aman y siguen. Esta unión, esta intimidad, es tan increíble y grande que es difícil imaginar que pudiera ser verdad. Él está abriendo el camino para que participemos en la unión y la comunión que Él tiene con el Padre. El Padre en Él y Él en nosotros, para que esta santa e increíble unidad entre el Padre, el Hijo y la novia pueda ser hecha perfecta.

TODO LO QUE ÉL ES

Dios es infinito. Él es eterno. Su creatividad es ilimitada. Su poder no tiene límites. Su hermosura es insuperable y Su gloria es asombrosamente brillante. Nuestro Rey es totalmente afable, generoso, amoroso, justo y bueno. Él es Aquel que ha hecho todo lo que

existe e incluso hará nuevas todas las cosas (Ap 21:5).

No hay otro ser en el universo que se pueda comparar con siquiera la más pequeña fracción de todo lo que Él es. La palabra de Dios nos enseña todas estas cosas. Sin embargo, en la Biblia también podemos descubrir lo que se llama “buenas noticias”.

Es un hecho tan bueno que es casi increíble; sin embargo, es verdad. Dios no está guardando todo esto para Sí mismo. Él tiene un deseo en lo profundo de Su corazón de compartir todo esto con los hombres. Él ha invitado a aquellos que tienen la disposición de someterse completamente a Él, a venir y participar de todo lo que Él es.

El plan de Dios es que nosotros, simples seres humanos, podamos entrar y ser partícipes de toda la gloria divina, naturaleza y autoridad. Incluso podemos sentarnos con Él en Su trono (Ap 3:21). Esto no significa que podemos solo sentarnos en su regazo por un momento, significa participar en el gobierno del universo con Dios. ¡Medita sobre esto un poco!

Tal como una novia, que después de casarse comparte todo con su esposo, así también nosotros estamos invitados a participar de todo lo que Dios tiene y es. Una esposa comparte el hogar de su esposo. Tiene acceso a sus recursos financieros. Comparte su posición

social. En un matrimonio correctamente establecido, debido a que ella está sometida a él, tiene acceso no solo a todo lo que él tiene, sino también a todo lo que él es.

Así, también, nosotros hemos sido llamados a ser la novia de Cristo. Dios, en Su gracia, nos está abriendo el camino para llegar a ser participantes con Él de Su gloria y Su reino.

Oh, ¡cómo necesitamos la visión espiritual! Necesitamos que nuestros “ojos” se abran para ver lo que puede ser nuestro futuro. Necesitamos desesperadamente ver la meta y entender qué nos esforzamos por obtener.

Pablo, orando por los cristianos de su época, dijo: “Pido que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, les dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de Él; habiendo sido iluminados los ojos de su entendimiento para que conozcan cuál es la esperanza a la que los ha llamado, cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos” (Ef 1:17,18).

¡Qué riquezas! ¡Qué gloria puede ser nuestra herencia! Si tan solo pudiéramos ver una pequeña parte de esta realidad espiritual, abandonaríamos todo lo demás y correríamos sin impedimentos tras Él.

Hermanos y hermanas, ¡podemos ser la novia de Cristo! Podemos ser transformados para ser como Él, de modo que podamos entrar en una

unión matrimonial con Él. De un grado de gloria a otro, tenemos la posibilidad incomparable de entrar y tomar posesión de esta buena tierra. Podemos llegar a ser “hueso de Su hueso” y “carne de Su carne”, espíritu de Su espíritu, vida de Su Vida, naturaleza de Su naturaleza divina. Podemos ser y llegaremos a ser tal como Él.

“Pero sabemos que cuando Él sea revelado, seremos como Jesús y lo veremos tal como es, y todo aquel que tiene esta esperanza se purifica a sí mismo, como tal como Él es puro” (1 Jn 3:2,3).

¿Y usted? ¿Está teniendo una muestra de esta experiencia hoy? ¿Su enfoque y deleite están en Jesús o busca la satisfacción en placeres y experiencias terrenales? ¿Su corazón, alma, mente y fuerza están dedicados totalmente a vivir en intimidad amorosa con Jesús?

Quizás sería bueno que todos nos detengamos un momento aquí y contemplemos estas cosas. Tal como hemos estado viendo, nuestra relación con Dios es el factor más importante en nuestras vidas. Nuestra relación de amor con Él es lo que nos llevará a la madurez espiritual que necesitamos para obtener todas las “recompensas” espirituales que vendrán. Comparado con esto, todo lo demás es solo una sombra vacía.

Si no estamos viviendo completamente para Él, hoy es el día para arrepentirnos. Hoy es el tiempo de oír Su voz y volver a nuestro primer

amor. Después de que Jesús venga, no habrá otra ocasión. No habrá una segunda oportunidad. Dios nos está llamando, está extendiendo Su misericordia y gracia hoy a cualquiera y a todo aquel que responda.

Ninguno es demasiado débil. Ninguno es incapaz. Su poder está disponible para cualquiera y todo aquel que esté dispuesto a oír Su voz y entregarse completamente a Él. Hoy es el día de salvación.

La invitación ha sido entregada. “El Espíritu y la esposa dicen: “¡Ven!”. El que oye diga: “¡Ven!”. El que tiene sed, venga. El que quiera, tome del agua de vida gratuitamente” (Ap 22:17). Esta es la maravillosa oferta de Dios. Si la descuidamos, seremos los más insensatos de todos los hombres.

LA NUEVA JERUSALÉN

En la Nueva Jerusalén, no hay necesidad de ninguna luz. El Dios invisible está allí iluminándolo todo con Su gloria. Esta luz está siendo sostenida y exhibida por la “lámpara” que es el Cordero de Dios (Ap 21:23). La Santa Ciudad, entonces, funcionará como una gran exhibición del carácter de Dios y Sus obras, a través de las cuales esta luz irradia.

Todos los creyentes transformados, simbolizados por las numerosas piedras preciosas que componen el “muro” de la ciudad, se habrán

convertido en una especie de exhibición ante el universo.

El multifacético carácter de Dios se verá a través de la personalidad de cada uno. Las maravillosas obras de Dios que ha hecho en las vidas de todos “los espíritus de los justos ya hechos perfectos” (Heb 12:23) podrán verse. El amor, la misericordia y la gracia inimaginables de Dios se exhibirán.

La Biblia nos enseña que “la mujer es la gloria del hombre”, o sea, de su esposo (1 Cor 11:7). Por lo tanto, esta gloriosa “mujer”, la esposa de Cristo, servirá como una expresión amplia y celestial de todo lo que Cristo es y ha sido para aquellos que son parte de ella. Ciertamente, Él vendrá “para ser glorificado en Sus santos y ser admirado en todos los que creyeron” (2 Tes 1:10) (RVR1960)

Un día habrá una boda gloriosa y celestial. ¿Estará usted allí? ¿Estará usted preparado para participar en ella? Los sabios de corazón se prepararán. Pagarán cualquier precio que sea necesario para lograrlo. Estarán allí cuando la “voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas y como el sonido de fuertes truenos” anuncie: “porque han llegado las bodas del Cordero, y Su novia se ha preparado” (Ap 19:6,7).

Este libro está disponible de forma gratuita en el sitio:

www.GranoDeTrigo.com